ESCUELA BÍBLICA CRISTO EL REY

בְּרֵאשִׁית

Génesis 1

Todo es una narración



ESTUDIO BÍBLICO VERSO A VERSO

Hebreo · Transliteración · Traducción · Reflexión

Antes de comenzar

Este cuaderno está pensado para leerse con calma, con la Biblia abierta y, si se desea, con lápiz en mano: cada versículo comienza en una página nueva y termina con un espacio para tus notas.

HEBREO	El versículo en su lengua original, con vocalización.
TRANSLITERACIÓN	Cómo se pronuncia, para leerlo en voz alta.
TRADUCCIÓN	En español y en inglés.
REFLEXIÓN	Análisis lingüístico, gematría y aplicación práctica; primero en español y luego en inglés.
MIS NOTAS	Un espacio al final de cada versículo para escribir.

UNA INVITACIÓN

La Escuela Bíblica Cristo El Rey es un espacio de estudio abierto, plural y respetuoso. Estas reflexiones proponen un ejercicio de investigación contemplativa para el crecimiento personal y la paz interior, sin pretensión de exclusividad dogmática. Al final encontrarás los avisos completos.

Todo es una narración

✦

La palabra crea y recrea y, del caos, llego la Luz para enseñorear la obra, para que nos sepamos sus hijos, hechos a imagen y semejanza, tan libres que con al recrearnos en Su obra podemos construir o destruir, separarnos o integrarnos; proceso en el que nos encontramos y en el que debemos aportar nuestras fraternales interrelaciones.

The word creates and recreates and, from chaos, the Light came to dominate the work, so that we know that we are His children, made in the image and likeness, so free that by recreating ourselves in His work we can build or destroy, separate or integrate; a process in which we find ourselves and in which we must contribute our fraternal interrelations.

בְּרֵאשִׁית בָּרָא אֱלֹהִים אֵת הַשָּׁמַיִם וְאֵת הָאָרֶץ

Bereshit bara Elohim et hashamayim ve'et ha'aretz

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.»

"In the beginning, God created the heavens and the earth."

REFLEXIÓN

"Bereshit" puede descomponerse en dos partes: "Be" (בְּ), que significa "en", y "reshit" (רֵאשִׁית), que significa "principio" o "cabeza". Por lo tanto, el "principio" no es solo un momento en el tiempo, sino el origen de todas las cosas, la semilla de la creación.

Este concepto abarca la totalidad de la existencia, sugiriendo que todo lo que vendrá después ya está contenido en este "principio"; por ende, somos eternos. Además, el concepto de "cabeza" nos lleva a la mente del Creador como el espacio desde el cual nace Su palabra.

El verbo "bara" se refiere a la creación ex nihilo, es decir, la creación a partir de la nada, un acto creativo exclusivo de Él, en el que se manifiesta Su ser infinito desde lo finito, como expresión de Su potencial que da origen a toda la realidad. Por lo tanto, todo lo creado es una manifestación de Su voluntad.

"Elohim", como atributo de justicia y poder, nos lleva a vislumbrar en la multiplicidad de fuerzas del universo Su unidad, Su divinidad. En hebreo, "Et" es una partícula que se utiliza para indicar que lo que sigue es el objeto directo del verbo; por lo tanto, este símbolo abarca todo el alfabeto hebreo, desde la primera letra (א) hasta la última (ת), lo que implica que todo el conocimiento, todas las letras y todo el lenguaje están contenidos en el acto de creación.

Es un recordatorio de Su omnipresencia y Su totalidad, que se proyecta como dualidad para crearnos en pro de nuestra voluntaria unificación. Es la integración de los opuestos para alcanzar Su armonía, un proceso de crecimiento que debe llevarnos a un mayor conocimiento de Él y de cómo cada elemento de la creación está interconectado con Su palabra y voluntad.

Se crea desde la palabra, concepto profundamente significativo tanto en la Cábala como en la Gematría, que no solo se refiere a la creación literal a través del habla, sino también a la idea de que las palabras tienen un poder místico y energético que moldea la realidad y refleja las fuerzas espirituales en el mundo físico.

Desde una perspectiva cabalística, la creación no es simplemente un evento único en el pasado, sino un proceso continuo en el que nosotros, como seres humanos, participamos activamente ya que la Palabra Divina en sí es un Acto creador permanente.

En la Cábala, se enseña que Dios creó el mundo a través de la palabra. Según el Sefer Yetzirá, uno de los textos cabalísticos fundamentales, Dios utilizó las letras hebreas como herramientas creativas para dar forma al universo. Cada letra hebrea tiene un poder espiritual que actúa como una energía creadora que moldea la realidad. La creación, entonces, es un proceso lingüístico-divino en el cual las palabras son cósmicas y espirituales.

Este acto de crear desde la palabra es mucho más que una mera manifestación de la materia. El mundo mismo es una emanación de la palabra divina, y la creación está impregnada con la sabiduría cósmica contenida en las letras, palabras y sonidos que la componen.

Desde la perspectiva cabalística, el ser humano es un socio en la creación divina. Somos creadores de nuestra propia realidad en el sentido de que, mediante nuestro lenguaje y nuestra conciencia, damos forma a cómo experimentamos el mundo. Sin embargo, esta creación humana no es autónoma ni independiente, sino que está conectada con la Palabra Divina. El ser humano tiene un poder creativo que refleja la creatividad divina, pero siempre dentro de los límites y la armonía de la voluntad divina.

Los cabalistas sostienen que el lenguaje es una conexión directa con lo divino, y a través del estudio y la meditación en las palabras sagradas, podemos acceder a la sabiduría divina y experimentar la creación continua de la vida.

En la Cábala, también existe el concepto de Tikkun Olam, que significa "reparar el mundo". Esto sugiere que, a través de acciones conscientes y el uso del lenguaje de manera correcta (en especial la oración y el estudio de la Torá), los seres humanos tienen la capacidad de recrear y sanar la creación que Dios ha dado. Este proceso de reparación no es una creación nueva desde la nada, sino un acto de recreación que restauramos o elevamos lo que ya existe.

La Gematría es un sistema que estudia los valores numéricos de las letras hebreas. Cada letra tiene un valor numérico y un significado espiritual. La gematría sugiere que las palabras no solo tienen un significado semántico, sino que existen como una vibración energética que tiene la capacidad de transformar la realidad. Por ejemplo, la palabra "Bereshit" (בְּרֵאשִׁית), que significa "al principio" y comienza el libro del Génesis, tiene una conexión numérica con otras palabras relacionadas con la creación.

Cuando combinamos las letras de palabras y las analizamos a través de la gematría, podemos descubrir patrones ocultos que revelan las leyes espirituales que gobiernan el universo. La gematría nos ayuda a entender cómo las combinaciones de letras y palabras tienen la capacidad de dar forma a nuestra experiencia de la realidad.

Desde la perspectiva de la gematría, la creación humana no es un acto completamente autónomo. Si bien el ser humano tiene un poder creativo en su uso del lenguaje y en las decisiones que toma, esta creación está influenciada por la creación original. La gematría nos invita a entender que cuando creamos algo, nos estamos recreando en el proceso. Es un ciclo en el que las palabras, los pensamientos y las acciones no solo crean nuevas experiencias, sino que también nos conectan con el propósito divino subyacente.

Los seres humanos, al usar las palabras correctamente, pueden conectarse con la sabiduría divina y participar en el renovado acto de creación. Cada palabra que pronunciamos, cada acción que realizamos, tiene una resonancia cósmica que puede elevar la creación o perpetuar su deterioro dependiendo de nuestra consciencia espiritual.

Desde la perspectiva cabalística y gematrística, la creación humana no es un acto completamente independiente, sino que es una re-creación continua que participa en la creación divina. No somos creadores originales en el sentido absoluto, sino co-creadores dentro de un proceso cósmico mayor. Lo que hacemos como seres humanos es dar forma y sentido a la creación a través de nuestras palabras, pensamientos y acciones, pero siempre dentro del marco de una narrativa divina que ya ha sido iniciada por Dios.

Aunque el Creador es la fuente original de la creación, los seres humanos tienen el libre albedrío para elegir cómo vivir y cómo interactuar con la realidad. Esto les da la capacidad de recrear el mundo en su experiencia, restaurando el equilibrio o perpetuando el caos a través de sus decisiones y palabras. A través de acciones espirituales, como la oración, la meditación y el estudio de las escrituras sagradas, podemos participar activamente en la recreación de la armonía divina en el mundo.

Para acercarnos a la creación divina, es necesario elevar nuestro lenguaje. Esto significa que debemos hablar y pensar con conciencia, evitando el uso de palabras destructivas o egoístas. Al usar el lenguaje de manera sagrada, como en la oración y en el estudio de la Torá, nos alineamos con la voluntad divina y ayudamos a recrear la realidad en armonía con la creación original de Dios.

La meditación cabalística y el estudio profundo de las letras y palabras sagradas nos ayudan a despertar una comprensión más profunda de la realidad divina. A través de estas prácticas, podemos afinar nuestra conciencia para alinearnos con la sabiduría cósmica y participar en el acto continuo de creación y recreación de la vida.

A través de nuestras acciones, pensamientos y palabras, podemos contribuir al Tikkun Olam, la reparación del mundo, lo que implica tomar la creación divina tal como es y ayudar a restaurarla a su estado divino original. Esto se logra a través de vivir de manera espiritual y consciente, reconociendo que cada acto de nuestra vida es una oportunidad para participar en la recreación del mundo.

Crear desde la palabra, según la Cábala y la Gematría, es un acto profundamente espiritual y cósmico. La creación no es solo un evento del pasado, sino un proceso continuo en el que los seres humanos participamos, no como creadores independientes, sino como co- creadores dentro de una narrativa divina. A través de nuestras palabras, pensamientos y acciones, re-creamos el mundo, y nuestra tarea es hacerlo de una manera que esté alineada con la sabiduría divina y el propósito cósmico. Al alejarnos de las ilusiones egocéntricas y vivir con conciencia espiritual, podemos acercarnos a la verdad divina y participar plenamente en la creación y la reparación del mundo.

Los conceptos de los cielos y la tierra tienen una profundidad espiritual que va más allá de su interpretación literal en el texto. Estos términos no solo se refieren a los planos físicos de existencia, sino que también representan niveles espirituales y energéticos que están relacionados con el proceso de la creación y el propósito cósmico.

En la Cábala, los cielos no solo representan el cielo físico que vemos, sino también los planos espirituales más elevados, donde habitan las energías divinas. Estos planos están en constante interacción con el mundo material, pero son invisibles a nuestros ojos físicos.

El Mundo de las Emanaciones (Atzilut): Es el primer y más elevado de los cuatro mundos cabalísticos (Atzilut, Beriah, Yetzirah, Asiyah). Este es el plano de la emanación divina, donde la luz infinita de Dios (Or Ein Sof) se comienza a manifestar en su forma más pura. Es la fuente de toda la creación y el nivel más cercano a Dios. Los cielos representan aquí la presencia directa de la luz divina que llena el universo.

La Luz y las Sefirot: En la Cábala se dice que Dios creó los cielos (el mundo espiritual) a través de la luz divina, y esta luz se distribuye a través de las sefirot, que son los canales o estructuras que permiten la manifestación de la energía divina en el mundo. Estas sefirot forman el Árbol de la Vida, que es una representación simbólica de las fuerzas espirituales que gobiernan el universo.

Los Ángeles y los Seres Espirituales: En los cielos cabalísticos, habitan seres espirituales, como los ángeles, que sirven como intermediarios entre la humanidad y lo divino. Estos seres trabajan dentro de los cielos, ayudando a la humanidad a conectarse con la luz divina y guiando a las almas hacia su propósito espiritual.

Los Cielos como Reflejo de la Voluntad Divina: En la Cábala, se dice que los cielos son una manifestación de la voluntad de Dios (Kesser). La idea es que todo lo que ocurre en los cielos es una reflexión de la voluntad divina que se emana hacia los mundos más bajos (como el mundo material de la Tierra).

La tierra en la Cábala tiene una dimensión física (nuestro planeta) y también una dimensión espiritual que está conectada con las energías cósmicas y con la misión humana en el mundo material. La tierra representa el lugar donde se lleva a cabo el proceso de Tikkun Olam (la reparación del mundo), y es donde el ser humano puede alcanzar el propósito de elevar la materia hacia lo divino.

El Mundo de la Acción (Asiyah): La tierra corresponde al mundo de Asiyah, el nivel más bajo de los cuatro mundos cabalísticos. Es el plano físico y material donde los seres humanos habitan y donde se manifiestan las acciones terrenales. En este nivel, todo es manifestación material, pero también es el lugar donde se realizan las acciones espirituales y moralmente responsables que tienen el poder de transformar la realidad.

La Tierra como un Reflejo del Mundo Espiritual: En la Cábala, la tierra está profundamente conectada con los cielos. Lo que ocurre en el mundo espiritual tiene un reflejo en el mundo físico. Así, los seres humanos tienen la capacidad de elevando sus acciones espirituales (como el cumplimiento de mitzvot, oración, y estudio de la Torá) pueden transformar la tierra y reparar el mundo.

Tierra y Mitzvot: En la Cábala, las mitzvot (mandamientos) se consideran acciones que, cuando son cumplidas de manera consciente, tienen el poder de unir los cielos y la tierra. Estas acciones espirituales sirven como canales que permiten la energía divina del mundo de las emanaciones (Atzilut) bajar al mundo físico (Asiyah), trayendo así bendición y prosperidad a la tierra.

Según la Cábala, la creación de los cielos y la tierra fue un acto divino muy profundo, realizado a través de las diez sefirot y la luz divina. El proceso de creación se describe en el Sefer Yetzirá, que habla sobre cómo Dios usó las letras hebreas y las sefirot para formar el universo.

El Vacío Inicial (Tohu Vavohu): La creación comenzó en un estado de vacío primordial, un espacio llamado Tohu Vavohu, en el cual la luz infinita de Dios (Or Ein Sof) aún no se había manifestado completamente. Para que pudiera ocurrir la creación, la luz divina fue contraída (Tzimtzum), permitiendo que el mundo físico pudiera ser formado.

Las Sefirot como Canales de Creación: A través de las sefirot, Dios creó el mundo espiritual (los cielos) y luego el mundo físico (la tierra). La sabiduría (Chokmah) y la comprensión (Binah) son las primeras dos sefirot que, en conjunto con la voluntad divina (Kesser), forman la base para toda la creación. Luego, a través de la acción divina (Malkuth), el mundo físico es manifestado.

El Proceso de Emanación: En la Cábala, se cree que los cielos y la tierra no son dos realidades separadas, sino que son parte de un proceso de emanación continua que fluye desde lo infinito (Ein Sof) hacia lo finito (el mundo material). Los cielos se emanaron primero en un proceso que fue seguido por la creación de la tierra.

El Reflejo de lo Divino en lo Material: La tierra es vista en la Cábala como el lugar de la revelación divina. Es el sitio donde las energías espirituales del cielo son canalizadas y materializadas. A través del trabajo humano en la tierra, podemos elevar lo material a lo espiritual, y este es el propósito de la vida humana: crear un puente entre los cielos y la tierra.

La Gematría juega un papel importante en entender la relación entre los cielos y la tierra. A través del análisis numérico de las letras hebreas, podemos entender las conexiones entre diferentes palabras que están relacionadas con estos conceptos. La palabra "Shamayim" (שָׁמַיִם, cielos) tiene un

valor numérico de 390. La palabra "Aretz" (אֶרֶץ, tierra) tiene un valor numérico de 290.

Aunque no son iguales, el valor numérico de estas palabras refleja cómo los cielos y la tierra están conectados y cómo el mundo espiritual (representado por los cielos) se manifiesta y se proyecta en el mundo material (la tierra). La diferencia numérica entre ellos también sugiere que la tierra, aunque está separada del mundo espiritual, está destinada a reflejarlo y recibir su influencia.

En la Cábala, los cielos representan los planos espirituales elevados y la presencia divina, mientras que la tierra es el mundo material en el que habitan los seres humanos y en el que se manifiestan las acciones divinas. A través del trabajo espiritual, los seres humanos pueden elevar la tierra al alinearla con los cielos, participando activamente en el proceso de reparación y transformación del mundo. La relación entre los cielos y la tierra no es estática; es una danza cósmica en la que ambos se influencian mutuamente y en la que el lenguaje divino y las acciones humanas juegan un papel crucial en la creación continua.

REFLECTION

"Bereshit" can be broken down into two parts: "Be" (בְּ), meaning "in," and "reshit" (רֵאשִׁית), meaning "beginning" or "head." Therefore, the "beginning" is not just a moment in time but the origin of all things, the seed of creation.

This concept encompasses the entirety of existence, suggesting that everything that will come later is already contained within this "beginning"; thus, we are eternal. Additionally, the concept of "head" leads us to the mind of the Creator as the space from which His word is born.

The verb "bara" refers to creation ex nihilo, meaning creation out of nothing, an exclusive creative act of God, where His infinite being manifests from the finite, as an expression of His potential that gives rise to all reality. Therefore, everything created is a manifestation of His will.

"Elohim," as an attribute of justice and power, leads us to envision His unity and divinity in the multiplicity of forces in the universe. In Hebrew, "Et" is a particle used to indicate that what follows is the direct object of the verb; hence, this symbol encompasses the entire Hebrew alphabet, from the first letter (א) to the last (ת), implying that all knowledge, all letters, and all language are contained within the act of creation.

It serves as a reminder of His omnipresence and totality, which projects as duality to create us for the purpose of our voluntary unification. It is the integration of opposites to achieve His harmony, a process of growth that should lead us to a greater knowledge of Him and how every element of creation is interconnected with His word and will.

It is created from the word, a deeply significant concept in both Kabbalah and Gematria, which not only refers to literal creation through speech, but also to the idea that words have a mystical and energetic power that shapes reality and reflects spiritual forces in the physical world.

From a Kabbalistic perspective, creation is not simply a one-time event in the past, but an ongoing process in which we, as human beings, actively participate, since the Divine Word itself is a permanent creative act.

In Kabbalah, it is taught that God created the world through the word. According to the Sefer Yetzirah, one of the fundamental Kabbalistic texts, God used the Hebrew letters as creative tools to shape the universe. Each

Hebrew letter has a spiritual power that acts as a creative energy that shapes reality. Creation, then, is a divine-linguistic process in which words are cosmic and spiritual.

This act of creating through words is much more than a mere manifestation of matter. The world itself is an emanation of the divine word, and creation is imbued with the cosmic wisdom contained in the letters, words, and sounds that compose it.

From a Kabbalistic perspective, human beings are partners in divine creation. We are creators of our own reality in the sense that, through our language and our consciousness, we shape how we experience the world. However, this human creation is not autonomous or independent, but rather connected to the Divine Word. Human beings have a creative power that reflects divine creativity, but always within the limits and harmony of divine will.

Kabbalists maintain that language is a direct connection to the divine, and through study and meditation on sacred words, we can access divine wisdom and experience the ongoing creation of life.

In Kabbalah, there is also the concept of Tikkun Olam, which means "repairing the world." This suggests that, through conscious actions and the correct use of language (especially prayer and Torah study), human beings have the ability to recreate and heal the creation God has given. This process of repair is not a new creation from nothing, but an act of recreation that restores or elevates what already exists.

Gematria is a system that studies the numerical values of Hebrew letters. Each letter has a numerical value and a spiritual meaning. Gematria suggests that words not only have semantic meaning, but exist as an energetic vibration that has the ability to transform reality. For example, the word "Bereishit" (בְּ רֵ אשִׁ ית), which means "in the beginning" and begins the Book of Genesis, has a numerical connection with other words related to creation.

When we combine the letters of words and analyze them through gematria, we can discover hidden patterns that reveal the spiritual laws that govern the universe. Gematria helps us understand how combinations of letters and words have the ability to shape our experience of reality.

From the perspective of gematria, human creation is not a completely autonomous act. While human beings have creative power in their use of language and the decisions they make, this creation is influenced by the original creation. Gematria invites us to understand that when we create something, we are recreating ourselves in the process. It is a cycle in which words, thoughts, and actions not only create new experiences but also connect us to the underlying divine purpose.

Human beings, by using words correctly, can connect with divine wisdom and participate in the renewed act of creation. Every word we speak, every action we perform, has a cosmic resonance that can elevate creation or perpetuate its decline depending on our spiritual awareness.

From a Kabbalistic and gematristic perspective, human creation is not a completely independent act, but rather a continuous re-creation that participates in divine creation. We are not original creators in the absolute sense, but co-creators within a larger cosmic process. What we do as human beings is give shape and meaning to creation through our words, thoughts, and actions, but always within the framework of a divine narrative that has already been initiated by God.

Although the Creator is the original source of creation, human beings have free will to choose how to live and how to interact with reality. This gives them the ability to recreate the world in their experience, restoring balance or perpetuating chaos through their decisions and words. Through spiritual actions, such as prayer, meditation, and the study of sacred scriptures, we can actively participate in the recreation of divine harmony in the world.

To draw closer to divine creation, it is necessary to elevate our language. This means we must speak and think consciously, avoiding the use of destructive or selfish words. By using language in a sacred way, as in prayer and Torah study, we align ourselves with divine will and help recreate reality in harmony with God's original creation.

Kabbalistic meditation and the in-depth study of sacred letters and words help us awaken a deeper understanding of divine reality. Through these practices, we can fine-tune our consciousness to align with cosmic wisdom and participate in the ongoing act of creation and re-creation of life.

Through our actions, thoughts, and words, we can contribute to Tikkun Olam, the repair of the world, which involves taking divine creation as it is and helping to restore it to its original divine state. This is achieved by living spiritually and consciously, recognizing that every act of our lives is an opportunity to participate in the re-creation of the world.

Creating through words, according to Kabbalah and Gematria, is a deeply spiritual and cosmic act. Creation is not merely an event of the past, but an ongoing process in which human beings participate, not as independent creators, but as co-creators within a divine narrative. Through our words, thoughts, and actions, we re-create the world, and our task is to do so in a way that is aligned

with divine wisdom and cosmic purpose. By distancing ourselves from egocentric illusions and living with spiritual awareness, we can approach divine truth and fully participate in the creation and repair of the world.

The concepts of heaven and earth have a spiritual depth that goes beyond their literal interpretation in the text. These terms not only refer to the physical planes of existence, but also represent spiritual and energetic levels that are related to the process of creation and cosmic purpose.

In Kabbalah, the heavens represent not only the physical sky we see, but also the higher spiritual planes, where divine energies dwell. These planes are in constant interaction with the material world, but are invisible to our physical eyes.

The World of Emanations (Atzilut): This is the first and highest of the four Kabbalistic worlds (Atzilut, Beriah, Yetzirah, Asiyah). This is the plane of divine emanation, where the infinite light of God (Or Ein Sof) begins to manifest in its purest form. It is the source of all creation and the level closest to God. The heavens represent the direct presence of the divine light that fills the universe.

Light and the Sefirot: In Kabbalah, it is said that God created the heavens (the spiritual world) through divine light, and this light is distributed through the sefirot, which are the channels or structures that allow the manifestation of divine energy in the world. These sefirot form the Tree of Life, which is a symbolic representation of the spiritual forces that govern the universe.

Angels and Spiritual Beings: In the Kabbalistic heavens, spiritual beings, such as angels, dwell, serving as intermediaries between humanity and the divine. These beings work within the heavens, helping humanity connect with divine light and guiding souls toward their spiritual purpose.

The Heavens as a Reflection of Divine Will: In Kabbalah, the heavens are said to be a manifestation of God's will (Kesser). The idea is that everything that occurs in the heavens is a reflection of divine will emanating toward the lower worlds (such as the material world of Earth).

In Kabbalah, the earth has a physical dimension (our planet) and also a spiritual dimension that is connected to cosmic energies and the human mission in the material world. The earth represents the place where the process of Tikkun Olam (the repair of the world) takes place, and it is where human beings can achieve the purpose of elevating matter toward the divine.

The World of Action (Asiyah): The earth corresponds to the world of Asiyah, the lowest level of the four Kabbalistic worlds. It is the physical and material plane where human beings dwell and where earthly actions are manifested. At this level, everything is material manifestation, but it is also the place where spiritually and morally responsible actions are performed that have the power to transform reality.

The Earth as a Reflection of the Spiritual World: In Kabbalah, the earth is deeply connected to the heavens. What happens in the spiritual world is reflected in the physical world. Thus, human beings have the ability to elevate their spiritual actions (such as performing mitzvot, prayer, and Torah study) to transform the earth and repair the world.

Earth and Mitzvot: In Kabbalah, mitzvot (commandments) are considered actions that, when performed consciously, have the power to unite heaven and earth. These spiritual actions serve as channels that allow divine energy from the world of emanations (Atzilut) to descend to the physical world (Asiyah), thus bringing blessing and prosperity to the earth.

According to Kabbalah, the creation of the heavens and the earth was a very profound divine act, carried out through the ten sefirot and the divine light. The creation process is described in the Sefer Yetzirah, which tells of how God used the Hebrew letters and the sefirot to form the universe.

The Initial Void (Tohu Vavohu): Creation began in a state of primordial emptiness, a space called Tohu Vavohu, in which the infinite light of God (Or Ein Sof) had not yet fully manifested. For creation to occur, the divine light was contracted (Tzimtzum), allowing the physical world to be formed.

The Sefirot as Channels of Creation: Through the sefirot, God created the spiritual world (the heavens) and then the physical world (the earth). Wisdom (Chokmah) and Understanding (Binah) are the first two sefirot that, together with divine will (Kesser), form the basis for all creation. Then, through divine action (Malkuth), the physical world is manifested.

The Process of Emanation: In Kabbalah, it is believed that the heavens and the earth are not two separate realities, but rather part of a continuous emanation process that flows from the infinite (Ein Sof) to the finite (the material world). The heavens were first emanated in a process that was followed by the creation of the earth.

The Reflection of the Divine in the Material: The earth is seen in Kabbalah as the place of divine revelation. It is the site where the spiritual energies of heaven are channeled and materialized. Through human work on earth, we can elevate the material to the spiritual, and this is the purpose of human life: to create a bridge between heaven and earth.

Gematria plays an important role in understanding the relationship between the heavens and the earth. Through the numerical analysis of Hebrew letters, we can understand the connections between different words related to these concepts. The word "Shamayim" (שָׁמַיִם, heavens) has a numerical value of 390. The word "Aretz" (אֶרֶץ, earth) has a numerical value of 290.

Although they are not identical, the numerical value of these words reflects how the heavens and earth are connected and how the spiritual world (represented by the heavens) manifests and projects itself into the material world (earth). The numerical difference between them also suggests that the earth, although separate from the spiritual world, is meant to reflect it and receive its influence.

In Kabbalah, the heavens represent the higher spiritual realms and the divine presence, while the earth is the material world inhabited by human beings and where divine actions are manifested. Through spiritual work, human beings can elevate the earth by aligning it with the heavens, actively participating in the process of world repair and transformation. The relationship between the heavens and the earth is not static; it is a cosmic dance in which both influence each other and in which divine language and human actions play a crucial role in ongoing creation.

MIS NOTAS

וְהָאָרֶץ הָיְתָה תֹהוּ וָבֹהוּ וְחֹשֶׁךְ עַל-פְּנֵי תְהוֹם, וְרוּחַ אֱלֹהִים מְרַחֶפֶת עַל-פְּנֵי הַמָּיִם

Veha'aretz hayetah tohu vavohu vechoshech al-penei tehom, veruach Elohim merachefet al-penei hamayim

«Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.»

"And the earth was without form and void, and darkness was upon the face of the deep, and the Spirit of God moved upon the face of the waters."

REFLEXIÓN

Nuestra tierra estaba en Tohu va-Bohu, "sin forma y vacía", un estado de caos que, al mismo tiempo, es el potencial para nuestro desarrollo, ya que es desde el desorden que podemos libremente dar forma a las manifestaciones que nos sacarán de este Tehom (abismo), subconsciente que con sus emociones clama para que exploremos nuestro ser interior y busquemos la luz de nuestro entendimiento gracias a Su Palabra.

Su Espíritu como guía, Ruaj Elohim, es la fuerza que activa nuestro potencial de vida, por lo que esa energía divina que trasciende en nosotros es la que nos posibilita la transformación de nuestras vivencias en pro de la armonía universal.

Él está en todo, pero debemos buscarle, descubriendo sus señales y mensajes a medida que vivenciamos nuestras propias experiencias y desafíos, yendo más allá de lo que es visible y comprensible.

En la Cábala y la Gematría, el concepto del vacío (en hebreo "הֶבֶל", hevel) tiene un significado profundo y trascendental que va más allá de la mera ausencia de algo. Este concepto no es solo una falta, sino que es un espacio potencial que tiene un propósito y que puede ser lleno con una luz o una energía divina transformadora.

En la Cábala, el vacío se asocia comúnmente con el "Tsimtsum" (צמצום), que se traduce como la contracción o retracción de la luz divina. Según los escritos de Isaac Luria (el Arizal), el Tsimtsum es el proceso a través del cual el Creador, en su infinita luz, creó un espacio vacío en su interior, permitiendo la creación del mundo. Este vacío no es realmente "vacío" en el sentido literal, sino que es un espacio donde la luz divina ha sido contraída para permitir la manifestación de la creación.

El concepto central aquí es que el vacío no es un fin o una ausencia definitiva, sino un medio necesario para la creación y la manifestación de la realidad. El vacío es un espacio potencial, una apertura, una cavidad que está preparada para ser llenada con algo nuevo, con algo divino.

De acuerdo con la Cábala, antes de la creación del mundo, toda la realidad estaba llena de la luz infinita de Dios. Pero para que la creación pudiera existir, esa luz tuvo que retirarse de un espacio determinado, creando así un vacío o espacio dentro del cual pudieran surgir las distintas formas de vida y manifestarse los mundos. Este espacio vacío es esencial, ya que sin él no habría espacio para el libre albedrío ni para la creación.

Desde la perspectiva de la Gematría, el concepto de vacío tiene una dimensión numérica interesante. Por ejemplo, la palabra "hevel" (הֶבֶל), que significa vacío, tiene el valor numérico de 37. Este número, aunque aparentemente pequeño, en la Cábala está relacionado con el concepto de la luz oculta. El número 37 también se asocia con la palabra "or" (אור), que significa "luz" (que tiene el valor numérico de 207). Esto refleja la idea de que el vacío no es ausencia de luz, sino un espacio que aguarda la manifestación de esa luz.

Además, el vacío tiene una relación con la Sefirah de Kesser (la corona divina), que está más allá de la comprensión humana y representa el origen de todas las energías espirituales. Kesser es una luz que no se manifiesta directamente, sino que es una luz potencial, lo que nos recuerda que el vacío es el lugar donde se gestan las energías de la creación antes de que se manifiesten.

El vacío no es algo que deba ser temido ni evitado, sino entendido como un espacio de posibilidades infinitas. En nuestro camino espiritual, cuando sentimos vacíos en nuestra vida (emocionales, espirituales o materiales), en lugar de verlo como algo negativo, debemos verlo como una oportunidad para llenarlo con luz, sabiduría y propósito divino. Este espacio vacío puede ser un campo fértil para el crecimiento personal, para la conexión con Dios y para la manifestación de nuestra verdadera esencia.

Tal como el Tsimtsum indica, para que haya creación, debe haber un vacío. Este vacío permite el libre albedrío y la interacción con el mundo material. Si todo estuviera lleno de la luz infinita de Dios, no habría espacio para la libertad, la individualidad ni la acción. Por lo tanto, el vacío es una parte esencial de la creación misma, y sin él, no podríamos existir como seres conscientes, capaces de hacer elecciones y crecer espiritualmente.

El vacío puede verse también como una preparación para recibir algo más grande. En nuestras vidas, cuando experimentamos momentos de vacío o de desolación, estos pueden ser momentos donde estamos siendo preparados para recibir algo nuevo, ya sea una nueva comprensión espiritual, una transformación personal o una revelación divina. Como el vacío de un recipiente que está por llenarse, nuestras almas, al estar vacías de cosas mundanas, pueden estar listas para recibir la luz de la sabiduría, la paz o la conexión divina.

Una de las lecciones más profundas que podemos aprender del vacío es la importancia de la aceptación. La Cábala nos enseña que el vacío es, en muchos sentidos, un aspecto de la naturaleza divina y debe ser aceptado como parte del proceso cósmico y humano. Al aceptar el vacío, dejamos de temerle y comenzamos a ver las situaciones de vaciedad en nuestras vidas como oportunidades para el crecimiento y la expansión espiritual. Aprendemos que los vacíos en nuestra vida no son permanentes, sino temporales, y son solo el preludio de algo mayor que está por llegar.

El vacío tiene una relación directa con el concepto de Shalom (paz), que está relacionado con la integridad y la unidad. Para alcanzar la paz interior, es necesario que haya un vacío dentro de nosotros, un espacio donde podamos escuchar y recibir la presencia divina sin las distracciones del mundo material. La paz se alcanza cuando entendemos que, en ocasiones, el vacío no es ausencia de algo, sino la presencia de todo lo que está por venir.

El vacío, en la visión cabalística y gemátrica, es una invitación a abrazar el potencial y la transformación espiritual. A veces, sentimos que estamos vacíos, que nos falta algo en nuestra vida. Pero en realidad, ese vacío es un espacio que aguarda para ser llenado por la luz de la divinidad, por el conocimiento profundo y por la experiencia de conexión con lo sagrado. Nos enseña a ver nuestras dificultades y momentos de desolación como momentos de preparación, donde la luz y la paz pueden finalmente entrar en nuestras vidas. El vacío es el preludio de la creación, la oportunidad para transformar nuestras vidas y volver a conectarnos con el propósito divino.

Por lo tanto, aprender del vacío es aprender a aceptar y utilizar ese espacio como un campo de crecimiento, esperando el momento en que la luz divina se manifieste y nos llene de significado, propósito y paz. E igualmente sucede con los conceptos de caos, abismo, tinieblas asi como el de la faz de las aguas que tienen un profundo significado en la Cábala y la Gematría, ya que están relacionados con las etapas previas a la creación, la manifestación de la luz divina, y la transformación espiritual.

En la tradición cabalística, estas ideas no son consideradas como algo puramente negativo, sino como fases de potencialidad o la materia prima de la creación que, cuando son correctamente entendidas y rectificadas, pueden ser utilizadas para alcanzar el orden y la iluminación.

El Caos (תוהו ובוהו – Tohu va-Bohu) por ejemplo como concepto está relacionado con el término hebreo "Tohu va-Bohu" (תוהו ובוהו), que significa literalmente "desorden y vacío". Lo cual representa el estado primordial de caos y confusión. En la Cábala, este caos no es simplemente una ausencia de orden, sino un espacio potencial lleno de energía cruda que todavía no ha sido estructurada o dirigida. Es un vacío de luz, pero un vacío lleno de posibilidades. Es la primera manifestación de la "materia prima" del universo, que necesita ser organizada y estructurada por el acto de la creación divina.

El caos, o Tohu va-Bohu, es el punto de partida de todo lo que existe. En términos cabalísticos, Tohu se asocia con el principio de Kesser (la Sefirá de la Corona), la cual representa una luz infinita, pero indeterminada, que no tiene forma o estructura. Es el primer "estado" antes de que la creación de las formas comenzara, antes de la manifestación del orden en el mundo físico.

En un nivel más profundo, el caos simboliza la potencialidad sin límite de lo que podría ser. Para que la creación ocurriera, esa energía cruda de caos necesitaba ser estructurada a través de las Sefirot (las emanaciones divinas), que son las que organizarían esa energía para traer el orden al universo.

La palabra Tohu (תוהו) tiene el valor numérico de 408, y la palabra Bohu (ובוהו) tiene el valor numérico de 12. Juntas, suman 420, que corresponde al valor numérico de la palabra "Mashiach" (משיח), que significa Mesías. Esto implica que el caos o el desorden inicial en realidad contiene dentro de sí mismo el potencial para la redención y la restauración divina. El caos es el precursor de la rectificación, la corrección y el advenimiento de la armonía a través del Mesías. Es una señal de que, incluso en medio de la confusión y el caos, existe la posibilidad de una redención futura.

Por su parte el Abismo (תהום – Tehom) es otro concepto clave en la Cábala y la Gematría, y está relacionado con el agua primordial que existía antes de la creación. En el versículo citado anteriormente de Génesis 1:2, se dice que "las tinieblas estaban sobre la faz del Tehom". El abismo, como el caos, es un estado primordial de desorden y ocultamiento de la luz divina.

Tehom representa un espacio de profunda oscuridad y ocultamiento, simbolizando el ocultamiento absoluto de la luz de Dios. Es un nivel profundo y subterráneo de la creación, desde donde surgen las aguas (símbolo de la abundancia de energía y sustancia creativa). En la tradición cabalística, Tehom está relacionado con el aspecto de Binah (la Sefirá de la Entendimiento), que es la esfera del pensamiento y la creación de estructuras. El abismo, al igual que el caos, es un lugar donde aún no se ha revelado la luz divina de manera clara, pero que tiene el potencial de ser la fuente de la creación misma, una vez que se revela la luz de la sabiduría.

La palabra Tehom (תהום) tiene un valor numérico de 449, que también se relaciona con la palabra "Hokhmah" (חכמה), que significa sabiduría, y tiene un valor numérico de 73. Esto sugiere que el abismo contiene dentro de sí mismo la sabiduría oculta que, cuando es revelada, trae la creación y el orden. El abismo es, por lo tanto, no solo un lugar de caos, sino también un espacio de profunda sabiduría potencial que espera ser iluminado.

Igualmente las Tinieblas (חושך – Hoshech) son ese otro aspecto importante de este proceso cósmico. En Génesis 1:2, se dice que "las tinieblas estaban sobre la faz del abismo". Las tinieblas representan la ausencia de luz y, en un sentido cabalístico, también simbolizan el ocultamiento de la luz divina. Sin embargo, como todo en la Cábala, las tinieblas no son solo algo negativo, sino que pueden ser vistas como un espacio de ocultación donde la luz está presente, pero aún no es revelada. Las tinieblas permiten la existencia del libre albedrío y la oportunidad para el alma humana de descubrir y experimentar la luz por sí misma.

Las tinieblas están asociadas con la Sefirá de Gevurah, que representa el juicio, la restricción y la disciplina. Este aspecto puede parecer negativo, pero en realidad es necesario para crear un espacio en el cual la luz pueda finalmente ser revelada y apreciada. Las tinieblas, entonces, son vistas como una energía contenida, que espera ser equilibrada con la luz para crear armonía y orden en el mundo.

La palabra Hoshech (חושך) tiene un valor numérico de 328, lo que también corresponde a la palabra "Shemesh" (שמש), que significa sol. Este paralelismo indica que las tinieblas son solo un paso intermedio en el proceso de creación, ya que las tinieblas eventualmente se disiparán con la luz del sol. De esta manera, las tinieblas son entendidas como un proceso necesario para la revelación y la claridad espiritual.

La Faz de las Aguas (פני המים – Pnei HaMayim) por su parte de la cual se habla en Génesis 1:2, cuando se dice que "el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas", tiene un simbolismo profundo en la Cábala. Las aguas, en este contexto, representan el caos primordial de la creación, un lugar de inmensidad y fluidez. Las aguas son el medio donde la creación toma forma.

El agua en la Cábala está relacionada con la Sefirá de Chessed, que representa la misericordia, la expansión y la abundancia. Las aguas, entonces, representan la fuerza creadora que fluye sin restricciones, pero que necesita ser estructurada y dirigida hacia formas correctas. En el acto de la creación, el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas, lo que sugiere que la luz divina comienza a ordenar y estructurar el caos primigenio, trayendo de la oscuridad una creación significativa y organizada.

La palabra "Mayim" (מים), que significa "agua", tiene un valor numérico de 90. Este número es interesante porque está relacionado con el concepto de Tzedek (צדק), que significa "justicia" y tiene el valor numérico de 90. Esto implica que las aguas no son solo un medio caótico, sino que también tienen un aspecto de justicia, equilibrio y rectificación divina. Así, las aguas son el lugar donde la misericordia (Chessed) y la justicia (Tzedek) se encuentran y se equilibran, lo que permite la creación armoniosa del universo.

El caos, el abismo, las tinieblas y la faz de las aguas son conceptos cabalísticos profundamente interconectados que reflejan los estados primordiales de desorden, ocultación y potencialidad. En la Cábala, estos aspectos no son necesariamente negativos, sino espacios de creación potencial y sabiduría oculta. Nos enseñan que la transformación espiritual implica atravesar y comprender estos estados de oscuridad y caos para llegar a la luz y la claridad divinas.

A través de la Gematría, aprendemos que incluso en estos aspectos aparentemente caóticos de la creación hay un potencial de redención y un orden oculto, esperando ser revelado. Todo lo que parece desordenado o caótico contiene dentro de sí una energía divina que, cuando es correctamente dirigida, puede traer equilibrio, armonía y revelación. En nuestras vidas, también podemos aprender a ver el caos y la oscuridad no como obstáculos, sino como oportunidades para crecer, transformar y finalmente manifestar la luz divina en el mundo.

No olvidemos que todos ellos hacen parte de esa contracción divina que el concepto fundamental para entender desde la Cábala el proceso de creación, para poder a través de esta interpretación percibir nuestra propia existencia dentro del plan divino comprendiendo este proceso dentro de nuestro propio crecimiento espiritual integral.

El término "Tsimtsum" (צמצום) proviene de la raíz hebrea "tz-m-tz", que significa "restringir" o "contraer". En el contexto cabalístico, el Tsimtsum se refiere al proceso divino mediante el cual Dios se contrae o se retira de una porción del espacio para permitir la creación de un mundo autónomo y libre.

En su forma más simple, el Tsimtsum es el acto en el cual Dios, en su infinita luz, realiza una contracción de Su presencia, creando un espacio vacío dentro de Su propia infinitud. Este vacío es el lugar donde puede surgir la creación del mundo material y espiritual. Sin esta contracción, no habría espacio para que el mundo existiera, ya que la luz divina es infinita e ilimitada, y llenar todo el espacio habría aniquilado la posibilidad de creación.

Antes de la Creación: Antes del Tsimtsum, solo existía la luz infinita de Dios (conocida como Ein Sof, "Sin Fin"), que lo llenaba todo. Esta luz es pura, ilimitada e indivisible. Sin embargo, para que el mundo y los seres conscientes pudieran existir, era necesario crear un espacio de independencia dentro de la infinitud divina, donde la creación pudiera tener una existencia autónoma.

La Contracción Divina: El Tsimtsum implica una contracción o retirada de la luz infinita de Dios, dejando un vacío donde puede emerger el mundo. Este vacío es en sí mismo un espacio lleno de potencialidad y energía pura. Es un lugar donde las fuerzas divinas pueden tomar forma y manifestarse de acuerdo con un orden estructurado, a través de los distintos niveles de la creación.

La Creación del Mundo: Tras la contracción divina, las Sefirot (las emanaciones divinas) comienzan a llenar este espacio vacío, organizándose en un sistema jerárquico que dará lugar a los mundos espirituales (Atzilut, Beriyah, Yetzirah y Asiyah) y, finalmente, al mundo material. La creación comienza a tomar forma de una manera estructurada, y la luz divina se "fragmenta" en diferentes niveles de realidad.

El concepto de Tsimtsum tiene implicaciones profundas para nuestra comprensión de la existencia humana, la espiritualidad y el crecimiento integral. Al comprender cómo Dios contrajo Su luz para dar lugar a la creación, podemos aplicar estos principios a nuestra vida diaria y nuestro viaje de autodescubrimiento.

Al igual que el proceso de contracción divina creó un vacío de potencialidad, en nuestras vidas también experimentamos momentos de vacío o ausencia de dirección clara. A menudo, en estos momentos de "oscuridad" o "vacío", podemos sentir que nuestra vida carece de propósito o dirección. Sin embargo, la Cábala nos enseña que este vacío no es algo negativo; es un espacio de potencialidad, donde pueden surgir nuevas oportunidades de crecimiento y revelación.

El vacío que experimentamos en nuestras vidas es el terreno fértil para el crecimiento espiritual. No debemos temer la sensación de estar vacíos, porque como el Tsimtsum, ese espacio vacío contiene el potencial para nuevas manifestaciones de luz y comprensión. Al atravesar momentos de incertidumbre, debemos verlos como oportunidades para reconfigurarnos y transformarnos.

El Tsimtsum, al crear un espacio autónomo, es la base del libre albedrío humano. En el mundo creado, el hombre es capaz de actuar de manera independiente de la luz divina, ya que este espacio vacío permite la existencia de libre elección. Si no existiera esa "retirada" de la luz divina, los seres humanos no tendríamos capacidad de elección, ya que viviríamos completamente absorbidos por la luz infinita de Dios.

El libre albedrío es uno de los mayores regalos y responsabilidades que tenemos como seres humanos. Nos permite elegir entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad, y moldear nuestro propio destino espiritual. El proceso de Tsimtsum nos enseña que debemos utilizar esta libertad de manera sabia, buscando siempre alinear nuestras acciones con la luz divina.

El Tikkun (תיקון), o rectificación, es un concepto cabalístico que se refiere al proceso de restaurar y corregir el mundo y nuestras almas. Después del Tsimtsum, el mundo creado no es perfecto; hay una fragmentación de la luz divina. La rectificación implica recoger y restaurar las chispas divinas que quedaron dispersas en el proceso de creación, y devolverlas a su fuente original.

Nuestra vida es un proceso continuo de rectificación. Cada vez que enfrentamos desafíos o dificultades, debemos verlos como oportunidades para corregir nuestros errores, superar nuestras limitaciones y acercarnos más a nuestro propósito divino. Al hacerlo, estamos colaborando en la sanación del mundo y nuestra propia alma.

El Tsimtsum nos muestra que, a pesar de la contracción divina, la luz sigue estando presente, aunque de manera oculta. A menudo, en nuestras vidas, la luz espiritual y la claridad parecen estar ausentes, pero la Cábala nos enseña que siempre hay luz en nuestro interior, aunque a veces esté oculta en el proceso de nuestro crecimiento. La clave está en buscarla y permitir que se revele.

El proceso de autoconocimiento es un reflejo del Tsimtsum: aunque al principio no veamos la luz o no entendamos el propósito de nuestras vidas, debemos confiar en que la luz divina está presente, esperando ser descubierta. Nuestro crecimiento espiritual depende de nuestra capacidad de buscar esa luz interior en medio de la oscuridad y el caos de la vida cotidiana.

La contracción divina crea un espacio donde la creación puede expandirse y desarrollarse de manera ordenada. De manera similar, en nuestra vida espiritual, al hacer espacio dentro de nosotros mismos (a través de la meditación, la oración, y la introspección), creamos la oportunidad para que nuestra alma se expanda y crezca.

El Tsimtsum nos enseña que, a través del proceso de contracción y expansión, podemos llegar a comprendernos más profundamente. A veces necesitamos retirarnos del bullicio del mundo exterior para crear el espacio interior necesario para nuestra expansión espiritual. Este es el proceso de autocrecimiento que nos permite llegar a ser nuestra versión más elevada.

El crecimiento integral en la Cábala es un proceso continuo de expansión y contracción, de luz y oscuridad, de orden y caos. Para crecer espiritualmente, debemos aprender a abrazar tanto los momentos de luz como los momentos de oscuridad. El Tsimtsum nos enseña que la creación es un proceso dinámico que implica tanto la ausencia de luz como la plenitud de luz, y nuestro crecimiento depende de reconocer y utilizar ambos aspectos en nuestro viaje hacia la autorrealización.

La contracción divina es un concepto profundo que ilumina nuestra comprensión de la creación y nuestra propia existencia. Nos muestra que incluso en los momentos de oscuridad y vacío, hay una oportunidad para el crecimiento, para expandirnos espiritualmente y para buscar la luz interior. A través de la práctica del Tikkun y el trabajo consciente sobre nuestra alma, podemos alinear nuestras vidas con la luz divina, comprender nuestro propósito más profundo y contribuir al orden y armonía en el mundo.

es una de las conexiones más profundas de la estructura metafísica de las Escrituras. Estamos ante el misterio del Bitul (la anulación del ego) y el dominio del Espíritu sobre la materia. Al conectar el Génesis con los Evangelios, vemos que Yeshúa no solo camina sobre el agua; Él está reclamando Su posición original como el Verbo (Logos) que ordena el caos.

Finalmente y para lograr una analogía mas profunda con el nuevo testamento y nuestra visión mesiánica es de suma importancia entender desde el Zohar que las "aguas" (Máyim) representan tanto la sabiduría divina como el caos inestable de la creación potencial.

La palabra Merajéfet (מְרַחֶפֶת - se movía/revoloteaba) tiene una gematría de 728. Los sabios notan que esta palabra se puede descomponer en Met (מֵת - muerto) y las letras que suman 288. Según la Cábala, existen 288 chispas de luz que cayeron en el abismo tras la "Ruptura de los Vasos" (Shevirat HaKelim). El Espíritu "vuela" sobre las aguas para rescatar esas chispas del caos.

El Mesías sobre el Mar Mateo 14:25-27: "Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar..."

En el pensamiento hebreo, el mar (Yam) es un símbolo de las naciones, del caos y del Sitrá Ajrá (el lado oscuro). Al caminar sobre las aguas, Yeshúa está realizando una "puesta en escena" de Génesis 1:2. Génesis: El Rúaj (Espíritu) está sobre las aguas preparando la vida. Evangelio: El Rúaj encarnado (Yeshúa) camina sobre las aguas demostrando soberanía sobre la muerte y el caos.

Máyim (מים - Agua): Suma 90. El agua es informe, toma la forma del recipiente. Representa el mundo físico y sus deseos cambiantes. Ha-Rúaj (הרוח - El Espíritu): Suma 219. La Diferencia: Cuando el Mesías camina sobre el agua, está mostrando que Su naturaleza no es "sumergida" por el mundo (el deseo de

recibir), sino que Él flota sobre la materia. El Secreto de la Letra Mem (מ): La palabra Máyim comienza y termina con la letra Mem. La Mem representa el vientre materno y el tiempo. Caminar sobre el agua es caminar sobre las limitaciones del tiempo y el espacio.

El Talmud (Tratado Jaguigá 15a) discute el límite entre las "Aguas Superiores" y las "Aguas Inferiores", mencionando que solo hay un espacio de "tres dedos" entre ellas. El Mesías, al caminar sobre el mar, se sitúa exactamente en ese espacio: el puente entre lo Divino (Aguas Superiores) y lo Humano (Aguas Inferiores).

Dominio del Ego: El mar representa nuestras emociones turbulentas y miedos. Caminar sobre ellas significa no permitir que tus circunstancias (el agua) te hundan. La Cuarta Vigilia: Yeshúa aparece al final de la noche. En la Cábala, esto representa el final del exilio (Galut). El consuelo llega justo antes del amanecer. El Verbo es la Roca: El agua sostiene al Mesías porque para el Verbo, la materia es maleable. Si tú te unes al Verbo (la Verdad), tus crisis dejan de ser un abismo para convertirse en un camino.

El "Rúaj" que nos llama Cuando Pedro intenta caminar y se hunde, Yeshúa le dice: "¿Por qué dudaste?". Amalec (Duda) = 240. Agua (Caos). La enseñanza es clara: Cuando el hombre conecta con el Rúaj Elohim (el Espíritu de Dios) que "revoloteaba" en el inicio, adquiere la capacidad de trascender su naturaleza animal. Yeshúa no solo camina sobre el agua para impresionar, sino para revelar que el ser humano, unido al Creador, no tiene por qué ser esclavo de las leyes del caos.

En el contexto bíblico y talmúdico (Tratado Berajot 3a), la noche se divide en vigilias. La Cuarta Vigilia (entre las 3:00 a.m. y las 6:00 a.m.) es el momento justo antes del alba, conocido como Ayelet HaShajar (la cierva de la aurora).

Es el tiempo donde la Misericordia (Jésed) comienza a endulzar los Juicios (Gevurot) de la noche. Gematría de "Cuarta" (Revi'it - רְבִיעִית): Suma 780. Este número es múltiplo de 26 (valor del Nombre sagrado Y-H-V-H), específicamente 26 \ 30. Esto indica que en la cuarta vigilia, el Nombre de Dios se expande sobre las tres dimensiones del tiempo (pasado, presente y futuro).

Los Cuatro Niveles de Revelación

Caminar sobre las aguas en la "Cuarta" vigilia revela que Yeshúa domina los cuatro niveles de interpretación de la Realidad y la Torá: Pshat (Simple): El hecho físico de caminar sobre el agua. Remez (Alusión): La conexión con el Espíritu sobre las aguas en Génesis 1:2. Drash (Búsqueda): La enseñanza sobre la fe y la duda (Pedro). Sod (Secreto): El Mesías como el punto de unión entre las Aguas Superiores (Biná) y las Aguas Inferiores (Maljut).

La Analogía del Espíritu y el "Pasaje" de la Materia Cuando Génesis 1:2 dice que el Espíritu Merajéfet (revoloteaba), el Zohar explica que el Espíritu no tocaba físicamente el agua, sino que mantenía una tensión vibratoria. Al caminar Yeshúa sobre el mar, Él está demostrando el Bitul HaYesh (la anulación de lo existente). Para el Mesías, el agua no es líquida ni sólida; es Luz condensada.

La palabra "Agua" (Mayim - מים) tiene dos letras Mem. Una Mem abierta (מ) y una Mem cerrada (ם). La Mem abierta representa las aguas reveladas (el mundo físico). La Mem cerrada representa las aguas ocultas (el mundo espiritual). Enseñanza Mesiánica: Yeshúa camina sobre ambas. Él domina tanto lo que vemos como lo que está oculto en nuestro inconsciente (el abismo).

Visión Mesiánica Integral: El "Yo Soy" en el Mar Cuando los discípulos se asustan, Yeshúa les dice: "Tened ánimo; Yo Soy (Aní Hu), no temáis" (Mateo 14:27). Esta expresión "Yo Soy" es la misma que resuena en la Zarza Ardiente y en la Kabbalah como el nivel de Kéter (la Corona), la voluntad más alta. Al pronunciar "Yo Soy" mientras pisa el elemento más inestable de la naturaleza (el agua), Él está revelando que: El Verbo es el fundamento: La materia solo es el escenario donde el Verbo actúa. La identidad divina vence al caos: El miedo (las olas) solo se disipa cuando la identidad del "Yo Soy" es reconocida por el alma.

En tu vida, las "aguas" son tus emociones, crisis y la incertidumbre del sistema mundial. Enseñanza Integral: Si intentas caminar con tu lógica humana (Pshat), te hundirás como Pedro. Si conectas con el "Espíritu que revolotea" (Sod), entenderás que la crisis no está allí para ahogarte, sino para ser el suelo sobre el cual camines hacia tu propósito.

REFLECTION

Our earth was in Tohu va-Bohu, "formless and void," a state of chaos that simultaneously holds the potential for our development, as it is from disorder that we can freely shape manifestations that will lift us out of this Tehom (abyss), a subconscious that, with its emotions, cries out for us to explore our inner being and seek the light of our understanding through His Word.

His Spirit as a guide, Ruaj Elohim, is the force that activates our potential for life, and it is this divine energy that transcends through us, enabling the transformation of our experiences for the sake of universal harmony.

He is in everything, but we must seek Him, discovering His signs and messages as we live through our own experiences and challenges, going beyond what is visible and comprehensible.

In Kabbalah and Gematria, the concept of emptiness (in Hebrew, "הֶבֶל", hevel) has a deep and transcendental meaning that goes beyond the mere absence of something. This concept is not just a lack, but a potential space that has a purpose and can be filled with transformative divine light or energy.

In Kabbalah, emptiness is commonly associated with "Tsimtsum" (צמצום), which translates as the contraction or retraction of divine light. According to the writings of Isaac Luria (the Arizal), Tsimtsum is the process through which the Creator, in His infinite light, created an empty space

within Himself, allowing for the creation of the world. This emptiness is not actually "empty" in the literal sense, but rather a space where divine light has been contracted to allow for the manifestation of creation.

The central concept here is that emptiness is not an end or a definitive absence, but a necessary means for the creation and manifestation of reality. Emptiness is a potential space, an opening, a cavity ready to be filled with something new, something divine.

According to Kabbalah, before the creation of the world, all of reality was filled with the infinite light of God. But for creation to exist, that light had to withdraw from a certain space, thus creating a void or space within which the various forms of life could emerge and the worlds manifest. This empty space is essential, as without it there would be no room for free will or creation.

From a gematria perspective, the concept of emptiness has an interesting numerical dimension. For example, the word "hevel" (הֶבֶל), which means void, has the numerical value of 37. This number, although seemingly small, is related in Kabbalah to the concept of hidden light. The number 37 is also associated with the word "or" (אור), meaning "light" (which has the numerical value of 207). This reflects the idea that emptiness is not the absence of light, but a space awaiting the manifestation of that light.

Furthermore, emptiness is related to the Sephirah of Kesser (the divine crown), which is beyond human understanding and represents the origin of all spiritual energies. Kesser is a light that does not manifest directly, but rather a potential light, reminding us that emptiness is the place where the energies of creation are gestated before they manifest.

Emptiness is not something to be feared or avoided, but rather understood as a space of infinite possibilities. On our spiritual path, when we feel emptiness in our lives (emotional, spiritual, or material), instead of seeing it as something negative, we should see it as an opportunity to fill it with light, wisdom, and divine purpose. This empty space can be fertile ground for personal growth, for connection with God, and for the manifestation of our true essence.

As Tsimtsum indicates, for there to be creation, there must be emptiness. This emptiness allows for free will and interaction with the material world. If everything were filled with God's infinite light, there would be no room for freedom, individuality, or action. Therefore, emptiness is an essential part of creation itself, and without it, we could not exist as conscious beings, capable of making choices and growing spiritually.

Emptiness can also be seen as a preparation to receive something greater. In our lives, when we experience moments of emptiness or desolation, these can be moments where we are being prepared to receive something new, be it a new spiritual understanding, a personal transformation, or a divine revelation. Like the emptiness of a vessel that is about to be filled, our souls, empty of worldly things, can be ready to receive the light of wisdom, peace, or divine connection.

One of the most profound lessons we can learn from emptiness is the importance of acceptance. Kabbalah teaches us that emptiness is, in many ways, an aspect of divine nature and must be accepted as part of the cosmic and human process. By accepting emptiness, we stop fearing it and begin to see the empty situations in our lives as opportunities for spiritual growth and expansion. We learn that the emptiness in our lives is not permanent, but temporary, and is only a prelude to something greater to come.

Emptiness is directly related to the concept of Shalom (peace), which is related to wholeness and unity. To achieve inner peace, there must be a void within us, a space where we can hear and receive the divine presence without the distractions of the material world. Peace is achieved when we understand that, sometimes, emptiness is not the absence of something, but the presence of everything that is to come.

Emptiness, in the Kabbalistic and gematrical vision, is an invitation to embrace spiritual potential and transformation. Sometimes, we feel empty, that something is missing in our lives. But in reality, this emptiness is a space waiting to be filled by the light of divinity, by profound knowledge, and by the experience of connection with the sacred. It teaches us to see our difficulties and moments of desolation as moments of preparation, where light and peace can finally enter our lives. Emptiness is the prelude to creation, the opportunity to transform our lives and reconnect with divine purpose.

Therefore, learning about emptiness means learning to accept and utilize that space as a field of growth, awaiting the moment when divine light manifests and fills us with meaning, purpose, and peace. The same is true of the concepts of chaos, abyss, darkness, and the surface of the waters, which have profound meaning in Kabbalah and Gematria, as they are related to the stages prior to creation, the manifestation of divine light, and spiritual transformation.

In the Kabbalistic tradition, these ideas are not considered purely negative, but rather phases of potentiality or the raw material of creation that, when properly understood and rectified, can be used to achieve order and enlightenment.

Chaos (תוהו ובוהו – Tohu va-Bohu), for example, is related as a concept to the Hebrew term "Tohu va-Bohu" (תוהו ובוהו), which literally means "disorder and emptiness." It represents the primordial state of chaos and confusion. In Kabbalah, this chaos is not simply an absence of order, but a potential space filled with raw energy that has not yet been structured or directed. It is a void of light, but a void filled with possibilities. It is the first manifestation of the "raw material" of the universe, which needs to be organized and structured by the act of divine creation.

Chaos, or Tohu va-Bohu, is the starting point of all that exists. In Kabbalistic terms, Tohu is associated with the principle of Kesser (the Sefirah of the Crown), which represents an infinite but indeterminate light that has no form or structure. It is the first "state" before the creation of forms began, before the manifestation of order in the physical world.

On a deeper level, chaos symbolizes the limitless potential of what could be. For creation to occur, that raw energy of chaos needed to be structured through the Sefirot (divine emanations), which would organize that energy to bring order to the universe.

The word Tohu (תוהו) has the numerical value of 408, and the word Bohu (ובוהו) has the numerical value of 12. Together, they add up to 420, which corresponds to the numerical value of the word "Mashiach" (משיח), meaning Messiah. This implies that the initial chaos or disorder actually contains within itself the potential for divine redemption and restoration. Chaos is the precursor to rectification, correction, and the advent of harmony through the Messiah. It is a sign that, even in the midst of confusion and chaos, there is the possibility of future redemption.

The Abyss (תהום – Tehom) is another key concept in Kabbalah and Gematria, and is related to the primordial water that existed before creation. In the previously cited verse from Genesis 1:2, it is said that "darkness was over the face of Tehom." The Abyss, like chaos, is a primordial state of disorder and concealment from divine light.

Tehom represents a space of profound darkness and concealment, symbolizing the absolute concealment of God's light. It is a deep, subterranean level of creation, from which the waters emerge (symbolizing the abundance of energy and creative substance). In Kabbalistic tradition, Tehom is related to the aspect of Binah (the Sefirah of Understanding), which is the sphere of thought and the creation of structures. The abyss, like chaos, is a place where divine light has not yet been clearly revealed, but which has the potential to be the source of creation itself, once the light of wisdom is revealed.

The word Tehom (תהום) has a numerical value of 449, which is also related to the word "Hokhmah" (חכמה), which means wisdom, and has a numerical value of 73. This suggests that the abyss contains within itself the hidden wisdom that, when revealed, brings creation and order. The abyss is, therefore, not only a place of chaos, but also a space of profound potential wisdom waiting to be illuminated.

Likewise, Darkness (חושך – Hoshech) is another important aspect of this cosmic process. In Genesis 1:2, it is said that "darkness was over the face of the deep." Darkness represents the absence of light and, in a Kabbalistic sense, also symbolizes the concealment of divine light. However, like everything in Kabbalah, darkness is not only negative; it can be seen as a space of concealment where light is present but not yet revealed. Darkness allows for the existence of free will and the opportunity for the human soul to discover and experience the light for itself.

Darkness is associated with the Sefirah of Gevurah, which represents judgment, restriction, and discipline. This aspect may seem negative, but it is actually necessary to create a space in which the light can finally be revealed and appreciated. Darkness, then, is seen as a contained energy, waiting to be balanced with light to create harmony and order in the world.

The word Hoshech (חושך) has a numerical value of 328, which also corresponds to the word "Shemesh" (שמש), which means sun. This parallel indicates that darkness is only an intermediate step in the process of creation, as the darkness will eventually be dissipated by the light of the sun. In this way, darkness is understood as a necessary process for revelation and spiritual clarity.

The Face of the Waters (פני המים – Pnei HaMayim), which is spoken of in Genesis 1:2 when it says that "the Spirit of God was hovering over the waters," has profound symbolism in Kabbalah. Waters, in this context, represent the primordial chaos of creation, a place of immensity and fluidity. Waters are the medium through which creation takes shape.

Water in Kabbalah is related to the Sefirah of Chessed, which represents mercy, expansion, and abundance. Waters, then, represent the creative force that flows without restriction, but needs to be structured and directed into correct forms. In the act of creation, the Spirit of God hovered over the waters, suggesting that divine light begins to order and structure the primordial chaos, bringing a meaningful and organized creation out of darkness.

The word "Mayim" (מים), which means "water," has a numerical value of 90. This number is interesting because it is related to the concept of Tzedek (צדק), which means "justice" and has the numerical value of 90. This implies that waters are not only a chaotic medium, but also have an aspect of justice, balance, and divine rectification. Thus, waters are the place where mercy (Chessed) and justice (Tzedek) meet and balance, allowing for the harmonious creation of the universe.

Chaos, the abyss, darkness, and the face of the waters are deeply interconnected Kabbalistic concepts that reflect the primordial states of disorder, concealment, and potentiality. In Kabbalah, these aspects are not necessarily negative, but rather spaces of potential creation and hidden wisdom. They teach us that spiritual transformation involves traversing and understanding these states of darkness and chaos in order to reach divine light and clarity.

Through Gematria, we learn that even in these seemingly chaotic aspects of creation, there is a potential for redemption and a hidden order, waiting to be revealed. Everything that seems disordered or chaotic contains within itself a divine energy that, when properly directed, can bring balance, harmony, and revelation. In our lives, we can also learn to see chaos and darkness not as obstacles, but as opportunities to grow, transform, and ultimately manifest divine light in the world.

Let us not forget that all of them are part of that divine contraction, which is the fundamental concept for understanding the process of creation from Kabbalah. Through this interpretation, we can perceive our own existence within the divine plan, understanding this process within our own integral spiritual growth.

The term "Tsimtsum" (צמצום) comes from the Hebrew root "tz-m-tz," which means "to restrict" or "to contract." In the Kabbalistic context, Tsimtsum refers to the divine process by which God contracts or withdraws from a portion of space to allow for the creation of an autonomous and free world.

In its simplest form, Tsimtsum is the act in which God, in His infinite light, performs a contraction of His presence, creating an empty space within His own infinity. This emptiness is the place where the creation of the material and spiritual worlds can emerge. Without this contraction, there would be no space for the world to exist, since divine light is infinite and limitless, and filling all space would have annihilated the possibility of creation.

Before Creation: Before Tsimtsum, there was only the infinite light of God (known as Ein Sof, "Without End"), which filled everything. This light is pure, limitless, and indivisible. However, for the world and sentient beings to exist, it was necessary to create a space of independence within divine infinity, where creation could have an autonomous existence.

Divine Contraction: Tsimtsum involves a contraction or withdrawal of God's infinite light, leaving a void where the world can emerge. This void is itself a space filled with potentiality and pure energy. It is a place where divine forces can take form and manifest according to a structured order, through the various levels of creation.

The Creation of the World: Following divine contraction, the Sefirot (divine emanations) begin to fill this empty space, organizing themselves into a hierarchical system that will give rise to the spiritual worlds (Atzilut, Beriyah, Yetzirah, and Asiyah) and, ultimately, the material world. Creation begins to take shape in a structured manner, and divine light "fragments" into different levels of reality.

The concept of Tsimtsum has profound implications for our understanding of human existence, spirituality, and holistic growth. By understanding how God contracted His light to give rise to creation, we can apply these principles to our daily lives and our journey of self-discovery.

Just as the process of divine contraction created a void of potentiality, in our lives we also experience moments of emptiness or lack of clear direction. Often, in these moments of "darkness" or "emptiness," we may feel that our lives lack purpose or direction. However, Kabbalah teaches us that this emptiness is not a negative thing; It is a space of potentiality, where new opportunities for growth and revelation can emerge.

The emptiness we experience in our lives is fertile ground for spiritual growth. We should not fear the feeling of emptiness, because like Tsimtsum, this empty space contains the potential for new manifestations of light and understanding. When we go through moments of uncertainty, we should see them as opportunities to reconfigure and transform ourselves.

Tsimtsum, by creating an autonomous space, is the basis of human free will. In the created world, humankind is capable of acting independently of divine light, as this empty space allows for the existence of free choice. If this "withdrawal" of divine light did not exist, human beings would have no capacity for choice, as we would live completely absorbed by the infinite light of God.

Free will is one of the greatest gifts and responsibilities we have as human beings. It allows us to choose between good and evil, between light and darkness, and to shape our own spiritual destiny. The Tsimtsum process teaches us that we must use this freedom wisely, always seeking to align our actions with divine light.

Tikkun (תיקון), or rectification, is a Kabbalistic concept that refers to the process of restoring and correcting the world and our souls. After Tsimtsum, the created world is not perfect; there is a fragmentation of the divine light. Rectification involves collecting and restoring the divine sparks that were scattered in the creation process and returning them to their original source.

Our life is a continuous process of rectification. Whenever we face challenges or difficulties, we should view them as opportunities to correct our mistakes, overcome our limitations, and grow closer to our divine purpose. In doing so, we are collaborating in the healing of the world and our own souls.

Tsimtsum shows us that, despite divine contraction, the light is still present, albeit in a hidden way. Often, in our lives, spiritual light and clarity seem absent, but Kabbalah teaches us that there is always light within us, even if it is sometimes hidden in the process of our growth. The key is to seek it and allow it to reveal itself.

The process of self-knowledge is a reflection of Tsimtsum: even if we don't initially see the light or understand the purpose of our lives, we must trust that divine light is present, waiting to be discovered. Our spiritual growth depends on our ability to seek that inner light amidst the darkness and chaos of everyday life.

Divine contraction creates a space where creation can expand and develop in an orderly manner. Similarly, in our spiritual lives, by making space within ourselves (through meditation, prayer, and introspection), we create the opportunity for our soul to expand and grow.

Tsimtsum teaches us that, through the process of contraction and expansion, we can come to a deeper understanding of ourselves. Sometimes we need to withdraw from the hustle and bustle of the outside world to create the inner space necessary for our spiritual expansion. This is the process of self-growth that allows us to become our highest selves.

Integral growth in Kabbalah is a continuous process of expansion and contraction, of light and darkness, of order and chaos. To grow spiritually, we must learn to embrace both moments of light and moments of darkness. Tsimtsum teaches us that creation is a dynamic process involving both the absence of light and the fullness of light, and our growth depends on recognizing and utilizing both aspects in our journey toward self-realization.

Divine contraction is a profound concept that illuminates our understanding of creation and our own existence. It shows us that even in moments of darkness and emptiness, there is an opportunity for growth, for spiritual expansion, and for seeking inner light. Through the practice of Tikkun and

conscious work on our soul, we can align our lives with divine light, understand our deepest purpose, and contribute to order and harmony in the world.

Finally, to achieve a deeper analogy with the New Testament and our messianic vision, it is crucial to understand from the Zohar that the "waters" (Mayim) represent both divine wisdom and the unstable chaos of potential creation.

The word Merajéfet (מְרַחֶפֶת - moved/fluttered) has a gematria of 728. The sages note that this word can be broken down into Met (מֵת - dead) and the letters that add up to 288. According to Kabbalah, there are 288 sparks of light that fell into the abyss after the "Breaking of the Vessels" (Shevirat HaKelim). The Spirit "flies" over the waters to rescue these sparks from chaos.

The Messiah on the Sea Matthew 14:25-27: "But in the fourth watch of the night, Jesus came to them, walking on the sea..."

In Hebrew thought, the sea (Yam) is a symbol of the nations, chaos, and Sitra Achra (the dark side). By walking on the water, Yeshua is enacting Genesis 1:2.

Genesis: The Ruach (Spirit) is upon the waters preparing life. Gospel: The incarnate Ruach (Yeshua) walks upon the waters demonstrating sovereignty over death and chaos.

Mayim (מים - Water): Sums up to 90. Water is formless, taking the shape of its container. It represents the physical world and its ever-changing desires.

Ha-Ruach (הרוח - The Spirit): Summa 219. The Difference: When the Messiah walks on water, He is showing that His nature is not "submerged" by the world (the desire to receive), but rather that He floats above matter.

The Secret of the Letter Mem (מ): The word Mayim begins and ends with the letter Mem. Mem represents the maternal womb and time. Walking on water is walking above the limitations of time and space.

The Talmud (Tractate Chagigah 15a) discusses the boundary between the "Upper Waters" and the "Lower Waters," mentioning that there is only a space of "three fingers" between them. The Messiah, by walking on the sea, stands precisely in that space: the bridge between the Divine (Upper Waters) and the Human (Lower Waters).

Mastery of the Ego: The sea represents our turbulent emotions and fears. Walking on them means not allowing your circumstances (the water) to drown you.

The Fourth Watch: Yeshua appears at the end of the night. In Kabbalah, this represents the end of the exile (Galut). Comfort arrives just before dawn.

The Word is the Rock: The water sustains the Messiah because, for the Word, matter is malleable. If you unite with the Word (the Truth), your crises cease to be an abyss and become a path.

The "Ruach" that calls us: When Peter tries to walk and sinks, Yeshua says to him, "Why did you doubt?" Amalek (Doubt) = 240. Water (Chaos).

The teaching is clear: When man connects with the Ruach Elohim (the Spirit of God) that "hovered" in the beginning, he acquires the capacity to transcend his animal nature. Yeshua did not walk on water merely to impress, but to reveal that humanity, united with the Creator, is not bound to the laws of chaos.

In the biblical and Talmudic context (Tractate Berakhot 3a), the night is divided into watches. The Fourth Watch (between 3:00 a.m. and 6:00 a.m.) is the moment just before dawn, known as Ayelet HaShachar (the Doe of the Dawn).

It is the time when Mercy (Chesed) begins to soften the Judgments (Gevurot) of the night.

Gematria of "Fourth" (Revi'it - רְבִיעִית): Sums up to 780. This number is a multiple of 26 (the numerical value of the sacred Name YHWH), specifically 26/30. This indicates that in the fourth watch, the Name of God expands over the three dimensions of time (past, present, and future).

The Four Levels of Revelation Walking on water in the "Fourth" watch reveals that Yeshua masters the four levels of interpretation of Reality and the Torah:

Pshat (Simple): The physical act of walking on water.

Remez (Allusion): The connection with the Spirit on the waters in Genesis 1:2.

Drash (Search): The teaching on faith and doubt (Peter).

Sod (Secret): The Messiah as the point of union between the Upper Waters (Binah) and the Lower Waters (Malchut).

The Analogy of the Spirit and the "Passage" of Matter When Genesis 1:2 says that the Spirit hovered (Merajéfet), the Zohar explains that the Spirit did not physically touch the water, but rather maintained a vibratory tension. When Yeshua walked on the sea, He was demonstrating Bitul HaYesh (the annulment of existence). For the Messiah, water is neither liquid nor solid; it is condensed Light.

The word "Water" (Mayim - מים) has two letters, Mem. An open Mem (מ) and a closed Mem (ם).

The open Mem represents the revealed waters (the physical world).

The closed Mem represents the hidden waters (the spiritual world). Messianic Teaching: Yeshua walks on both. He has dominion over both what we see and what is hidden in our unconscious (the abyss).

Integral Messianic Vision: The "I AM" in the Sea When the disciples are afraid, Yeshua tells them, "Take heart; I AM (Ani Hu), do not be afraid" (Matthew 14:27).

This expression "I AM" is the same one that resonates in the Burning Bush and in Kabbalah as the level of Keter (the Crown), the highest will. By pronouncing "I AM" while stepping on the most unstable element of nature (water), He is revealing that: The Word is the foundation: Matter is only the stage where the Word acts.

Divine identity overcomes chaos: Fear (the waves) only dissipates when the identity of "I AM" is recognized by the soul.

In your life, the "waters" are your emotions, crises, and the uncertainty of the world system.

Integral Teaching: If you try to walk with your human logic (Pshat), you will sink like Peter. If you connect with the "Fluttering Spirit" (Sod), you will understand that the crisis is not there to drown you, but to be the ground on which you walk towards your purpose.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים יְהִי אוֹר וַיְהִי-אוֹר

Vayomer Elohim yehi or vayehi or

«Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.»

"And God said, Let there be light: and there was light."

REFLEXIÓN

"Vayomer Elohim Yehi Or Vayehi Or" ("Y el Creador dijo: Sea la luz, y fue la luz"), es una revelación divina, una manifestación tangible de Su voluntad. Esa Luz es la sabiduría para nuestras propias vidas, con el propósito de que nos reconozcamos como Sus hijos, por lo que nuestras palabras y pensamientos generan Luz, crean, aunque a veces nos recreemos en el caos de nuestro alejamiento.

Moldear nuestras vivencias con Su palabra implica que Su luz, Su sabiduría, ilumine nuestro entendimiento, llamándonos a reproducir Su bondad y alejándonos de nuestras ignorancias, oscuridad y maldad.

"Or" (אור) nos llama a iluminar nuestra "razón" con un conocimiento profundo de Él, hasta comprender que esta experiencia terrenal temporal es solo una pequeña parte de nuestra esencia, lo que nos obliga a buscar en nuestra alma ser guiados por esa voluntad divina que es infalible.

Es un mensaje constante para que, a través de la oración, el estudio de Su palabra, y el proponernos voluntariamente buenas acciones, nos acerquemos a Él a través de Su obra.

Es por ello que la palabra "decir" (en hebreo, "אמר" - "Amar") tiene un significado profundo que trasciende su función comunicativa en el lenguaje cotidiano. La acción de "decir", especialmente cuando proviene de Dios, está relacionada con los procesos de emanación divina, la creación del mundo y el poder transformador de la palabra.

En la Cábala, el verbo "decir" está estrechamente vinculado al proceso de creación y a la manifestación de la luz divina en el mundo físico y espiritual. La palabra en hebreo para "decir" es אמר (Amar), que también tiene una raíz en א (Aleph), מ (Mem) y ר (Resh). Este verbo se refiere a la emisión de la palabra divina que da forma a la realidad. En particular, es una palabra cargada de poder creativo.

Según la tradición cabalística, el universo fue creado por la palabra de Dios. En el relato bíblico de la creación del mundo en el libro de Génesis, se repite constantemente la frase "Y dijo Dios..." ("ויאמר אלוהים"), lo que indica que el acto de crear tiene lugar por medio de la palabra divina. De acuerdo con la Cábala, cada palabra de Dios que se "dice" contiene una energía espiritual que manifiesta la

existencia. Cada palabra de Dios, cuando se pronuncia, activa las fuerzas cósmicas que dan vida a la creación. El verbo "decir" en este contexto está relacionado con el proceso de emanación, donde la luz divina se proyecta de manera controlada y ordenada para formar todo lo que existe en los mundos espirituales y materiales.

El concepto de Tzimtzum (la "contracción" de la luz divina) en la Cábala también está vinculado a la palabra. En un sentido espiritual, Dios "se contrae" para dar espacio a la creación, pero esa contracción no implica vacío, sino que permite que el acto de "decir" se convierta en el vehículo a través del cual la luz divina se adapta y se proyecta hacia abajo, formando las estructuras espirituales y físicas del universo. Decir no es solo un acto de comunicación, sino un acto creativo que llena de significado y sustancia las diferentes capas de la realidad.

Ahora, al analizar la palabra "אמר" desde el punto de vista de la Gematría, podemos obtener una mayor comprensión de su profundidad espiritual. א (Aleph) = 1, מ (Mem) = 40, ר (Resh) = 200, el valor numérico total de אמר es 241, número que es muy significativo en la Cábala porque está relacionado con varias palabras y conceptos espirituales profundos que pueden ayudarnos a entender mejor el acto de "decir".

El valor numérico de la palabra "(241) "אמר es muy cercano al valor numérico de la palabra "luz" (אור - Or), cuyo valor es 207. Aunque no es una coincidencia exacta, hay una fuerte relación simbólica entre la palabra "decir" y la "luz" en la Cábala, porque la luz divina se manifiesta a través de la palabra de Dios. En el Zohar y otros textos cabalísticos, se explica que la luz de la creación se emite a través de las palabras de Dios. La luz y la palabra son inseparables en el proceso de creación, y "decir" es un medio para traer la luz espiritual que da vida y forma al universo.

El Corazón del Hombre (לב - Lev). Otro concepto interesante en la Gematría relacionado con אמר (decir) es su correspondencia numérica con la palabra "corazón" (לב - Lev), cuyo valor también es 32 (llevando la suma a 241). El corazón en la Cábala no solo es el órgano físico, sino que también simboliza el centro espiritual del ser humano, el lugar donde residen las emociones y los deseos más profundos. El "decir" está relacionado con las intenciones del corazón. En la tradición cabalística, se cree que la palabra de Dios emana del corazón divino, y al decir algo, una persona está manifestando lo que hay en su corazón y, por lo tanto, reflejando lo divino. Esta relación simbólica entre la palabra y el corazón refleja el poder creativo y transformador que la palabra posee tanto en lo divino como en lo humano.

El acto de "decir" en la Cábala no es simplemente una expresión de sonidos; es una acción cosmológica y teúrgica. La palabra tiene la capacidad de transformar la realidad porque, según la tradición cabalística, el universo entero fue creado por la palabra divina. En el libro de los Salmos (33:6), se dice: "Por la palabra de Hashem fueron creados los cielos", lo que refuerza la noción de que la creación es un acto verbal. La palabra divina actúa como una energía vibratoria que organiza y estructura la materia en los diferentes mundos. En este sentido, cuando Dios dice, está creando y sustentando la creación de manera continua.

A través de las sefirot (las emanaciones divinas), la palabra de Dios fluye desde el mundo de la emanación (Atzilut) hasta el mundo físico (Asiyah), dando forma a todo lo que existe. Cada letra hebrea tiene un poder espiritual inherente. En la Cábala, las letras del alfabeto hebreo no son solo símbolos lingüísticos; son fuerzas cósmicas que contienen la energía divina que modela la creación. Al "decir" algo, se invoca una letra específica de este alfabeto que, en unión con otras letras, crea una realidad espiritual.

Desde la perspectiva cabalística, "decir" es un acto sagrado y profundo. Las palabras no son meras unidades de comunicación; son canales de la luz divina que crean y sostienen la realidad. A través de la palabra de Dios, el universo fue creado y sigue siendo sostenido. Decir algo es invocar la realidad espiritual y material que se manifiesta a través de las sefirot y las leyes divinas.

Para los seres humanos, nuestra palabra también tiene un poder transformador. Cuando hablamos, especialmente cuando hablamos con intención pura, podemos afectar nuestra propia realidad y la de los demás. La palabra humana, aunque limitada en comparación con la palabra divina, sigue siendo una herramienta poderosa para crear, sanar, manifestar y transformar nuestra existencia.

Así, el acto de decir, especialmente cuando lo hace el Creador, es mucho más que una simple declaración. Es una acción cósmica de creación, organización y mantenimiento de toda la existencia, vinculada a la luz y el corazón del mundo divino.

Por lo cual la palabra de Dios, la luz y la oscuridad en la Cábala y la Gematría tienen una gran profundidad lo que nos permite comprender cómo se manifiesta tanto la creación divina como los estados espirituales de revelación y ocultación. La idea de que la palabra de Dios genera luz es central en el pensamiento cabalístico, y la cuestión de si la oscuridad representa el silencio de Dios es una reflexión profunda sobre los aspectos de revelación y ocultación en el universo divino.

En la Cábala, la luz divina es una manifestación esencial del Infinito (Ein Sof), la fuente primaria de toda creación. La luz no solo es física, sino también espiritual, y tiene múltiples niveles de expresión, desde la luz pura y sin restricciones en el mundo de Atzilut (el mundo de la emanación) hasta la luz que, al ser contraída en el proceso de Tzimtzum, da forma a la creación física y espiritual. Esta luz es la luz que ilumina y manifiesta la voluntad divina a través de las palabras de Dios.

La palabra divina es un canal por el cual esta luz emana y se proyecta. Al "decir" algo, especialmente en el acto de creación, Dios emite una luz cósmica que estructura la realidad. Esta luz es lo que permite la manifestación del universo desde lo invisible hacia lo visible. En la Cábala, se cree que la luz no es solo una propiedad física, sino una energía espiritual que trasciende la materia, permitiendo la creación y la revelación de todo lo que existe.

La oscuridad, por otro lado, no es vista necesariamente como la antítesis de la luz, sino como un estado de ocultación o reticencia divina. Este concepto se explica a través del proceso de Tzimtzum. El Tzimtzum es el acto por el cual Dios se contrae para crear un "espacio vacío" donde la creación

pueda ocurrir sin la presencia abrumadora de lo infinito.

Tzimtzum no es un "vacío" físico en el sentido común, sino un vacío espiritual, que permite la existencia de un espacio autónomo donde la creación pueda ocurrir sin ser completamente absorbida por la luz infinita de Dios. Esta contracción se ve como una forma de ocultación de la luz divina, lo que crea lo que algunos llaman "oscuridad".

La oscuridad no es maligna ni negativa; más bien, es el espacio necesario para la libertad de la creación. Sin este "vacío" o ocultación, la creación no podría existir como una realidad autónoma. Por lo tanto, si pensamos en la oscuridad como el silencio divino, podemos interpretarlo como un acto de retirada o ocultación, similar a un momento de no-revelación en el cual la luz divina no se manifiesta de forma abierta.

El silencio divino tiene una dimensión simbólica importante en la Cábala. Se dice que en el momento de la creación, Dios habló, pero cuando se retira o se retrae, la creación experimenta momentos de silencio, es decir, una ausencia temporal de la palabra de Dios. Este silencio representa una pausa en el flujo de la revelación divina, dando espacio para que los seres creados puedan existir en su propia libertad.

En términos de Gematría, la palabra "silencio" (שקט - Sheket) tiene un valor numérico de 520, lo que puede ser significativo si lo comparamos con otros términos y conceptos espirituales. Por ejemplo, el valor de "luz" (אור - Or) es 207, y si analizamos las relaciones entre estos números, podemos deducir que la oscuridad o el silencio tienen un papel de equilibrio con la luz, creando la dinámica de la creación.

Comparación de la Luz y el Silencio: Luz (אור) = 207, Silencio (שקט) = 520. Este contraste numérico puede sugerir que el silencio divino (la ausencia de palabra) es una especie de espacio vacío o de pausa, que permite la creación de la luz, como un ciclo necesario para la manifestación de la realidad.

Desde la perspectiva cabalística, la oscuridad no es un vacío absoluto ni algo inherentemente negativo, sino un espacio sagrado de ocultación, en el que el Creador retira temporalmente su presencia directa para permitir que la creación se desarrolle en libertad. Este acto de ocultación y silencio divino permite que las criaturas puedan existir sin estar completamente sometidas a la luz abrumadora de la divinidad.

El silencio en este contexto puede entenderse como una ausencia de revelación directa, que da espacio a la creación y a la libertad de las criaturas para desarrollar su propia existencia, sin una constante imposición de la presencia divina.

En un sentido más filosófico, el silencio de Dios representa una interrupción o un descanso en la manifestación de la luz, creando el equilibrio entre la revelación y la ocultación, entre la luz y la oscuridad. Este espacio de silencio o ocultación es necesario para que el ser humano y las criaturas del mundo puedan tener libre albedrío y experimentar la creación en sus propios términos.

Desde la perspectiva cabalística y gemátrica, la oscuridad no es simplemente la ausencia de luz, sino un espacio de silencio divino, una forma de ocultación que permite que la creación se exprese libremente sin la constante revelación de la luz divina. La palabra de Dios, al decir, genera luz, mientras que el silencio divino (que se podría asociar con la oscuridad) es un acto de retirada que da lugar a la libertad y a la posibilidad de una creación autónoma.

Este concepto tiene implicaciones importantes para nuestra vida espiritual, ya que nos enseña que tanto la luz como la oscuridad son necesarias para el equilibrio cósmico. A veces, necesitamos momentos de silencio o ocultación en nuestras vidas para crecer y desarrollarnos espiritualmente, tal como la creación misma fue gestada a través de la combinación de luz y oscuridad.

Y es por ello que la frase "Yo soy el que soy" ("אהיה אשר אהיה" - Ehyeh Asher Ehyeh) que se encuentra más adelante en el Libro del Éxodo (3:14), cuando Dios se revela a Moisés en la zarza ardiente. Esta frase es una de las más poderosas y enigmáticas de toda la Biblia, y su significado va mucho más allá de una simple afirmación de existencia. En la Cábala y la Gematría, esta frase tiene profundas implicaciones espirituales y filosóficas que nos permiten explorar el concepto de ser, la identidad divina y cómo esto se conecta con el "yo" humano y el ego. Vamos a desglosar su significado desde esas perspectivas.

En la Cábala, la revelación de Dios como "Yo soy el que soy" tiene un significado multifacético relacionado con el concepto de existencia infinita y autossuficiencia divina. "Ehyeh Asher Ehyeh" se traduce generalmente como "Yo soy el que soy", pero también puede interpretarse como "Seré el que seré". Esta ambigüedad resalta el concepto de que Dios es eterno, infinito y no sujeto a los límites del tiempo o la forma. Dios es el Ser absoluto, que no depende de nada más para existir y no está limitado por nada.

En la Cábala, se dice que Dios es el "Ein Sof" (האין סוף), lo que significa "El Infinito", y está más allá de toda comprensión humana. La esencia de Dios está más allá de la definición; no hay una descripción precisa de lo que Él es porque Él no está contenido dentro de los parámetros de lo finito. La frase "Yo soy el que soy" es una forma de mostrar que la esencia de Dios no tiene principio ni fin y que se manifiesta de manera trascendental, fuera de las limitaciones que podemos comprender con nuestras mentes finitas.

En la Cábala, el acto de ser tiene varias capas y se vincula estrechamente con la idea de emanación divina. A través del Tzimtzum (la contracción de la luz infinita de Dios), Dios "hace espacio" para la creación, pero la esencia divina permanece en todo lo que existe. El proceso de ser implica que la luz divina se proyecta de manera controlada a través de las sefirot (las diez emanaciones divinas) para formar el mundo y todo lo que contiene.

Ser en este contexto no es simplemente existir de manera física, sino que es un acto continuo de emanación y creación, donde todo lo que existe es una manifestación del ser divino. El ser de Dios es inmutable e infinito, y su emanación cubre toda la existencia, desde el plano más espiritual hasta el

plano físico. En la Cábala, cada cosa creada posee una chispa de divinidad. Por lo tanto, el ser humano mismo es un reflejo de ese Ser Divino. Pero el desafío es reconocer ese Ser en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea.

La pregunta sobre qué es el "yo" y cómo se conecta con la frase divina "Yo soy el que soy" nos lleva a un terreno fundamental de la Cábala y la Gematría. Según la tradición cabalística, el "yo" humano, o "ani" (אני) en hebreo, es una construcción que está relacionada con nuestra conciencia de sí mismos y nuestra identidad individual. Sin embargo, esta identidad no es la esencia última de quiénes somos, sino que es una manifestación limitada del Ser divino que se encuentra en nuestro interior.

En la Cábala, el "yo" o "ani" es como un "vehículo" que puede reflejar o distorsionar la luz divina. El ego es la parte de nuestra conciencia que se identifica con nuestro cuerpo, nuestras emociones, nuestras ideas y deseos personales, separándonos de la comprensión de nuestro ser esencial, que es uno con lo divino. El ego a menudo nos lleva a creer que somos seres separados, cuando en realidad somos una extensión de lo divino. El ego es una ilusión que nos impide ver nuestra verdadera esencia como seres interconectados con el Todo.

La Gematría nos ofrece una herramienta para explorar aún más el significado de "Yo soy el que soy". Como mencionamos, la frase en hebreo es "אהיה אשר אהיה" (Ehyeh Asher Ehyeh). Vamos a desglosar las letras y sus valores numéricos: אהיה (Ehyeh) tiene un valor numérico de 21. אשר (Asher) tiene un valor numérico de 501. אהיה (Ehyeh) nuevamente tiene un valor numérico de 21. Si sumamos los valores de las palabras, obtenemos 543.

El valor numérico de 543 es interesante porque tiene varias asociaciones dentro de la Gematría. Uno de los conceptos relacionados con 543 es la palabra "שיר" (Shir), que significa "canción" o "himno". Esto puede ser interpretado como que la creación misma es una melodía divina, y la "palabra" de Dios es la armonía que da forma a todo el universo. Así, "Yo soy el que soy" no solo indica existencia, sino también armonía, orden y expresión divina en toda la creación.

Ahora, volvamos a la reflexión de si el "yo" divino es el mismo que el ego humano. En la Cábala, el ego no es el "ser" real, sino una máscara o distorsión que nos impide acceder a la verdadera esencia de nuestro ser, que es divina. El ego está vinculado con la identificación errónea de nuestra conciencia como un ser aislado y separado, cuando en realidad somos una manifestación de lo divino.

El ego es el "yo falso" que está desconectado de la luz divina, mientras que el verdadero "yo" es una chispa de la luz infinita de Dios, un reflejo de "Ehyeh Asher Ehyeh". En términos cabalísticos, el propósito del ser humano es trascender el ego y volver a reconocer su unidad con lo divino, entender que no somos seres separados sino una parte del todo divino. El camino espiritual es el proceso de reconocer nuestra verdadera identidad divina más allá de las ilusiones del ego, y unir nuestra voluntad con la voluntad divina.

Desde la perspectiva cabalística, el "yo" en su verdadera esencia es la manifestación del Ser divino, un reflejo de la luz infinita de Dios. El ego, por otro lado, es una construcción que se siente separada y limitada. La enseñanza clave de la Cábala es que el ser humano debe trascender el ego para descubrir su verdadero "yo", que es uno con lo divino, el mismo "Yo soy el que soy".

La revelación de Dios a Moisés a través de la frase "Yo soy el que soy" no solo nos muestra la naturaleza infinita y autosuficiente de Dios, sino también el potencial del ser humano para reconocer su divinidad interna y salir de las limitaciones del ego hacia una comprensión más profunda de su verdadera identidad, que es una con el Todo divino.

REFLECTION

"Vayomer Elohim Yehi Or Vayehi Or" ("And the Creator said: Let there be light, and there was light") is a divine revelation, a tangible manifestation of His will. This Light is the wisdom for our own lives, with the purpose of recognizing ourselves as His children, for our words and thoughts generate Light, creating even as we sometimes dwell in the chaos of our estrangement.

Shaping our lives with His word means that His light, His wisdom, illuminates our understanding, calling us to reproduce His goodness and distance ourselves from ignorance, darkness, and evil.

"Or" (אור) calls us to enlighten our "reason" with a profound knowledge of Him, until we understand that this temporary earthly experience is just a small part of our essence, compelling us to seek within our soul to be guided by that divine will, which is infallible.

It is a constant message that, through prayer, the study of His word, and the voluntary commitment to good actions, we draw closer to Him through His work.

This is why the word "to say" (in Hebrew, "אמר " - "to love") has a profound meaning that transcends its communicative function in everyday language. The act of "saying," especially when it comes from God, is related to the processes of divine emanation, the creation of the world, and the transformative power of the word.

In Kabbalah, the verb "to say" is closely linked to the process of creation and the manifestation of divine light in the physical and spiritual world. The Hebrew word for "to say" is אמר (to love), which also has a root in א (Aleph), מ (Mem), and ר (Resh). This verb refers to the utterance of the divine word that shapes reality. In particular, it is a word charged with creative power.

According to Kabbalistic tradition, the universe was created by the word of God. In the biblical account of the creation of the world in the Book of Genesis, the phrase "And God said..." ("ויאמר אלוהים ") is constantly repeated, indicating that the act of creation takes place through the divine word. According to Kabbalah, every word of God that is "spoken" contains a spiritual energy that manifests existence. Every word of God, when spoken, activates the cosmic forces that give life to creation.

The verb "to say" in this context is related to the process of emanation, where divine light is projected in a controlled and orderly manner to form everything that exists in the spiritual and material worlds.

The concept of Tzimtzum (the "contraction" of divine light) in Kabbalah is also linked to the word. In a spiritual sense, God "contracts" to make room for creation, but this contraction does not imply emptiness; rather, it allows the act of "speaking" to become the vehicle through which divine light adapts and projects downward, forming the spiritual and physical structures of the universe. Speaking is not only an act of communication, but a creative act that fills the different layers of reality with meaning and substance.

Now, by analyzing the word "אמר " from the perspective of Gematria, we can gain a greater understanding of its spiritual depth. א (Aleph) = 1, מ (Mem) = 40, ר (Resh) = 200, the total numerical value of אמר is 241, a number that is very significant in Kabbalah because it is related to several deep spiritual words and concepts that can help us better understand the act of "speaking."

The numerical value of the word "(241) "אמר is very close to the numerical value of the word "light" (אור - Or), which is 207. Although not an exact match, there is a strong symbolic relationship between the word "say" and "light" in Kabbalah, because divine light is manifested through the word of God. In the Zohar and other Kabbalistic texts, it is explained that the light of creation is emitted through the words of God. Light and word are inseparable in the process of creation, and "saying" is a means of bringing the spiritual light that gives life and form to the universe.

The Heart of Man (לב - Lev). Another interesting concept in Gematria related to אמר (say) is its numerical correspondence with the word "heart" (לב - Lev), which also has a value of 32 (bringing the sum to 241). The heart in Kabbalah is not only a physical organ but also symbolizes the spiritual center of the human being, the place where the deepest emotions and desires reside. "Speaking" is related to the intentions of the heart. In the Kabbalistic tradition, it is believed that the word of God emanates from the divine heart, and by speaking something, a person is manifesting what is in their heart and, therefore, reflecting the divine. This symbolic relationship between the word and the heart reflects the creative and transformative power that the word possesses in both the divine and the human.

The act of "speaking" in Kabbalah is not simply an expression of sounds; it is a cosmological and theurgic action. The word has the ability to transform reality because, according to Kabbalistic tradition, the entire universe was created by the divine word. In the Book of Psalms (33:6), it is said, "By the word of Hashem the heavens were created," reinforcing the notion that creation is a verbal act. The divine word acts as a vibratory energy that organizes and structures matter in the different worlds. In this sense, when God speaks, He is continually creating and sustaining creation.

Through the sefirot (divine emanations), the word of God flows from the world of emanation (Atzilut) to the physical world (Asiyah), shaping all that exists. Each Hebrew letter has an inherent spiritual power. In Kabbalah, the letters of the Hebrew alphabet are not just linguistic symbols; they are cosmic forces that contain the divine energy that shapes creation. By "saying" something, one invokes a specific letter of this alphabet, which, in union with other letters, creates a spiritual reality.

From a Kabbalistic perspective, "saying" is a sacred and profound act. Words are not mere units of communication; they are channels of divine light that create and sustain reality. Through the word of God, the universe was created and continues to be sustained. To say something is to invoke the spiritual and material reality that manifests through the sefirot and divine laws.

For human beings, our word also has a transformative power. When we speak, especially when we speak with pure intention, we can affect our own reality and that of others. The human word, although limited compared to the divine word, remains a powerful tool for creating, healing, manifesting, and transforming our existence.

Thus, the act of speaking, especially when it is done by the Creator, is much more than a simple declaration. It is a cosmic action of creation, organization, and maintenance of all existence, linked to the light and heart of the divine world.

Therefore, the word of God, light, and darkness in Kabbalah and Gematria have great depth, allowing us to understand how both divine creation and the spiritual states of revelation and concealment manifest. The idea that the word of God generates light is central to Kabbalistic thought, and the question of whether darkness represents God's silence is a profound reflection on the aspects of revelation and concealment in the divine universe.

In Kabbalah, divine light is an essential manifestation of Infinity (Ein Sof), the primary source of all creation. Light is not only physical but also spiritual, and it has multiple levels of expression, from the pure, unrestricted light in the world of Atzilut (the world of emanation) to the light that, when contracted in the process of Tzimtzum, shapes physical and spiritual creation. This light is the light that illuminates and manifests divine will through God's words.

The divine word is a channel through which this light emanates and is projected. By "saying" something, especially in the act of creation, God emits a cosmic light that structures reality. This light is what enables the manifestation of the universe from the invisible to the visible. In Kabbalah, light is believed to be not only a physical property, but a spiritual energy that transcends matter, allowing for the creation and revelation of all that exists.

Darkness, on the other hand, is not necessarily seen as the antithesis of light, but rather as a state of divine concealment or reticence. This concept is explained through the process of Tzimtzum. Tzimtzum is the act by which God contracts to create an "empty space" where creation can occur without the overwhelming presence of infinity.

Tzimtzum is not a physical "emptiness" in the common sense, but a spiritual emptiness, which allows for the existence of an autonomous space where creation can occur without being completely absorbed by God's infinite light. This contraction is seen as a form of concealment of divine light, creating what some call "darkness."

Darkness is not evil or negative; rather, it is the necessary space for the freedom of creation. Without this "emptiness" or concealment, creation could not exist as an autonomous reality. Therefore, if we think of darkness as divine silence, we can interpret it as an act of withdrawal or concealment, similar to a moment of non-revelation in which divine light is not openly manifested.

Divine silence has an important symbolic dimension in Kabbalah. It is said that at the moment of creation, God spoke, but when He withdraws or withdraws, creation experiences moments of silence, that is, a temporary absence of God's word. This silence represents a pause in the flow of divine revelation, allowing space for created beings to exist in their own freedom.

In terms of Gematria, the word "silence" (שקט - Sheket) has a numerical value of 520, which can be significant when compared to other spiritual terms and concepts. For example, the value of "light" (אור - Or) is 207, and if we analyze the relationships between these numbers, we can deduce that darkness or silence plays a balancing role with light, creating the dynamics of creation.

Comparison of Light and Silence: Light (אור) = 207, Silence (שקט) = 520. This numerical contrast may suggest that divine silence (the absence of speech) is a kind of empty space or pause, which allows for the creation of light, as a necessary cycle for the manifestation of reality.

From a Kabbalistic perspective, darkness is not an absolute void or something inherently negative, but rather a sacred space of concealment, in which the Creator temporarily withdraws His direct presence to allow creation to develop freely. This act of concealment and divine silence allows creatures to exist without being completely subjected to the overwhelming light of divinity.

Silence in this context can be understood as an absence of direct revelation, which gives space to creation and the freedom of creatures to develop their own existence, without a constant imposition of the divine presence.

In a more philosophical sense, God's silence represents an interruption or a break in the manifestation of light, creating a balance between revelation and concealment, between light and darkness. This space of silence or concealment is necessary for human beings and the creatures of the world to have free will and experience creation on their own terms.

From a Kabbalistic and gematric perspective, darkness is not simply the absence of light, but a space of divine silence, a form of concealment that allows creation to express itself freely without the constant revelation of divine light. The word of God, in speaking, generates light, while divine silence (which could be associated with darkness) is an act of withdrawal that gives rise to freedom and the possibility of autonomous creation.

This concept has important implications for our spiritual lives, as it teaches us that both light and darkness are necessary for cosmic balance. Sometimes, we need moments of silence or concealment in our lives to grow and develop spiritually, just as creation itself was conceived through the combination of light and darkness.

And that is why the phrase "I am who I am" ("אהיה אשר אהיה" - Ehyeh Asher Ehyeh) is found later in the Book of Exodus (3:14), when God reveals Himself to Moses in the burning bush. This phrase is one of the most powerful and enigmatic in the entire Bible, and its meaning goes far beyond a simple affirmation of existence. In Kabbalah and Gematria, this phrase has profound spiritual and philosophical implications that allow us to explore the concept of being, divine identity, and how this connects to the human "self" and ego. Let's unpack its meaning from those perspectives.

In Kabbalah, God's revelation as "I am who I am" has a multifaceted meaning related to the concept of infinite existence and divine self- sufficiency. "Ehyeh Asher Ehyeh" is usually translated as "I am who I am," but it can also be interpreted as "I will be who I will be." This ambiguity highlights the concept that God is eternal, infinite, and not subject to the limits of time or form. God is the absolute Being, dependent on nothing else for existence and limited by nothing.

In Kabbalah, God is said to be the "Ein Sof" (האין סוף), meaning "The Infinite," and He is beyond all human understanding. God's essence is beyond definition; there is no precise description of what He is because He is not contained within the parameters of the finite. The phrase "I am who I am" is a way of showing that God's essence has no beginning or end and manifests itself transcendently, beyond the limitations we can comprehend with our finite minds.

In Kabbalah, the act of being is multi-layered and closely linked to the idea of divine emanation. Through Tzimtzum (the contraction of God's infinite light), God "makes space" for creation, but the divine essence remains in all that exists. The process of being involves divine light being projected in a controlled manner through the sefirot (the ten divine emanations) to form the world and everything in it.

Being in this context is not simply physical existence, but a continuous act of emanation and creation, where everything that exists is a manifestation of the divine being. God's being is immutable and infinite, and its emanation covers all of existence, from the most spiritual plane to the physical plane. In Kabbalah, every created thing possesses a spark of divinity. Therefore, the human being itself is a reflection of that Divine Being. But the challenge is to recognize that Being in ourselves and in the world around us.

The question of what the "self" is and how it connects to the divine phrase "I am that I am" leads us to a fundamental area of Kabbalah and gematria. According to Kabbalistic tradition, the human "self," or "ani" (אני) in Hebrew, is a construct related to our self-awareness and individual identity. However, this identity is not the ultimate essence of who we are; rather, it is a limited manifestation of the divine Being within us.

In Kabbalah, the "I" or "ani" is like a "vehicle" that can reflect or distort divine light. The ego is the part of our consciousness that identifies with our body, our emotions, our personal ideas and desires, separating us from understanding our essential being, which is one with the divine. The ego often leads us to believe that we are separate beings, when in reality we are an extension of the divine. The ego is an illusion that prevents us from seeing our true essence as beings interconnected with the All.

Gematria offers us a tool to further explore the meaning of "I am that I am." As we mentioned, the phrase in Hebrew is "אהיה אשר אהיה" (Ehyeh Asher Ehyeh). Let's break down the letters and their numerical values: אהיה (Ehyeh) has a numerical value of 21. אשר (Asher) has a numerical value of 501. אהיה (Ehyeh) again has a numerical value of 21. If we add the word values together, we get 543.

The numerical value of 543 is interesting because it has several associations within gematria. One of the concepts related to 543 is the word "שיר" (Shir), which means "song" or "hymn." This can be interpreted to mean that creation itself is a divine melody, and the "word" of God is the harmony that shapes the entire universe. Thus, "I am that I am" not only indicates existence, but also harmony, order, and divine expression in all of creation.

Now, let's return to the reflection of whether the divine "self" is the same as the human ego. In Kabbalah, the ego is not the real "self," but a mask or distortion that prevents us from accessing the true essence of our being, which is divine. The ego is linked to the misidentification of our consciousness as an isolated and separate being, when in reality we are a manifestation of the divine.

The ego is the "false self" that is disconnected from the divine light, while the true "self" is a spark of God's infinite light, a reflection of "Ehyeh Asher Ehyeh." In Kabbalistic terms, the purpose of human beings is to transcend the ego and once again recognize their unity with the divine, to understand that we are not separate beings but a part of the divine whole. The spiritual path is the process of recognizing our true divine identity beyond the illusions of the ego and uniting our will with the divine will.

From a Kabbalistic perspective, the "self" in its true essence is the manifestation of the divine Being, a reflection of God's infinite light. The ego, on the other hand, is a construct that feels separate and limited. The key teaching of Kabbalah is that human beings must transcend the ego to discover their true self, which is one with the divine, the very "I am that I am."

God's revelation to Moses through the phrase "I am that I am" not only shows us the infinite and self-sufficient nature of God, but also the potential for human beings to recognize their inner divinity and emerge from the limitations of the ego toward a deeper understanding of their true identity, which is one with the divine All.

MIS NOTAS

וַיַּרְא אֱלֹהִים אֶת-הָאוֹר כִּי-טוֹב; וַיַּבְדֵּל אֱלֹהִים בֵּין הָאוֹר וּבֵין הַחֹשֶׁךְ

Vayar Elohim et-ha'or ki-tov vayavdel Elohim bein ha'or uvein hachoshech

«Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas.»

"And God saw that the light was good; and God separated the light from the darkness.""

REFLEXIÓN

La luz (אוֹר , "Or") es símbolo de la revelación divina y del conocimiento espiritual, por lo cual esa luz representa esa bondad inherente en lo creado la misma que manifiesta Su sabiduría, metáfora para nuestro conocimiento que necesita de esa claridad para que nuestro entendimiento salga de la oscuridad, ignorancia y caos que le cogobierna.

Al separar la luz de las tinieblas nos llama a hacer una distinción entre lo espiritual y lo material, lo revelado y lo oculto a buscar sus manifestaciones en busca del orden y equilibrio que necesitan nuestras interacciones e interrelaciones.

La palabra "טוֹב " (tov), bueno, tiene un valor numérico de 17, lo cual nos llama a la plenitud espiritual y a esa armonía que ofrece Su luz, para lo cual debemos buscar integrarnos a Él a través de nuestra propia bondad y la búsqueda de nuestro crecimiento integral.

Buscarle y nutrirnos de Su palabra es iluminar nuestro ser interior para que nuestra alma se reencuentre con esa chispa de la luz divina, y puede atender los retos, pruebas y desafíos cotidianos desde otra mirada, reconociéndose desde la bondad y no desde el egoísmo malvado del mundo.

El bien como elemento esencial nos llama a cultivar desde nuestras intenciones, deseos, pensamientos, emociones, interacciones e interrelaciones ese equilibrio que en este mundo nos permite diferenciar la oscuridad de nuestras vidas de Su luz.

Trabajar a diario para proyectar nuestra capacidad interior de manifestar Su luz nos debe llevar a buscar esa armonía espiritual reconociendo que la verdadera sabiduría proviene de alinearnos con la voluntad y la bondad del Creador.

La palabra bondad por ello nos habla de esa recarga espiritual y profunda que ella significa y que nos llama a actuar de tal manera que incluso aunque el pecado mora en nosotros, podamos desentrañar su fluir y aplicar sus enseñanzas en nuestra vida diaria.

En hebreo, la palabra bondad se traduce como חסד (Jésed), y es una de las Sefirot principales en la Árbol de la Vida cabalístico. Es una de las características divinas que se asocian con la energía de Dios en la creación del mundo. Siendo esta una de las energías divinas que fluye hacia el mundo. Es la manifestación de la misericordia y el amor incondicional de Dios.

Se entiende que cuando una persona actúa con bondad, está canalizando esta energía divina. En el Árbol de la Vida cabalístico, Jésed se encuentra en la parte superior izquierda, directamente opuesta a Guevurá, la energía de la severidad o el juicio. Esto refleja el equilibrio entre la bondad infinita de Dios y la necesidad de un orden y límites. Jésed se traduce como misericordia, generosidad, bondad y gracia divina. Cuando se actúa desde Jésed, se busca beneficiar a los demás sin esperar nada a cambio, simplemente como una manifestación del amor divino.

La palabra חסד (Jésed) tiene los siguientes valores numéricos: ח (Chet) = 8, ס (Samej) = 60, ד (Daled) = 4, el valor total de la palabra Jésed es 72. Este número es muy significativo, ya que está asociado con el Nombre de Dios conocido como Shem HaMeforash, un nombre de 72 letras que se utiliza para invocar el poder divino de misericordia y protección. Este número refleja la expansión ilimitada de la bondad de Dios, ya que 72 es un número que se considera un canal de luz infinita que puede fluir al mundo.

Según la Cábala, actuar con bondad es canalizar la energía divina hacia el mundo material. En el nivel más alto, ser bondadoso implica convertirse en un canal consciente de las fuerzas divinas, permitiendo que el amor y la misericordia de Dios se expresen a través de ti.

Dios como modelo de bondad: Jésed es uno de los atributos divinos que se muestran como una emanación de Dios. En la Cábala, se considera que cuando nos comportamos con bondad, estamos reflejando el amor divino hacia los demás. Esto nos conecta directamente con la fuente divina, y nos ayuda a crecer espiritualmente.

Transformación del ego: En la Cábala, para poder expresar bondad verdadera, debemos transcender el ego. Esto significa que la bondad no debe ser una mera forma de auto-complacencia o una manera de recibir algo a cambio, sino una manifestación pura de amor hacia el prójimo, desinteresada.

La Bondad como Fuerza de Creación: Jésed es también considerado el principio de la creación. Según los textos cabalísticos, fue a través de la bondad de Dios que el mundo fue creado. Esto enseña que la bondad no solo es una acción, sino una fuerza creadora. Así, cuando actuamos bondadosamente, no solo ayudamos a otros, sino que participamos en la creación de un mundo mejor.

El pecado es visto en la tradición cabalística como una separación de lo divino. Este concepto se conecta con la "Klippot" o cáscaras, que son las fuerzas oscuras o negativas que bloquean la luz de Dios. El pecado, entonces, es la cáscara que oscurece nuestra verdadera naturaleza divina, que es la bondad.

Reconocer la dualidad interna: Según la Cábala, todos los seres humanos tienen una chispa divina dentro de sí, pero también poseen un aspecto más oscuro o egoísta (la inclinación al mal o "Yetzer HaRa"). Por eso, aunque la bondad es nuestra verdadera naturaleza, el pecado está presente y debe ser enfrentado y corregido.

Tikkun Olam (Reparación del Mundo): Uno de los conceptos clave en la Cábala es Tikkun Olam, que significa la reparación del mundo. Según este principio, cada persona tiene la responsabilidad de corregir su alma y, a través de sus acciones, reparar el mundo. Ser bondadoso es un proceso de corrección de nuestras imperfecciones y de superación del ego, que nos acerca más a nuestra verdadera naturaleza divina.

Transformación del pecado en bondad: La Cábala enseña que, a través del teshuvá (arrepentimiento), podemos transformar nuestras faltas en algo positivo. El arrepentimiento sincero y el deseo de corregir nuestros errores nos permiten transmutar la oscuridad en luz, y a través de ello, actuar con bondad. Cuando estamos conscientes de que el pecado mora en nosotros, podemos reconocer nuestras imperfecciones y trabajar hacia la superación del ego, buscando vivir de acuerdo con la bondad divina.

El camino hacia la luz: Para el cabalista, el camino de la bondad es un camino de elevación espiritual. Es un proceso continuo de limpiar nuestras emociones y pensamientos de la negatividad y de canalizar la energía divina de Jésed para hacer el bien, tanto a nivel personal como colectivo. En este proceso, el amor y la misericordia son fundamentales.

Ser conscientes de nuestra naturaleza divina: Aunque el pecado mora en nosotros, nuestra verdadera esencia es bondad divina. Reconocer esto nos permite actuar con bondad, incluso cuando nuestras imperfecciones nos empujan en la dirección equivocada.

Cultivar la compasión hacia uno mismo y hacia los demás: La bondad comienza desde el interior, y la compasión hacia nuestras propias debilidades y las de los demás es fundamental. Entender que todos somos seres imperfectos nos ayuda a ser más generosos en nuestro amor y perdón, lo que se convierte en una verdadera manifestación de Jésed.

Practicar el perdón: Al perdonarnos a nosotros mismos y a los demás, nos liberamos del peso del pecado y canalizamos la bondad divina en nuestras vidas. El perdón es una de las formas más poderosas de actuar con bondad.

Estudiar la Torá y las enseñanzas espirituales: La Torá y los textos cabalísticos son herramientas poderosas para entender cómo vivir en armonía con lo divino. Al estudiar las enseñanzas de bondad, aprendemos a manifestar la luz y la misericordia de Dios en nuestras acciones diarias.

La bondad (Jésed) en la Cábala es una de las fuerzas divinas que nos conecta con la esencia misma de la creación. Aunque el pecado está presente en nosotros, podemos transformarlo a través de la conciencia, el perdón y el trabajo espiritual interior. La bondad no es solo una acción externa, sino

una energía que podemos canalizar hacia el mundo, participando en la reparación del mundo y elevando nuestra conciencia. Actuar con bondad, entonces, es ser un canal consciente de la luz divina que sana y transforma tanto a nosotros mismos como al mundo que nos rodea.

De allí que el concepto de dar y recibir debe ser un tema central en nuestras vivencias, ya que refleja la dinámica de las fuerzas divinas en la creación y la interacción humana. La clave para un crecimiento espiritual integral es lograr un equilibrio perfecto entre estas dos fuerzas: la generosidad de dar y la apertura de recibir.

En la Cábala, tanto dar como recibir están intrínsecamente ligados a las Sefirot, que son las emanaciones divinas que estructuran la realidad. Cada Sefirá tiene una función y una energía particular, y la dinámica entre ellas refleja la forma en que operan estas fuerzas en el mundo espiritual y físico. Las dos fuerzas que nos interesan aquí son Jésed (bondad, dar) y Guevurá (juicio, recibir).

Jésed (Dar): Representa la bondad y la generosidad. Es la energía que se da sin restricciones, como la misericordia divina que se extiende sin esperar nada a cambio. Es el principio de la expansión y la superabundancia.

Guevurá (Recibir): Representa el principio de restricción y orden, de definir límites para evitar el desbordamiento. Guevurá asegura que, aunque la bondad se dé, sea recibida de manera adecuada. En otras palabras, recibir no es solo tomar, sino hacerlo de una manera que permita la correcta administración de lo recibido.

La Cábala enseña que Jésed sin Guevurá podría conducir a un desbordamiento que no sería beneficioso, mientras que Guevurá sin Jésed sería una energía fría y restrictiva que no generaría crecimiento. El equilibrio perfecto se encuentra en la interacción armoniosa entre estas dos fuerzas.

Entre Jésed (dar) y Guevurá (recibir) se encuentra Tiferet, que representa el equilibrio y la armonía. Tiferet es el punto de integración entre la generosidad ilimitada de Jésed y la restricción y disciplina de Guevurá. Este centro de equilibrio en el Árbol de la Vida cabalístico muestra cómo, en la vida espiritual, dar debe ir acompañado de una recepción adecuada para que las bendiciones de Dios fluyan sin causar daño. Cuando dar y recibir están equilibrados, entonces las energías divinas fluyen de manera óptima, y podemos vivir en armonía.

La Gematría es una herramienta cabalística que nos permite ver la conexión entre las palabras y los números. A través de los valores numéricos de las letras hebreas, podemos extraer significados más profundos de los textos sagrados y entender mejor las dinámicas de las fuerzas espirituales.

La palabra "Dar" (נתן, Natan) tiene un valor numérico de 550. Este número es interesante, ya que se asocia con la abundancia y el flujo. Al considerar este número, se puede entender que el acto de dar, en la perspectiva cabalística, está relacionado con un flujo energético que debe ser constante. Dar es una forma de liberar energía para que esta se expanda y se multiplique.

La palabra "Recibir" (לקח, Lakaj) tiene un valor numérico de 130. Este valor refleja una recepción medida que permite que lo recibido sea asimilado y transformado de manera adecuada. El número 130 también puede ser desglosado como 1 + 3 + 0 = 4, lo que representa una base sólida para recibir y estructurar lo que se ha recibido de forma ordenada.

Al combinar los significados de ambos términos, podemos ver que dar (Natan) tiene una energía expansiva y libre, mientras que recibir (Lakaj) es más limitado y estructurado. La armonía se encuentra cuando ambos aspectos están equilibrados: cuando lo que se da se recibe de forma adecuada, y lo que se recibe se puede usar sabiamente para seguir dando.

La Cábala nos enseña que el trabajo espiritual de dar y recibir no es solo un acto externo, sino que comienza en el interior de cada persona. Lograr el equilibrio entre dar y recibir involucra la transformación del corazón y la mente, ya que muchas veces el ego puede impedir que recibamos lo que es verdaderamente divino y que ofrezcamos lo mejor de nosotros.

Cultivar la Generosidad Sin Exceso: Debemos aprender a dar sin esperar nada a cambio, pero también ser conscientes de cuándo dar en exceso podría ser perjudicial para nosotros o para los demás. La sabiduría cabalística nos enseña a dar en medida, para que el flujo de energía no se convierta en una sobrecarga.

Abrirnos para Recibir: Recibir es un acto tan importante como dar. La humildad y la gratitud son claves para recibir de manera correcta. Si una persona no sabe cómo recibir, puede bloquear las bendiciones divinas que están destinadas para ella. Al estar abiertos y agradecidos por lo que recibimos, permitimos que el ciclo de dar y recibir se complete de forma saludable.

Integrar la Recepción: La Cábala enseña que lo que recibimos debe ser integrado espiritualmente antes de volver a ser dado. Así, la energía que recibimos no solo es disfrutada, sino que se transforma y se comparte de manera que beneficia a los demás. La acumulación sin propósito o la posesividad son consideradas distorsiones en el proceso divino.

Balancear las Fuerzas de Jésed y Guevurá: Debemos trabajar constantemente para equilibrar las fuerzas de Jésed (dar) y Guevurá (recibir) dentro de nosotros. Esto se puede lograr a través de la oración, la meditación y el estudio de la Torá, que nos enseñan a vivir en equilibrio con las leyes espirituales.

El equilibrio entre dar y recibir no solo es esencial para el crecimiento espiritual individual, sino que es un principio divino que sostiene la creación misma. En la Cábala, todo lo que existe en el mundo está regido por este principio. Cuando entendemos y aplicamos correctamente esta dinámica, no solo mejoramos nuestras vidas espirituales, sino que contribuimos al bienestar del mundo entero. Al lograr este equilibrio, podemos ser canales de luz divina y participar activamente en la reparación del mundo (Tikkun Olam).

Dar y recibir son dos aspectos de una misma energía divina, y la clave es vivir en equilibrio con ambas fuerzas. A través de la Cábala y la Gematría, podemos entender que estas fuerzas no son opuestas, sino complementarias, y que al aprender a canalizarlas adecuadamente, podemos transformar nuestra vida y el mundo que nos rodea.

Y desde esa misma lectura la visión de separar (בָּרוּד, "Badal" en hebreo) es una de las condiciones fundamentales del mundo material y de nuestra experiencia humana. A través de esta separación, la humanidad experimenta la fragmentación de su alma, su conexión con lo divino, y la percepción de la dualidad entre el mundo espiritual y el mundo material.

La Cábala enseña que la creación comenzó a partir de un acto de separación de la luz infinita de Dios. Según el Zohar, la luz de Dios era infinita, pero para crear el mundo, Dios hizo un "Tzimtzum", que es un retroceso o contracción de Su luz. Esta contracción permitió el espacio para la creación del mundo material. De esta forma, la separación comenzó en el mismo momento de la creación. El universo resultante es percibido como fragmentado, y nuestra tarea espiritual es reparar esas fracturas y reconectar lo que ha sido separado.

En la visión cabalística, el ser humano es una chispa de la luz divina, y la alma humana está originalmente conectada con la Fuente Divina. Sin embargo, a lo largo de nuestras vidas, la separación de nuestra alma ocurre cuando el ser humano se aleja de su propósito espiritual. La caída espiritual ocurre cuando las personas se desconectan de su alma, y la espiritualidad y la conciencia divina quedan opacadas por las influencias materiales, emocionales y egoicas del mundo físico.

En la Cábala, esta separación se refiere a un alejamiento del estado original de unidad con lo divino, a una desconexión con la luz infinita y con el propósito de la creación. Es un proceso que involucra tanto la necesidad de redención como la capacidad de reparar a través de la Tikkun (reparación).

La palabra hebrea para "separar" es "Badal" (בָּרוּד), y en la Gematría su valor numérico es 72. El número 72 tiene connotaciones de poder espiritual, pero también de equilibrio. Este número es importante en la Cábala porque está relacionado con el nombre divino de 72 letras (el Nombre de Dios de 72 letras que aparece en el Éxodo 14:19-21). La separación de la unidad original implica un proceso en el que la humanidad debe ser consciente de su fragmentación y buscar la reconexión con la luz divina que originalmente emanaba en unidad.

En el mundo material, el ego y las fuerzas del mal juegan un papel crucial en la separación. El ego se identifica con lo material, lo pasajero y lo externo, mientras que nuestra alma se conecta con lo eterno y lo divino. Así, el ego crea una falsa identidad que nos lleva a vivir separados de nuestra verdadera esencia espiritual.

Además, la Cábala habla de los kelipot, que son las "cáscaras" o las energías de oscuridad que ocultan la luz divina. Estas cáscaras separan la luz de Dios de la manifestación en el mundo material, y es tarea del ser humano romper esas cáscaras a través del arrepentimiento, la reparación (Tikkun) y la

corrección espiritual.

La Cábala también ofrece el camino hacia la integración de todas las partes fragmentadas del ser, comenzando por la integración de la alma, los pensamientos, las emociones y las acciones. Esto se logra a través de los principios de Tikkun Olam (la reparación del mundo) y Tikkun HaNefesh (la reparación del alma). Aquí están algunas claves para lograr la integración de nuestro ser.

La integración en la Cábala se refiere a la reconexión con la luz divina y el restablecimiento de la unidad original entre el alma y la Fuente Divina. A través de la oración y la meditación, podemos cultivar un estado de conciencia en el que nuestras vidas estén alineadas con el propósito divino.

La integración también implica el balance entre las fuerzas opuestas de Jésed (dar) y Guevurá (recibir), como se menciona en las Sefirot. Es necesario aprender a equilibrar el deseo de dar sin fin con la necesidad de establecer límites y orden en nuestra vida, para que no haya desbordamientos de energía.

Cada individuo debe trabajar en la reparación personal de las fracturas de su alma. Esto involucra vivir una vida ética, enfrentar nuestras imperfecciones y errores, y trabajar constantemente para superar las barreras del ego. Esto puede incluir prácticas espirituales como el teshuvá (arrepentimiento), la meditación cabalística, y el estudio de la Torá.

La Cábala también enfatiza la unión con los demás. La separación que vemos en el mundo físico es solo una ilusión creada por las fuerzas del mal (kelipot). El trabajo espiritual implica reconocer que todos somos un solo pueblo, que nuestras almas están conectadas y que, a través del amor y la compasión mutuos, podemos superar las divisiones y unirnos espiritualmente.

Para aquellos que se sienten separados de su alma y distantes de Dios, la Cábala ofrece las siguientes recomendaciones para la reintegración:

Reflexión y Autoexamen: La introspección profunda sobre nuestras acciones, pensamientos y deseos nos permite identificar las áreas de separación y trabajar para corregirlas. Meditación y Oración: La meditación cabalística y la oración profunda nos permiten conectar con la luz divina y experimentar la unidad espiritual. Practicar la Misericordia (Jésed): Al practicar la bondad y la generosidad de manera desinteresada, abrimos las puertas para la reparación del alma. Estudio de la Torá: El estudio de la sabiduría cabalística, en particular el Zohar y otros textos sagrados, nos guía a través de los procesos de reparación y reunificación. Reconocer la Unidad en la Diversidad: La integración también implica reconocer que todas las personas, todos los aspectos del mundo y toda la creación están interconectados en una unidad divina. Así, al sanar nuestras relaciones con los demás, también estamos sanando nuestra relación con Dios.

La separación es una parte inherente de nuestra experiencia humana, pero no es el estado final. La Cábala nos enseña que nuestra misión es superar la separación a través de la reconexión con nuestra alma, con los demás y con la Fuente Divina. Al hacerlo, podemos participar en el proceso de Tikkun

Olam, reparando el mundo y trayendo luz a la oscuridad. La integración espiritual y la reparación son posibles si elegimos caminar con humildad, amor, y consciencia, buscando siempre la unidad y la paz tanto en nuestro interior como en nuestras relaciones exteriores.

REFLECTION

Light (אור , "Or") is a symbol of divine revelation and spiritual knowledge. Therefore, this light represents the inherent goodness of creation, which manifests His wisdom. It is a metaphor for our knowledge, which needs this clarity for our understanding to emerge from the darkness, ignorance, and chaos that govern it.

By separating light from darkness, He calls us to distinguish between the spiritual and the material, the revealed and the hidden, and to seek their manifestations in search of the order and balance that our interactions and interrelationships require.

The word "טוֹב " (tov), good, has a numerical value of 17, which calls us to spiritual fulfillment and the harmony that His light offers. For this purpose, we must seek to integrate ourselves with Him through our own goodness and the pursuit of our integral growth.

Seeking Him and nourishing ourselves with His word illuminates our inner being so that our soul may reconnect with that spark of divine light, and may address the challenges, trials, and daily challenges from a different perspective, recognizing itself from a place of goodness rather than from the evil selfishness of the world.

Goodness as an essential element calls us to cultivate, in our intentions, desires, thoughts, emotions, interactions, and interrelationships, that balance that allows us to differentiate the darkness of our lives from His light in this world.

Working daily to project our inner capacity to manifest His light should lead us to seek that spiritual harmony, recognizing that true wisdom comes from aligning ourselves with the will and goodness of the Creator.

The word "kindness" therefore speaks to us of that profound spiritual recharge it signifies, calling us to act in such a way that even though sin dwells within us, we can unravel its flow and apply its teachings in our daily lives.

In Hebrew, the word "kindness" is translated as "חסד" (chesed), and it is one of the main Sefirot in the Kabbalistic Tree of Life. It is one of the divine characteristics associated with God's energy in the creation of the world.

This is one of the divine energies that flows into the world. It is the manifestation of God's mercy and unconditional love.

It is understood that when a person acts with kindness, they are channeling this divine energy. In the Kabbalistic Tree of Life, chesed is located in the upper left corner, directly opposite Gevurah, the energy of severity or judgment. This reflects the balance between God's infinite goodness and the need for order and boundaries. chesed translates as mercy, generosity, kindness, and divine grace. When you act from Chesed, you seek to benefit others without expecting anything in return, simply as a manifestation of divine love.

The word Chesed has the following numerical values: Chet = 8, Samech = 60, Daled = 4; the total value of the word Chesed is 72. This number is very significant, as it is associated with the Name of God known as Shem HaMeforash, a 72-letter name used to invoke the divine power of mercy and protection. This number reflects the limitless expansion of God's goodness, as 72 is considered a channel of infinite light that can flow into the world.

According to Kabbalah, acting with kindness is channeling divine energy into the material world. At the highest level, being kind involves becoming a conscious channel of divine forces, allowing God's love and mercy to express themselves through you.

God as a Model of Kindness: Chesed is one of the divine attributes that are shown as an emanation of God. In Kabbalah, it is believed that when we behave with kindness, we are reflecting divine love toward others. This connects us directly to the divine source and helps us grow spiritually.

Transformation of the Ego: In Kabbalah, in order to express true kindness, we must transcend the ego. This means that kindness should not be a mere form of self-indulgence or a way to receive something in return, but rather a pure, selfless manifestation of love for one's neighbor.

Kindness as a Force of Creation: Chesed is also considered the principle of creation. According to Kabbalistic texts, it was through God's kindness that the world was created. This teaches that kindness is not only an action, but a creative force. Thus, when we act kindly, we not only help others, but we participate in the creation of a better world.

Sin is seen in the Kabbalistic tradition as a separation from the divine. This concept connects with the "Klippot" or husks, which are the dark or negative forces that block the light of God. Sin, then, is the husk that obscures our true divine nature, which is goodness.

Recognizing Internal Duality: According to Kabbalah, all human beings have a divine spark within them, but they also possess a darker or more selfish aspect (the evil inclination or "Yetzer HaRa"). Therefore, although goodness is our true nature, sin is present and must be confronted and corrected.

Tikkun Olam (Repair of the World): One of the key concepts in Kabbalah is Tikkun Olam, which means the repair of the world. According to this principle, each person has the responsibility to correct their soul and, through their actions, repair the world. Being kind is a process of correcting our imperfections and overcoming the ego, which brings us closer to our true divine nature.

Transforming Sin into Goodness: Kabbalah teaches that, through teshuvah (repentance), we can transform our faults into something positive. Sincere repentance and the desire to correct our mistakes allow us to transmute darkness into light, and through this, act with kindness. When we are aware that sin dwells within us, we can recognize our imperfections and work toward overcoming the ego, seeking to live in accordance with divine goodness.

The Path to Light: For the Kabbalist, the path of goodness is a path of spiritual elevation. It is a continuous process of cleansing our emotions and thoughts of negativity and channeling the divine energy of Chesed to do good, both personally and collectively. In this process, love and mercy are fundamental.

Become aware of our divine nature: Although sin dwells within us, our true essence is divine goodness. Recognizing this allows us to act with kindness, even when our imperfections push us in the wrong direction.

Cultivate compassion toward self and others: Kindness begins from within, and compassion toward our own weaknesses and those of others is fundamental. Understanding that we are all imperfect beings helps us be more generous in our love and forgiveness, which becomes a true manifestation of Chesed.

Practice forgiveness: By forgiving ourselves and others, we free ourselves from the burden of sin and channel divine goodness into our lives. Forgiveness is one of the most powerful ways to act with kindness.

Study the Torah and spiritual teachings: The Torah and Kabbalistic texts are powerful tools for understanding how to live in harmony with the divine. By studying the teachings of kindness, we learn to manifest God's light and mercy in our daily actions.

Kindness (chesed) in Kabbalah is one of the divine forces that connects us to the very essence of creation. Although sin is present within us, we can transform it through awareness, forgiveness, and inner spiritual work. Kindness is not just an external action, but an energy we can channel into the world, participating in the repair of the world and elevating our consciousness. Acting with kindness, then, is being a conscious channel of the divine light that heals and transforms both ourselves and the world around us.

Hence, the concept of giving and receiving must be a central theme in our experiences, as it reflects the dynamics of divine forces in creation and human interaction. The key to holistic spiritual growth is achieving a perfect balance between these two forces: the generosity of giving and the openness of receiving.

In Kabbalah, both giving and receiving are intrinsically linked to the Sefirot, which are the divine emanations that structure reality. Each Sefirah has a particular function and energy, and the dynamics between them reflect how these forces operate in the spiritual and physical world. The

two forces of interest here are Chesed (kindness, giving) and Gevurah (judgment, receiving).

Chesed (Giving): Represents kindness and generosity. It is the energy that is given without restriction, like divine mercy that extends without expecting anything in return. It is the principle of expansion and superabundance.

Gevurah (Receiving): Represents the principle of restriction and order, of defining limits to prevent overflow. Gevurah ensures that even when kindness is given, it is received appropriately. In other words, receiving is not just taking, but doing so in a way that allows for the proper stewardship of what is received.

Kabbalah teaches that Chesed without Gevurah could lead to an overflow that would not be beneficial, while Gevurah without Chesed would be a cold and restrictive energy that would not generate growth. Perfect balance is found in the harmonious interaction between these two forces.

Between Chesed (giving) and Gevurah (receiving) lies Tiferet, which represents balance and harmony. Tiferet is the point of integration between the boundless generosity of Chesed and the restraint and discipline of Gevurah. This center of balance on the Kabbalistic Tree of Life shows how, in the spiritual life, giving must be accompanied by proper receiving so that God's blessings flow without causing harm. When giving and receiving are balanced, then divine energies flow optimally, and we can live in harmony.

Gematria is a Kabbalistic tool that allows us to see the connection between words and numbers. Through the numerical values of the Hebrew letters, we can extract deeper meanings from sacred texts and better understand the dynamics of spiritual forces.

The word "Give" (נתן, Natan) has a numerical value of 550. This number is interesting because it is associated with abundance and flow. When considering this number, one can understand that the act of giving, from a Kabbalistic perspective, is related to an energetic flow that must be constant. Giving is a way of releasing energy so that it can expand and multiply.

The word "Receive" (לקח, Lakach) has a numerical value of 130. This value reflects a measured reception that allows what is received to be appropriately assimilated and transformed. The number 130 can also be broken down as 1 + 3 + 0 = 4, which represents a solid foundation for receiving and structuring what has been received in an orderly manner.

By combining the meanings of both terms, we can see that giving (Natan) has an expansive and free energy, while receiving (Lakach) is more limited and structured. Harmony is found when both aspects are balanced: when what is given is received appropriately, and what is received can be used wisely to continue giving.

Kabbalah teaches us that the spiritual work of giving and receiving is not just an external act, but begins within each person. Achieving balance between giving and receiving involves the transformation of the heart and mind, as the ego can often prevent us from receiving what is truly divine and offering our best.

Cultivating Generosity Without Excess: We must learn to give without expecting anything in return, but also be aware of when giving excessively could be harmful to ourselves or others. Kabbalistic wisdom teaches us to give in moderation so that the flow of energy does not become an overload.

Opening to Receive: Receiving is an act as important as giving. Humility and gratitude are key to receiving properly. If a person doesn't know how to receive, they can block the divine blessings intended for them. By being open and grateful for what we receive, we allow the cycle of giving and receiving to complete itself in a healthy way.

Integrating Reception: Kabbalah teaches that what we receive must be spiritually integrated before it is given back. Thus, the energy we receive is not only enjoyed, but is transformed and shared in ways that benefit others. Purposeless accumulation or possessiveness are considered distortions in the divine process.

Balancing the Forces of Chesed and Gevurah: We must constantly work to balance the forces of Chesed (giving) and Gevurah (receiving) within us. This can be achieved through prayer, meditation, and Torah study, which teach us to live in balance with the spiritual laws.

The balance between giving and receiving is not only essential for individual spiritual growth, but is a divine principle that sustains creation itself. In Kabbalah, everything that exists in the world is governed by this principle. When we correctly understand and apply this dynamic, we not only enhance our spiritual lives but also contribute to the well-being of the entire world. By achieving this balance, we can be channels of divine light and actively participate in the repair of the world (Tikkun Olam).

Giving and receiving are two aspects of the same divine energy, and the key is to live in balance with both forces. Through Kabbalah and Gematria, we can understand that these forces are not opposites, but complementary, and that by learning to channel them properly, we can transform our lives and the world around us.

And from that same reading, the vision of separation (בָּרוּךְ , "Badal" in Hebrew) is one of the fundamental conditions of the material world and our human experience. Through this separation, humanity experiences the fragmentation of its soul, its connection with the divine, and the perception of the duality between the spiritual and material worlds.

Kabbalah teaches that creation began from an act of separation from God's infinite light. According to the Zohar, God's light was infinite, but to create the world, God made a "Tzimtzum," which is a retreat or contraction of His light. This contraction allowed space for the creation of the material

world. Thus, separation began at the very moment of creation. The resulting universe is perceived as fragmented, and our spiritual task is to heal these fractures and reconnect what has been separated.

In the Kabbalistic view, the human being is a spark of divine light, and the human soul is originally connected to the Divine Source. However, throughout our lives, separation from our soul occurs when we move away from our spiritual purpose. The spiritual fall occurs when people become disconnected from their soul, and spirituality and divine consciousness are obscured by the material, emotional, and egoic influences of the physical world.

In Kabbalah, this separation refers to a distancing from the original state of unity with the divine, a disconnection from the infinite light and the purpose of creation. It is a process that involves both the need for redemption and the ability to repair through Tikkun (repair).

The Hebrew word for "separate" is "Badal" (בָּרוּךְ), and in Gematria its numerical value is 72. The number 72 has connotations of spiritual power, but also of balance. This number is important in Kabbalah because it is related to the 72-letter divine name (the 72-letter Name of God that appears in Exodus 14:19-21). Separation from the original unity involves a process in which humanity must become aware of its fragmentation and seek reconnection with the divine light that originally emanated in unity.

In the material world, the ego and the forces of evil play a crucial role in separation. The ego identifies with the material, the transient, and the external, while our soul connects with the eternal and the divine. Thus, the ego creates a false identity that leads us to live separated from our true spiritual essence.

Furthermore, Kabbalah speaks of the kelipot, which are the "shells" or energies of darkness that hide the divine light. These shells separate God's light from manifestation in the material world, and it is the human being's task to break these shells through repentance, reparation (Tikkun), and spiritual correction.

Kabbalah also offers the path to the integration of all the fragmented parts of the being, beginning with the integration of the soul, thoughts, emotions, and actions. This is achieved through the principles of Tikkun Olam (the repair of the world) and Tikkun HaNefesh (the repair of the soul). Here are some keys to achieving the integration of our being.

Integration in Kabbalah refers to reconnecting with the divine light and restoring the original unity between the soul and the Divine Source. Through prayer and meditation, we can cultivate a state of consciousness in which our lives are aligned with divine purpose.

Integration also involves balancing the opposing forces of Chesed (giving) and Gevurah (receiving), as mentioned in the Sefirot. It is necessary to learn to balance the desire to give endlessly with the need to establish boundaries and order in our lives, so that there are no overflows of energy.

Each individual must work on personally repairing the fractures in their soul. This involves living an ethical life, facing our imperfections and mistakes, and constantly working to overcome the barriers of the ego. This can include spiritual practices such as teshuvah (repentance), Kabbalistic meditation, and Torah study.

Kabbalah also emphasizes unity with others. The separation we see in the physical world is only an illusion created by the forces of evil (kelipot). Spiritual work involves recognizing that we are all one people, that our souls are connected, and that, through mutual love and compassion, we can overcome divisions and unite spiritually.

For those who feel separated from their soul and distant from God, Kabbalah offers the following recommendations for reintegration: Reflection and Self-Examination: Deep introspection about our actions, thoughts, and desires allows us to identify areas of separation and work to correct them. Meditation and Prayer: Kabbalistic meditation and deep prayer allow us to connect with the divine light and experience spiritual unity. Practicing Mercy (Chesed): By practicing kindness and generosity selflessly, we open the doors to soul repair. Torah Study: The study of Kabbalistic wisdom, particularly the Zohar and other sacred texts, guides us through the processes of repair and reunification. Recognizing Unity in Diversity: Integration also involves recognizing that all people, all aspects of the world, and all of creation are interconnected in a divine unity. Thus, by healing our relationships with others, we are also healing our relationship with God.

Separation is an inherent part of our human experience, but it is not the final state. Kabbalah teaches us that our mission is to overcome separation through reconnection with our soul, with others, and with the Divine Source. In doing so, we can participate in the process of Tikkun Olam, repairing the world and bringing light to the darkness. Spiritual integration and repair are possible if we choose to walk with humility, love, and awareness, always seeking unity and peace both within ourselves and in our external relationships.

MIS NOTAS

וַיִּקְרָא אֱלֹהִים לָאוֹר יוֹם וְלַחֹשֶׁךְ קָרָא לָיְלָה; וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר יוֹם אֶחָד

Vayikra Elohim la'or yom velachoshech kara layla; vayehi-erev vayehi- boker yom echad

«Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y fue la mañana: un día.»

"And God called the light Day, and the darkness He called Night. And the evening and the morning were the first day."

REFLEXIÓN

Al manifestarse la dualidad de lo creado, se nos llama a la unidad, siendo Su "luz" (אור , "Or") y las "tinieblas" (חֹשֶׁךְ, "Jósek") el proceso a través del cual reconocemos, en el día, Su presencia, pero a la vez, en la noche, nuestra estadía en este plano terrenal. Por ende, debemos coordinar mejor nuestras emociones para poder trascender a nuestros estadios espirituales.

La luz simboliza la revelación, el conocimiento y la conciencia, la presencia divina y Su sabiduría, la cual ilumina no solo nuestra vida o mente, sino también nuestras almas. La luz representa, a su vez, el aspecto revelado de Él, donde Su voluntad se manifiesta claramente para crearnos.

Las tinieblas, por otro lado, representan su ocultamiento, el espacio donde no lo percibimos con claridad, el escenario del potencial no realizado para ejercer nuestro libre albedrío y realizarnos. Este tema, que a menudo calificamos como negativo, es en realidad la oportunidad de cualificarnos, de proyectar ese potencial interior que se desarrolla a través de nuestra introspección.

El crecimiento debe tener lugar en nuestro día a día, por lo que debemos buscar Su luz, trabajando espiritualmente desde sus revelaciones, las cuales implican la unificación de nuestros opuestos necesarios para asimilar la totalidad de la creación.

La unidad del "primer día" (יוֹם אֶחָד, Yom Ejad) nos demuestra que, a pesar de las aparentes diferencias y dualidades en el mundo, debemos hacernos uno en la esencia divina.

Luz (אור , Or), con un valor gemátrico de 207, asociado con "Raz" (רז), nos habla de que los misterios o secretos que están más allá de nuestro entendimiento inmediato se van revelando gradualmente. Por otro lado, las tinieblas, "Jósek" (חֹשֶׁךְ), con un valor de 328, simbolizan esas etapas o ciclos en los que dicho ocultamiento nos llama a experimentar nuestro crecimiento espiritual.

Por ello, Yom Ejad (יוֹם אֶחָד): "Ejad" (אֶחָד) significa "uno", con un valor gemátrico de 13. Al asociarlo al concepto de "ahavá" (אהבה), "amor", y "ejad", "unidad", comprendemos plenamente la idea central de la Palabra transmitida por nuestro Señor Jesucristo: amarnos a pesar de nuestras dualidades, ya que todo está unificado en el amor y la unidad divina.

La creación está en un estado de constante interacción entre revelación y ocultamiento, luz y oscuridad. Nuestra tarea es buscar la luz dentro de nuestras tinieblas, reconociendo que ambos aspectos son necesarios para nuestro crecimiento, ya que, al final, todo está unificado en la voluntad divina. Nada en la creación es accidental; todo tiene un propósito y un lugar en el plan divino.

Desde esa perspectiva, cada día de la creación representa, más que eventos cronológicos de la creación del mundo físico, etapas espirituales profundas que debemos recorrer, en las cuales se nos revela la estructura interna del universo y de nuestra propia esencia. Por lo tanto, la cábala judía nos lleva a las Sefirot o Árbol de la Vida, para que, a través de esos conceptos, podamos entender cómo se manifiesta la voluntad divina en nosotros.

Así, el primer día: "Yom Rishon" es de Luz, siendo la Sefirá Jojmá (Sabiduría) la que nos describe esa emanación inicial de la luz divina, que es la manifestación de la sabiduría y la comprensión primordial. Esta luz ilumina nuestro entendimiento, hoy oscurecido por nuestras ignorancias y desinformaciones, para que no dependamos solo de esa luz física que atribuimos al sol, sino que asumamos que es la energía que produce la vibración de Su palabra la que da forma a todas las cosas. Esas cuatro letras dieron el primer paso a la creación, donde se establece el potencial para que todo lo demás exista.

Procesos de vida que están muy alineados a la interpretación lingüística que le damos a todo, de allí la importancia de comprender que la acción de dar nombres a las cosas o a las circunstancias tiene un significado profundo que va más allá de un simple acto de identificación.

La historia de Adán poniendo nombre a las cosas, como se relata en el Libro del Génesis, es un acto cargado de simbolismo y significado, no solo desde la perspectiva bíblica, sino también desde la interpretación mística cabalística. En ese relato bíblico, Adán, el primer ser humano, recibe la tarea de nombrar a los animales y, de alguna manera, a las criaturas del mundo.

Este acto de nombrar no es solo una acción lingüística. Tiene una dimensión espiritual muy importante. En este contexto, nombrar significa dar forma, poder y significado a las criaturas, un poder que refleja una conexión profunda con la realidad que nos rodea.

Desde la perspectiva cabalística, el acto de nombrar no es solo un ejercicio lingüístico, sino una manifestación de la conciencia humana en la creación y una manera de relacionarse con la realidad profunda.

El Nombre Divino (Shem HaShem): En la Cabalá, se enseña que los nombres de Dios son fuerzas cósmicas que contienen el poder de crear y sustentar el universo. El nombre divino de Dios es Shem HaShem y tiene una vibración energética que refleja la unidad absoluta de la fuente de toda creación.

Dios no necesita nombrar las cosas como lo hace el ser humano, ya que Él es la fuente infinita y eterna de todo lo que existe. Su nombre es la manifestación de su voluntad creativa y su esencia.

Adán, al ser creado a imagen y semejanza de Dios, tiene el poder de nombrar, pero este poder está limitado por su humanidad. Al nombrar las criaturas, Adán establece una conexión con la realidad externa, pero desde una perspectiva humana.

El nombre dado por Adán a las criaturas refleja un intento de comprender y clasificar la creación, pero no abarca la totalidad o la esencia divina de esas criaturas. De hecho, en la tradición cabalística, se cree que el nombre de Adán también es una manifestación limitada de la luz divina que se refleja en su ser, pero no en su totalidad.

En la Cabalá, el nombre no es solo una designación de algo, sino que tiene un poder creativo y formador. Todo en el universo tiene un nombre divino, y conocer ese nombre es un medio para acceder al entendimiento profundo de la esencia de las cosas. Aquí, algunos puntos clave:

Las palabras y los nombres son consideradas como vehículos de energía en la Cabalá. Cada letra del alfabeto hebreo tiene una vibración y un significado energético. De esta manera, las palabras no son solo sonidos, sino representaciones vibracionales de la luz divina que da forma a la realidad.

El nombre "Adán" (אָדָם) tiene un valor numérico de 45 (א = 1, ד = 4, א = 1, מ = 40). El número 45 está asociado con la palabra "אור" (or), que significa luz. Esto sugiere que a través del acto de nombrar, Adán tiene la capacidad de conectar las criaturas con la luz divina, un principio que está más allá de lo físico.

Según la Cabalá, cada nombre dado a una criatura o cosa tiene el poder de revelar una parte de la esencia divina de esa cosa. Cuando Adán nombra a los animales, no está simplemente asignando etiquetas, sino que está descubriendo y manifestando una porción de la luz divina en esas criaturas. Es un acto de reconocimiento de la chispa divina en cada aspecto de la creación.

En el pensamiento cabalístico, se cree que conocer el verdadero nombre de algo es una forma de alcanzar la liberación espiritual. Así como Adán al nombrar las criaturas revela su esencia, en un nivel más alto, el cabalista busca conocer los nombres divinos ocultos para acercarse a la comprensión de la unidad con lo divino.

Adán representa al ser humano que, al nombrar, no solo está reconociendo la existencia de las criaturas, sino también alineándose con la voluntad divina de dar forma a la creación. Pero mientras que el nombre de Adán tiene un poder limitado, el nombre divino (como en las Sefirot o los nombres sagrados de Dios) tiene la capacidad de crear, sustentar y transformar toda la realidad.

Nombrar es una forma de dar estructura a la creación. En la Cabalá, el acto de nombrar es un acto de conexión con las energías superiores. Sin embargo, el nombre humano siempre está limitado por la percepción finita del ser humano, mientras que el nombre divino trasciende todas las limitaciones del tiempo y el espacio.

En la Cabalá y la Gematría, nombrar no es solo un acto de identificación, sino un acto profundamente espiritual. Adán al nombrar las criaturas del mundo refleja su conexión con lo divino, pero los nombres dados por el hombre son solo un reflejo de la verdadera esencia que reside en el nombre divino de las cosas. El poder de nombrar está ligado a la capacidad de comprender y conectar con las energías divinas que subyacen en la creación, y la Gematría ofrece un medio para descifrar el significado profundo de esos nombres y la realidad misma.

De allí que al hablar de día, de noche y de tarde se emiten unos conceptos que tienen por ende una profunda dimensión espiritual, la cual no solo hace referencia a la división del tiempo que conocemos en el mundo físico. En estos enfoques místicos, la noche y el día son símbolos de procesos cósmicos y estados de conciencia que reflejan las etapas de la creación y el desarrollo espiritual del alma humana.

En la Cabala, la noche y el día no son solo realidades físicas, sino que se utilizan como metáforas espirituales que reflejan las etapas del desarrollo espiritual y el ciclo cósmico de la creación. El día simboliza la luz, la revelación y la claridad divina. En términos cabalísticos, el día está asociado con el concepto de Chesed (la bondad) y Tiferet (la belleza), que son Sefirot relacionadas con la misericordia, el amor y la armonía divina. El día es cuando la luz de la presencia divina se revela con mayor claridad y los seres humanos pueden conectarse con lo divino de manera directa.

En un nivel personal y espiritual, el día representa la etapa de revelación y el acceso a la comprensión. Durante el "día espiritual", la conciencia humana está más abierta y receptiva a la luz divina, lo que permite el entendimiento y la claridad mental. Así como el sol ilumina el mundo físico, el "día espiritual" ilumina el alma y permite una conexión con las fuerzas cósmicas.

La noche, por el contrario, está asociada con la oscuridad, la ocultación y el proceso de crecimiento interno. En la Cabalá, la noche no es vista como algo negativo, sino como un periodo necesario de gestación espiritual. Es un tiempo en el que las personas se enfrentan a las pruebas internas, a las dificultades y a la desconexión aparente con lo divino.

En términos de las Sefirot, la noche está vinculada con Gevurah (la severidad) y Binah (la comprensión), que representan el juicio, la limitación y la reflexión profunda. La noche es un tiempo en el que la luz está oculta, y esto permite que el ser humano se enfoque más en su interior, trabajando en el auto-descubrimiento y en la purificación espiritual.

La oscuridad de la noche no es permanente, y en la Cabalá se entiende que a través de la superación de los desafíos nocturnos, el ser humano es capaz de alcanzar una luz interior más profunda que la del día, pues es el resultado de un trabajo espiritual consciente y profundo.

La tarde representa un momento de transición entre el día y la noche, un tiempo en el que la luz comienza a desvanecerse, pero todavía hay algo de claridad antes de la llegada de la oscuridad total. En el plano espiritual, la tarde simboliza un momento de reflexión. Es el periodo en el que la persona se prepara para la oscuridad de la noche. La tarde puede ser vista como un tiempo de evaluación y equilibrio, un momento de balance en el que se reflexiona sobre las experiencias del día, lo que ha sido alcanzado y lo que aún falta por entender o por lograr.

En la práctica cabalística, la tarde también tiene que ver con el concepto de "tikkun" o rectificación, que es el proceso de reparar y perfeccionar las acciones, pensamientos y emociones que no estuvieron alineados con la luz divina. La tarde, al ser el momento de transición, también es una oportunidad para rectificar y corregir lo que se ha hecho durante el día, preparando el alma para las pruebas y desafíos de la noche.

El valor numérico de la palabra "Yom" (יום) día, es 56 (40 = מ, 6= ו, 10= י). En la Gematría, el número 56 tiene una conexión con la idea de completitud y unidad. Es el valor de la palabra "Zohar" (זהר), que significa luz o brillantez. Esto refuerza la asociación del día con la revelación y la luz divina.

La palabra "Laila" (לילה), que significa noche, tiene un valor numérico de 130 (5= ה, 30= ל, 10= י, 30= ל). Este número está relacionado con el concepto de introspección y profundización espiritual. En la Gematría, el número 130 se vincula a la palabra "Emet" (אמת), que significa verdad. La noche es el tiempo donde, a través de la oscuridad y los desafíos, uno puede llegar a la verdad más profunda que trasciende la superficialidad de la luz del día.

La palabra "Erev" (ערב), que significa tarde o noche en algunas interpretaciones, tiene un valor numérico de 272 (2= ב, 200= ר, 70= ע). Este número se asocia con el concepto de "Jésed" (bondad) y "Tiferet" (belleza), indicando que la tarde es un momento en el que la energía de la bondad y la belleza se encuentra en equilibrio antes de que llegue la oscuridad de la noche.

En la Cabalá, la alternancia entre el día y la noche refleja el ciclo cósmico de creación y rectificación. El día representa la luz y la revelación divina, mientras que la noche simboliza los momentos de oscuridad, pruebas y desafíos espirituales. Sin embargo, ambos momentos son necesarios para el crecimiento espiritual: el día trae claridad y sabiduría, y la noche permite la reflexión interior y la purificación.

La tarde, como transición, refleja el momento en que uno debe preparar su alma para la oscuridad de la noche, pero también para la luz que surgirá con el nuevo día, en un ciclo continuo de crecimiento y transformación espiritual. La clave está en entender que, tanto en el día como en la noche, hay un propósito divino y un camino hacia la elevación espiritual.

Así, en la Cabalá y la Gematría, la relación entre noche, día y tarde es un ciclo cósmico de revelación y ocultación, de luz y oscuridad, que refleja el proceso de la creación continua y el viaje espiritual del alma hacia la unión con lo divino.

Por ello si hablamos del concepto de fluir divino debemos entender que este se encuentra relacionado con la idea de que todo en el universo emana desde una única fuente divina, el Ein Sof (el Infinito). Este flujo divino se manifiesta a través de un sistema de emanaciones conocidas como las Sefirot, que son los canales a través de los cuales la energía divina se distribuye en el mundo físico y espiritual.

Emanación: En la Cabalá, todo lo que existe proviene de una única fuente, que es el Ein Sof (la luz infinita). Esta luz se divide en una serie de Sefirot (diez esferas), que representan diferentes aspectos del flujo divino. A medida que esta luz desciende a través de las Sefirot, la energía se va "casi ocultando" a medida que llega a las dimensiones más bajas. El flujo constante de luz divina hacia el mundo físico es una parte esencial de la existencia.

Intercambio Dimensional: Los intercambios permanentes entre las diferentes dimensiones son vistos como interacciones entre las Sefirot y el mundo físico. Cada acción en el mundo material tiene un impacto en el mundo espiritual y viceversa. La idea central es que vivimos en un universo interconectado, donde las dimensiones superiores están en constante interacción con nuestras acciones y pensamientos, y nuestras acciones tienen el potencial de afectar el flujo divino de manera directa.

El propósito de la vida humana, según la Cabalá, es alcanzar una armonía interna y externa con el flujo divino. Esto significa que los seres humanos deben alinearse con la voluntad divina para que su vida esté en equilibrio con la luz y el orden cósmico. La armonía se logra a través del Tikkun Olam (rectificación del mundo), que es la labor espiritual de corregir y elevar las dimensiones inferiores hacia un estado de unidad con lo divino.

Armonía a través de la rectificación: La rectificación implica un proceso constante de purificación y elevación. Las almas deben transitar a través de experiencias de corrección (Tikkun), lo que significa que los seres humanos están llamados a transformar sus propias limitaciones y errores en fuerzas que permitan el regreso de la luz divina al mundo. Esta rectificación es el resultado de un intercambio constante de energías espirituales, donde los seres humanos, al conectarse con lo divino, contribuyen al proceso de restauración cósmica.

El propósito fundamental del flujo divino en la Cabalá es que la luz divina (representada en las Sefirot) debe descender y ser rectificada a través de los seres humanos. A medida que los seres humanos rectifican y purifican sus almas, contribuyen a restaurar el equilibrio del universo, elevando la creación hacia su propósito final: la unidad con lo divino.

Este proceso de armonización no solo está destinado a la humanidad, sino que también tiene un impacto sobre todas las criaturas y aspectos del mundo, lo que implica que todos los intercambios espirituales entre las dimensiones están relacionados con el propósito de reconocer la unidad divina y corregir la separación que ha surgido desde los primeros momentos de la creación.

Cada palabra y nombre en el alfabeto hebreo tiene un valor numérico asociado. Esta vibración numérica refleja una energía espiritual particular que fluye a través de la creación. A través de la Gematría, se puede entender cómo las palabras se conectan con las Sefirot y con el flujo divino. Por ejemplo, el nombre de Dios (Yud-He-Vav-He) tiene un valor gemátrico profundo que simboliza la expresión máxima de la luz divina. Al estudiar estos valores, los cabalistas buscan comprender cómo las energías espirituales interactúan entre sí y cómo afectan la realidad física.

En la Gematría, hay una profunda conexión entre los números y las energías que rigen la creación. Los intercambios de energía entre las dimensiones no son aleatorios, sino que están perfectamente ordenados según un patrón divino. Por ejemplo, si tomamos el número 10 (que es el valor numérico de "Sefirá", esfera en hebreo), este número refleja la completitud del proceso de emanación divina. El número 10 es central en la estructura cabalística, pues las diez Sefirot corresponden al flujo divino completo. La palabra "Shalom" (שלום), que significa paz, tiene un valor gemátrico de 376, que está relacionado con otras palabras como "Tzedek" (justicia) y "Tefilá" (oración), reflejando cómo la armonía entre la justicia, la oración y la paz son elementos necesarios para el flujo divino en la creación.

El "para qué" de estos intercambios permanentes entre dimensiones, según la Cabalá y la Gematría, es la restauración de la unidad divina en todo el universo. El propósito último de la creación es que todas las entidades, criaturas y seres humanos se reconozcan como una extensión de lo divino y trabajen en armonía para alcanzar la unificación con la fuente divina.

La armonía no solo se refiere a un equilibrio personal, sino a un proceso cósmico en el que todas las fuerzas del universo deben trabajar juntas para restaurar la unidad perdida. A través de la rectificación y el trabajo espiritual que cada ser humano realiza, se contribuye al restablecimiento de la luz divina en todas las dimensiones, acercando la creación hacia su propósito final: la revelación de la unidad absoluta de Dios.

La Cabalá y la Gematría nos enseñan que vivimos en un flujo continuo de energía divina que conecta las dimensiones espirituales con el mundo físico. Estos intercambios no son solo procesos cósmicos, sino también aspectos de nuestro desarrollo espiritual. El propósito de todo esto es alcanzar la armonía y la unidad con lo divino, para que cada acción humana, pensamiento y palabra contribuya a la rectificación y restauración del equilibrio universal. Este proceso de alineamiento con el flujo divino es el camino hacia la revelación espiritual y la comprensión profunda de nuestra conexión con la fuente infinita.

Finalmente debemos intentar hacer unas conexiones más profundas desde la mística judía para entender como creyentes que el "Verbo" (la Palabra) no es solo un mensaje, sino la materia prima del universo, imaginándonos que el universo es como un programa de computadora. El "Verbo" es el código de programación, y la "Carne" es la pantalla que finalmente vemos.

El Poder de las Letras (Gematría y Cábala) En el pensamiento hebreo, Dios no creó el mundo con las manos, sino hablando. Por eso en este versículo de Génesis, se enmarca la frase "Y dijo Dios: Sea la luz". Para lo cual utiliza palabras compuestas por letras hebreas.

El ADN del Cosmos: Según el Sefer Yetzirah (Libro de la Formación), las 22 letras del alfabeto hebreo son las "piedras" con las que se construyó el mundo. Gematría: La palabra hebrea para "Palabra" es Dabar (דבר). Curiosamente, la misma raíz se usa para "Cosa" u "Objeto". Para la Cábala, no hay diferencia entre lo que se dice y lo que existe; la palabra es la cosa. Analogía: Si Dios dice "Árbol", las letras de esa palabra se reorganizan a nivel atómico para sostener la existencia física del árbol. El Mesías es la "Palabra" completa (el código fuente) caminando entre nosotros.

El "Zohar" y la Columna Central El Zohar (el libro principal del esplendor) explica que la creación fluye a través de diferentes niveles de energía (Sefirot). La Luz Infinita (Oir Ein Sof): Es demasiado brillante para nosotros; si nos tocara directamente, nos destruiría.

El Mediador: Para que la luz no nos ciegue, necesita un "filtro" o una vasija. El Mesías es visto en la mística como la Columna Central del Árbol de la Vida. Es el equilibrio que permite que la luz divina baje a la tierra sin quemar la creación. Cuando decimos que el Verbo se hizo carne, el Zohar nos invita a ver esto como la Luz Infinita "vistiéndose" con capas de realidad física para que podamos verla y tocarla.

El "Talmud" y la Torá Viviente En el Talmud, se debate mucho sobre el propósito de la creación. Una enseñanza clave es que la Torá preexistía al mundo. Los sabios dicen que Dios "miró la Torá y creó el mundo". La Torá es el Plano: Si el mundo es un edificio, la Torá es el plano azul del arquitecto. El Mesías es el Edificio Terminado: El concepto del Mesías (o el Adam Kadmon, el Hombre Primordial) es la realización total de ese plano. Él es la "Torá viviente". No es solo alguien que lee la ley, sino alguien cuyas acciones y cuerpo son la ley misma en movimiento.

La Luz y el Espejo Para que un creyente lo entienda de forma atemporal, podemos usar la analogía de la luz solar: Dios (El Padre): Es el Sol. No podemos mirarlo directamente sin quedar ciegos. El Verbo (El Hijo): Es el Rayo de Luz que viaja desde el Sol hasta la Tierra. Es la misma naturaleza que el sol, pero es la que "llega" a nosotros. La Carne: Es cuando ese rayo de luz toca un objeto y genera calor y visibilidad.

Cuando el Génesis dice "Sea la luz" y Juan dice "El Verbo se hizo carne", están contando la misma historia: Dios quería que Su pensamiento más puro (Su Palabra) tuviera un cuerpo para poder relacionarse con nosotros. El Mesías es, literalmente, el lenguaje de Dios traducido a idioma humano.

No perdamos de vista que en hebreo, cada letra tiene un valor numérico. Cuando dos palabras suman lo mismo, se considera que comparten una esencia espiritual profunda.

El Mesías y la Luz (Gematría 358)

Una de las conexiones más famosas en la Cábala es la que vincula al Mesías con la rectificación de la serpiente original del Edén. Mashiach (Mesías - משיח): Mem (40) + Shin (300) + Yod (10) + Chet (8) = 358 Nachash (Serpiente - נחש): Nun (50) + Chet (8) + Shin (300) = 358 ¿Qué significa esto? Que el Mesías es el "antídoto" que utiliza la misma energía que se desvió en el Génesis para restaurar el equilibrio. Es la "Luz" que vence la oscuridad de la caída.

La materialización de la Luz (Génesis 1:3) Cuando Dios dice en el Génesis: "Sea la luz" (Yehi Or - יהי אור), estamos viendo el momento en que el Verbo empieza a materializarse. Or (Luz - אור): Aleph (1) + Vav (6) + Resh (200) = 207. En-Sof (Infinito - אין סוף): Esta es la palabra para Dios antes de la creación. Su valor también es 207. La conexión: La Gematría nos dice que la Luz es el Infinito hecho visible. El Mesías, al ser llamado "La Luz del Mundo", es literalmente el En-Sof (lo invisible) manifestándose en el Or (lo visible).

El Nombre de Jesús (Yeshúa) y el "Hombre Nuevo" El nombre hebreo de Jesús es Yeshúa (ישוע). Su estructura revela cómo se materializa esa luz: Yod (י): El punto de partida, la chispa divina. Shin (ש): El fuego o espíritu (el Verbo). Vav (ו): Una línea vertical que conecta el cielo con la tierra. Ayin (ע): El ojo, la visión, la manifestación física.

La suma de Yeshúa es 391. Curiosamente, la frase en hebreo para "El cielo se regocijará" (Yis-me-chu Ha-sha-may-im) también suma 391. Esto refuerza la idea de que su presencia en la "carne" es la alegría del cielo bajando a la tierra.

El Verbo se hace Carne: La Analogía del Sello En el Talmud se enseña que "El sello de Dios es la Verdad". La palabra Verdad en hebreo es Emet (אמת): Aleph (א): La primera letra. Mem (מ): La letra central. Tav (ת): La última letra.

Esto significa que la Palabra de Dios (el Verbo) abarca todo el principio, el medio y el fin. Cuando el Verbo se hace carne, esa "Verdad" abstracta se convierte en una persona. Es como si el abecedario entero se condensara en un solo ser humano.

Para entenderlo de forma simple: Dios usó las letras (como si fueran ladrillos) para construir el mundo. El Mesías es la "Palabra Maestra" que mantiene unidos todos esos ladrillos. Génesis: La Palabra crea la materia. El Mesías: La materia vuelve a llenarse de la Palabra. Es un círculo perfecto: lo que empezó como un sonido divino en el vacío, termina como un corazón que late entre nosotros.

Para entender mejor esa "Luz materializada" podemos visionar la Menorá o candelabro de siete brazos y su relación con nuestro cuerpo materializado.

La Menorá no es solo un objeto decorativo del Tabernáculo; en la mística y la Cábala, es un diagrama del Cuerpo Humano, del Universo y de la Conciencia. Si el Mesías es la "Luz del mundo" materializada, la Menorá es el "plano" de cómo esa luz se distribuye en nosotros.

El Diseño: El Mesías como la Columna Central La Menorá tiene siete brazos, pero todos nacen de una sola base y un solo tronco central llamado Yerej. La Caña Central (Shamash): En la tradición, hay una luz que enciende a las demás. Esta columna central representa al Mesías. La Conexión: Así como el tronco central sostiene los seis brazos laterales (tres a cada lado), la Cábala enseña que el "Verbo" es el eje que sostiene los seis días de la creación y las seis direcciones del espacio físico (Norte, Sur, Este, Oeste, Arriba y Abajo).

La Menorá en el Rostro Humano Para el creyente, entender que "el Verbo se hizo carne" es ver la Menorá reflejada en su propia anatomía. Dios diseñó nuestro rostro siguiendo el patrón de su luz: Tenemos 7 aberturas en la cabeza (los 7 brazos de la Menorá): 2 Oídos (Niveles inferiores de recepción). 2 Ojos (Niveles intermedios de percepción).

2 Fosas Nasales (El aliento de vida, conexión con el espíritu). 1 Boca (La columna central, por donde sale el Verbo).

El secreto místico: La boca es la "luz central". Mientras que los otros órganos reciben información (luz), la boca es la única que tiene el poder de crear mediante la palabra, imitando al Creador en el Génesis.

La palabra Menorá (מנורה) tiene una conexión numérica fascinante: Mem (40) + Nun (50) + Vav (6) + Resh (200) + He (5) = 301. El valor 301 es el mismo que la palabra Esh (אש), que significa Fuego.

Esto nos enseña que la Menorá no es solo metal (carne/materia), sino que su esencia es el fuego espiritual. Cuando el Mesías (la luz) habita en la carne, el cuerpo humano se convierte en una Menorá viviente: un recipiente de materia que porta fuego divino.

El Aceite: El nexo entre el Verbo y la Materia Para que la Menorá ilumine, necesita aceite de oliva. En hebreo, aceite es Shemen (שמן). Si reordenamos las letras de Shemen (Aceite), obtenemos Neshamá (נשמה), que significa Alma.

El aceite debe ser "prensado" para fluir. Del mismo modo, el Mesías es llamado el "Ungido" (Mashíaj), aquel que pasó por el proceso de ser prensado (su sacrificio en la carne) para que la luz del alma divina pudiera iluminar a toda la humanidad.

Para cualquier persona de fe, esta analogía simplifica el misterio: La Menorá de Oro: Representa la perfección de Dios (el Verbo). El Aceite: Representa el Espíritu que da vida. La Luz: Representa al Mesías manifestado.

Cuando Jesús dice: "Vosotros sois la luz del mundo", nos está pidiendo que dejemos de ser "estatuas de sal" (estancadas y sin luz) para convertirnos en Menorás de carne. La sal preserva, pero la luz guía y transforma.

La materialización de la luz en el Mesías es el recordatorio de que nuestro cuerpo no es una cárcel de materia, sino un candelabro diseñado para emitir la misma frecuencia de voz con la que se dijo: "Sea la luz".

Por ello para la mística, el cuerpo humano no solo porta la presencia de Dios, sino que es un autógrafo divino en la materia. Es allí en donde el nombre más sagrado de Dios, el Tetragrámaton (YHVH - יהוה), deja de ser una palabra para ser pronunciada, hacia una estructura que sostiene la realidad nuestro; cuerpo como tempo.

El Nombre de Dios en la Anatomía (La Estructura Vertical) Si observamos el cuerpo humano de pie, los sabios de la Cábala ven las cuatro letras hebreas del Nombre Inefable integradas en nuestra forma física: Yod (י): Es la letra más pequeña, una chispa. Representa la Cabeza. Es el punto donde reside el pensamiento y el potencial del "Verbo". He (ה): Representa los Hombros y Brazos. Como la letra He tiene una apertura, simboliza la expansión de la energía hacia los lados y la capacidad de actuar y crear en el mundo físico. Vav (ו): Es una línea vertical larga. Representa el Tronco y la Columna Vertebral. Es el canal que conecta lo superior (la mente) con lo inferior (el cuerpo). Es el símbolo del hombre caminando erguido. He (ה) final: Representa la Pelvis y las Piernas. Es la base que nos conecta con la Tierra (la materia).

El ser humano es, literalmente, el Nombre de Dios puesto en pie sobre la tierra. Cuando el "Verbo se hace carne", el Nombre de Dios deja de ser una idea en el cielo para caminar por el mundo.

La Gematría del Nombre y el Valor del "Hombre" Hagamos una suma simple que cualquier creyente puede recordar: Yod (10) + He (5) + Vav (6) + He (5) = 26.

El número 26 es la firma numérica de Dios. Ahora bien, en el Génesis, el hombre es creado a "Imagen y Semejanza". Si sumamos los valores de la palabra Adam (Hombre - אדם): Aleph (1) + Dalet (4) + Mem (40) = 45.

El secreto del Mesías: El valor 45 es el mismo que el del nombre de Dios cuando se escribe "expandido" (sumando las letras que componen cada letra). El Mesías es llamado el "Postrer Adam" porque él manifiesta el valor completo de Dios (26) dentro de la forma del hombre (45).

El Aliento de Vida: El Verbo en la Respiración

El Nombre YHVH es, según muchos estudiosos, el sonido de la respiración misma. Las letras son consonantes "aspiradas": YH (Inhalar) VH (Exhalar)

No podemos vivir sin pronunciar Su nombre a cada segundo. Esto conecta con el Génesis: "Dios sopló en su nariz aliento de vida". El Verbo no es solo una palabra que se dice una vez; es el flujo continuo de luz que entra y sale de nuestros pulmones.

No dejemos que como la Mujer de Lot el aferrarnos a lo material ilusorio nos convierta en estatuas de sal que se "cristalizan", que nos hacemos rígidos, sin el flujo del nombre divino (sin respiración, sin movimiento hacia adelante). El Mesías nos invita a ser "Sal de la tierra" porque la sal viva realza el sabor de la creación, pero nos pide ser "Luz" porque la luz es vibración y movimiento, tal como el Nombre YHVH.

Entender que el Verbo se hizo carne es comprender que tú eres un recipiente diseñado con la arquitectura del Creador. Tu cabeza, tus brazos y tu tronco son la caligrafía de Dios en este mundo. El Mesías vino a recordarnos que la materia no es "mala suerte" ni algo sucio, sino el escenario donde la Luz Infinita ha decidido "hacerse carne" para poder amar y ser amada.

REFLECTION

As the duality of creation is revealed to us, we are called to unity. His "light" (אור, "Or") and the "darkness" (חֹשֶׁךְ , "Jósek") are the processes through which we recognize, in the day, His presence, and in the night, our existence in this earthly plane. Therefore, we must better coordinate our emotions to transcend to our spiritual states.

Light symbolizes revelation, knowledge, and consciousness, the divine presence, and His wisdom, which illuminates not only our life or minds but also our souls. Light also represents the revealed aspect of Him, where His will is clearly manifested to create us. Darkness, on the other hand, represents His concealment, the space where we do not perceive Him clearly, the scenario of unrealized potential where we exercise our free will and achieve self-realization. This concept, often mistakenly deemed negative, is actually an opportunity for us to refine ourselves, to project that inner potential that develops through our introspection.

Growth must take place in our daily lives; therefore, we must seek His light, working spiritually from His revelations, which involve the unification of our necessary opposites to comprehend the totality of creation. The unity of the "first day" (יוֹם אֶחָד, Yom Ejad) shows us that despite apparent differences and dualities in the world, we must become one in the divine essence.

Light (אור , Or), with a gematria value of 207, associated with "Raz" (רז), tells us that mysteries or secrets that are beyond our immediate understanding are gradually revealed. On the other hand, darkness, "Jósek" (חֹשֶׁךְ), with a value of 328, symbolizes those stages or cycles where concealment calls us to experience spiritual growth.

Thus, Yom Ejad (יוֹם אֶחָד): "Ejad" (אֶחָד) means "one", with a gematria value of 13. When associated with the concept of "ahavá" (אהבה), "love", and "ejad", "unity", we fully understand the central idea of the Word transmitted by our Lord Jesus Christ: to love one another despite our dualities, as everything is unified in divine love and unity.

Creation is in a constant state of interaction between revelation and concealment, light and darkness. Our task is to seek the light within our darkness, recognizing that both aspects are necessary for our growth since, in the end, everything is unified in divine will. Nothing in creation is accidental; everything has a purpose and a place in the divine plan.

From this perspective, each day of creation represents, more than chronological events of the physical world's creation, deep spiritual stages we must go through, in which the internal structure of the universe and our own essence is revealed to us. Therefore, Jewish Kabbalah leads us to the Sefirot or Tree of Life, so that through these concepts, we can understand how the divine will manifests in us.

Thus, the first day: "Yom Rishon" is the Day of Light, with the Sefirá Chokhmah (Wisdom) describing this initial emanation of divine light, which is the manifestation of primordial wisdom and understanding. This light illuminates our understanding, which is today darkened by our ignorance and misinformation, so that we do not rely solely on that physical light we attribute to the sun, but recognize that it is the energy produced by the vibration of His word that shapes all things. These four letters set the first step in creation, where the potential for everything else to exist is established.

Life processes are closely aligned with the linguistic interpretation we give to everything, hence the importance of understanding that the act of naming things or circumstances has a profound meaning that goes beyond a simple act of identification.

The story of Adam naming things, as told in the Book of Genesis, is an act laden with symbolism and meaning, not only from a biblical perspective but also from a Kabbalistic mystical interpretation. In this biblical story, Adam, the first human being, is tasked with naming animals and, in a sense, the creatures of the world.

This act of naming is not merely a linguistic action. It has a very important spiritual dimension. In this context, naming means giving form, power, and meaning to creatures, a power that reflects a profound connection with the reality around us.

From a Kabbalistic perspective, the act of naming is not merely a linguistic exercise, but a manifestation of human consciousness in creation and a way of relating to profound reality.

The Divine Name (Shem HaShem): In Kabbalah, it is taught that the names of God are cosmic forces that contain the power to create and sustain the universe. God's divine name is Shem HaShem, and it has an energetic vibration that reflects the absolute unity of the source of all creation.

God does not need to name things as humans do, since He is the infinite and eternal source of all that exists. His name is the manifestation of His creative will and essence.

Adam, being created in the image and likeness of God, has the power to name, but this power is limited by his humanity. By naming creatures, Adam establishes a connection with external reality, but from a human perspective.

The name given by Adam to creatures reflects an attempt to understand and classify creation, but it does not encompass the totality or divine essence of those creatures. In fact, in the Kabbalistic tradition, Adam's name is also believed to be a limited manifestation of the divine light that is reflected in his being, but not in its entirety.

In Kabbalah, a name is not just a designation of something, but rather has a creative and formative power. Everything in the universe has a divine name, and knowing that name is a means to accessing a deeper understanding of the essence of things. Here are some key points:

Words and names are considered vehicles of energy in Kabbalah. Each letter of the Hebrew alphabet has a vibration and energetic meaning. In this way, words are not just sounds, but vibrational representations of the divine light that shapes reality.

The name "Adam" (אָדָם) has a numerical value of 45 (40= מ ,1= א, 4= ד, 1= א). The number 45 is associated with the word "אור" (or), which means light. This suggests that through the act of naming, Adam has the ability to connect creatures with the divine light, a principle beyond the physical.

According to Kabbalah, every name given to a creature or thing has the power to reveal a part of that thing's divine essence. When Adam names animals, he is not simply assigning labels, but rather discovering and manifesting a portion of the divine light in those creatures. It is an act of recognizing the divine spark in every aspect of creation.

In Kabbalistic thought, knowing the true name of something is believed to be a way to achieve spiritual liberation. Just as Adam, by naming creatures, reveals their essence, on a higher level, the Kabbalist seeks to know the hidden divine names in order to come closer to understanding unity with the divine.

Adam represents the human being who, by naming, is not only acknowledging the existence of creatures but also aligning himself with the divine will to shape creation. But while Adam's name has limited power, the divine name (as in the Sefirot, or the sacred names of God) has the ability to create, sustain, and transform all reality.

Naming is a way of giving structure to creation. In Kabbalah, the act of naming is an act of connection with higher energies. However, the human name is always limited by the finite perception of the human being, while the divine name transcends all limitations of time and space.

In Kabbalah and Gematria, naming is not only an act of identification, but a profoundly spiritual act. Adam, naming the creatures of the world, reflected his connection to the divine, but the names given by man are only a reflection of the true essence that resides in the divine name of things. The power of naming is linked to the ability to understand and connect with the divine energies that underlie creation, and Gematria offers a means to decipher the deeper meaning of these names and of reality itself.

Hence, when we speak of day, night, and evening, we express concepts that have a profound spiritual dimension, which not only refers to the division of time we know in the physical world. In these mystical approaches, night and day are symbols of cosmic processes and states of consciousness that reflect the stages of creation and the spiritual development of the human soul.

In Kabbalah, night and day are not only physical realities, but are used as spiritual metaphors that reflect the stages of spiritual development and the cosmic cycle of creation. Day symbolizes light, revelation, and divine clarity. In Kabbalistic terms, day is associated with the concept of Chesed (goodness) and Tiferet (beauty), which are Sefirot related to mercy, love, and divine harmony. Day is when the light of the divine presence is most clearly revealed, and human beings can connect with the divine directly.

On a personal and spiritual level, day represents the stage of revelation and access to understanding. During the "spiritual day," human consciousness is most open and receptive to divine light, allowing for understanding and mental clarity. Just as the sun illuminates the physical world, the "spiritual day" illuminates the soul and allows for a connection with cosmic forces.

Night, on the other hand, is associated with darkness, concealment, and the process of internal growth. In Kabbalah, night is not seen as something negative, but as a necessary period of spiritual gestation. It is a time when people face internal trials, difficulties, and apparent disconnection from the divine.

In terms of the Sefirot, night is linked to Gevurah (severity) and Binah (understanding), which represent judgment, limitation, and deep reflection. Night is a time when the light is hidden, and this allows human beings to focus more inward, working on self-discovery and spiritual purification.

The darkness of night is not permanent, and in Kabbalah, it is understood that by overcoming the challenges of the night, human beings are able to achieve a deeper inner light than that of the day, as it is the result of conscious and profound spiritual work.

Evening represents a time of transition between day and night, a time when the light begins to fade, but there is still some clarity before the arrival of total darkness. On the spiritual level, evening symbolizes a time of reflection. It is the period in which a person prepares for the darkness of night.

Evening can be seen as a time of evaluation and balance, a moment of taking stock in which one reflects on the day's experiences, what has been achieved, and what remains to be understood or accomplished.

In Kabbalistic practice, evening is also associated with the concept of "tikkun," or rectification, which is the process of repairing and perfecting actions, thoughts, and emotions that were not aligned with the divine light. Evening, being a time of transition, is also an opportunity to rectify and correct what has been done during the day, preparing the soul for the trials and challenges of the night.

The numerical value of the word "Yom" (יום), meaning day, is 56 (40= מ ,6 = ו, 10= י). In gematria, the number 56 is connected to the idea of completeness and unity. It is the value of the word "Zohar" (זהר), which means light or brilliance. This reinforces the association of the day with revelation and divine light.

The word "Laila" (לילה), meaning night, has a numerical value of 130 (5= ה, 30= ל, 10= י ,30 = ל). This number is related to the concept of introspection and spiritual deepening. In gematria, the number 130 is linked to the word "Emet" (אמת), which means truth. Night is the time when, through darkness and challenges, one can reach the deepest truth that transcends the superficiality of daylight.

The word "Erev" (ערב), which means evening or night in some interpretations, has a numerical value of 272 (2= ב, 200= ר, 70= ע). This number is associated with the concept of "chesed" (goodness) and "tifferet" (beauty), indicating that evening is a time when the energy of goodness and beauty is in balance before the darkness of night arrives.

In Kabbalah, the alternation between day and night reflects the cosmic cycle of creation and rectification. Day represents light and divine revelation, while night symbolizes times of darkness, trials, and spiritual challenges. However, both times are necessary for spiritual growth: day brings clarity and wisdom, and night allows for inner reflection and purification.

Evening, as a transition, reflects the time when one must prepare one's soul for the darkness of night, but also for the light that will emerge with the new day, in a continuous cycle of spiritual growth and transformation. The key is to understand that, in both day and night, there is a divine purpose and a path to spiritual elevation.

Thus, in Kabbalah and Gematria, the relationship between night, day, and evening is a cosmic cycle of revelation and concealment, of light and darkness, reflecting the process of ongoing creation and the soul's spiritual journey toward union with the divine.

Therefore, if we speak of the concept of divine flow, we must understand that it is related to the idea that everything in the universe emanates from a single divine source, the Ein Sof (the Infinite). This divine flow manifests itself through a system of emanations known as the Sefirot, which are the channels through which divine energy is distributed in the physical and spiritual worlds.

Emanation: In Kabbalah, everything that exists comes from a single source, which is the Ein Sof (the infinite light). This light is divided into a series of Sefirot (ten spheres), which represent different aspects of the divine flow. As this light descends through the Sefirot, the energy is "almost hidden" as it reaches the lower dimensions. The constant flow of divine light into the physical world is an essential part of existence.

Dimensional Exchange: The constant exchanges between different dimensions are seen as interactions between the Sefirot and the physical world. Every action in the material world has an impact on the spiritual world and vice versa. The central idea is that we live in an interconnected universe, where the higher dimensions are in constant interaction with our actions and thoughts, and our actions have the potential to directly affect the divine flow.

The purpose of human life, according to Kabbalah, is to achieve internal and external harmony with the divine flow. This means that human beings must align themselves with the divine will so that their lives are in balance with the light and cosmic order. Harmony is achieved through Tikkun Olam (rectification of the world), which is the spiritual work of correcting and elevating the lower dimensions to a state of unity with the divine.

Harmony through rectification: Rectification involves a constant process of purification and elevation. Souls must transition through experiences of correction (Tikkun), which means that human beings are called to transform their own limitations and errors into forces that allow the return of divine light to the world. This rectification is the result of a constant exchange of spiritual energies, where human beings, by connecting with the divine, contribute to the process of cosmic restoration.

The fundamental purpose of the divine flow in Kabbalah is that the divine light (represented in the Sefirot) must descend and be rectified through human beings. As human beings rectify and purify their souls, they contribute to restoring the balance of the universe, elevating creation toward its ultimate purpose: unity with the divine.

This harmonization process is not only intended for humanity but also impacts all creatures and aspects of the world, implying that all spiritual exchanges between dimensions are related to the purpose of recognizing divine unity and correcting the separation that has arisen since the earliest moments of creation.

Every word and name in the Hebrew alphabet has an associated numerical value. This numerical vibration reflects a particular spiritual energy that flows through creation. Through gematria, one can understand how words connect to the Sefirot and the divine flow. For example, the name of God (Yud-He-Vav-He) has a profound gematric value that symbolizes the ultimate expression of divine light. By studying these values, Kabbalists seek to understand how spiritual energies interact with each other and how they affect physical reality.

In gematria, there is a profound connection between numbers and the energies that govern creation. The exchanges of energy between dimensions are not random, but are perfectly ordered according to a divine pattern. For example, if we consider the number 10 (which is the numerical value of "Sefirah," sphere in Hebrew), this number reflects the completeness of the process of divine emanation. The number 10 is central to the Kabbalistic structure, as the ten Sefirot correspond to the complete divine flow. The word "Shalom" (שלום), meaning peace, has a gematric value of 376, which is related to other words such as "Tzedek" (justice) and "Tefillah" (prayer), reflecting how the harmony between justice, prayer, and peace are necessary elements for the divine flow in creation.

The "purpose" of these permanent exchanges between dimensions, according to Kabbalah and Gematria, is the restoration of divine unity throughout the universe. The ultimate purpose of creation is for all entities, creatures, and human beings to recognize themselves as an extension of the divine and work in harmony to achieve unification with the divine source.

Harmony does not only refer to personal balance, but to a cosmic process in which all the forces of the universe must work together to restore lost unity. Through the rectification and spiritual work that each human being performs, we contribute to the restoration of divine light in all dimensions, bringing creation closer to its ultimate purpose: the revelation of the absolute unity of God.

Kabbalah and Gematria teach us that we live in a continuous flow of divine energy that connects the spiritual dimensions with the physical world. These exchanges are not only cosmic processes, but also aspects of our spiritual development. The purpose of all this is to achieve harmony and unity with the divine, so that every human action, thought, and word contributes to the rectification and restoration of universal balance. This process of alignment with the divine flow is the path to spiritual revelation and a deeper understanding of our connection to the infinite source.

Finally, we must attempt to make deeper connections from Jewish mysticism to understand, as believers, that the "Word" is not just a message, but the raw material of the universe, imagining the universe as a computer program. The "Word" is the programming code, and the "Flesh" is the screen we ultimately see.

The Power of Letters (Gematria and Kabbalah) In Hebrew thought, God did not create the world with his hands, but by speaking. This is why the phrase "And God said, 'Let there be light'" is framed in this verse from Genesis. For this, he uses words composed of Hebrew letters.

The DNA of the Cosmos: According to the Sefer Yetzirah (Book of Formation), the 22 letters of the Hebrew alphabet are the "stones" with which the world was built. Gematria: The Hebrew word for "Word" is Dabar (דבר). Interestingly, the same root is used for "Thing" or "Object." For Kabbalah, there is no difference between what is said and what exists; the word is the thing.

Analogy: If God says "Tree," the letters of that word rearrange themselves at an atomic level to sustain the physical existence of the tree. The Messiah is the complete "Word" (the source code) walking among us.

The "Zohar" and the Central Pillar The Zohar (the main book of splendor) explains that creation flows through different levels of energy (Sefirot).

The Infinite Light (Oir Ein Sof): It is too bright for us; if it were to touch us directly, it would destroy us.

The Mediator: In order for the light not to blind us, it needs a "filter" or a vessel. The Messiah is seen in mysticism as the Central Pillar of the Tree of Life. He is the balance that allows divine light to descend to earth without burning creation.

When we say that the Word became flesh, the Zohar invites us to see this as the Infinite Light "clothing" itself in layers of physical reality so that we can see and touch it.

The Talmud and the Living Torah In the Talmud, there is much debate about the purpose of creation. A key teaching is that the Torah pre-existed the world. The sages say that God "looked at the Torah and created the world."

The Torah is the Blueprint: If the world is a building, the Torah is the architect's blueprint.

The Messiah is the Finished Building: The concept of the Messiah (or Adam Kadmon, the Primordial Man) is the complete realization of that blueprint. He is the "living Torah." He is not merely someone who reads the law, but someone whose actions and body are the law itself in motion.

Light and the Mirror To help a believer understand this in a timeless way, we can use the analogy of sunlight: God (The Father): Is the Sun. We cannot look directly at it without going blind.

The Word (The Son): Is the Ray of Light that travels from the Sun to the Earth. It is of the same nature as the sun, but it is the one that "reaches" us.

The Flesh: Is when that ray of light touches an object and generates heat and visibility.

When Genesis says "Let there be light" and John says "The Word became flesh," they are telling the same story: God wanted His purest thought (His Word) to have a body so that it could relate to us. The Messiah is, literally, the language of God translated into human language.

Let us not forget that in Hebrew, each letter has a numerical value. When two words add up to the same number, they are considered to share a profound spiritual essence.

The Messiah and the Light (Gematria 358) One of the most famous connections in Kabbalah is the one that links the Messiah to the rectification of the original serpent of Eden. Mashiach (Messiah - משיח): Mem (40) + Shin (300) + Yod (10) + Chet (8) = 358 Nachash (Serpent - נחש): Nun (50) + Chet (8) +

Shin (300) = 358 What does this mean? That the Messiah is the "antidote" that uses the same energy that was diverted in Genesis to restore balance. He is the "Light" that overcomes the darkness of the Fall.

The Materialization of Light (Genesis 1:3) When God says in Genesis, "Let there be light" (Yehi Or - יהי אור), we are witnessing the moment when the Word begins to materialize.

Or (Light - אור): Aleph (1) + Vav (6) + Resh (200) = 207. En-Sof (Infinity - אין סוף): This is the word for God before creation. Its numerical value is also 207. The Connection: Gematria tells us that Light is Infinity made visible. The Messiah, being called "The Light of the World," is literally En-Sof (the invisible) manifesting in Or (the visible).

The Name of Jesus (Yeshua) and the "New Man" The Hebrew name of Jesus is Yeshua (ישוע). Its structure reveals how that light materializes: Yod (י): The starting point, the divine spark.

Shin (ש): The fire or spirit (the Word).

Vav (ו): A vertical line connecting heaven and earth.

Ayin (ע): The eye, vision, physical manifestation.

The sum of Yeshua's digits is 391. Interestingly, the Hebrew phrase for "Heaven will rejoice" (Yis-me-chu Ha-sha-may-im) also adds up to 391. This reinforces the idea that his presence in the "flesh" is the joy of heaven descending to earth.

The Word Becomes Flesh: The Analogy of the Seal The Talmud teaches that "The seal of God is Truth." The Hebrew word for Truth is Emet (אמת): Aleph (א): The first letter. Mem (מ): The middle letter. Tav (ת): The last letter.

This means that the Word of God (the Word) encompasses everything: beginning, middle, and end. When the Word becomes flesh, that abstract "Truth" becomes a person. It is as if the entire alphabet were condensed into a single human being.

To put it simply: God used the letters (as if they were bricks) to build the world. The Messiah is the "Master Word" that holds all those bricks together.

Genesis: The Word creates matter.

The Messiah: Matter is once again filled with the Word.

It is a perfect circle: what began as a divine sound in the void ends as a heart beating within us.

To better understand this "materialized Light," we can visualize the Menorah, or seven-branched candelabrum, and its relationship to our materialized body.

The Menorah is not merely a decorative object of the Tabernacle; in mysticism and Kabbalah, it is a diagram of the Human Body, the Universe, and Consciousness.

If the Messiah is the materialized "Light of the world," the Menorah is the "blueprint" of how that light is distributed within us.

The Design: The Messiah as the Central Column The Menorah has seven branches, but all originate from a single base and a single central shaft called the Yerej.

The Central Shaft (Shamash): In tradition, there is a light that ignites the others. This central column represents the Messiah.

The Connection: Just as the central trunk supports the six lateral branches (three on each side), Kabbalah teaches that the "Word" is the axis that sustains the six days of creation and the six directions of physical space (North, South, East, West, Up, and Down).

The Menorah in the Human Face For the believer, understanding that "the Word became flesh" is to see the Menorah reflected in their own anatomy. God designed our face following the pattern of His light: We have seven openings in the head (the seven branches of the Menorah): 2 Ears (Lower levels of reception).

2 Eyes (Intermediate levels of perception).

2 Nostrils (The breath of life, connection with the spirit).

1 Mouth (The central column, through which the Word emerges).

The mystical secret: The mouth is the "central light." While the other organs receive information (light), the mouth is the only one with the power to create through the word, imitating the Creator in Genesis.

The word Menorah (מנורה) has a fascinating numerical connection: Mem (40) + Nun (50) + Vav (6) + Resh (200) + He (5) = 301. The value 301 is the same as the word Esh (אש), which means Fire.

This teaches us that the Menorah is not just metal (flesh/matter), but that its essence is spiritual fire. When the Messiah (the light) dwells in the flesh, the human body becomes a living Menorah: a vessel of matter that carries divine fire.

The Oil: The Link Between the Word and Matter For the Menorah to illuminate, it needs olive oil. In Hebrew, oil is Shemen (שמן).

If we rearrange the letters of Shemen (Oil), we get Neshamah (נשמה), which means Soul.

Oil must be "pressed" to flow. Similarly, the Messiah is called the "Anointed One" (Mashiach), the one who underwent the process of being pressed (his sacrifice in the flesh) so that the light of the divine soul could illuminate all of humanity.

For any person of faith, this analogy simplifies the mystery:

The Golden Menorah: Represents the perfection of God (the Word).

The Oil: Represents the life-giving Spirit.

The Light: Represents the Messiah made manifest.

When Jesus says, "You are the light of the world," he is asking us to stop being "pillars of salt" (stagnant and without light) and become Menoras of flesh. Salt preserves, but light guides and transforms.

The materialization of light in the Messiah is a reminder that our body is not a prison of matter, but a candelabrum designed to emit the same frequency of voice with which it was said: "Let there be light."

Therefore, for mystics, the human body not only carries the presence of God, but is a divine autograph in matter. It is there that the most sacred name of God, the Tetragrammaton (YHVH - יהוה), ceases to be a word to be pronounced, becoming a structure that sustains our reality; the body as temple.

The Name of God in Anatomy (The Vertical Structure)

If we observe the human body standing upright, the sages of Kabbalah see the four Hebrew letters of the Ineffable Name integrated into our physical form: Yod (י): This is the smallest letter, a spark. It represents the Head. It is the point where thought and the potential of the "Word" reside. He (ה): This represents the Shoulders and Arms. Because the letter He has an opening, it symbolizes the expansion of energy to the sides and the capacity to act and create in the physical world. Vav (ו): This is a long vertical line. It represents the Torso and Spine. It is the channel that connects the upper (the mind) with the lower (the body). It is the symbol of man walking upright.

Final He (ה): This represents the Pelvis and Legs. It is the foundation that connects us to the Earth (matter).

The human being is, literally, the Name of God standing on the earth. When the "Word becomes flesh," the Name of God ceases to be an idea in heaven and walks the earth.

The Gematria of the Name and the Value of "Man" Let's do a simple sum that any believer can remember: Yod (10) + He (5) + Vav (6) + He (5) = 26.

The number 26 is God's numerical signature. Now, in Genesis, man is created in "His Image and Likeness." If we add the numerical values of the word Adam (Man - אדם): Aleph (1) + Dalet (4) + Mem (40) = 45.

The secret of the Messiah: The value 45 is the same as that of the name of God when written "expanded" (adding the values of the letters that make up each letter). The Messiah is called the "Last Adam" because he manifests the full value of God (26) within the form of man (45).

The Breath of Life: The Word in Breathing The Name YHWH is, according to many scholars, the sound of breath itself. The letters are "aspirated" consonants: YH (Inhale) VH (Exhale)

We cannot live without pronouncing His name every second. This connects with Genesis: "God breathed into his nostrils the breath of life." The Word is not just a word spoken once; it is the continuous flow of light that enters and leaves our lungs.

Let us not allow ourselves, like Lot's wife, to cling to illusory material things and become like statues of salt that "crystallize," that become rigid, without the flow of the divine name (without breath, without forward movement).

The Messiah invites us to be "Salt of the earth" because living salt enhances the flavor of creation, but He asks us to be "Light" because light is vibration and movement, just like the Name YHWH.

Understanding that the Word became flesh means understanding that you are a vessel designed with the Creator's architecture. Your head, your arms, and your torso are God's calligraphy in this world. The Messiah came to remind us that matter is not "bad luck" or something unclean, but rather the stage where the Infinite Light has chosen to "become flesh" in order to love and be loved.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, יְהִי רָקִיעַ בְּתוֹךְ הַמָּיִם, וִיהִי מַבְדִּיל, בֵּין מַיִם לָמָּיִם

Vayomer Elohim yehi rakia betoch hamayim vihi mavdil bein mayim lamayim

«Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.»

"And God said: Let there be a firmament in the midst of the waters, and let it divide the waters from the waters."

REFLEXIÓN

Profundizar en la distinción entre el orden y el caos como fundamento de todo lo creado nos lleva a comprender nuestras separaciones como una invitación a la unificación. Desde esa perspectiva, debemos vislumbrar el firmamento, "רָקִיעַ " (Raqia), más que como una separación física, como una manifestación de la integración, donde todas las fuerzas contribuyen y se complementan, generando un equilibrio.

Este firmamento simboliza la capacidad de crear límites y estructura en nuestro día a día, hasta alcanzar esa paz, estabilidad y armonía que debe guiar nuestras vivencias. Por ello, la separación de las aguas debe entenderse como un trabajo entre lo consciente y lo inconsciente, entre lo que se nos revela y lo que consideramos oculto, con el fin de que surja en nosotros esa nueva realidad organizada que cogobierna nuestro mundo, aunque no siempre la reconozcamos.

En la gematría, la palabra "רָקִיעַ " (Raqia) tiene un valor de 310, lo que la asocia con el concepto de "Yesod", que en las Sefirot representa la fundación y el fundamento de lo que reconocemos como nuestra realidad. Por lo tanto, debemos entender que no estamos separados del cielo, sino que este firmamento sostiene y organiza la creación, lo que nos llama a reconectarnos con Él a través de Su obra.

Esta reconexión también representa nuestra recompensa, al alcanzar ese tesoro espiritual y volver a nuestro estado original, un proceso que en este mundo terrenal y temporal significa aprender a establecer límites correctos que nos permitan crecer y desarrollarnos espiritualmente.

Los seres humanos debemos aprender a separar lo esencial de lo superficial, lo saludable de lo que no lo es, en pro de ese orden y armonía que hoy, por nuestros libertinajes, nos distancian y aíslan de Él. Aplicando así la idea de "Raqia", estamos llamados a obtener cada vez más claridad en nuestras

decisiones y sus efectos, para acogernos a la voluntad ordenada de nuestro Padre celestial.

Todas nuestras relaciones e interacciones necesitan de ese orden establecido a través de sus preceptos y mandatos, lo que nos lleva a una vida equilibrada y saludable, en la que nuestras obligaciones y aspiraciones se armonizan para que todo fluya conforme a esa voluntad divina.

En el relato bíblico de la creación, se menciona que el Creador separó las "aguas de las aguas", creando un espacio entre las aguas que estaban arriba (en los cielos) y las que estaban abajo (en la tierra). Este acto de separación tiene un significado simbólico que va más allá de la creación física del mundo. En la Cábala, se entiende que esta separación refleja el proceso de diferenciación entre lo divino y lo mundano, lo espiritual y lo material, el "Cielo" y la "Tierra".

La separación de las aguas puede interpretarse como una metáfora para la necesidad de discernir entre las distintas dimensiones de la realidad, entre lo sagrado y lo profano, entre las influencias elevadas (espirituales) y las más terrenales. Como seres humanos, se nos invita a hacer lo mismo en nuestras vidas: separar lo que es puro y elevado de lo que es mundano, para poder vivir de una manera más alineada con lo divino.

Desde la perspectiva cabalística, el agua es un símbolo de sabiduría y fluidez, y la acción de separar las aguas puede ser vista como el proceso de clarificación espiritual. El agua de abajo representa el mundo material, mientras que el agua de arriba es la sabiduría divina. El acto de separar las aguas indica la necesidad de establecer un "espacio" entre lo divino y lo mundano, un espacio en el cual el ser humano pueda reflejar la luz de lo divino en su vida cotidiana.

En la Gematría, se utilizan los valores numéricos de las letras hebreas para extraer significados adicionales. La palabra hebrea para "agua" es "מַ֫יִם" (mayim), cuya gematría es 90 + 10 = 100. Esto puede sugerir que el agua (como fuente de sabiduría y vida) tiene un valor simbólico de "totalidad" o "completitud". La separación de las aguas también podría implicar la idea de equilibrar o purificar ese flujo de energía, lo que lleva a la armonización de las fuerzas superiores e inferiores.

Discernimiento espiritual: Separar las aguas de las aguas nos enseña a discernir entre lo divino y lo mundano, entre lo que eleva nuestra alma y lo que nos aleja de nuestra esencia espiritual.

Clarificación interior: Al igual que las aguas son separadas, debemos también separar nuestras emociones y pensamientos, para que podamos ver con claridad y alinearnos con nuestra verdadera naturaleza divina.

Conexión entre lo espiritual y lo material: El hecho de que las aguas se separen no significa que lo mundano y lo espiritual estén completamente aislados, sino que hay una invitación a integrar lo divino en lo material, a encontrar la presencia de Dios incluso en lo cotidiano.

La metáfora de "separar las aguas de las aguas" en la Cábala y la Gematría puede enseñarnos a establecer un equilibrio entre lo divino y lo terrenal, buscar claridad espiritual, y reconocer cómo podemos integrar la luz divina en todos los aspectos de nuestra vida diaria.

REFLECTION

Delving into the distinction between order and chaos as the foundation of all creation leads us to understand separations as an invitation to unification. From this perspective, we should see the firmament, "רָקִיעַ " (Raqia), as more than a physical separation; it is a manifestation of integration, where all forces contribute and complement each other, generating balance.

This firmament symbolizes the ability to create boundaries and structure in our daily lives until we achieve the peace, stability, and harmony that should guide our experiences. Therefore, the separation of the waters should be understood as a process between the conscious and the unconscious, between what is revealed to us and what we consider hidden, so that a new organized reality may emerge within us, one that co-governs our world even if we do not always recognize it.

In gematria, the word "רָקִיעַ " (Raqia) has a value of 310, associating it with the concept of "Yesod," which in the Sefirot represents the foundation and the base of what we recognize as our reality. Therefore, we must understand that we are not separated from heaven; rather, this firmament sustains and organizes creation, calling us to reconnect with Him through His work. This reconnection also represents our reward, as we attain that spiritual treasure and return to our original state—a process that in this earthly and temporal world means learning to establish correct boundaries that allow us to grow and develop spiritually.

Humans must learn to separate the essential from the superficial, the healthy from the unhealthy, in pursuit of the order and harmony that today, due to our excesses, distance and isolate us from Him. By applying the concept of "Raqia," we are called to gain increasing clarity in our decisions and their effects, to align ourselves with the ordered will of our Heavenly Father.

All our relationships and interactions require that order established through His precepts and commandments, leading us to a balanced and healthy life where our obligations and aspirations harmonize so that everything flows according to His divine will.

In the biblical account of creation, it is mentioned that the Creator separated the "waters from the waters," creating a space between the waters above (in the heavens) and those below (on earth). This act of separation has a symbolic meaning that goes beyond the physical creation of the world. In Kabbalah, this separation is understood to reflect the process of differentiation between the divine and the mundane, the spiritual and the material, "Heaven" and "Earth."

The separation of the waters can be interpreted as a metaphor for the need to discern between the different dimensions of reality, between the sacred and the profane, between higher (spiritual) influences and the more earthly ones. As human beings, we are invited to do the same in our lives: to separate what is pure and elevated from what is mundane, in order to live in a way more aligned with the divine.

From a Kabbalistic perspective, water is a symbol of wisdom and fluidity, and the action of parting the waters can be seen as a process of spiritual clarification. The water below represents the material world, while the water above represents divine wisdom. The act of parting the waters indicates the need to establish a "space" between the divine and the mundane, a space in which human beings can reflect the light of the divine in their daily lives.

In gematria, the numerical values of Hebrew letters are used to extract additional meanings. The Hebrew word for "water" is "מַ֫יִם" (mayim), whose gematria is 90 + 10 = 100. This may suggest that water (as a source of wisdom and life) has a symbolic value of "wholeness" or "completeness." The parting of the waters could also imply the idea of balancing or purifying that flow of energy, leading to the harmonization of the higher and lower forces.

Spiritual Discernment: Separating the waters from the waters teaches us to discern between the divine and the mundane, between what uplifts our soul and what distances us from our spiritual essence.

Inner Clarity: Just as the waters are separated, we must also separate our emotions and thoughts so that we can see clearly and align ourselves with our true divine nature.

Connection between the Spiritual and the Material: The fact that the waters are separated does not mean that the mundane and the spiritual are completely isolated, but rather that there is an invitation to integrate the divine into the material, to find God's presence even in the everyday.

The metaphor of "separating the waters from the waters" in Kabbalah and Gematria can teach us to establish a balance between the divine and the earthly, seek spiritual clarity, and recognize how we can integrate divine light into all aspects of our daily lives.

MIS NOTAS

וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת-הָרָקִיעַ, וַיַּבְדֵּל בֵּין הַמַּיִם אֲשֶׁר מִתַּחַת לָרָקִיעַ, וּבֵין הַמַּיִם אֲשֶׁר מֵעַל לָרָקִיעַ; וַיְהִי-כֵן

Vaya'as Elohim et-harakia vayavdel bein hamayim asher mitachat larakia uvein hamayim asher me'al larakia; vayehi chen

«E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las aguas que estaban sobre el firmamento. Y fue así.»

"And God made the firmament, and divided the waters which were under the firmament from the waters which were above the firmament. And it was so."

REFLEXIÓN

El concepto de "agua" (מַיִם, mayim) como flujo de la creación se articula de diversas formas en la visión de los cuatro mundos, que a su vez reflejan esos elementos fundamentales que, junto con el fuego, el aire y la tierra, consideramos como la esencia de esta dimensión terrenal. Al asociarse con la Chesed de las sefirot, el agua nos presenta la misericordia y bondad del Creador, reflejada en el Árbol de la Vida, nuestro Señor Jesucristo, quien se presentaba como agua de vida.

El agua simboliza la fluidez, la pureza, y a la vez la abundancia del Creador, siendo este principio fundamental y esencial tanto para nuestra existencia como para nuestro crecimiento en todos los niveles. El agua representa además esa sabiduría divina que desciende de las alturas para dar vida a la tierra, fluyendo desde los niveles espirituales hacia el mundo terrenal, proporcionando sustento espiritual y guía.

No es casualidad que el agua sea un medio de purificación, y que rituales como la Mikvá judía nos llamen a distinguir entre nuestras búsquedas trascendentes, relacionadas con las "aguas superiores", y nuestras expectativas mundanas, representadas por las "aguas inferiores", que no solo nos separan, sino que también nos dividen. Por ello, debemos trabajar diariamente por esa interconexión en la que la influencia de ambas fuentes nos incite a la armonía.

Mayim se escribe con las letras mem (מ), yud (י), y mem (מ), que tienen un valor gemátrico de 90 (מ 40= מ, 10= י, 40=), lo que proyecta la idea de un ciclo completo. El número 90, múltiplo de 10, representa la totalidad para nuestra espiritualidad, una perspectiva que nos incita a buscar en el flujo continuo de la vida esa sabiduría que se nos transmite a través de nuestros conocimientos. Por ello, necesitamos reconectarnos con Su Palabra para que esta alinee y reoriente las nuestras.

La letra mem en hebreo tiene un valor de 40 y aparece dos veces en mayim, lo que indica que lo que denominamos pruebas son en realidad incitaciones al cambio, a nuestra transformación. Esta es nuestra naturaleza, que se purifica con el agua tanto en lo espiritual como en lo físico.

Mantener esa pureza espiritual implica fluir con la guía divina, la cual nos llama a buscar permanentemente el equilibrio entre lo material y lo espiritual, entendiendo los cambios como llamados a nuestra purificación. Al igual que el agua, debemos estar dispuestos a adaptarnos y transformar nuestras vidas hasta alcanzar un mayor estado de conciencia y conexión con lo divino.

Aunque vivimos en un mundo físico, nuestras acciones deben estar alineadas con un propósito superior. La separación no implica alejamiento, sino la creación de un espacio donde ambos aspectos puedan coexistir en armonía, proporcionando un marco en el que podamos crecer y evolucionar espiritualmente.

En la Cábala, el firmamento generalmente se asocia con la separación entre los mundos superiores (lo espiritual) y los mundos inferiores (lo físico). Es un tipo de "barrera" o "frontera" que separa las diferentes esferas de la realidad. A nivel místico, se podría entender como el límite entre lo Divino, lo trascendente y lo que es accesible a los seres humanos, lo manifestado.

En términos más específicos, en la Árbol de la Vida cabalístico (la estructura simbólica central de la Cábala), las sephirot (esferas o emanaciones) superiores, como Keter (la corona), Chokmah (sabiduría) y Binah (entendimiento), están más cerca de lo divino, mientras que las esferas inferiores, como Yesod (fundamento) y Malkuth (reino), representan la manifestación del mundo físico y material.

En este sentido, el firmamento podría verse como una referencia al límite o umbral entre las diferentes realidades o dimensiones del ser. En la tradición cabalística, las "aguas debajo del firmamento" se pueden interpretar simbólicamente como las fuerzas emocionales, psíquicas y materiales que emergen del mundo físico, o incluso como las "aguas inferiores" que están relacionadas con el mundo material y su aspecto caótico.

En el Libro del Génesis de la Biblia, se describe que, en el segundo día de la creación, Dios separó las aguas que estaban sobre el firmamento de las aguas que estaban debajo del firmamento. En la interpretación cabalística, las aguas representan las fuerzas primordiales de la creación. Las aguas superiores podrían simbolizar la sabiduría pura y las energías espirituales, mientras que las aguas inferiores son las fuerzas más terrenales, las que están asociadas con el caos, el desorden, la emoción desbordante o el inconsciente colectivo.

Estas aguas inferiores pueden verse como la manifestación de los aspectos más "caóticos" y materiales del mundo, pero también tienen un potencial de purificación, dado que el agua es un símbolo de fluidez y transformación. En el proceso de ascender espiritualmente, las "aguas inferiores" necesitan ser "elevadas" y refinadas para alcanzar un estado de armonía y equilibrio.

En términos de Gematría, la relación entre las palabras y los números puede revelar capas más profundas de significado. Si analizamos las palabras "firmamento" (שָׁמַ֫יִם, "shamayim") y "aguas" (מַ֫יִם, "mayim") desde el punto de vista de la gematría, podemos encontrar más conexiones místicas y asociaciones numerológicas que nos hablan de la relación entre el orden y el caos, el cielo y la tierra, lo espiritual y lo material.

En la Cábala y la Gematría, el firmamento se refiere al límite entre los planos divinos y materiales, mientras que las aguas debajo del firmamento simbolizan las energías materiales y emocionales, que pueden ser transformadas y elevadas hacia un estado más divino.

REFLECTION

The concept of "water" (mayim, מַ֫יִם) as the flow of creation is articulated in various ways through the vision of the four worlds, which in turn reflect those fundamental elements—alongside fire, air, and earth—that we perceive as the essence of this earthly dimension. By associating water with Chesed in the sefirot, we see the mercy and goodness of the Creator, reflected in the Tree of Life, our Lord Jesus Christ, who presented Himself as the water of life.

Water symbolizes fluidity, purity, and the abundance of the Creator, being a fundamental and essential principle for our existence and growth at all levels. Water represents that divine wisdom descending from above to give life to the earth, flowing from the spiritual heights to the earthly realm, providing spiritual sustenance and guidance.

It is no coincidence that water is a means of purification and that rituals like the Jewish Mikvah call us to distinguish between our transcendent pursuits, related to the "upper waters," and our mundane expectations, represented by the "lower waters," which not only separate us but also divide us. Therefore, we must work daily for that interconnection where the influence of both sources encourages harmony.

Mayim is written with the letters mem (מ), yud (י), and mem (מ), which have a gematria value of 90 (מ 40 = מ ,10 = י ,40 =), projecting the idea of a complete cycle. The number 90, a multiple of 10, represents completeness in our spirituality, a perspective that encourages us to seek within the continuous flow of life that wisdom conveyed through our knowledge. Thus, we need to reconnect with His Word so that it aligns and reorients ours.

The letter mem in Hebrew has a value of 40 and appears twice in mayim, indicating that what we call trials are actually invitations to change, to our transformation. This is our nature, purified by water both spiritually and physically.

Maintaining that spiritual purity involves flowing with divine guidance, which calls us to constantly seek the balance between the material and the spiritual, understanding changes as calls to our purification. Like water, we must be willing to adapt and transform our lives to reach a higher state

of consciousness and connection with the divine.

Although we live in a physical world, our actions must be aligned with a higher purpose. Separation does not imply distance but the creation of a space where both aspects can coexist in harmony, providing a framework in which we can grow and evolve spiritually.

In Kabbalah, the firmament is generally associated with the separation between the upper worlds (the spiritual) and the lower worlds (the physical). It is a kind of "barrier" or "border" that separates the different spheres of reality. On a mystical level, it could be understood as the boundary between the Divine, the transcendent, and what is accessible to human beings, the manifested.

More specifically, in the Kabbalistic Tree of Life (the central symbolic structure of Kabbalah), the higher sephirot (spheres or emanations), such as Keter (the crown), Chokmah (wisdom), and Binah (understanding), are closer to the divine, while the lower spheres, such as Yesod (foundation) and Malkuth (kingdom), represent the manifestation of the physical and material world.

In this sense, the firmament could be seen as a reference to the boundary or threshold between the different realities or dimensions of being. In Kabbalistic tradition, the "waters beneath the firmament" can be interpreted symbolically as the emotional, psychic, and material forces that emerge from the physical world, or even as the "lower waters" that are related to the material world and its chaotic aspect.

In the Bible's Book of Genesis, it is described that, on the second day of creation, God separated the waters above the firmament from the waters below it. In Kabbalistic interpretation, the waters represent the primordial forces of creation. The upper waters could symbolize pure wisdom and spiritual energies, while the lower waters are the more earthly forces, those associated with chaos, disorder, overwhelming emotion, or the collective unconscious.

These lower waters can be seen as the manifestation of the more "chaotic" and material aspects of the world, but they also have the potential for purification, given that water is a symbol of fluidity and transformation. In the process of spiritual ascension, the "lower waters" need to be "elevated" and refined to reach a state of harmony and balance.

In terms of gematria, the relationship between words and numbers can reveal deeper layers of meaning. If we analyze the words "firmament" (שָׁמַיִם , "shamayim") and "waters" (מַיִם, "mayim") from a gematrian perspective, we can find further mystical connections and numerological associations that speak to the relationship between order and chaos, heaven and earth, and the spiritual and the material.

In Kabbalah and gematria, the firmament refers to the boundary between the divine and material planes, while the waters below the firmament symbolize material and emotional energies, which can be transformed and elevated to a more divine state.

MIS NOTAS

וַיִּקְרָא אֱלֹהִים לָרָקִיעַ שָׁמָיִם; וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר יוֹם שֵׁנִי

Vayikra Elohim larakia shamayim; vayehi-erev vayehi-boker yom sheni

«Y llamó Dios al firmamento Cielos. Y fue la tarde y fue la mañana: el segundo día.»

"And God called the firmament Heaven. And there was evening, and there was morning: the second day."

REFLEXIÓN

La expresión "Shamayim" (שָׁמַ֫יִם) nos habla de algo más que del cielo físico; se refiere a un reino espiritual elevado, que representa esa esfera superior que nos cubre y en la cual reside la sabiduría, la cual comprendemos a través de la Luz, la misma que nos invita a vivir de acuerdo con la voluntad de nuestro Creador, para reencontrarnos con la pureza y el orden que tanto nos falta en lo terrenal.

Similar al concepto de "Mayim" (agua), "Shamayim" contiene las palabras "Esh" (fuego, אש) y "Mayim" (agua, מים), lo que simboliza la armonía y el equilibrio, incluso en las fuerzas opuestas, las cuales deberíamos entenderlas más bien como complementarias, por lo que se nos llama a trabajar desde nuestro equilibrio interior para contribuir a la armonía del cosmos, aportando lo mejor de nosotros, para que esos aspectos opuestos que subyacen en nuestras vivencias encuentren, en la justicia y la misericordia divina, el juicio y el amor que debemos promover.

La gematría nos muestra a través de la palabra: "Shamayim", con un valor de 390 (10= י, 40= מ, 300= ש 40= מ,), que al descomponer estos signos en 3 + 9 + 0 = 12, dicho resultado nos llama a percibirnos dentro de las 12 tribus de Israel, esas que empezaron con diez hermanos egoístas que entregaron a José, quien más tarde les salvaría y unificaría como familia, como un solo pueblo en pro de esa plenitud y totalidad que contiene la estructura espiritual a la que pertenecemos. Denotándonos así que necesitamos de esos ciclos o procesos de vida que enlazan lo terrenal con lo celestial individualizando así nuestro crecimiento integral.

El mundo físico (el "rakia") es, lógicamente, una extensión del reino espiritual "Shamayim". Por ello, debemos reconocer la presencia divina en todo lo que constituye nuestra vida, insumos que están allí para ayudarnos en ese proceso de elevación que nos obliga a orientar nuestras intenciones, deseos, emociones, pensamientos, palabras, interacciones e interrelaciones en pro de ese crecimiento integral espiritual.

"Shamayim" nos proyecta, desde esos signos lingüísticos, la armonía entre el fuego y el agua, para que también busquemos equilibrar nuestras emociones, deseos y pensamientos, guiándolos hacia un propósito más elevado. Incluso la mención de la tarde y la mañana dentro de estas reflexiones debe incitarnos a percibir en el ciclo continuo del tiempo una oportunidad para esa constante renovación, alineándonos con la voluntad del Creador y cumpliendo así con nuestro propósito en este mundo.

La creación del "Shamayim" en este segundo día nos revela la importancia de elevar nuestra conciencia, armonizándola con los aspectos aparentemente opuestos de nuestras vidas, logrando reconocer en todo, esa invitación a reconectarnos con nuestra esencia espiritual desde lo terrenal. Es por ello, que el segundo día, "Yom Sheni" (Día Dos) - Separación de las Aguas, nos lleva a la sefirá Biná (Entendimiento), que nos recuerda nuestra capacidad de discernimiento. Es necesario que, gracias a esa conciencia, fijemos límites, teniendo en cuenta sus mandatos y preceptos.

La separación de las aguas, que representa la división entre los diferentes niveles de realidad, alejándonos de lo espiritual para que experimentemos más lo material, contiene esa estructura necesaria para que podamos crecer de manera coherente y consciente, lo que significa que, como el agua, estamos llamados a integrarnos al Creador a cada instante a través de esta Su obra.

El Segundo Día de la Creación, según el relato bíblico en el Génesis (Bereshit), describe la separación de las aguas para formar el cielo, lo cual se considera un proceso de creación de estructura y orden en el cosmos. El Segundo Día de la Creación nos recuerda que el firmamento (Rekia) se asocia con la noción de separación y distinción. Es un símbolo de la capacidad para establecer límites y orden dentro del caos.

Esto se refleja en la idea de que el firmamento separa las aguas, creando un espacio donde la vida puede desarrollarse y el orden puede ser establecido. Este proceso también refleja la acción del entendimiento y discernimiento, cualidades asociadas con la Sefirá de Biná (entendimiento) en el Árbol de la Vida.

Las aguas (Mayim) son a menudo vistas como símbolos de la creación primordial, la energía cósmica en su estado más fluido y sin forma. El proceso de separación de las aguas simboliza la organización de esta energía primordial, creando el espacio para la manifestación de la vida y la materia.

La palabra "Rekia" (רָקִיעַ) tiene un valor numérico de 222 en la Gematría. Este número se puede analizar en términos de su relación con las otras Sefirot, el equilibrio entre las fuerzas opuestas y la idea de la expansión y estructuración del universo. En algunas enseñanzas cabalísticas, el número 222 también se asocia con la armonía, la creación ordenada y la claridad.

El acto de separar las aguas en dos partes (superiores e inferiores) puede simbolizar el concepto de distinción entre el bien y el mal, lo físico y lo espiritual. Esto se relaciona con la importancia del discernimiento en el proceso de creación y en la vida espiritual.

En la tradición cabalística, el Segundo Día de la Creación es el único día en el que Dios no declara que la creación fue "buena". Esta ausencia de la declaración "y vio Dios que era bueno" se interpreta de diversas maneras, pero comúnmente se entiende que el Segundo Día es un día en el que el proceso de separación y de discernimiento, aunque esencial para la creación, también refleja la dualidad y el conflicto inherente a la existencia.

El Segundo Día de la Creación según la Cábala y la Gematría nos enseña sobre el proceso de crear orden a partir del caos, la importancia de la separación y el discernimiento para el establecimiento de un orden cósmico, y la manifestación de una estructura en la que puede surgir la vida y la luz espiritual.

REFLECTION

The expression "Shamayim" (שָׁמַ֫יִם) refers to more than just the physical sky; it speaks of an elevated spiritual realm, representing that higher sphere that envelops us, where wisdom resides—wisdom that we understand through the Light and that calls us to live according to the will of our Creator, to reconnect with the purity and order that so often elude us in the earthly realm.

Similar to the concept of "Mayim" (water), "Shamayim" contains the words "Esh" (fire, אש) and "Mayim" (water, מים), symbolizing harmony and balance, even in opposing forces. These forces should be understood as complementary, which is why we must work from our inner balance to contribute to the harmony of the cosmos, offering the best of ourselves so that those opposing aspects in our lives find, in divine justice and mercy, the judgment and love we must uphold.

Gematria shows us how in "Shamayim," with its value of 390 (ש = 300, מ = 40, י = 10, מ = 40), by breaking down these signs into 3 + 9 + 0 = 12, we are called to perceive ourselves within the 12 tribes of Israel, those who gave up Joseph, who would later save them, so that we unite as brothers, as one people, in pursuit of the fullness and completeness contained within the spiritual structure to which we belong. We need these cycles or processes of life that connect the earthly with the heavenly to achieve these ends.

The physical world (the "rakia") is logically an extension of the spiritual realm "Shamayim." Therefore, we must recognize the divine presence in everything that constitutes our lives—resources that are there to assist us in that process of elevation, compelling us to direct our intentions, desires, emotions, thoughts, words, interactions, and relationships towards that integral spiritual growth.

"Shamayim" projects to us, through these linguistic signs, the harmony between fire and water, so that we too may seek to balance our emotions, desires, and thoughts, guiding them towards a higher purpose. Even the mention of evening and morning in these reflections should inspire us to perceive in the continuous cycle of time an opportunity for constant renewal, aligning ourselves with the Creator's will and thus fulfilling our purpose in this world.

The creation of "Shamayim" on this second day reveals the importance of elevating our consciousness, harmonizing it with the seemingly opposing aspects of our lives, recognizing in everything that invitation to reconnect with our spiritual essence from the earthly. This is why the second day, "Yom Sheni" (Second Day) - Separation of the Waters, leads us to the sefira Binah (Understanding), which reminds us of our capacity for discernment. It is necessary that, thanks to this awareness, we set limits, keeping in mind His commandments and precepts.

The separation of the waters, which represents the division between different levels of reality, distancing us from the spiritual so that we may experience the material more, contains the necessary structure for us to grow coherently and consciously, meaning that, like water, we are called to integrate ourselves with the Creator at every moment through His work.

The Second Day of Creation, according to the biblical account in Genesis (Bereishit), describes the parting of the waters to form the sky, which is considered a process of creating structure and order in the cosmos. The Second Day of Creation reminds us that the firmament (Rekia) is associated with the notion of separation and distinction. It is a symbol of the ability to establish boundaries and order within chaos.

This is reflected in the idea that the firmament separates the waters, creating a space where life can develop and order can be established. This process also reflects the action of understanding and discernment, qualities associated with the Sefirah of Bina (Understanding) on the Tree of Life.

The waters (Mayim) are often seen as symbols of primordial creation, cosmic energy in its most fluid and formless state. The process of parting the waters symbolizes the organization of this primordial energy, creating the space for the manifestation of life and matter.

The word "Rekia" (רָקִיעַ) has a numerical value of 222 in Gematria. This number can be analyzed in terms of its relationship to the other Sefirot, the balance between opposing forces, and the idea of the expansion and structuring of the universe. In some Kabbalistic teachings, the number 222 is also associated with harmony, orderly creation, and clarity.

The act of separating the waters into two parts (upper and lower) can symbolize the concept of the distinction between good and evil, the physical and the spiritual. This relates to the importance of discernment in the creation process and in spiritual life.

In Kabbalistic tradition, the Second Day of Creation is the only day on which God does not declare that creation was "good." This absence of the statement "and God saw that it was good" is interpreted in various ways, but it is commonly understood that the Second Day is a day in which the process of separation and discernment, although essential to creation, also reflects the duality and conflict inherent in existence.

The Second Day of Creation, according to Kabbalah and Gematria, teaches us about the process of creating order out of chaos, the importance of separation and discernment for establishing cosmic order, and the manifestation of a structure in which life and spiritual light can emerge.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, יִקָּווּ הַמַּיִם מִתַּחַת הַשָּׁמַיִם אֶל-מָקוֹם אֶחָד, וְתֵרָאֶה הַיַּבָּשָׁה; וַיְהִי-כֵן

Vayomer Elohim yikkavu hamayim mitachat hashamayim el-makom echad vetera'eh hayabashah; vayehi chen

«Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así.»

"And God said: Let the waters under the heavens be gathered together into one place, and let the dry land appear. And it was so."

REFLEXIÓN

"Yabasha" (יַבָּשָׁה), lo seco, representa la manifestación del mundo físico, donde la vida puede existir y desarrollarse. Por lo tanto, nuestro planeta, más que un símbolo de un espacio material donde la acción tiene lugar, es el escenario propicio para dar estructura y forma al universo, permitiendo que la energía divina se concentre en lo material después de su fragmentación, la cual permitió nuestra creación.

Una vez se dio la separación de la esencia divina para permitir nuestra existencia, se requirió un espacio que fomentara ese reencuentro, lo que significa que su Palabra, su luz, las aguas, permitieron la aparición de la tierra seca, que refleja la importancia de reintegrar todo lo que se separó al orden de la creación.

Este principio rector de todo lo creado nos proyecta, en el macrocosmos del universo, esa búsqueda que inicia en nuestro microcosmos como seres humanos. Este orden requiere, por ende, de unos límites que, a su vez, dieron estructura a nuestras vidas para que, de igual manera, se reordenara nuestro proceso de crecimiento lumínico esencial, que lógicamente parte de nacer a la luz en este plano terrenal.

"Yabasha" tiene un valor gemátrico de 317 (5= ה, 300= ש, 2= ב, 10= י), asociando conceptos de fortaleza y fundamento, lo que denota la idea de que la tierra seca es el fundamento sobre el cual se construye nuestro principio en la vida. Así que, al ser polvo de esta tierra que emerge en el tercer día, dicha plataforma es donde nuestra esencia, que solemos ver solo como material, puede reconectarse con lo espiritual.

"Yabasha" sugiere la necesidad de consolidar una base sólida desde lo material para sostener nuestra vida, que es en esencia espiritual, proceso que nos lleva a integrarnos desde lo exterior hacia lo interior, desde la tierra hacia el cielo, en un acto continuo de transformación que nos incita al Creador, a lo divino.

Si hoy nuestra base sólida es lo terrenal, el suelo solo debe servirnos de plataforma hacia el cielo, lo que significa que, respetando el orden de la creación, como parte de la tierra seca, debemos crear desde esta nuestra estructura espiritual, creciendo y desarrollándonos de manera equilibrada.

Ese acto de separar las aguas y permitir que emerja la tierra seca nos recuerda además la importancia de discernir y organizar nuestras prioridades, para crear esos entornos en los que podamos cumplir con nuestro propósito existencial, relacionándonos con este mundo que debemos atravesar desde nuestro desierto hacia la tierra prometida.

La conexión con lo espiritual parte del polvo, de los fragmentos de Su luz, para manifestarnos su voluntad sin interferir con la nuestra, teniendo que ordenarnos desde nuestras estructuras perceptibles para ir separando nuestro fundamento en pro de nuestro crecimiento personal, el cual debe armonizar lo material y lo espiritual, estableciendo una base sólida para cumplir con nuestro propósito divino en el mundo.

La idea de que "las aguas se junten en un lugar" nos lleva a comprender que las aguas suelen ser un símbolo de la Shejiná (la presencia divina en el mundo material), o la parte femenina de la divinidad que fluye a través del universo. Las aguas también pueden representar el flujo de energía cósmica y espiritual que da vida a la creación.

El lugar donde las aguas se reúnen podría simbolizar la unidad de la creación, la armonización de las fuerzas opuestas, o el equilibrio entre el cielo (espiritual) y la tierra (material). Es el punto donde lo divino y lo material se encuentran, un espacio de revelación o de manifestación.

El "lugar seco" donde las aguas se juntan es típicamente interpretado como Malkut, el reino material que recibe la energía espiritual, pero también puede ser vinculado simbólicamente al Edén o al futuro estado de redención espiritual. La Gematría estudia los valores numéricos de las palabras hebreas, y se puede usar para hacer conexiones místicas entre diferentes conceptos.

"Tierra seca" (אֶדֶ מָ ה יַבָּשָׁ ה): En gematría, אֶדֶ מָ ה ("tierra") tiene el valor numérico de 45. יַבָּ שָׁ ה ("seca") tiene el valor numérico de 410. Juntos, suman 455, lo que podría ser interpretado como una referencia a un estado de completitud o una manifestación plena en el plano material. "Agua" (מַ יִם): La palabra "agua" en hebreo (מַ יִם) tiene el valor numérico de 90, y este valor puede asociarse con conceptos de flujo y energía divina que se manifiestan en el mundo.

Si uno compara estas cifras y su relación, podría deducir que la interacción entre agua y tierra seca implica una transmutación de las fuerzas espirituales (aguas) en una manifestación material (tierra seca), lo cual tiene un paralelo con el proceso de la creación en Malkut.

El "lugar seco" puede ser visto tanto como Malkut, el reino material, en la Cabala, que es el lugar donde lo espiritual se materializa, como una manifestación de lo divino en el mundo físico. No necesariamente es el Edén (aunque podría tener una relación simbólica, ya que el Edén representa un estado de pureza espiritual), ni tampoco es directamente el nuevo cielo y la nueva tierra, aunque esas también son manifestaciones de la transformación espiritual de la creación.

La Gematría aporta una visión de la interacción entre agua y tierra, indicando un proceso de transformación o materialización de lo espiritual en el mundo físico. Ambos sistemas ofrecen interpretaciones que invitan a una reflexión profunda sobre la interacción entre lo divino y lo material, y cómo esa interacción se manifiesta a lo largo del proceso de la creación.

En el contexto cabalístico, este "lugar" puede ser interpretado como el corazón del ser humano o la sefirá de Malkut (el reino), que es el último de los diez atributos en el Árbol de la Vida. Malkut es la esfera que recibe la luz divina de las esferas superiores y la manifiesta en el mundo físico. Es en ese "lugar" donde las aguas espirituales, representando la energía divina, se encuentran y se manifiestan en el mundo material.

Si se considerara una palabra que haga referencia a "aguas" o a "lugar" en gematría, podría interpretarse de manera simbólica en relación a la unión de fuerzas espirituales y físicas. Sin embargo, la gematría de términos relacionados como "mayo" o "lugar" esta asociado con temas de revelación, creación, o manifestación divina, dependiendo de las palabras claves involucradas.

"El lugar donde las aguas se junten" puede interpretarse en la Cabala como un símbolo de la manifestación de lo divino en el mundo material, el punto de encuentro entre lo espiritual y lo físico ya que en la Cabala, las aguas suelen ser un símbolo de la Shejiná (la presencia divina en el mundo material), o la parte femenina de la divinidad que fluye a través del universo. Las aguas también pueden representar el flujo de energía cósmica y espiritual que da vida a la creación.

Y aunque el "lugar seco" podría interpretarse de varias maneras en estos sistemas místicos, todo nos lleva a ese sentido más profundo y simbólico en donde la tierra seca puede ser vista como un símbolo de lo material, lo físico, lo manifestado, en contraste con las aguas que representan lo espiritual o lo no manifiesto, punto donde las energías espirituales superiores se materializan, y, por lo tanto, podría considerarse el "lugar seco" donde las aguas espirituales se reúnen para crear la tierra material.

Contrario al Edén, que en la Cabala, puede ser visto como un estado de pureza y unidad divina, donde lo espiritual y lo material se encuentran en armonía. Sin embargo, el Edén no es necesariamente el "lugar seco" sino un lugar más simbólico, representando un estado de conciencia elevada y una conexión directa con lo divino. El Edén puede interpretarse también como una condición ideal donde el alma humana vive en completa armonía con el Creador, antes de la caída.

Por ello en algunas interpretaciones cabalísticas, el nuevo cielo y la nueva tierra que se mencionan en las escrituras proféticas (como en el libro de Isaías o Apocalipsis) podrían ser entendidos como un estado futuro de redención y transformación espiritual, donde la separación entre lo espiritual y lo material ya no existe. Esto es algo que sucederá al final de los tiempos, cuando todas las energías espirituales sean plenamente reveladas y el mundo material se transforme en un reflejo perfecto de lo divino.

REFLECTION

Yabasha (יַבָּשָׁה), the dry land, represents the manifestation of the physical world, where life can exist and develop. Therefore, our planet, more than a symbol of a material space where action takes place, is the ideal setting to give structure and form to the universe, allowing divine energy to concentrate in the material after its fragmentation, which brought about our creation.

Once the separation of divine essence occurred to allow our existence, a space was required to foster that reunion, meaning that His Word, His light, the waters, allowed the appearance of the dry land, which reflects the importance of reintegrating everything that was separated back into the order of creation.

This guiding principle of all creation projects in the macrocosm of the universe that search which begins in our microcosm as human beings. This order requires limits that, in turn, structured our lives so that, likewise, our process of essential luminous growth could be reorganized, which logically begins by being born into the light on this earthly plane.

Yabasha has a gematria value of 317 (י = 10, ב = 2, ש = 300, ה = 5), associating concepts of strength and foundation, which suggests the idea that dry land is the foundation upon which our beginning in life is built. Thus, being dust from this earth that emerges on the third day, this platform is where our essence, often seen only as material, can reconnect with the spiritual.

Yabasha suggests the need to consolidate a solid base from the material to support our life, which is essentially spiritual—a process that leads us to integrate from the external to the internal, from earth to heaven, in a continuous act of transformation that calls us to the Creator, to the divine.

If our solid base today is the earthly, the ground should only serve as a platform towards heaven, meaning that, by respecting the order of creation, as part of the dry land, we must build from this our spiritual structure, growing and developing in a balanced way.

That act of separating the waters and allowing the dry land to emerge also reminds us of the importance of discerning and organizing our priorities to create environments where we can fulfill our existential purpose, engaging with this world that we must cross from our desert to the promised land.

The connection with the spiritual starts from the dust, from the fragments of His light, to manifest His will without hindering ours, requiring us to organize ourselves from our perceptible structures to separate our foundation for our personal growth, which must harmonize the material and the spiritual, establishing a solid base to fulfill our divine purpose in the world.

The idea of "the waters gathering in one place" leads us to understand that waters are often a symbol of the Shekhinah (the divine presence in the material world), or the feminine part of divinity that flows through the universe. Waters can also represent the flow of cosmic and spiritual energy that gives life to creation.

The place where the waters gather could symbolize the unity of creation, the harmonization of opposing forces, or the balance between heaven (spiritual) and earth (material). It is the point where the divine and the material meet, a space of revelation or manifestation.

The "dry place" where the waters gather is typically interpreted as Malkut, the material realm that receives spiritual energy, but it can also be symbolically linked to Eden or the future state of spiritual redemption. Gematria studies the numerical values of Hebrew words and can be used to make mystical connections between different concepts. "Dry land" (אֶדֶ מָ ה יַבָּשָׁ ה): In gematria, אֶדֶ מָ ה ("land") has the numerical value of 45. יַבָּ שָׁ ה ("dry") has the numerical value of 410. Together, they add up to 455, which could be interpreted as a reference to a state of completeness or full manifestation in the material plane. "Water" (מַ֫יִם): The word "water" in Hebrew (מַ֫יִם) has the numerical value of 90, and this value can be associated with concepts of flow and divine energy manifesting in the world.

If one compares these figures and their relationship, one might deduce that the interaction between water and dry land involves a transmutation of spiritual forces (water) into a material manifestation (dry land), which parallels the process of creation in Malkut.

The "dry place" can be seen both as Malkut, the material realm, in Kabbalah, which is the place where the spiritual materializes, and as a manifestation of the divine in the physical world. It is not necessarily Eden (although it could have a symbolic relationship, as Eden represents a state of spiritual purity), nor is it directly the new heaven and the new earth, although these are also manifestations of the spiritual transformation of creation.

Gematria provides a view of the interaction between water and land, indicating a process of transformation or materialization of the spiritual in the physical world. Both systems offer interpretations that invite deep reflection on the interaction between the divine and the material, and how that interaction manifests throughout the process of creation.

In the Kabbalistic context, this "place" can be interpreted as the heart of the human being or the sephirah of Malkut (the kingdom), which is the last of the ten attributes on the Tree of Life. Malkut is the sphere that receives divine light from the higher spheres and manifests it in the physical world. It

is in this "place" that spiritual waters, representing divine energy, meet and manifest in the material world.

If a word referring to "waters" or "place" were considered in gematria, it could be interpreted symbolically in relation to the union of spiritual and physical forces. However, the gematria of related terms such as "may" or "place" is associated with themes of revelation, creation, or divine manifestation, depending on the keywords involved.

"The place where the waters gather" can be interpreted in Kabbalah as a symbol of the manifestation of the divine in the material world, the meeting point between the spiritual and the physical, since in Kabbalah, waters are often a symbol of the Shekhinah (the divine presence in the material world), or the feminine part of divinity that flows through the universe. Waters can also represent the flow of cosmic and spiritual energy that gives life to creation.

And although the "dry place" could be interpreted in various ways in these mystical systems, they all lead us to that deeper, symbolic meaning where dry land can be seen as a symbol of the material, the physical, the manifested, in contrast to waters, which represent the spiritual or the unmanifest, the point where higher spiritual energies materialize. Therefore, it could be considered the "dry place" where spiritual waters gather to create the material earth.

Contrary to Eden, which in Kabbalah can be seen as a state of purity and divine unity, where the spiritual and material exist in harmony. However, Eden is not necessarily the "dry place" but rather a more symbolic place, representing a state of elevated consciousness and a direct connection with the divine. Eden can also be interpreted as an ideal condition where the human soul lives in complete harmony with the Creator, before the Fall.

Therefore, in some Kabbalistic interpretations, the new heaven and new earth mentioned in prophetic scriptures (such as the Book of Isaiah or Revelation) could be understood as a future state of redemption and spiritual transformation, where the separation between the spiritual and the material no longer exists. This is something that will happen at the end of time, when all spiritual energies are fully revealed and the material world is transformed into a perfect reflection of the divine.

MIS NOTAS

וַיִּקְרָא אֱלֹהִים לַיַּבָּשָׁה אֶרֶץ, וּלְמִקְוֵה הַמַּיִם קָרָא יַמִּים;
וַיַּרְא אֱלֹהִים כִּי-טוֹב

Vayikra Elohim layabashah eretz, ulemiqveh hamayim kara yamim; vayar Elohim ki-tov

«Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó Mares. Y vio Dios que era bueno.»

"And God called the dry land Earth, and the gathering of the waters He called Seas. And God saw that it was good."

REFLEXIÓN

"Eretz" (אֶרֶץ) es más que la tierra física; simboliza el lugar donde la voluntad divina se manifiesta en el mundo material, por lo que este concepto está asociado con la receptividad y el potencial de crecimiento. Nuestro planeta es un receptáculo de la vida, destinado a ser cultivado y trabajado para poder ir revelando su potencial inherente.

Igualmente, el concepto de "Yamim" (Mares) (יַמִּים), que simboliza la fuerza de la Palabra y la sabiduría que nosotros visionamos como conocimiento, nos lleva a comprender que todo fluye gracias a Él y que, por ende, todo nos vincula, tal y como sucede con las aguas, las cuales representan igualmente nuestra capacidad de adaptarnos y movernos.

No perdamos de vista que, aunque nuestros movimientos son lentos y nuestro mundo es finito y limitado, como lo es nuestro lenguaje, todo lo que percibimos como oculto o misterioso nos está recordando que, así como las aguas cubren y ocultan lo que hay debajo de ellas, estamos llamados a sumergirnos en Él para que, al profundizar en nuestra esencia, puedan revelársenos mejor nuestros propósitos existenciales.

"Eretz" tiene un valor gemátrico de 291 (90= צ, 200= ר, 1= א), lo que debe interpretarse como una combinación de fuerzas que sugieren la conexión entre el mundo espiritual y el mundo físico, siendo nuestro planeta el lugar donde el conocimiento del Creador debe materializarse, gracias al reflejo de todo un proceso de canalización en el que esa energía divina se nos manifiesta en este plano terrenal.

"Yamim" tiene un valor gemátrico de 100 (40= מ, 10= י, 40= מ, 10= י), número que representa la perfección de un ciclo completo. Por ello, los mares simbolizan la totalidad y el equilibrio entre las diferentes fuerzas de la naturaleza, así como la perfección inherente en la creación divina. Es

necesario que no perdamos de vista que somos nosotros quienes estamos llamados a encontrar en nuestro ser interior ese equilibrio entre lo oculto, que simbolizan los mares, y lo revelado, la tierra.

Al equilibrar nuestros conocimientos terrenales finitos y limitados con la sabiduría divina infinita e ilimitada, vamos adquiriendo el entendimiento para reconocernos como sus hijos, potencial que, si desconocemos, no nos permite ese crecimiento y transformación. Tal como sembramos y cosechamos en nuestra tierra, en ese mundo nuestras decisiones deben estar dirigidas a cultivar y desarrollar nuestro potencial espiritual.

Todo es bueno porque fue creado por Él; sin embargo, para poder reconocer y valorar Su bondad, debemos conocer lo que significa estar alejados de Él y ser guiados por nuestros libertinajes. Un primer gran paso dentro de ese reconocimiento espiritual es nuestra propia gratitud y alabanza hacia Él, manteniendo siempre la confianza de que es Él quien guía nuestras vidas.

Equilibrar ese potencial de crecimiento y la receptividad con Su luz nos llama a fluir armónicamente con nuestros conocimientos, emociones, expresiones, relaciones y acciones, dejándonos guiar por Su Espíritu Santo para que lo espiritual y lo material se integren armoniosamente, permitiéndonos manifestar plenamente la voluntad divina en nuestro día a día.

En la Cábala, cada elemento de la creación tiene un significado profundo relacionado con los procesos espirituales y la construcción del alma humana. Este versículo en particular habla de la separación de las aguas, un proceso que puede simbolizar una división entre las fuerzas materiales (las aguas) y las espirituales (la tierra seca).

Las aguas representan la inmortalidad, el flujo continuo de la vida, pero también la confusión y el caos. En la Cábala, el agua también está asociada con el Sephirá de Chesed (misericordia), que es la expansión infinita del amor divino. Sin embargo, las aguas sin límite o dirección pueden causar desorden. La separación de las aguas simboliza la necesidad de dar orden y estructura al amor y la misericordia. Esta es una lección para nuestra vida espiritual: ordenar y dirigir nuestras emociones y pasiones hacia un propósito divino.

La tierra seca representa la realidad material, el lugar donde se pueden realizar acciones concretas. En la Cábala, esta es la base para la acción humana, un lugar donde las energías espirituales (representadas por las aguas) deben manifestarse y tomar forma. La tierra seca es donde se puede construir una relación activa con lo divino, a través de actos de bondad, disciplina y enfoque.

La palabra Expansión (Rakia) o "firmamento" simboliza el límite entre el cielo y la tierra, y en la Cábala es vista como un principio que mantiene el equilibrio entre los mundos materiales y espirituales. Representa la idea de que el hombre debe aprender a crear un espacio dentro de sí mismo para que lo divino se revele, mientras mantiene un sentido de conexión con la tierra y la realidad cotidiana.

"Y llamó" (וַיִּקְרָא , Vayikra): El valor numérico de la palabra "Vayikra" es 303, que está relacionado con la palabra "Cielo" (שָׁמַיִם, Shamayim), que tiene un valor de 395, sugiriendo una conexión entre el llamado divino y la apertura de un nuevo orden cósmico. Esto implica que el orden divino da forma al caos, y es a través de la conexión espiritual que el ser humano puede ascender a un nuevo nivel de comprensión.

"Tierra Seca" (יַבָּשָׁה, Yabashá): El valor numérico de esta palabra es 322. Esta cifra también puede estar relacionada con la palabra "Luz" (אוֹר, Or), que tiene un valor de 207, sugiriendo que la luz (sabiduría) puede manifestarse en la tierra seca, en el mundo material. Esto indica que el crecimiento espiritual puede lograrse en la acción concreta y práctica en la vida diaria, con la luz de la sabiduría guiando nuestras decisiones.

El versículo nos enseña sobre el proceso de ordenar el caos y realizar nuestra conexión con lo divino en el mundo material, el transformar lo caótico a lo ordenado, por ello la creación comienza con un proceso de separación, que en la vida espiritual se refleja en la disciplina y el orden que debemos aplicar a nuestras emociones y pensamientos. El caos (las aguas) debe ser canalizado hacia algo productivo y estructurado (la tierra seca).

Luego se nos llama a lograr un equilibrio entre el mundo material y espiritual, (el agua) y el mundo material (la tierra). En nuestras vidas, esto implica un constante trabajo de integración de lo divino en lo cotidiano.

No debemos desconectarnos del mundo físico, sino aprender a traer la luz y la sabiduría espiritual en todas nuestras acciones.

Como el firmamento crea una separación entre las aguas y la tierra, nosotros también necesitamos crear un espacio interno dentro de nosotros mismos donde lo divino pueda manifestarse, manteniendo un equilibrio entre nuestras aspiraciones espirituales y nuestra vida material.

El versículo nos invita a reflexionar sobre cómo podemos encontrar el equilibrio entre el caos y el orden, lo material y lo espiritual. A través de la Cábala y la Gematría, podemos entender que el crecimiento espiritual integral no solo implica la contemplación o la meditación, sino también la acción consciente en el mundo material, guiados por una sabiduría más alta que organiza y da dirección a nuestras vidas.

Este proceso de separar las aguas, establecer la tierra seca y crear el firmamento como metáfora poderosa nos habla del trabajo espiritual que debemos hacer en nosotros mismos para crear un equilibrio entre nuestras dimensiones materiales y espirituales.

Quizá por ello el agua tiene un simbolismo muy importante, asociado principalmente con las emociones, el caos, la inmortalidad y el flujo de la vida. Pero el hecho de que el agua del mar sea salada tiene un significado aún más profundo.

El mar salado desde la Cábala nos habla de purificación, de preservación pero también la amargura. En la Torá, la sal aparece en varios contextos, como en la sal de la alianza (en Éxodo 30:35), un símbolo de purificación y compromiso eterno. La sal también se asocia con la destrucción (como en la historia de la destrucción de Sodoma y Gomorra, donde la esposa de Lot se convierte en estatua de sal) y la limitación.

Las aguas saladas pueden simbolizar las emociones que son purificadas por el sufrimiento, la prueba o el dolor. En la vida espiritual, las dificultades o las pruebas (como las aguas saladas) pueden tener un propósito purificador, ya que nos enseñan a discernir, purificar y fortalecer nuestras emociones.

Las aguas saladas representan también la abundancia pero también la contención. El mar, que parece infinito, está delimitado por las costas, lo que podría sugerir que, aunque las emociones y las fuerzas cósmicas fluyen incesantemente (el agua), siempre necesitan estar contenidas dentro de un marco o estructura. Este simbolismo también refleja la capacidad humana de permitir que las emociones fluyan, pero dentro de los límites de la conciencia y la sabiduría.

El Leviatán por su parte como criatura mítica mencionada en las escrituras, tiene implicaciones místicas tanto en la Cábala como en la Gematría. El Leviatán es descrito en el Tanaj (específicamente en el Libro de Job 41:1-34) como una serpiente o monstruo marino que habita en las profundidades del mar.

En la Cábala, el Leviatán puede ser interpretado como un símbolo de desorden y fuerzas primordiales que habitan en el mundo espiritual y material. El Leviatán vive en las aguas saladas, que, como vimos, son un símbolo del caos emocional y espiritual. Esto implica que dentro del caos cósmico y de las fuerzas ocultas de la creación, existe una energía potencial que puede ser destructiva, pero también transformadora, si se sabe dirigir correctamente.

Algunos cabalistas interpretan al Leviatán como un símbolo del ego o de las fuerzas destructivas que surgen de una conciencia no iluminada. En este sentido, el Leviatán representa el deseo desmesurado, la ira o el miedo que acecha en el interior de la persona, y que puede arrastrarla hacia el caos si no es controlado.

Así como el Leviatán vive en las profundidades del mar, estas emociones y fuerzas oscuras residen en lo más profundo del ser humano. Sin embargo, el Leviatán también tiene el potencial de ser dominado y transformado, simbolizando la capacidad del ser humano para integrar sus aspectos más oscuros y caóticos y darles una dirección constructiva.

En algunas interpretaciones más profundas, el Leviatán es visto como la polaridad en el mundo, que debe ser equilibrada con su contraparte femenina: el Behemot (una bestia terrestre). Juntos, el Leviatán y el Behemot representan los opuestos cósmicos que deben ser reconciliados para que la creación y la humanidad alcancen un equilibrio perfecto. El Leviatán está asociado con el agua, que

es fluida, adaptable y espiritual, mientras que el Behemot está asociado con la tierra, que es sólida, material y estable. La reconciliación de estos opuestos (lo espiritual y lo material, lo masculino y lo femenino) es un proceso central en la búsqueda espiritual y el trabajo de la Cábala.

En la Gematría, el nombre Leviatán (לִוְיָתָן) tiene un valor numérico específico que nos ofrece más perspectivas. El valor numérico de Leviatán es 578, lo que se relaciona con el concepto de "Mesías" o la redención final. El número 578 está vinculado con la palabra "Boreh" (בּוֹרֵא), que significa "Creador", reflejando la idea de que, a pesar de su naturaleza caótica, el Leviatán forma parte del plan divino y tiene un propósito en el orden cósmico y en la redención. Así, el Leviatán no es simplemente una fuerza destructiva, sino que representa un aspecto primordial de la creación que, en su transformación, lleva al equilibrio y a la iluminación.

Desde la perspectiva de la Cábala y la Gematría, la existencia de las aguas saladas y el Leviatán en ellas nos invita a reflexionar sobre el manejo de nuestras emociones caóticas y las fuerzas internas que acechan en lo profundo de nuestro ser. Estas aguas no solo representan los aspectos difíciles de la vida, como el dolor, el sufrimiento o la confusión, sino también la potencialidad para la transformación.

El hecho de que el Leviatán viva en las aguas saladas sugiere que, al igual que el agua salada purifica y preserva, también nuestras experiencias dolorosas y difíciles tienen el poder de purificarnos y transformarnos, si aprendemos a manejarlas espiritualmente.

El Leviatán puede verse como la manifestación de las fuerzas caóticas dentro de nosotros, como nuestras pasiones incontroladas, el ego y el miedo. El trabajo espiritual en la Cábala es, en parte, aprender a dominar y transformar estas fuerzas, dándoles un propósito positivo y redentor.

Al igual que el Leviatán y el Behemot representan fuerzas opuestas, el trabajo espiritual implica integrar los aspectos materiales y espirituales de nuestra vida en un todo armonioso. Es un proceso de reconciliar las polaridades internas y externas, equilibrando nuestras emociones caóticas con nuestra capacidad para vivir conscientemente.

Las aguas saladas y el Leviatán tienen una función purificadora y transformadora en la Cábala. Nos enseñan que, aunque las fuerzas caóticas o destructivas pueden parecer abrumadoras, tienen un propósito en el orden divino y, cuando se comprenden y se integran adecuadamente, pueden conducirnos hacia la redención y el equilibrio espiritual.

REFLECTION

Eretz (אֶרֶץ) is more than just the physical land; it symbolizes the place where the divine will manifests in the material world. Therefore, this concept is associated with receptivity and the potential for growth. Our planet is a receptacle of life, destined to be cultivated and worked on to reveal its inherent potential.

Similarly, the concept of Yamim (Seas) (יַּמִּים), which symbolizes the power of the Word and the wisdom we perceive as knowledge, leads us to understand that everything flows thanks to Him, and therefore, everything connects us, just as the waters do. The waters also represent our capacity to adapt and move.

We should not lose sight of the fact that, although our movements are slow and our world is finite and limited, as is our language, everything we perceive as hidden or mysterious serves as a reminder that, just as the waters cover and conceal what lies beneath, we are called to immerse ourselves in Him. By delving into our essence, our existential purposes can be better revealed to us.

Eretz has a gematria value of 291 (א = 1, ר = 200, צ = 90), which can be interpreted as a combination of forces suggesting the connection between the spiritual and physical worlds. Our planet is the place where the knowledge of the Creator must be materialized, reflecting a process of channeling in which this divine energy manifests in this earthly plane.

Yamim has a gematria value of 100 (י = 10, מ = 40, י = 10, מ = 40), a number representing the perfection of a complete cycle. Therefore, the seas symbolize the totality and balance between the different forces of nature, as well as the inherent perfection in divine creation. It is essential to remember that we are the ones called to find within ourselves that balance between the hidden, symbolized by the seas, and the revealed, the earth.

By balancing our finite and limited earthly knowledge with the infinite and unlimited divine wisdom, we begin to understand and recognize ourselves as His children—a potential that, if ignored, prevents us from achieving growth and transformation. Just as we sow and harvest in our land, our decisions in this world should be directed toward cultivating and developing our spiritual potential.

Everything is good because it was created by Him; however, to recognize and appreciate His goodness, we must understand what it means to be distant from Him and be led by our excesses. A significant first step in this spiritual recognition is our own gratitude and praise towards Him, always maintaining the trust that He is the one guiding our lives.

Balancing that potential for growth and receptivity with His light calls us to flow harmoniously with our knowledge, emotions, expressions, relationships, and actions, allowing ourselves to be guided by His Holy Spirit so that the spiritual and the material may integrate harmoniously, enabling us to fully manifest the divine will in our daily lives.

In Kabbalah, every element of creation has a profound meaning related to spiritual processes and the construction of the human soul. This verse in particular speaks of the parting of the waters, a process that can symbolize a division between material forces (the waters) and spiritual forces (the dry land).

The waters represent immortality, the continuous flow of life, but also confusion and chaos. In Kabbalah, water is also associated with the Sephirah of Chesed (mercy), which is the infinite expansion of divine love. However, waters without limit or direction can cause disorder. The parting of the waters symbolizes the need to give order and structure to love and mercy. This is a lesson for our spiritual lives: to order and direct our emotions and passions toward a divine purpose.

The dry land represents material reality, the place where concrete actions can be taken. In Kabbalah, this is the basis for human action, a place where spiritual energies (represented by the waters) must manifest and take form. Dry land is where one can build an active relationship with the divine through acts of kindness, discipline, and focus.

The word Expanse (Rakia) or "firmament" symbolizes the boundary between heaven and earth, and in Kabbalah, it is seen as a principle that maintains balance between the material and spiritual worlds. It represents the idea that man must learn to create a space within himself for the divine to reveal itself, while maintaining a sense of connection to the earth and everyday reality.

"And he called" (וַיִּקְרָא, Vayikra): The numerical value of the word "Vayikra" is 303, which is related to the word "Heaven" (שָׁמַיִם, Shamayim), which has a value of 395, suggesting a connection between the divine call and the opening of a new cosmic order. This implies that divine order gives form to chaos, and it is through spiritual connection that human beings can ascend to a new level of understanding.

"Dry Land" (יַבָּשָׁה, Yabashá): The numerical value of this word is 322. This number may also be related to the word "Light" (אוֹר , Or), which has a value of 207, suggesting that light (wisdom) can manifest in dry land, in the material world. This indicates that spiritual growth can be achieved through concrete and practical action in daily life, with the light of wisdom guiding our decisions.

The verse teaches us about the process of ordering chaos and realizing our connection with the divine in the material world, transforming the chaotic into the ordered. Therefore, creation begins with a process of separation, which in the spiritual life is reflected in the discipline and order we must apply to our emotions and thoughts. The chaos (the waters) must be channeled into something productive and structured (the dry land).

We are then called to achieve balance between the material and spiritual worlds (the waters) and the material world (the earth). In our lives, this entails constantly working to integrate the divine into our daily lives. We must not disconnect from the physical world, but rather learn to bring spiritual light and wisdom into all our actions.

Just as the firmament creates a separation between the waters and the earth, we too need to create an internal space within ourselves where the divine can manifest, maintaining a balance between our spiritual aspirations and our material lives.

The verse invites us to reflect on how we can find balance between chaos and order, the material and the spiritual. Through Kabbalah and Gematria, we can understand that integral spiritual growth involves not only contemplation or meditation, but also conscious action in the material world, guided by a higher wisdom that organizes and gives direction to our lives.

This process of separating the waters, establishing dry land, and creating the firmament, as a powerful metaphor, speaks to the spiritual work we must do within ourselves to create balance between our material and spiritual dimensions.

Perhaps for this reason, water has such important symbolism, primarily associated with emotions, chaos, immortality, and the flow of life. But the fact that seawater is salty has an even deeper meaning.

In Kabbalah, the salty sea speaks to us of purification, preservation, but also bitterness. In the Torah, salt appears in various contexts, such as the salt of the covenant (in Exodus 30:35), a symbol of purification and eternal commitment. Salt is also associated with destruction (as in the story of the destruction of Sodom and Gomorrah, where Lot's wife is turned into a pillar of salt) and limitation.

Salt water can symbolize emotions that are purified by suffering, trial, or pain. In the spiritual life, difficulties or trials (like salt water) can have a purifying purpose, as they teach us to discern, purify, and strengthen our emotions.

Salt water also represents abundance, but also restraint. The seemingly endless sea is delimited by the shores, which could suggest that although emotions and cosmic forces flow incessantly (water), they always need to be contained within a framework or structure. This symbolism also reflects the human capacity to allow emotions to flow, but within the limits of consciousness and wisdom.

Leviathan, as a mythical creature mentioned in the scriptures, has mystical implications in both Kabbalah and Gematria. Leviathan is described in the Tanakh (specifically in the Book of Job 41:1-34) as a serpent or sea monster that dwells in the depths of the sea.

In Kabbalah, Leviathan can be interpreted as a symbol of disorder and primordial forces that inhabit the spiritual and material world. Leviathan lives in salt waters, which, as we saw, are a symbol of emotional and spiritual chaos. This implies that within the cosmic chaos and the hidden forces of creation, there exists a potential energy that can be destructive, but also transformative, if properly directed.

Some Kabbalists interpret Leviathan as a symbol of the ego or the destructive forces that arise from an unenlightened consciousness. In this sense, Leviathan represents the excessive desire, anger, or fear that lurks within a person and can drag them into chaos if left unchecked.

Just as Leviathan lives in the depths of the sea, these dark emotions and forces reside deep within the human being. However, Leviathan also has the potential to be mastered and transformed, symbolizing the human capacity to integrate its darkest and most chaotic aspects and give them constructive direction.

In some deeper interpretations, Leviathan is seen as the polarity in the world, which must be balanced by its feminine counterpart: the Behemoth (a land beast). Together, Leviathan and Behemoth represent the cosmic opposites that must be reconciled for creation and humanity to achieve perfect balance. Leviathan is associated with water, which is fluid, adaptable, and spiritual, while Behemoth is associated with earth, which is solid, material, and stable. The reconciliation of these opposites (the spiritual and the material, the masculine and the feminine) is a central process in the spiritual quest and the work of Kabbalah.

In Gematria, the name Leviathan (לִוְיָתָן) has a specific numerical value that offers us further insights. Leviathan's numerical value is 578, which relates to the concept of "Messiah" or the final redemption. The number 578 is linked to the word "Boreh" (בּוֹרֵא), which means "Creator," reflecting the idea that, despite its chaotic nature, Leviathan is part of the divine plan and has a purpose in cosmic order and redemption. Thus, Leviathan is not simply a destructive force, but represents a primordial aspect of creation that, in its transformation, leads to balance and enlightenment.

From the perspective of Kabbalah and Gematria, the existence of salt waters and Leviathan within them invites us to reflect on the management of our chaotic emotions and the internal forces that lurk deep within our being. These waters not only represent the difficult aspects of life, such as pain, suffering, or confusion, but also the potential for transformation.

The fact that Leviathan lives in salt water suggests that, just as salt water purifies and preserves, our painful and difficult experiences also have the power to purify and transform us if we learn to manage them spiritually.

Leviathan can be seen as the manifestation of the chaotic forces within us, such as our uncontrolled passions, ego, and fear. Spiritual work in Kabbalah is, in part, learning to master and transform these forces, giving them a positive and redemptive purpose.

Just as Leviathan and Behemoth represent opposing forces, spiritual work involves integrating the material and spiritual aspects of our lives into a harmonious whole. It is a process of reconciling internal and external polarities, balancing our chaotic emotions with our ability to live consciously.

Salt waters and Leviathan have a purifying and transformative function in Kabbalah. They teach us that although chaotic or destructive forces may seem overwhelming, they serve a purpose in the divine order and, when properly understood and integrated, can lead us toward redemption and spiritual balance.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, תַּדְשֵׁא הָאָרֶץ דֶּשֶׁא עֵשֶׂב מַזְרִיעַ זֶרַע עֵץ פְּרִי

עֹשֶׂה פְּרִי לְמִינוֹ, אֲשֶׁר זַרְעוֹ-בוֹ, עַל-הָאָרֶץ; וַיְהִי-כֵן

Vayomer Elohim tad'she ha'aretz deshe esev mazria zera etz peri oseh peri lemino asher zar'o-vo al-ha'aretz; vayehi chen

«Y dijo Dios: Produzca la tierra vegetación: hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.»

"And God said: Let the earth bring forth vegetation: herb yielding seed; fruit tree bearing fruit according to its kind, whose seed is in itself, upon the earth. And it was so."

REFLEXIÓN

Los conceptos de "Deshe" (vegetación) y "Etz Pri" (árbol frutal) representan nuestro crecimiento integral permanente frente a una vida emergente, en la que confundimos la abundancia terrenal con nuestra propia vitalidad que proviene de la tierra.

El Creador se nos revela en cada partícula de este mundo y nos manifiesta su potencial, que está latente tanto en nosotros como en cada molécula con la que coexistimos, revelándose gracias a ese proceso natural constante que nos llama a un crecimiento integral, el mismo que refleja nuestro desarrollo espiritual. Para ello, las semillas de Su Palabra, de Su sabiduría, deben guiar nuestras buenas acciones, las cuales deben ser plantadas en nuestras interacciones e interrelaciones para que este mundo se ilumine a la par de nuestra alma.

Es por ello que el concepto de Etz Pri (árbol frutal) nos incita a profundizar en nuestra madurez y fructificación. Todo árbol en este mundo da frutos según su especie, perspectiva que representa esa capacidad que tiene cada ser humano de manifestar ese propósito divino en su vida, atendiendo a que, como criaturas únicas, debemos colocar nuestros dones y habilidades específicas en pro de ese bienestar y desarrollo general. Cada fruto y semilla que nace desde nuestro ser interior debe contener ese potencial que debe reproducirse para perpetuar la vida, lo que refleja la importancia de nuestras intenciones, deseos, emociones, palabras, interacciones e interrelaciones y su impacto duradero.

Deshe (דֶּשֶׁא) tiene un valor gemátrico de 304 (1= א, 300= ש, 4= ד), lo que nos lleva a la idea de integración y plenitud, reflejando cómo la vegetación abarca todos los aspectos de la vida, desde la semilla hasta el fruto, representando la manifestación completa de la voluntad divina en el mundo

natural. Por su parte, Etz Pri (עֵץ פְּרִי) tiene un valor gemátrico de 360 (י, 200= ר, 80= פ, 90= ץ, 70= ע 10=), que simboliza igualmente ese ciclo completo de la vida y de nuestro crecimiento.

Gracias a la perfección divina, nuestros ciclos nos llaman a la continuidad y la renovación, lo que implica cultivar nuestro potencial interior. Para ello, debemos nutrir nuestras capacidades y talentos con Su Palabra, intentando siempre que se manifieste ese propósito divino. Por ello, cada árbol que da fruto según su especie nos recuerda que cada uno de nosotros tiene un papel único en la creación.

Nuestras acciones, como los frutos del árbol, tienen el poder de impactar a otros y dejar un legado duradero, por lo que es fundamental que actuemos de manera coherente con nuestra esencia y propósito, para que nuestros frutos sean puros y beneficiosos. Esos ciclos de siembra, crecimiento y fructificación contienen los ciclos de nuestras vidas, para lo cual cada etapa dentro de ese crecimiento integral tiene su propósito y contribuye a nuestra evolución espiritual.

Por ello, conceptos como "producir" y "las especies por sus frutos" tienen un profundo significado simbólico y espiritual, ya que la palabra "producir" (en hebreo "לְהָפְרִי " o "פרי", significa "fruto") lo que desde el contexto gemátrico tiene una relación con la acción de traer algo del potencial al mundo manifestado, de lo inmaterial a lo material. Este proceso no es solo físico sino espiritual.

Para la Cábala, producir es un acto de crear algo nuevo que se manifiesta en el mundo material, pero que tiene una raíz espiritual en los niveles superiores. De allí que la enseñanza bíblica de que "por sus frutos los conoceréis" que se encuentra en el Evangelio de Mateo y que tiene un paralelo con lo aquí expuesto nos dice que las "especies" representan las manifestaciones externas de las fuerzas internas y espirituales.

Las especies son como "contenedores" que tienen un propósito y una función dentro de la creación, y se relacionan con las energías divinas que se filtran en el mundo material. Los frutos, por su parte, son el resultado de lo que se cultiva internamente en el ser humano, y su calidad depende de las semillas (o intenciones) que se siembran en el alma. Los frutos representan las acciones, las decisiones y el comportamiento de una persona. En la Cábala, esta idea tiene un fuerte vínculo con el concepto de Tikkun Olam (la reparación del mundo), que implica que nuestras acciones espirituales y éticas tienen la capacidad de transformar y elevar el mundo material hacia un estado más divino.

Así como una especie da fruto, nuestras intenciones y pensamientos son la semilla de nuestras acciones. Si cultivamos pensamientos y deseos puros, nuestras acciones serán fructíferas y elevarán nuestra conciencia. La Gematría, al desvelar las conexiones numéricas y simbólicas, nos recuerda que todo en el universo está conectado y tiene un propósito divino, por lo que debemos ser conscientes de nuestras intenciones.

La Cábala enseña que todo lo que producimos en la vida es un reflejo de lo que hay en nuestro mundo interior. Al cultivar cualidades como la compasión, el amor y la sabiduría, podemos producir frutos espirituales que tienen un impacto positivo tanto en nuestro ser como en el mundo. Esto implica que nuestras acciones no solo afectan el plano material, sino que tienen una resonancia espiritual que puede elevar nuestra alma y contribuir al bienestar colectivo.

Al igual que las plantas que deben ser cuidadas y regadas para crecer, nuestro crecimiento espiritual requiere trabajo continuo. No basta con sembrar una semilla y esperar el fruto; se necesita dedicación, paciencia y aprendizaje constante. Esto se refleja en el proceso de Tikkun (reparación), que es una acción constante de perfección y evolución.

El proceso de producir en la Cábala también está relacionado con encontrar un equilibrio entre nuestras necesidades materiales y nuestras aspiraciones espirituales. La verdadera "producción" no es solo material, sino también espiritual. Al integrar nuestras experiencias materiales en un contexto espiritual más amplio, podemos llevar a cabo un crecimiento integral y armonioso.

Las enseñanzas cabalísticas nos invitan a ver que todo en el universo está interconectado. Así como las especies de un árbol están conectadas a través de sus raíces y frutos, nuestras acciones y decisiones tienen un impacto en el todo. Cada acción que tomamos, por pequeña que sea, puede contribuir a la reparación y la elevación del mundo.

"Producir" y "las especies por sus frutos" son metáforas poderosas en la Cábala que nos enseñan sobre la importancia de nuestras intenciones, el equilibrio entre lo espiritual y lo material, y el impacto de nuestras acciones en el mundo. Para nuestro crecimiento integral, es esencial cultivar una vida consciente, donde nuestras acciones, pensamientos y deseos estén alineados con una visión espiritual más elevada.

Recordemos que esas semillas que brotan de nosotros para que den frutos contienen un proceso profundamente introspectivo y consciente. En la Cábala y en el camino de crecimiento integral, estas "semillas" representan nuestras intenciones, deseos, pensamientos y acciones, que con el tiempo, a través del cultivo adecuado, se convierten en frutos, es decir, en los resultados que manifestamos en nuestra vida y en el mundo.

Para reconocer las semillas, primero debemos estar en sintonía con nuestra verdadera esencia y propósito en la vida. Según la Cábala, cada alma tiene una misión única en este mundo, y nuestras intenciones y acciones deben alinearse con ese propósito más elevado. Esto puede lograrse mediante la meditación, la oración o la reflexión profunda sobre nuestras pasiones, talentos y lo que nos inspira.

Dediquemos tiempo a la meditación o a la contemplación. Preguntándonos: ¿Qué sentimientos nos impulsan? ¿Qué valores queremos cultivar? Y ¿qué es lo que realmente nos mueve a actuar?

Las semillas se germinan en los pensamientos y sentimientos más sutiles. Las emociones, tanto positivas como negativas, a menudo son las semillas que se cultivan en acciones más concretas. Observar nuestras emociones y pensamientos de manera consciente nos permite identificar qué estamos sembrando dentro de nosotros.

Prestemos atención a esos pensamientos y emociones durante el día. ¿Sentimos pensamientos recurrentes de miedo, ansiedad o frustración? ¿O pensamientos de gratitud, amor y esperanza? Las emociones y pensamientos negativos pueden ser semillas que necesitamos transformar, mientras que los positivos son indicios de lo que puede crecer de manera fructífera.

Cada ser humano tiene una "voz interior" que puede considerarse como la chispa divina o el "Neshamá" (alma en hebreo), que nos guía hacia el bien. Esta voz interior puede ayudarnos a reconocer las semillas auténticas que realmente desean brotar en nosotros. A veces, esta voz se manifiesta como una intuición o una sensación profunda de lo correcto o incorrecto.

Tomemos un tiempo para estar en silencio y escuchar esa voz interior. La intuición suele ser suave pero clara, y puede guiarnos hacia las semillas que necesitamos cultivar. Si tenemos dudas sobre una decisión o una acción, la introspección y el escuchar esa voz interior nos puede ayudar a discernir lo que realmente está alineado con dicho propósito divino.

Los frutos que ya hemos dado pueden reflejar las semillas que plantamos en el pasado. Al mirar nuestras experiencias y las consecuencias de nuestras acciones pasadas, podemos aprender a identificar qué semillas hemos sembrado. Si hemos cultivado acciones basadas en la bondad, la paciencia y el amor, es probable que los frutos sean positivos. Si, por el contrario, nuestras acciones han sido motivadas por el ego, el miedo o la ira, los frutos pueden ser menos satisfactorios.

Hagamos un balance de vida y analicemos cómo las decisiones pasadas nos han llevado a los frutos que hoy tenemos. Si algo no ha dado los frutos deseados, reflexionemos sobre qué intenciones o pensamientos estaban en su origen. Aprendiendo de estos patrones y ajustando dichos enfoques.

A veces, las semillas que brotan de nosotros no son las que deseamos, sino las que nacen de nuestro ego o de nuestras inseguridades. La autenticidad es clave para cultivar las semillas correctas. La Cábala nos enseña que el alma está vinculada a la verdad y a la integridad. Solo cuando somos honestos con nosotros mismos podemos sembrar intenciones puras que den buenos frutos.

Reflexionemos sobre si nuestras acciones y deseos están alineados con la verdad interior o si están influenciados por el ego, el miedo o las expectativas externas. La honestidad con nosotros mismos es esencial para reconocer las semillas que realmente deseamos cultivar.

Cada semilla que plantamos en nuestra vida tiene que ver con los valores y las virtudes que deseamos manifestar. Si buscas cultivar amor, compasión, sabiduría, paciencia o generosidad, esas son las "semillas" que necesitas sembrar en tu interior. Las virtudes se cultivan a través de pequeñas acciones diarias y la repetición consciente de comportamientos positivos.

Hagamos una lista de los valores y virtudes que más deseamos cultivar. Preguntémonos cómo podemos incorporarlos en nuestras acciones diarias. Si deseamos más paciencia, por ejemplo, podemos practicar estar presentes en los momentos difíciles, respirando profundamente y manteniendo la calma.

El proceso de brotar y dar frutos es un ciclo que no ocurre de inmediato. Al igual que en la naturaleza, las semillas necesitan tiempo, cuidado y paciencia para desarrollarse y dar frutos. Este es un proceso que requiere humildad y aceptación de que no siempre veremos resultados inmediatos, pero que el esfuerzo constante y la dedicación traerán frutos en su momento.

Se trata de tener paciencia y aceptar que el crecimiento es gradual. No de frustrarnos si no vemos los frutos de inmediato. Como en la naturaleza, nuestro desarrollo interior tomará tiempo, y es importante ser amable con nosotros mismos durante este proceso.

Reconocer las semillas que brotan de nosotros para que den frutos es un acto de autoconciencia y crecimiento. Al trabajar en la alineación de nuestros pensamientos, emociones, valores y acciones, podemos cultivar semillas que darán frutos positivos, tanto en nuestra vida personal como en la vida colectiva. Cada semilla tiene el potencial de crecer si le damos el cuidado y la atención necesarios, y esto es lo que nos lleva a un crecimiento integral que va más allá de lo material, alcanzando lo espiritual y lo divino.

REFLECTION

The concepts of Deshe (vegetation) and Etz Pri (fruit tree) represent our ongoing integral growth in the face of an emerging life, where we often confuse earthly abundance with our own vitality that comes from the earth.

The Creator reveals Himself in every particle of this world and manifests His potential, which lies dormant in both us and every molecule with which we coexist, revealing itself through that constant natural process that calls us to integral growth—the same growth that reflects our spiritual development. To achieve this, the seeds of His Word, of His wisdom, must guide our good deeds, which should be planted in our interactions and relationships so that this world is illuminated alongside our soul.

This is why the concept of Etz Pri (fruit tree) urges us to delve into our maturity and fruition. Every tree in this world bears fruit according to its kind, a perspective that represents each human being's ability to manifest that divine purpose in their life. As unique creatures, we must offer our specific gifts and abilities for the benefit and overall development of the world. Every fruit and seed that arises from within us should carry that potential, which must reproduce to perpetuate life, reflecting the importance of our intentions, desires, emotions, words, interactions, and relationships and their lasting impact.

Deshe (דֶּשֶׁא) has a gematria value of 304 (ד = 4, ש = 300, א = 1), which leads us to the idea of integration and completeness, reflecting how vegetation encompasses all aspects of life, from the seed to the fruit, representing the full manifestation of the divine will in the natural world. On the other hand, Etz Pri (עֵץ פְּרִי) has a gematria value of 360 (ע = 70, ץ = 90, פ = 80, ר = 200, י = 10), which equally symbolizes that complete cycle of life and our growth.

Thanks to divine perfection, our cycles call us to continuity and renewal, which involves cultivating our inner potential. To do this, we must nurture our capacities and talents with His Word, always striving to manifest that divine purpose. This is why every tree that bears fruit according to its kind reminds us that each of us has a unique role in creation.

Our actions, like the fruits of the tree, have the power to impact others and leave a lasting legacy, so it is essential that we act in accordance with our essence and purpose so that our fruits are pure and beneficial. These cycles of sowing, growth, and fruition contain the cycles of our lives, where each stage within that integral growth has its purpose and contributes to our spiritual evolution.

Therefore, concepts such as "produce" and "species by their fruits" have a profound symbolic and spiritual meaning, since the word "produce" (in Hebrew "לְהָפְרִי" or "פרי " means "fruit"), which in the gematric context is related to the action of bringing something from potential into the manifested world, from the immaterial to the material. This process is not only physical but spiritual.

For Kabbalah, production is an act of creating something new that manifests in the material world, but has spiritual roots at higher levels. Hence, the biblical teaching that "you will know them by their fruits," found in the Gospel of Matthew and paralleled by what is presented here, tells us that "species" represent the external manifestations of internal and spiritual forces. Species are like "containers" that have a purpose and function within creation and relate to the divine energies that filter into the material world. Fruits, on the other hand, are the result of what is cultivated internally within the human being, and their quality depends on the seeds (or intentions) sown in the soul. Fruits represent a person's actions, decisions, and behavior. In Kabbalah, this idea is strongly linked to the concept of Tikkun Olam (the repair of the world), which implies that our spiritual and ethical actions have the capacity to transform and elevate the material world to a more divine state.

Just as a species bears fruit, our intentions and thoughts are the seeds of our actions. If we cultivate pure thoughts and desires, our actions will be fruitful and elevate our consciousness. Gematria, by revealing numerical and symbolic connections, reminds us that everything in the universe is connected and has a divine purpose, so we must be mindful of our intentions.

Kabbalah teaches that everything we produce in life is a reflection of what exists in our inner world. By cultivating qualities such as compassion, love, and wisdom, we can produce spiritual fruits that have a positive impact on both our being and the world. This implies that our actions not only affect the material plane, but also have a spiritual resonance that can uplift our soul and contribute to collective well-being.

Like plants that must be cared for and watered to grow, our spiritual growth requires continuous work. It is not enough to plant a seed and wait for the fruit; it requires dedication, patience, and constant learning. This is reflected in the process of Tikkun (repair), which is a constant act of perfection and evolution.

The process of production in Kabbalah is also related to finding a balance between our material needs and our spiritual aspirations. True "production" is not only material, but also spiritual. By integrating our material experiences into a broader spiritual context, we can achieve holistic and harmonious growth.

Kabbalistic teachings invite us to see that everything in the universe is interconnected. Just as the species of a tree are connected through its roots and fruits, our actions and decisions have an impact on the whole. Every action we take, no matter how small, can contribute to the repair and upliftment of the world.

"Bringing forth" and "the species by their fruits" are powerful metaphors in Kabbalah that teach us about the importance of our intentions, the balance between the spiritual and the material, and the impact of our actions on the world. For our holistic growth, it is essential to cultivate a conscious life, where our actions, thoughts, and desires are aligned with a higher spiritual vision.

Let us remember that those seeds that sprout within us to bear fruit involve a deeply introspective and conscious process. In Kabbalah and on the path of integral growth, these "seeds" represent our intentions, desires, thoughts, and actions, which over time, through proper cultivation, become fruits, that is, the results we manifest in our lives and in the world.

To recognize the seeds, we must first be in tune with our true essence and purpose in life. According to Kabbalah, each soul has a unique mission in this world, and our intentions and actions must align with that higher purpose. This can be achieved through meditation, prayer, or deep reflection on our passions, talents, and what inspires us.

Let's dedicate time to meditation or contemplation. Ask ourselves: What feelings drive us? What values do we want to cultivate? And what truly moves us to act?

Seeds germinate in the most subtle thoughts and feelings. Emotions, both positive and negative, are often the seeds that are cultivated into more concrete actions. Consciously observing our emotions and thoughts allows us to identify what we are sowing within ourselves.

Let's pay attention to those thoughts and emotions throughout the day. Do we experience recurring thoughts of fear, anxiety, or frustration? Or thoughts of gratitude, love, and hope? Negative emotions and thoughts can be seeds we need to transform, while positive ones are indications of what can grow fruitfully.

Every human being has an "inner voice," which can be considered the divine spark or the "Neshama" (soul in Hebrew), which guides us toward good. This inner voice can help us recognize the authentic seeds that truly desire to sprout within us. Sometimes, this voice manifests as an intuition or a deep sense of right or wrong.

Let's take some time to be silent and listen to that inner voice. Intuition is often gentle but clear and can guide us toward the seeds we need to cultivate. If we have doubts about a decision or action, introspection and listening to that inner voice can help us discern what is truly aligned with that divine purpose.

The fruits we have already borne can reflect the seeds we planted in the past. By looking at our experiences and the consequences of our past actions, we can learn to identify which seeds we have sown. If we have cultivated actions based on kindness, patience, and love, the fruits are likely to be positive. If, on the other hand, our actions have been motivated by ego, fear, or anger, the fruits may be less satisfying.

Let's take stock of our lives and analyze how past decisions have led us to the fruits we have today. If something hasn't yielded the desired fruits, let's reflect on what intentions or thoughts were at its origin. We can learn from these patterns and adjust those approaches.

Sometimes, the seeds that sprout within us are not the ones we desire, but rather those born from our ego or our insecurities. Authenticity is key to cultivating the right seeds. Kabbalah teaches us that the soul is linked to truth and integrity. Only when we are honest with ourselves can we sow pure intentions that bear good fruit.

Let's reflect on whether our actions and desires are aligned with inner truth or influenced by ego, fear, or external expectations. Honesty with ourselves is essential to recognizing the seeds we truly wish to cultivate.

Every seed we plant in our lives relates to the values and virtues we wish to manifest. If you seek to cultivate love, compassion, wisdom, patience, or generosity, those are the "seeds" you need to sow within yourself. Virtues are cultivated through small daily actions and the conscious repetition of positive behaviors.

Let's make a list of the values and virtues we most desire to cultivate. Let's ask ourselves how we can incorporate them into our daily actions. If we desire more patience, for example, we can practice being present during difficult moments, breathing deeply and remaining calm.

The process of sprouting and bearing fruit is a cycle that doesn't happen immediately. Just as in nature, seeds need time, care, and patience to develop and bear fruit. This is a process that requires humility and acceptance that we won't always see immediate results, but that constant effort and dedication will bear fruit in due time.

It's about being patient and accepting that growth is gradual. Don't get frustrated if we don't see the fruits immediately. As in nature, our inner development will take time, and it's important to be kind to ourselves during this process.

Recognizing the seeds that sprout within us so that they can bear fruit is an act of self-awareness and growth. By working on aligning our thoughts, emotions, values, and actions, we can cultivate seeds that will bear positive fruit, both in our personal and collective lives. Every seed has the potential to grow if we give it the necessary care and attention, and this is what leads us to holistic growth that goes beyond the material, reaching the spiritual and the divine.

MIS NOTAS

וַתּוֹצֵא הָאָרֶץ דֶּשֶׁא עֵשֶׂב מַזְרִיעַ זֶרַע לְמִינֵהוּ, וְעֵץ עֹשֶׂה פְּרִי אֲשֶׁר זַרְעוֹ-בוֹ לְמִינֵהוּ; וַיַּרְא אֱלֹהִים, כִּי-טוֹב

Vatozei ha'aretz deshe esev mazria zera leminohu, ve'etz oseh peri asher zar'o-vo leminohu; vayar Elohim ki-tov

«Y la tierra produjo vegetación: hierba que da semilla según su especie, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su especie. Y vio Dios que era bueno.»

"And the earth brought forth vegetation: herb yielding seed according to its kind, and tree yielding fruit, whose seed is in itself, according to its kind. And God saw that it was good."

REFLEXIÓN

La producción de vegetación y árboles frutales por parte de la tierra simboliza la manifestación del potencial divino latente en lo físico; por ello, nuestro planeta, que inicialmente solo era un receptáculo, poco a poco se convierte en una fuente activa de vida, expresando así la fuerza creativa divina.

No perdamos de vista que lo mismo sucede con nuestro cuerpo y, especialmente, con nuestra mente oscura, que, al igual que la del Creador cuando se contrajo, nos permite el coexistir interdependientemente gracias a esos como fragmentos de Su luz.

Chispas que llevadas a nuestro lenguaje convertimos en conceptos los cuales representan esa idea del poder divino que debe manifestarse en nuestras vivencias, siempre y cuando nos alineemos a Su voluntad, fluyamos en Su armonía y nos vinculemos fraternal y servicialmente con Su obra.

Es a partir de ese plan que nuestros esfuerzos producen frutos y crecimiento espiritual, una propuesta que nos individualiza para poder alcanzar esa unidad con Él, lo que explica que cada especie de Su fruto, contexto que subraya la importancia de la diversidad dentro de la unidad, donde cada planta y árbol produce según su propia naturaleza, complementando con sus frutos todo lo creado.

Cada ser humano, por lo tanto, tiene un propósito y una función únicos, siendo esencial reconocer esto para nutrir nuestros dones y habilidades individualmente en armonía con el todo. Seguir distrayéndonos de nuestras responsabilidades y desperdiciando esas oportunidades permanentes de crecimiento es quizá uno de nuestros mayores errores históricos.

"Esev", hierba, (עֵשֶׂב), tiene un valor gemátrico de 162 (ע= 70, ש= 300, ב= 2). Al descomponer cada uno de estos signos y sus valores en 1+6+2=9, podemos obtener una idea de lo que es la verdad y la realización. La hierba, aunque pequeña y humilde, juega un papel crucial en el ecosistema, simbolizando la importancia de cada acción y pensamiento en el ciclo de la vida.

Nuestra naturaleza cíclica del "etz pri" refleja, como la de la hierba, esa continuidad de la vida y la importancia de la renovación constante. Así como la tierra produce vegetación y árboles frutales, nosotros también estamos llamados a cultivar nuestras cualidades y talentos internos, permitiendo que se manifiesten en acciones positivas que contribuyan al bienestar de otros y al desarrollo de nuestra alma.

La bondad intrínseca en la creación y en nuestras propias acciones debe alinearse; sin embargo, nuestros libertinajes, los mismos que generan caos, son los únicos responsables de llevarnos a desconocer esa bondad en nosotros mismos y, por ende, a descalificar a los demás, reproduciendo una perspectiva negativa respecto de la vida en el mundo, la misma que fomenta entornos agrestes, conflictivos, llenos de dudas y que nos desvía de rumbo en pro de un desarrollo que, al entenderse como material, es egoísta y lejano a nuestros propósitos espirituales.

Tengamos en cuenta que la Tierra como espacio de crecimiento no solo contiene esa Fuente de Alimentación física o mental acorde a nuestras interacciones sino sobre todo espiritual, por ello la Tierra debe ser vista como un medio a través del cual las energías divinas fluyen hacia el mundo físico.

Cuando la Tierra produce vegetación, esto no solo se refiere a los alimentos físicos que consumimos, sino a la abundancia de bendiciones espirituales que podemos recibir a través de la naturaleza. La vegetación puede simbolizar la "sustancia" o "alimento" espiritual que nutre nuestras almas.

En la Gematría, hay palabras que se conectan con la idea de crecimiento y abundancia, como "pan" (לחם, lejem) que tiene un valor numérico específico. Este alimento no solo es necesario para la supervivencia física, sino que también nutre nuestra conexión con el mundo espiritual.

En la Cábala, comer no es solo un acto físico; también tiene una dimensión espiritual. El proceso de alimentarnos de los frutos de la Tierra está relacionado con nuestra capacidad para transformarnos. Es a través de lo que comemos que podemos acceder a una elevación espiritual, y la alimentación se convierte en un vehículo de crecimiento interior. La forma en que nos alimentamos refleja cómo nos nutrimos espiritualmente. Por ejemplo, comer conscientemente y con gratitud puede llevarnos a un nivel más alto de conciencia.

Ese alimento que se integra a nuestro ser físico por ende debe nutrirnos integralmente para que nuestro ser funcione de forma armónica de allí que cada tipo de alimento tiene su propia correspondencia espiritual. Las frutas y vegetales pueden ser vistas como manifestaciones de la

energía divina que nutre nuestro cuerpo y alma. El acto de consumir estos alimentos es un acto de integrar esa energía en nuestro ser.

El crecimiento integral en la Cábala no solo se refiere al crecimiento físico, sino al crecimiento espiritual y emocional. El hombre debe alimentarse de la naturaleza porque es a través de esa conexión con la creación que puede elevar su alma. La Cábala nos enseña que todo en el mundo tiene una chispa divina, y al conectar con la Tierra y sus productos, nos conectamos con esas energías divinas.

El valor numérico de palabras como "alma" (נשמה, neshamá) o "cuerpo" (גוף , guf) nos indica cómo el cuerpo y el alma deben trabajar juntos para alcanzar un equilibrio, un crecimiento espiritual que trasciende lo material. El crecimiento de las plantas y árboles puede ser visto como una metáfora de nuestro propio crecimiento espiritual. Así como las plantas necesitan tiempo, agua y sol para crecer, nosotros también necesitamos tiempo, alimento espiritual (como la sabiduría y la enseñanza cabalística), y la luz divina para nuestro desarrollo integral.

Alimentarnos de la Tierra no es solo una cuestión de nutrición física; es también una forma de reconectar con el ciclo divino de creación. La vegetación, como producto de la Tierra, es vista como una manifestación de la abundancia divina. En la Cábala, la idea de que "el hombre debe vivir del pan que sale de la Tierra" también se relaciona con el concepto de que todo lo que necesitamos ya está presente en el mundo material; nuestra tarea es reconocerlo y aprovecharlo de manera que contribuya a nuestra evolución espiritual.

Según la Cábala y la Gematría, la Tierra que produce vegetación representa una fuente de sustento tanto físico como espiritual. La forma en que los humanos nos alimentamos de ella está profundamente conectada con nuestro crecimiento integral, ya que este acto debe entenderse no solo como una necesidad física, sino como una oportunidad para nutrir nuestra alma y alcanzar un equilibrio y desarrollo espiritual.

REFLECTION

The earth's production of vegetation and fruit trees symbolizes the manifestation of the divine potential latent in the physical realm; therefore, our planet, which was initially only a receptacle, gradually becomes an active source of life, thus expressing the divine creative force.

Let us not lose sight of the fact that the same thing happens with our body and, especially, with our dark mind, which, like the Creator's when it contracted, allows us to coexist interdependently thanks to these fragments of His light.

Sparks that, when translated into our language, we transform into concepts that represent the idea of divine power that must manifest in our experiences, as long as we align ourselves with His will, flow in His harmony, and connect fraternally and helpfully with His work.

It is from this plan that our efforts produce fruit and spiritual growth, a proposal that individualizes us so we can achieve that unity with Him. This explains why each species produces His fruit, a context that underscores the importance of diversity within unity, where each plant and tree produces according to its own nature, complementing all creation with its fruits.

Each human being, therefore, has a unique purpose and function, and it is essential to recognize this in order to nurture our individual gifts and abilities in harmony with the whole. Continuing to distract ourselves from our responsibilities and squandering these ongoing opportunities for growth is perhaps one of our greatest historical mistakes.

"Esev," herb, (עֵשֶׂב), has a gematric value of 162 (2= ב, 300= ש, 70= ע). By breaking down each of these signs and their values into 1 + 6 + 2 = 9, we can gain an idea of what truth and fulfillment are. Grass, though small and humble, plays a crucial role in the ecosystem, symbolizing the importance of every action and thought in the cycle of life.

Our cyclical nature of "etz pri" reflects, like that of grass, this continuity of life and the importance of constant renewal. Just as the earth produces vegetation and fruit trees, we too are called to cultivate our inner qualities and talents, allowing them to manifest in positive actions that contribute to the well-being of others and the development of our souls.

The intrinsic goodness in creation and in our own actions must be aligned; however, our debaucheries, the same ones that generate chaos, are solely responsible for leading us to ignore this goodness in ourselves and, therefore, to disqualify others, reproducing a negative perspective on life in the world. This same perspective fosters harsh, conflictive environments filled with doubt and diverts us from a path toward a development that, when understood as material, is selfish and distant from our spiritual purposes.

Let us keep in mind that the Earth, as a space for growth, not only contains that Source of physical or mental nourishment according to our interactions, but above all, a spiritual one. Therefore, the Earth must be seen as a medium through which divine energies flow into the physical world.

When the Earth produces vegetation, this not only refers to the physical food we consume, but also to the abundance of spiritual blessings we can receive through nature. Vegetation can symbolize the spiritual "substance" or "food" that nourishes our souls.

In Gematria, there are words connected to the idea of growth and abundance, such as "bread" (לחם , lechem), which has a specific numerical value. This food is not only necessary for physical survival but also nourishes our connection to the spiritual world.

In Kabbalah, eating is not only a physical act; it also has a spiritual dimension. The process of nourishing ourselves with the fruits of the Earth is related to our capacity for transformation. It is through what we eat that we can access spiritual elevation, and food becomes a vehicle for inner

growth. The way we eat reflects how we nourish ourselves spiritually. For example, eating mindfully and with gratitude can take us to a higher level of consciousness.

Food that integrates into our physical being must therefore nourish us holistically so that our being functions harmoniously. Hence, each type of food has its own spiritual correspondence. Fruits and vegetables can be seen as manifestations of the divine energy that nourishes our body and soul. The act of consuming these foods is an act of integrating that energy into our being.

Integral growth in Kabbalah refers not only to physical growth, but also to spiritual and emotional growth. Human beings must nourish themselves with nature because it is through this connection with creation that they can elevate their souls. Kabbalah teaches us that everything in the world has a divine spark, and by connecting with the Earth and its products, we connect with those divine energies.

The numerical value of words like "soul" (נשמה, neshama) or "body" (גוף , guf) indicates how the body and soul must work together to achieve balance, a spiritual growth that transcends the material. The growth of plants and trees can be seen as a metaphor for our own spiritual growth. Just as plants need time, water, and sunlight to grow, we too need time, spiritual nourishment (such as Kabbalistic wisdom and teachings), and divine light for our holistic development.

Nourishing ourselves from the Earth is not only a matter of physical nourishment; it is also a way to reconnect with the divine cycle of creation. Vegetation, as a product of the Earth, is seen as a manifestation of divine abundance. In Kabbalah, the idea that "man must live by the bread that comes from the Earth" is also related to the concept that everything we need is already present in the material world; our task is to recognize it and utilize it in ways that contribute to our spiritual evolution.

According to Kabbalah and Gematria, the Earth, which produces vegetation, represents a source of both physical and spiritual sustenance. The way humans nourish ourselves with it is deeply connected to our holistic growth, as this act should be understood not only as a physical necessity, but as an opportunity to nourish our souls and achieve spiritual balance and development.

MIS NOTAS

וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר, יוֹם שְׁלִישִׁי

Vayehi-erev vayehi-boker, yom shelishi

«Y fue la tarde y fue la mañana: el tercer día.»

"And there was evening, and there was morning: the third day."

REFLEXIÓN

El número tres nos lleva a la Sefirá de Tiferet, que representa la belleza, la armonía y el equilibrio. Esta manifestación divina equilibra las energías de Chesed (misericordia) y Gevurá (fuerza), enseñándonos así la importancia de propiciar en nuestras vivencias ese estado de armonía que, visionada desde lo divino, es perfecta.

Es por ello que el tercer día nos propone la estabilización de la creación con la aparición de la vegetación y los árboles frutales, dando al mundo físico ese orden espiritual, completándose así un ciclo dentro de la narrativa bíblica. Tengamos en cuenta que la tarde, como período de ocultación, nos llama a la introspección y a la vez a la preparación, mientras que la mañana simboliza el escenario de revelación, claridad y acción.

Pasar del ciclo de oscuridad al de la luz es parte de nuestro proceso natural y permanente, y esa transformación refleja nuestro crecimiento integral. Para ello es necesario que pasemos por momentos de introspección, donde nos reencontramos con nosotros mismos y con el Creador a través de la oración, y así, gracias a ella, vamos encontrando la iluminación inicialmente de nuestro entendimiento, de nuestra conciencia, de nuestras vivencias, en este mundo en el que toda acción debe pasar de nuestra ejecución inconsciente a la voluntad consciente de realizarla.

El número tres en gematría está asociado con el valor de la letra ג (gimel), que simboliza la plenitud y la estabilidad en la creación. Este número también representa la firmeza y la confirmación de algo, como un testigo fiel o un pacto sólido. Es por ello que "Yom Shelishi" (Tercer Día) nos reitera que se completó un ciclo fundamental de la creación.

El tercer día, en el que la Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— se manifestó plenamente en esta tierra luego de la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo y su descenso al inframundo de la muerte, es un mensaje que denota esa consolidación, donde lo que ha sido creado previamente comienza a manifestarse plenamente. Para los creyentes, representa el momento en el que nuestras intenciones y esfuerzos empiezan a dar frutos visibles, consolidando nuestro crecimiento espiritual y material.

La asociación del tercer día con Tiferet nos invita a buscar equilibrio y armonía en nuestras vidas, alineando nuestros deseos, pensamientos, emociones, interacciones e interrelaciones con esa intención divina de la unidad. Esto nos lleva a buscar en nuestros valores más profundos nuestra verdadera búsqueda, alejándonos así de todas las expectativas y alucinaciones egoístas y mercantiles que no nos permiten entender el balance universal entre la misericordia y la justicia, entre lo espiritual y lo material.

Nuestro ciclo de oscuridad ha llegado a su fin con la luz reveladora del amor de nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, estamos llamados a hacer esa transición consciente de nuestra tarde, en la que seguimos dormidos, a la mañana, en la cual despertamos a Su lado gracias a esa fe que además se debe reflejar en nuestro crecimiento personal, el mismo que supera los desafíos y la incertidumbre mundana para alcanzar esa claridad que significa nuestro propósito divino.

Todo lo vivido en este ciclo de vida es necesario para nuestro desarrollo. De allí la importancia de nuestra perseverancia y paciencia, las cuales siembran la confianza para que Su luz comience a crecer y a darnos forma dentro de un proceso que necesita del tiempo terrenal para que nuestras intenciones fraternales y serviciales produzcan resultados tangibles. Estamos viviendo un tercer día de expansión y crecimiento, en el cual la bondad del Creador se despliega en el mundo físico.

En la tradición cabalística, el tiempo no es solo una sucesión lineal de momentos, sino una serie de oportunidades divinas para el perfeccionamiento del ser humano. El paso de la mañana a la tarde y la noche puede entenderse como una representación de diferentes fases del proceso de vida y desarrollo espiritual.

La Mañana: Representa el inicio, la creación y la luz de la conciencia. En la Cábala, la mañana está asociada con el despertar del alma a la divinidad, el comienzo de un ciclo de crecimiento, conocimiento y conciencia espiritual. Es un tiempo de claridad y de recibir las bendiciones iniciales, el "or" o luz divina. Este es el momento en que las energías creadoras, como el sol naciente, se manifiestan y otorgan una oportunidad para nuevas posibilidades. En términos de Gematría, la mañana puede simbolizar las letras y combinaciones que tienen que ver con la "Yud" (la chispa de la creación) o las letras iniciales de palabras que simbolizan el inicio del proceso espiritual.

La Tarde: Representa el proceso de manifestación y la acción. Es un momento en el que la luz de la mañana (la energía inicial) comienza a materializarse en la realidad, pero también es el tiempo en el que las sombras empiezan a aparecer, lo que simboliza los desafíos, las pruebas y las dificultades. En la Cábala, la tarde es un tiempo de balance entre la luz y la oscuridad, un periodo de maduración y de integración. Las almas deben trabajar para no dejarse llevar por las dificultades, sino verlas como oportunidades para el crecimiento espiritual. La "Shekhinah", la presencia divina que habita en el mundo, es un concepto que también se asocia con la tarde, ya que es el tiempo en el que la divinidad comienza a descender y a acercarse a la humanidad.

La Noche: Es el momento del descanso, la introspección y la transformación. En la noche, el alma tiene la oportunidad de reflexionar sobre el día, de integrar lo aprendido y de conectarse con el misterio y la quietud. En la Cábala, la noche representa el estado de "Tzimtzum", el retiro de la luz divina para que la creación pueda existir en un espacio vacío. La noche es el tiempo en el que la oscuridad puede parecer prevalecer, pero es precisamente en esta oscuridad que las semillas de la luz del día siguiente se están gestando. También es un tiempo de purificación, cuando el alma puede procesar y transformar las energías negativas acumuladas durante el día.

El paso del tiempo, representado por la transición entre mañana, tarde y noche, refleja el proceso de crecimiento integral del ser humano. Desde la energía pura y creativa (mañana), pasando por la acción y los desafíos de la manifestación (tarde), hasta la reflexión y la transformación en la quietud (noche), cada fase tiene un propósito y una lección. En cada momento del día se nos otorgan oportunidades para aprender, crecer y transformarnos.

La Cábala enseña que tanto la luz como la oscuridad son necesarias para el proceso de perfeccionamiento. La mañana representa la luz de la sabiduría divina, mientras que la tarde y la noche nos enseñan la importancia de la sombra, de los desafíos y las pruebas. El ciclo del día nos enseña que ambos aspectos son parte de nuestra experiencia humana y que debemos aprender a abrazar ambos para alcanzar un equilibrio interior.

El concepto cabalístico de "tikún" (corrección) nos enseña que el tiempo es una herramienta para nuestra corrección espiritual. Cada día es una oportunidad para corregir nuestras acciones, pensamientos y emociones, y así acercarnos a la divinidad. El ciclo del día nos recuerda que nuestro tiempo en la tierra no es eterno, por lo que cada momento es valioso para nuestro crecimiento.

La noche, en su aparente oscuridad, no es solo un tiempo de descanso físico, sino un espacio de transformación espiritual. El descanso en la noche permite que el alma se renueve y prepare para un nuevo ciclo al amanecer, simbolizando la constante oportunidad de reiniciar, aprender y evolucionar.

El ciclo del día (mañana, tarde y noche) en la Cábala y la Gematría es un reflejo de los ciclos internos de crecimiento y transformación espiritual. Nos invita a usar cada momento de la vida — cada instante de tiempo — como una oportunidad para elevarnos y conectarnos con lo divino, abrazando tanto la luz como la oscuridad que componen nuestra experiencia.

REFLECTION

The number three leads us to the Sefirah of Tiferet, which represents beauty, harmony, and balance. This divine manifestation balances the energies of Chesed (mercy) and Gevurah (strength), teaching us the importance of fostering that state of harmony in our lives, a harmony that, when viewed from the divine perspective, is perfect.

This is why the third day suggests the stabilization of creation with the appearance of vegetation and fruit-bearing trees, giving the physical world that order from the spiritual realm, thus completing a cycle within the biblical narrative. It is important to note that evening, as a period of concealment, calls us to introspection and preparation, while morning symbolizes a time of revelation, clarity, and action.

Transitioning from the cycle of darkness to light is part of our natural and ongoing process, and that transformation reflects our integral growth. For this, it is necessary to go through moments of introspection, where we reconnect with ourselves and with the Creator through prayer, and thus, thanks to prayer, we gradually find illumination—initially of our understanding, our consciousness, and our experiences in this world, where every action must move from unconscious execution to the conscious will to carry it out.

The number three in gematria is associated with the value of the letter ג (gimel), symbolizing fullness and stability in creation. This number also represents firmness and the confirmation of something, like a faithful witness or a solid covenant. This is why "Yom Shelishi" (Third Day) reiterates that a fundamental cycle of creation has been completed.

The third day, in which the Trinity—Father, Son, and Holy Spirit— manifested fully on this earth after the crucifixion of our Lord Jesus Christ and His descent into the underworld of death, carries a message of consolidation, where what was previously created begins to manifest fully. For believers, this represents the moment when our intentions and efforts start to bear visible fruit, consolidating our spiritual and material growth.

The association of the third day with Tiferet invites us to seek balance and harmony in our lives, aligning our desires, thoughts, emotions, interactions, and relationships with that divine intention of unity. This leads us to seek our true purpose in our deepest values, thus distancing ourselves from all selfish, mercantile expectations and illusions that prevent us from understanding the universal balance between mercy and justice, between the spiritual and the material.

Our cycle of darkness has ended with the revealing light of our Lord Jesus Christ's love. Therefore, we are called to make that conscious transition from our evening, where we remain asleep, to the morning, where we awaken by His side, thanks to the faith that should also be reflected in our personal growth. This growth overcomes the challenges and worldly uncertainties to reach the clarity that signifies our divine purpose.

Everything we experience in this life cycle is necessary for our development. Hence the importance of our perseverance and patience, which plant the trust for His light to begin to grow and shape us within a process that requires earthly time for our fraternal and service-oriented intentions to produce tangible results. We are living in a third day of expansion and growth, in which the Creator's goodness unfolds in the physical world.

In the Kabbalistic tradition, time is not merely a linear succession of moments, but a series of divine opportunities for the perfection of the human being. The transition from morning to afternoon and night can be understood as a representation of different phases of the life process and spiritual development.

Morning: Represents the beginning, creation, and light of consciousness. In Kabbalah, morning is associated with the awakening of the soul to divinity, the beginning of a cycle of growth, knowledge, and spiritual awareness. It is a time of clarity and receiving the initial blessings, the "or" or divine light. This is the moment when creative energies, like the rising sun, manifest and grant an opportunity for new possibilities. In terms of Gematria, morning can symbolize the letters and combinations that have to do with the "Yod" (the spark of creation) or the initial letters of words that symbolize the beginning of the spiritual process.

Evening: Represents the process of manifestation and action. It is a time when the morning light (the initial energy) begins to materialize in reality, but it is also the time when shadows begin to appear, symbolizing challenges, trials, and difficulties. In Kabbalah, evening is a time of balance between light and darkness, a period of maturation and integration. Souls must work to not be overcome by difficulties, but rather see them as opportunities for spiritual growth. The "Shekhinah," the divine presence that dwells in the world, is a concept also associated with evening, as it is the time when divinity begins to descend and draw closer to humanity.

Night: This is a time of rest, introspection, and transformation. At night, the soul has the opportunity to reflect on the day, integrate what it has learned, and connect with mystery and stillness. In Kabbalah, night represents the state of "Tzimtzum," the withdrawal of divine light so that creation can exist in an empty space. Night is the time when darkness may seem to prevail, but it is precisely in this darkness that the seeds of the next day's light are gestating. It is also a time of purification, when the soul can process and transform the negative energies accumulated during the day.

The passage of time, represented by the transition between morning, afternoon, and night, reflects the process of integral human growth. From pure, creative energy (morning), through the action and challenges of manifestation (evening), to reflection and transformation in stillness (night), each phase has a purpose and a lesson. In every moment of the day, we are given opportunities to learn, grow, and transform.

Kabbalah teaches that both light and darkness are necessary for the process of perfection. Morning represents the light of divine wisdom, while afternoon and night teach us the importance of shadows, challenges, and trials. The cycle of the day teaches us that both aspects are part of our human experience and that we must learn to embrace both to achieve inner balance.

The Kabbalistic concept of "tikkun" (correction) teaches us that time is a tool for our spiritual correction. Each day is an opportunity to correct our actions, thoughts, and emotions, and thus draw us closer to divinity. The cycle of the day reminds us that our time on earth is not eternal, so every

moment is valuable for our growth.

The night, in its apparent darkness, is not only a time of physical rest, but a space for spiritual transformation. Rest at night allows the soul to renew itself and prepare for a new cycle at dawn, symbolizing the constant opportunity to restart, learn, and evolve.

The cycle of the day (morning, afternoon, and night) in Kabbalah and Gematria is a reflection of the internal cycles of spiritual growth and transformation. It invites us to use every moment of life—every instant of time—as an opportunity to elevate ourselves and connect with the divine, embracing both the light and the darkness that make up our experience.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, יְהִי מְאֹרֹת בִּרְקִיעַ הַשָּׁמַיִם, לְהַבְדִּיל, בֵּין הַיּוֹם וּבֵין הַלָּיְלָה; וְהָיוּ לְאֹתוֹת וּלְמוֹעֲדִים, וּלְיָמִים וְשָׁנִים

Vayomer Elohim yehi me'orot birkia hashamayim le'havdil bein hayom uvein halailah; vehayu le'otot ulemoadim uleyamim veshanim

«Y dijo Dios: Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años.»

"And God said: Let there be lights in the firmament of the heavens to separate the day from the night; and let them be for signs, and for seasons, and for days and years."

REFLEXIÓN

El concepto de "me'orot" (lumbreras) representa una luz que, más allá de lo físico como nuestro sol, refleja cual espejo la Luz del Creador como única fuente. Entender esto implica ver en dicha energía la sabiduría divina, la cual desciende para revelar la verdad y darle a nuestro entendimiento claridad, guiando así conscientemente nuestras vidas.

Vislumbrar esas lumbreras solo como cuerpos celestes es una interpretación limitada, ya que ellas manifiestan la presencia divina que orienta nuestro camino. Quizá por ello, quienes recurren a la astrología para visionar su futuro olvidan que estamos destinados a acercarnos a Él, y todo lo demás son simplemente excusas e incluso distracciones en ese propósito.

La luz del día y la separación que hacemos con la oscuridad de la noche nos llaman a discernir entre lo bueno de acercarnos a Él y lo malo de alejarnos. Debemos emplear todas nuestras capacidades para distinguir entre los diferentes estados de nuestra existencia.

El día representa la luz, la revelación y la acción, mientras que la noche representa la ocultación, el descanso y la introspección. Esto significa que intentar separar estos aspectos revela nuestra necesidad intrínseca de salir de la oscuridad de nuestras mentes para encontrar el equilibrio en nuestras vidas, llevándonos de la acción continua a la reflexión permanente.

"Me'orot" (מְּ אֹרוֹת) tiene un valor gemátrico de 247 (400= ת, 6= ו ,200= ר, 1= א, 40= מ), lo cual se asocia con la idea de multiplicidad y diversidad en la creación, representadas por las lumbreras. En ellas podemos encontrar diferentes aspectos de la luz divina y de la nuestra, como reflejos que estas

hacen de todo lo que existe. Esto significa que todo lo que se manifiesta en el mundo físico está reflejado en ellas, recordándonos la sabiduría divina y que nuestros conocimientos emanan de esa fuente.

El número 247 puede descomponerse en 2+4+7=13, lo cual nos lleva a la palabra "Ejad" (uno, אחד), denotando la unicidad del Creador. Esto no significa que Él no pueda manifestarse de diferentes formas, sino que es un todo, tal como nosotros al hablar de cuerpo, alma y mente; Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Esta diversidad con su luminosidad nos presenta no solo señales desde el firmamento que nos hablan de Él y sus mensajes, sino que también nos ratifican el no confundirnos en sus manifestaciones y menos en sus nombres, ya que Él es una fuente única que gobierna todo lo creado.

Al reflexionar sobre la importancia de buscar claridad y discernimiento en nuestras vidas, así como las lumbreras separan el día de la noche, nosotros también debemos aprender a discernir entre lo que nos aporta luz y lo que nos sumerge en la oscuridad. Debemos orientar nuestras decisiones hacia lo que nos permite crecer espiritualmente. Aspectos exteriores tan importantes para nosotros como las estaciones, el tiempo, los días, los meses y los años nos recuerdan la importancia de los ciclos en nuestras vidas.

Cada etapa de la vida tiene su propósito y valor, y es esencial reconocer estos ciclos para vivir en armonía con la naturaleza y con nosotros mismos. Este reconocimiento también nos ayuda a estar en sintonía con los tiempos sagrados y los momentos de introspección y acción. No debemos perder de vista que, a pesar de las múltiples formas en que la luz divina se manifiesta en el mundo, todo proviene de esa única fuente divina, que, en su diversidad, nos enseña a fomentar la armonía y la comprensión entre diferentes personas y situaciones.

Tengamos en cuenta que para la Kabalá, la Luz del Creador (llamada Or Ein Sof אוֹר אֵין סוֹף) representa la emanación pura, infinita e ilimitada de Dios (Ein Sof). Esta luz no es una luz física, sino una metáfora para la energía divina, la sabiduría, el amor, la plenitud, y el propósito original del universo.

Luz que es la fuente de toda vida y conciencia, siendo infinita e indivisible. אור (Or) = Luz = Alef (1) + Vav (6) + Resh (200) = 207, numero que es también el valor de "Ein Raz" (אין רז): "no hay secreto", lo que sugiere que la luz revela los secretos del universo.

Ein Sof (אין סוף) = "Sin Fin", o el Infinito, es la fuente última de la luz. Reconfirmando este concepto esa unidad sin límites, lo cual no puede ser entendido desde nuestra mente racional producto de nuestro lenguaje finito y limitad.

La Luz del Creador se convierte en energía a través de un proceso de emanación y restricción, que se describe en el sistema de los sefirot. Tzimtzum (צמצום) – Dios se "contrae" para permitir un espacio donde el universo pueda existir.

Emanaciones que contienen apartes de esa luz que desciende por las 10 sefirot (Kéter, Jojmá, Biná, etc.), como un sistema de "filtros" para que esta luz infinita pueda ser recibida sin destruir la creación. Cada Sefirá es una forma específica en que la energía divina se expresa: Jésed (Bondad) → energía de amor Guevurá (Fuerza) → energía de restricción, disciplina etc. Así, la luz se convierte en formas energéticas que modelan la realidad espiritual, emocional y física.

El alma humana es una chispa de esa Luz original, un fragmento del Or Ein Sof. Según el Zóhar, nuestra Neshamá (alma) es literalmente "un rayo del Creador". Nuestra alma vive para reconectarse con esa fuente, creciendo en luz mediante actos de conciencia, transformación espiritual, y amor. Cada acción altruista, cada pensamiento elevado, atrae más luz, y purifica el "vaso" (Kli) que somos. Esta energía se convierte en vitalidad, sabiduría, paz interna y expansión de conciencia.

Crecer en luz, es aumentar la capacidad de recibir luz sin romperse, lo cual se logra transformando el deseo de recibir para uno mismo en deseo de recibir para compartir. Es un proceso de tikkún (reparación), donde el alma se pule, libera sus capas oscuras (ego, miedo, caos), y se alinea con la vibración de la unidad. La meta última es Devekut (דבקות), una adhesión total con la Luz del Creador, en conciencia, en vibración, en ser.

Proceso que se logra gracias a nuestra corrección de cualidades (Midot), todo un trabajo espiritual personal, que nos aporta el estudio de sabiduría espiritual (Torá/Kabalá) logrando poco a poco esa conexión con la Luz mediante la intención (Kavaná) en actos y oraciones, pero sobre todo a través del amor al prójimo, porque el otro también es portador de la misma luz.

Cuando un alma alcanza su rectificación completa, vuelve a unirse con el Or Ein Sof, no como se diluye una gota en el océano, sino como una vela que se funde con una llama mayor, sin perder su esencia, pero sin separación.

Cada vez que inhalamos, tomamos de esa Su esencia, de esa Luz, de su energía, logrando que esta se expanda en nuestro ser interior, lo que implica que al exhalar evacuemos todo aquello que no deja que nuestro ser se ilumine, siendo incluso esas intenciones, emociones y pensamientos, los mejores indicadores para darnos cuenta nuestro grado de integración o separación con Él. Somos fragmentos de esa luz divina viviendo una corta experiencia terrenal humana.

REFLECTION

The concept of "me'orot" (lights) represents a light that, beyond the physical like our sun, reflects like a mirror the Light of the Creator as the only source. Understanding this implies seeing in that energy the divine wisdom that descends to reveal the truth and give our understanding clarity, thus consciously guiding our lives.

Understanding the luminaries only as celestial bodies is a limited interpretation, as they manifest the divine presence that guides our path. Perhaps this is why those who turn to astrology to foresee their future overlook that we are destined to draw near to Him, and everything else is simply an excuse or even a distraction from that purpose.

The light of the day and the separation we make with the darkness of the night call us to discern between the good of drawing near to Him and the evil of distancing ourselves. We must use all our capacities to distinguish between the different states of our existence.

The day represents light, revelation, and action, while the night represents concealment, rest, and introspection. This means that attempting to separate these aspects only reveals our intrinsic need to emerge from the darkness of our minds to find balance in our lives, leading us from continuous action to permanent reflection.

"Me'orot" (מְּ אֹרוֹת) has a gematric value of 247 (400 = ת ,6 = ו ,200 = ר ,1 = א ,40 = מ), which is associated with the idea of multiplicity and diversity in creation, represented by the luminaries. In them, we can find different aspects of divine light and of our own, as reflections of everything that exists. This means that everything manifested in the physical world is reflected in them, reminding us of divine wisdom and that our knowledge emanates from that source.

The number 247 can be broken down into 2+4+7=13, which leads us to the word "Echad" (one, אחד), denoting the oneness of the Creator. This does not mean that He cannot manifest in different forms but that He is a whole, just as we speak of body, soul, and mind; Father, Son, and Holy Spirit. This diversity with its luminosity not only presents us with signals from the firmament that speak of Him and His messages but also confirms that we should not confuse His manifestations or His names, as He is a single source that governs all creation.

Reflecting on the importance of seeking clarity and discernment in our lives, just as the luminaries separate the day from the night, we too must learn to discern between what brings us light and what plunges us into darkness. We must guide our decisions toward what allows us to grow spiritually. External aspects so important to us, such as seasons, time, days, months, and years, remind us of the importance of cycles in our lives.

Each stage of life has its purpose and value, and it is essential to recognize these cycles to live in harmony with nature and with ourselves. This recognition also helps us to be in tune with sacred times and moments of introspection and action. We must not lose sight of the fact that, despite the multiple ways in which divine light manifests in the world, everything comes from that one divine source, which, in its diversity, teaches us to foster harmony and understanding among different people and situations.

Let us keep in mind that for Kabbalah, the Light of the Creator (called Or Ein Sof אוֹר אֵין סוֹף) represents the pure, infinite, and limitless emanation of God (Ein Sof). This light is not a physical light, but a metaphor for divine energy, wisdom, love, wholeness, and the original purpose of the universe.

Light that is the source of all life and consciousness, being infinite and indivisible. אור (Or) = Light = Aleph (1) + Vav (6) + Resh (200) = 207, a number that is also the value of "Ein Raz" (אין רז): "there is no secret," suggesting that light reveals the secrets of the universe.

Ein Sof (אין סוף) = "Without End," or Infinity, is the ultimate source of light. This concept, reconfirmed by this limitless unity, cannot be understood by our rational mind, a product of our finite and limited language.

The Light of the Creator is transformed into energy through a process of emanation and restriction, described in the system of the sefirot. Tzimtzum (צמצום) – God "contracts" to allow a space where the universe can exist.

Emanations that contain portions of that light descend through the 10 sefirot (Keter, Chochmah, Bina, etc.), like a system of "filters" so that this infinite light can be received without destroying creation. Each Sefirah is a specific way in which divine energy expresses itself: Chesed (Goodness) → energy of love, Gevurah (Strength) → energy of restriction, discipline, etc. Thus, light is transformed into energetic forms that shape spiritual, emotional, and physical reality.

The human soul is a spark of that original Light, a fragment of the Or Ein Sof. According to the Zohar, our Neshama (soul) is literally "a ray of the Creator." Our soul lives to reconnect with that source, growing in light through acts of consciousness, spiritual transformation, and love. Every altruistic action, every elevated thought, attracts more light and purifies the "vessel" (Kli) that we are. This energy is transformed into vitality, wisdom, inner peace, and expansion of consciousness.

Growing in light means increasing the capacity to receive light without breaking, which is achieved by transforming the desire to receive for oneself into the desire to receive in order to share. It is a process of tikkun (repair), where the soul is polished, releases its dark layers (ego, fear, chaos), and aligns with the vibration of unity. The ultimate goal is Devekut (דבקות), a total adhesion to the Light of the Creator, in consciousness, in vibration, in being.

This process is achieved through our correction of qualities (Midot), a personal spiritual work, which brings us the study of spiritual wisdom (Torah/Kabbalah), gradually achieving that connection with the Light through intention (Kavanah) in actions and prayers, but above all through love of one's neighbor, because the other also carries the same light.

When a soul achieves its complete rectification, it rejoins the Or Ein Sof, not as a drop dissolves in the ocean, but as a candle merges with a greater flame, without losing its essence, but without separation.

Every time we inhale, we take in His essence, that Light, His energy, causing it to expand within our inner being. This means that when we exhale we evacuate everything that prevents our being from being illuminated. These intentions, emotions, and thoughts are the best indicators for realizing our degree of integration or separation with Him. We are fragments of that divine light living a short human earthly experience.

MIS NOTAS

וְהָיוּ לִמְאוֹרוֹת בִּרְקִיעַ הַשָּׁמַיִם, לְהָאִיר עַל-הָאָרֶץ; וַיְהִי-כֵן

Vehayu lime'orot birkia hashamayim leha'ir al-ha'aretz; vayehi chen

«Y sean por lumbreras en el firmamento de los cielos para alumbrar sobre la tierra. Y fue así.»

"And let them be for lights in the firmament of the heavens to give light upon the earth. And it was so."

REFLEXIÓN

Cuando nuestro Señor Jesucristo se presentó como la Luz del mundo, no solo hablaba de su señorío en el contexto de "Meorot" (Lumbreras), sino también en "Ha'aretz" (La Tierra), donde reinará eternamente. Sus manifestaciones iluminan tanto el mundo físico como el espiritual, siendo las lumbreras del firmamento señales de su existencia.

No debemos perder de vista que "Ha'aretz" (la tierra) es un escenario receptor de Su luz, y en este mundo, Su luz debe ser manifestada y revelada. La tierra, como receptáculo, recibe las vibraciones de Su palabra, como Verbo, y esa sabiduría debe iluminar nuestro entendimiento para que nuestros conocimientos no sigan siendo parte de la oscuridad, el caos, el desorden, la desinformación, la ignorancia y ese universo inconsciente en el que no logramos coordinar plenamente nuestra voluntad.

Al ser receptivos a Su sabiduría y guía, nuestras vidas serán dirigidas hacia el propósito espiritual. En la gematría, "Meorot" (מְ אוֹרוֹת), al sumar 247, número que se descompone en 2+4+7=13, nos remite a la unidad del Creador, representada por la palabra "Ejad" (אחד), que significa "uno". Este concepto se integra al de "Ha'aretz" (הָ אָרֶ ץ) y su valor gemátrico de 296 (90= ץ, 200= ר, 1= א, 5= ה), que nos habla de estabilidad y de cómo esta estructura la creación, fundamento sobre el cual se desarrolla la vida física y espiritual. Es un espacio en donde la voluntad divina se materializa, denotándonos un orden que, sin embargo, a veces no queremos asimilar.

Por esta razón, sus preceptos y mandatos nos llaman a ser receptivos a la luz y a su sabiduría. Incluso las lumbreras que iluminan la tierra, como guías, nos señalan con sus destellos que somos parte de un propósito superior. Esto implica que nuestra mente oscura, como vasija, debe iluminarse con esas chispas de luz divinas, proyectadas como imaginarios que nos llevan a tomar decisiones sabias y a actuar de manera coherente con dicha perspectiva espiritual.

Todo tiene una estructura y un propósito en esta creación. Ese marco sólido, basado en los principios bíblicos, es el que nos permite recibir y manifestar la luz divina de manera más efectiva, creando un entorno propicio para el crecimiento espiritual y la realización de nuestro propósito en

la tierra.

En Génesis (Bereshit) no se menciona directamente al sol, la luna o las estrellas por sus nombres en los primeros días, sino que se habla de “luminarias” (lumbreas), en hebreo, "מְּ אֹרֹת " (me’orot) cuando Dios las crea en el cuarto día.

Lenguaje abstracto y simbólico que nos reitera que el sol, la luna o las estrellas no son solo cuerpos físicos, sino canales de energía espiritual. Por ello se habla de “luminarias” porque lo que importa no es el objeto, sino la función que cumple en la Creación: dar luz.

El Zohar explica que la luz (or) representa la emanación divina (sefirótica), y las luminarias son vehículos para esa luz. La visión de despersonalizarlos nos reitera además el error de algunas culturas antiguas de ver los astros como dioses, asi que al llamarlos solo “luminarias”, el texto muestra que son simplemente creaciones al servicio del Creador.

No perdamos además de vista que si analizamos desde la ciencia o el misticismo estos conceptos podemos interpretar mejor las enseñanzas allí plasmadas ya que ese "polvo de estrellas" contiene los elementos de nuestro cuerpo (carbono, oxígeno, nitrógeno, hierro) lo que implica que todo se formó de Èl, de su esencia.

La Cábala enseña que el universo fue creado a partir de la Luz Infinita del Creador (llamada Ein Sof, "Sin Fin"). Antes de que existiera algo físico, sólo había una luz espiritual pura. Cuando el Creador decidió "crear", contrajo su Luz (esto se llama Tzimtzum) para permitir un espacio donde lo "otro" pudiera existir. De esa luz condensada en niveles (sefirot), surgió toda la creación, incluso nosotros. Así que todo lo creado contiene una "chispa divina", o polvo o esencia espiritual.

Al traducir la frase "אבק כוכבים" (avak kokhavim = polvo de estrellas): אבק (avak = polvo), ק) + 2(ב) + 1(א כוכבים, 103) = 100((kokhavim = estrellas):

10(י) + 2(ב) + 20(כ) + 6(ו) + 20(כ + (98 = (40) ם, nos da un total de 103 + 98 = 201. Lo cual coincide con palabras como: אוֹר בּוֹרֵא ("Or Bore" = Luz del Creador): אוֹר)216) בורא), 207, incluso el 201 también es el valor de אריה (Aryeh = león), símbolo de poder, fuego y realeza espiritual (atributo de nuestro Salvador), reforzando la idea de que el polvo de estrellas representa una energía superior.

Místicamente, ese "polvo" contiene: Chispas de Luz Divina – partículas del Ein Sof que descendieron y se "ocultaron" en la materia. Y son esas letras espirituales con las cuales se creo todo, según el Zohar, todo se formó por combinaciones de las letras hebreas, que son "códigos energéticos", lo que nos habla de allí esta la memoria de nuestro origen, en todo en el universo se creo por el Big Bang de Su voz.

La Cábala nos reitera que todo lo creado —incluyéndonos— contiene esencia del Creador. Que el "polvo de estrellas" como metáfora moderna contiene esas partículas cargadas de Luz divina, de memoria sagrada, de intención divina.

REFLECTION

When our Lord Jesus Christ presented Himself as the Light of the world, He was not only speaking of His lordship in the context of "Meorot" (Luminaries) but also in "Ha'aretz" (The Earth), where He will reign eternally. His manifestations illuminate both the physical and spiritual worlds, with the luminaries of the firmament also serving as signs of His existence.

We must not lose sight of the fact that "Ha'aretz" (the earth) is a stage that receives His light, and in this world, His light must be manifested and revealed. The earth, as a receptacle, receives the vibrations of His word, as the Word, and that wisdom must illuminate our understanding so that our knowledge does not continue to be part of the darkness, chaos, disorder, misinformation, ignorance, and that unconscious universe where we fail to fully coordinate our will.

By being receptive to His wisdom and guidance, our lives will be directed toward the spiritual purpose. In gematria, "Meorot" (מְאוֹרוֹת), adding up to 247, a number that breaks down to 2+4+7=13, reminds us of the unity of the Creator, represented by the word "Echad" (אחד), meaning "one." This concept integrates with "Ha'aretz" (הָאָרֶץ) and its gematric value of 296 (ה = 5, א = 1, ר = 200, ץ = 90), which speaks of stability and how it structures creation, the foundation upon which physical and spiritual life develop. It is a space where divine will is materialized, denoting an order that, however, we sometimes resist assimilating.

For this reason, His precepts and commands call us to be receptive to the light and His wisdom. Even the luminaries that light up the earth, as guides, signal to us with their flashes that we are part of a higher purpose. This implies that our darkened minds, as vessels, must be illuminated with those divine sparks of light, projected as images that lead us to make wise decisions and act consistently with that spiritual perspective.

Everything has a structure and purpose in this creation. That solid framework, based on biblical principles, is what allows us to receive and manifest divine light more effectively, creating a conducive environment for spiritual growth and the fulfillment of our purpose on earth.

In Genesis (Bereishit), the sun, moon, or stars are not directly mentioned by name in the early days, but rather are spoken of as "luminaries"

(lumbreas), in Hebrew, "מְאֹרֹת" (me'orot) when God creates them on the fourth day.

This abstract and symbolic language reiterates that the sun, moon, or stars are not just physical bodies, but channels of spiritual energy. Therefore, we speak of "luminaries" because what matters is not the object, but the function it fulfills in Creation: to give light.

The Zohar explains that light (or) represents divine (sephirotic) emanation, and the luminaries are vehicles for that light. The view of depersonalizing them also reiterates the error of some ancient cultures of viewing the stars as gods. So, by calling them simply "luminaries," the text shows that they are simply creations at the service of the Creator.

Let us also keep in mind that if we analyze these concepts from a scientific or mystical perspective, we can better interpret the teachings contained therein, since this "stardust" contains the elements of our bodies (carbon, oxygen, nitrogen, iron), which implies that everything was formed from it, from its essence.

Kabbalah teaches that the universe was created from the Infinite Light of the Creator (called Ein Sof, "Without End"). Before anything physical existed, there was only a pure spiritual light. When the Creator decided to "create," He contracted His Light (this is called Tzimtzum) to allow a space where the "other" could exist. From this light, condensed into levels (sefirot), all of creation emerged, including us. Thus, everything created contains a "divine spark," or spiritual dust or essence.

When translating the phrase "אבק כוכבים" (avak kokhavim = stardust): אבק (avak = dust), ק) + 2(ב) + 1(א 100(= (כוכבים, 103 (kokhavim = stars): ו + (20) כ)10(י) + 2(ב) + 20(כ) + 6 + (98 = (40) ם, gives us a total of 103 + 98 = 201. Which coincides with words like: אוֹר בּוֹרֵ א ("Or Bore" = Light of the Creator): אוֹר), 207 (216) בורא), even the 201 is also the value of אריה (Aryeh = lion), a symbol of power, fire, and spiritual royalty (an attribute of our Savior), reinforcing the idea that stardust represents a higher energy.

Mystically, this "dust" contains: Sparks of Divine Light – particles of the Ein Sof that descended and "hidden" in matter. And it is these spiritual letters with which everything was created. According to the Zohar, everything was formed by combinations of Hebrew letters, which are "energy codes," which tells us that there is the memory of our origin. Everything in the universe was created by the Big Bang of His voice.

The Kabbalah reiterates that everything created—including us—contains the essence of the Creator. "Stardust," as a modern metaphor, contains these particles charged with divine Light, sacred memory, and divine intention.

MIS NOTAS

וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת-שְׁנֵי הַמְּאֹרוֹת הַגְּדֹלִים, אֶת-הַמָּאוֹר הַגָּדוֹל לְמֶמְשֶׁלֶת הַיּוֹם, וְאֶת-הַמָּאוֹר הַקָּטֹן לְמֶמְשֶׁלֶת הַלַּיְלָה, וְאֵת הַכּוֹכָבִים

Vaya'as Elohim et-shenei hame'orot hagedolim, et-hama'or hagadol lememshelet hayom, ve'et-hama'or hakaton lememshelet halailah, ve'et hakochavim

«E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas.»

"And God made the two great lights: the greater light to rule the day, and the lesser light to rule the night; He made the stars also."

REFLEXIÓN

Cuando se nos habla de "Shenei HaMe'orot" (Dos Grandes Lumbreras), la luz mayor y la luz menor, no solo se hace referencia al sol y la luna como cuerpos celestes, sino también a las diferentes formas en que la luz divina se manifiesta en nuestras vidas. La "lumbrera mayor" (el sol) simboliza la luz de la revelación, la claridad y la conciencia plena, mientras que la "lumbrera menor" (la luna) representa la luz reflejada, la introspección y los aspectos más ocultos de nuestra conciencia.

La asignación de la luz mayor para gobernar el día y la luz menor para gobernar la noche simboliza, por ende, el equilibrio necesario entre la claridad y la oscuridad, la revelación y el misterio, la acción y la reflexión; un aspecto armónico esencial para nuestro crecimiento integral y saludable.

"HaMe'orot" (הַמְּאֹרוֹת), las lumbreras, tiene un valor gemátrico de 613 (ת, 200= ר, 6= ו, 1= א, 40= מ ,5 = ה 400=), un concepto particularmente significativo en el judaísmo, ya que 613 es el número total de mandamientos (mitzvot) en la Torá. Esto sugiere que las lumbreras, o la luz divina, están intrínsecamente conectadas con la totalidad de la ley divina, iluminando el camino que debemos seguir para vivir de acuerdo con los preceptos del Creador.

Nuestro Señor Jesucristo nos recordó que el amor es el vínculo perfecto que nos permite mantener un equilibrio entre la luz y la oscuridad en nuestras vidas. Así como el sol y la luna gobiernan el día y la noche, nosotros también debemos aprender a gobernar nuestros momentos de claridad y de introspección, utilizando ambos para crecer espiritualmente.

Las estrellas, aunque pequeñas desde nuestra perspectiva, nos ayudan a comprender que el verdadero propósito del firmamento es recordarnos que hay una sola fuente luminosa, nuestro Creador, y que todas las luces, por pequeñas que las apreciemos, nos representan como pequeños fragmentos de su esencia.

Así es como nuestros pequeños instantes requieren de una gran comprensión para que nuestras acciones cotidianas reflejen su bondad, destellos que tienen un impacto significativo en todo el firmamento que está totalmente interconectado, ya que nada está fuera de Él. Esto implica que sus mandamientos son nuestra guía para vivir en alineación con su voluntad.

No perdamos de vista que Primero está la luz y luego los recipientes, ello se sustenta en que la luz fue creada en el primer día, pero los recipientes para contener esa luz (sol, luna, estrellas) aparecen recién en el cuarto día. Esto tiene que ver con la enseñanza de que la energía precede a la forma, idea cabalística que apoyada en la gematría nos reitera que la palabra מְאֹרֹת (Me'orot) = "luminarias", tiene valor numérico 647, lo que nos lleva a un Midrash interesante que dice que originalmente las dos luminarias eran iguales, pero la luna fue "empequeñecida".

Lo cual se se refleja en el texto: "La luminaria mayor para el día, la menor para la noche", de notándonos que el sol (Zeir Anpin) contiene el aspecto masculino, proactivo, expansivo de Dios, mientras que la Luna (Maljut) el aspecto femenino, receptivo, la Shejiná). Lo que además nos explica que hay una danza entre estas dos fuerzas, y el universo es el resultado de esa interacción.

Tener claro que la Torá no está hablando sólo del cielo físico. Habla de estructuras espirituales que luego se reflejan en lo físico, es de suma importancia ya que así como vemos galaxias, soles y sistemas, espiritualmente hay niveles, mundos y sefirot y las "luminarias" representan emanaciones divinas que brillan en cada plano del universo, desde lo más alto hasta el mundo físico.

En Kabalá, este universo es parte de una red infinita, donde cada estrella, cada sol, es un canal de luz que refleja una inteligencia espiritual. En vez de preguntarnos "¿dónde está el sol en el texto?", debemos entender cuál es la luz que se transmite a través del sol, y qué enseña sobre nuestra alma, porque según la Kabalá, cada persona es también una me'orah, una luminaria y nuestra misión es reflejar esa luz divina, como la luna refleja la del sol.

Y aunque todo contiene la esencia divina y nos influencia esta claro que nuestro destino es hacia Èl, hacia la eternidad y ello incluso nos lo revelan los astros, lo que no puede confundirse en que estos cogobiernen nuestras búsquedas, ya que como lo dice el Talmud (Shabat 156a) se dice:"Ein mazal l'Yisrael". No hay constelación (determinismo astral) para Israel. Esto no significa que los astros no influyan, sino que el alma conectada a su raíz divina puede elevarse por encima de la influencia astral.

El mismo Zohar (principal texto de la Cábala) explica: Los planetas y signos zodiacales canalizan energías espirituales desde mundos superiores hacia nuestro mundo físico. Son como “conductos” o “engranajes” cósmicos. Pero el ser humano, hecho a imagen del Creador, tiene la capacidad de influir incluso en esos canales.

La palabra hebrea para suerte o destino es מַזָּל – Mazal, se traduce más bien como flujo celestial, o la forma en que una energía espiritual “gotea” hacia nosotros. Mazal tiene valor guemátrico: 7(ז) + 40(מ 7 = (30) ל) +, que es también el valor de: עוז (oz = fuerza) y está relacionado con Yesod, la sefirá que canaliza la energía hacia lo terrenal. Lo que significa que mazal no es destino rígido, sino un flujo potencial al que podemos conectarnos si cambiamos de conciencia, logrando un mejor mazal o alineación con el Creador.

Está claro que sí hay mapas celestiales que reflejan inclinaciones, tendencias, caminos probables, pero ello no es un destino fijo. El ser humano, a través de la conciencia, la intención, la plegaria, la acción y el estudio espiritual, puede cambiar el rumbo que vienen tomando a través de esos senderos, los mismos de los que nos habla el Árbol de la vida y las sefira.

En el Sefer Yetzirá (el “Libro de la Formación”), se dice que el universo fue creado con: Sefirot (emanaciones divinas), Letras hebreas, Las doce constelaciones, Los siete planetas clásicos, Los elementos del alma, en donde todo está conectado, pero el alma nuestras es co-creadora con el Creador.

כוכב – Kokhav (estrella) = 2(ב) + 20(כ) + 6(ו) + 20(כ = (מזל,48 – Mazal (flujo astral) = 77, nos reitera que 48 es también el valor de מילוי – Milui (plenitud), lo que sugiere que las estrellas están llenas de mensajes. Ahora גזרה – Gezerá (decreto, destino) = ג)215 = (5) ה) + 200(ר) + 7(ז) + 3, y תשובה – Teshuvá (retorno, arrepentimiento) = 713, asi como תפילה – Tefilá (oración) = 515, son acciones espirituales que cambian la gezerá.

Por ende quienes buscan un destino incluso en lo astrológico obvian que allí solo se puede tener una lectura parcial o mapa para transitar por ende cada quien elige el rumbo a tomar pudiendo cambiar de sendero, desvíos para los cuales tenemos la guía del Creador gracias al Espíritu Santo.

REFLECTION

When we are told of "Shenei HaMe'orot" (Two Great Luminaries), the greater and the lesser light, it does not only refer to the sun and the moon as celestial bodies, but also to the different ways in which divine light manifests in our lives. The "greater light" (the sun) symbolizes the light of revelation, clarity, and full awareness, while the "lesser light" (the moon) represents reflected light, introspection, and the more hidden aspects of our consciousness.

The assignment of the greater light to rule the day and the lesser light to rule the night therefore symbolizes the necessary balance between clarity and darkness, revelation and mystery, action and reflection—an essential harmony for our overall healthy growth.

"HaMe'orot" (הַ מְּ אֹרוֹת), the luminaries, has a gematric value of 613 (= ת ,200 = ר ,6 = ו ,1 = א ,40 = מ ,5 = ה 400), a particularly significant concept in Judaism, as 613 is the total number of commandments (mitzvot) in the Torah. This suggests that the luminaries, or divine light, are intrinsically connected with the entirety of divine law, illuminating the path we must follow to live in accordance with the Creator's precepts.

Our Lord Jesus Christ reminded us that love is the perfect bond that allows us to maintain a balance between light and darkness in our lives. Just as the sun and moon govern the day and night, we must also learn to govern our moments of clarity and introspection, using both to grow spiritually.

The stars, although small from our perspective, help us understand that the true purpose of the firmament is to remind us that there is only one luminous source, our Creator, and that all lights, no matter how small they may seem, represent us as small fragments of His essence.

Thus, our small moments require great understanding so that our daily actions reflect His goodness, flashes that have a significant impact on the entire firmament that is fully interconnected, as nothing is outside of Him. This implies that His commandments are our guide to living in alignment with His will.

Let us not lose sight of the fact that first comes the light, and then the vessels. This is supported by the fact that the light was created on the first day, but the vessels to contain that light (sun, moon, stars) only appear on the fourth day. This has to do with the teaching that energy precedes form, a Kabbalistic idea supported by gematria that reiterates that the word מְּ אֹרֹת (Me'orot) = "luminaries" has a numerical value of 647, which leads us to an interesting Midrash that says that originally the two luminaries were equal, but the moon was "dwarfed."

This is reflected in the text: "The greater luminary for the day, the lesser for the night," noting that the sun (Zeir Anpin) contains the masculine, proactive, expansive aspect of God, while the moon (Malchut) contains the feminine, receptive aspect, the Shekhinah. This further explains to us that there is a dance between these two forces, and the universe is the result of that interaction.

Being clear that the Torah is not only speaking of the physical heavens. It speaks of spiritual structures that are then reflected in the physical is of utmost importance, since just as we see galaxies, suns, and systems, spiritually there are levels, worlds, and sefirot, and the "luminaries" represent divine emanations that shine on every plane of the universe, from the highest to the physical world.

In Kabbalah, this universe is part of an infinite network, where each star, each sun, is a channel of light that reflects a spiritual intelligence. Instead of asking ourselves "where is the sun in the text?", we must understand what light is transmitted through the sun, and what it teaches about our soul, because according to Kabbalah, each person is also a me'orah, a luminary, and our mission is to reflect that divine light, as the moon reflects the light of the sun.

And although everything contains the divine essence and influences us, it is clear that our destiny is toward Him, toward eternity, and even the stars reveal this to us. This cannot be confused with the fact that they co-govern our quests, since, as the Talmud says (Shabbat 156a), it says: "Ein mazal l'Yisrael." There is no constellation (astral determinism) for Israel. This does not mean that the stars have no influence, but rather that the soul connected to its divine root can rise above the astral influence.

The Zohar itself (the main text of Kabbalah) explains: The planets and zodiacal signs channel spiritual energies from higher worlds into our physical world. They are like cosmic “conduits” or “gears.” But human beings, made in the image of the Creator, have the ability to influence even these channels.

The Hebrew word for fate or destiny is מַזָּל – Mazal, which translates more accurately as celestial flow, or the way spiritual energy “trickles” toward us. Mazal has a gematric value: (30) ל + 7(ז) + 40(מ 7 =, which is also the value of עוז (oz = strength) and is related to Yesod, the sefirah that channels energy toward the earthly. This means that mazal is not a rigid destiny, but rather a potential flow we can connect to if we shift our consciousness, achieving a better mazal, or alignment with the Creator.

It is clear that there are celestial maps that reflect inclinations, tendencies, and probable paths, but this is not a fixed destiny. Human beings, through awareness, intention, prayer, action, and spiritual study, can change the course they are taking along these paths, the same ones the Tree of Life and the sefiras speak of.

In the Sefer Yetzirah (the "Book of Formation"), it is said that the universe was created with: Sefirot (divine emanations), Hebrew letters, the twelve constellations, the seven classical planets, and the elements of the soul, where everything is connected, but our soul is co-creator with the Creator.

כוכב – Kokhav (star) = 2(ב) + 20(כ) + 6(ו) + 20(כ = (מזל,48 – Mazal (astral flow) = 77, reiterates that 48 is also the value of מילוי – Milui (fullness), which suggests that the stars are full of messages. Now גזרה – Gezerah (decree, destiny) = ג)215 = (5) ה) + 200(ר) + 7(ז) + 3, and תשובה – Teshuva (return, repentance) = 713, as well as תפילה – Tefillah (prayer) = 515, are actions Spirituals that change the gezerah.

Therefore, those who seek a destination, even in astrology, overlook the fact that there is only a partial reading or map to navigate. Therefore, each person chooses the path to take and can change paths, detours for which we have the guidance of the Creator thanks to the Holy Spirit.

MIS NOTAS

וַיִּתֵּן אֹתָם אֱלֹהִים, בִּרְקִיעַ הַשָּׁמָיִם, לְהָאִיר, עַל-הָאָרֶץ

Vayiten otam Elohim birkia hashamayim leha'ir al-ha'aretz

«Y los puso Dios en el firmamento de los cielos para alumbrar sobre la tierra.»

"And God set them in the firmament of the heavens to give light upon the earth."

REFLEXIÓN

Rakia HaShamayim (Firmamento de los Cielos) y LeHa'ir (Alumbrar) nos presentan esa escalera o puente que debe existir entre lo Divino y lo Terrenal, una puerta estrecha que separa ese "Rakia" (firmamento) de nosotros, quienes debemos entender toda esa estructura, la misma que separa pero que, a la vez, conecta los reinos superiores (cielos) con el mundo material (la tierra).

Las lumbreras en el firmamento simbolizan la función del "Rakia", para que entendamos que ese canal o puente es el que nos permitirá que la luz divina fluya desde lo espiritual hacia lo físico, ya que es su luz la fuente que ilumina toda la creación. Quizá por ello el verbo "LeHa'ir" (alumbrar) nos habla de esa acción de dar luz, la misma que nos trae a este mundo, donde se nos revelan poco a poco nuestros propósitos.

Claridad que eleva nuestra conciencia, la cual recibe esas chispas de luz que emanan de Él como reflejo de todas las lumbreras existentes en el firmamento, con las cuales debemos integrarnos como fragmentos de su esencia. Es indispensable que nuestros conocimientos se articulen a Su sabiduría para que esta guíe nuestras vivencias.

LeHa'ir (לְהָאִיר) tiene un valor gemátrico de 252 (ל=30, ה=5, א=1, י=10, ר=200), que al descomponerse en 2+5+2=9, nos proyecta la verdad y la culminación, ya que la acción de alumbrar simboliza la culminación de un proceso en el cual la luz divina revela la verdad y guía el camino hacia la realización espiritual en nuestro destino final, nuestra morada celestial.

Rakia (רָקִיעַ) tiene un valor gemátrico de 310 (ר=200, ק=100, י=10), el cual nos da la idea de recompensa y espiritualidad, sugiriendo que el firmamento no solo es un espacio físico, sino también un reino espiritual donde las bendiciones y la luz divina se manifiestan y son accesibles para aquellos que buscan la verdad. Por lo tanto, si somos receptivos a la luz divina que desciende del firmamento, tal como las lumbreras que iluminan la tierra, y recibimos esta luz reflejándola en nuestras vidas a través de nuestras intenciones, deseos, emociones, palabras, interacciones, decisiones e interrelaciones, seremos guiados para elevarnos hacia el cielo cumpliendo con nuestro propósito espiritual en la tierra.

Nuestra búsqueda de conexión entre los reinos espiritual y material nos reitera que nuestras vidas en la tierra están profundamente entrelazadas con lo divino, y que se nos llama a crecer luminosamente desde nuestro entendimiento. Esta conciencia es fundamental para reconocer y nutrir esta conexión, permitiendo que la luz y la sabiduría divinas fluyan en nuestras acciones diarias.

LeHa'ir nos insta a buscar la verdad y la claridad en todas las áreas de nuestra vida. Al igual que la luz revela lo que está oculto, debemos esforzarnos por alcanzar un mayor entendimiento y conciencia, iluminando tanto nuestro camino como el de quienes nos rodean. Es el momento de abrirnos a esta luz, de reflejarla en nuestras vidas y de buscar siempre la verdad y la claridad en nuestro camino espiritual.

Todo fue hecho por la palabra del Creador partiendo de las 4 letras del tetragrámaton y esas chispas de Luz las encontramos en la Torá que comienza con "Bereshit" (בראשית), para hablarnos de ese principio, cuya primera letra es Bet (ב), sin embargo quienes piensan que entonces debió iniciar con Alef (א), obvian que aunque esta es la primera del alfabeto hebreo, ella representa la dualidad de este mundo, creado a través de la Palabra.

La letra ב tiene valor numérico 2 y representa la dualidad de la creación: cielo y tierra, luz y oscuridad, cuerpo y alma. La creación comienza con separación, necesaria para el Tikún (corrección). Alef (א), en cambio, representa la unidad divina absoluta (אחד – Ejad), anterior a la creación.

Alef es la semilla oculta Aunque no aparece al principio, la letra א está implícita en todo. Según el Zóhar, todo el universo se sustenta en el Alef, pero la manifestación empieza con Bet. Esto es como decir: la unidad divina (א) se oculta para que la pluralidad (ב) pueda existir.

Humildad del Alef En Midrash (Bereshit Rabbah), se dice que todas las letras quisieron ser la primera de la Torá, pero Dios eligió la Bet. El Alef aceptó humildemente no ser el primero, y por eso fue recompensado como la primera letra de los Diez Mandamientos: "Anoji Hashem..." (אנכי ה׳).

. El Tetragrámaton (יהוה) y las letras como origen de todo El Tetragrámaton – יהוה (YHVH) es el Nombre Inefable de Dios, y según la Cábala: Es la estructura espiritual del universo. Cada letra representa un nivel del árbol de la vida (sefirot): י (Yod): Jojmá: Sabiduría. El punto inicial de toda creación, la chispa divina ה (He): Biná: Entendimiento. Expansión de la idea, matriz espiritual ו (Vav): Zeir Anpin (6 sefirot). Canal de energía hacia lo material ה (He final): Maljut: Reino. El mundo material, receptáculo de la Luz

¿Qué enseña esto? El mundo es creado y sostenido por las letras divinas, y en especial por el Nombre de Dios. Las letras no son símbolos humanos: son fuerzas vivas. Como dice el Sefer Yetzirá, Dios creó el mundo con las 22 letras del alfabeto hebreo.

Vivir entre Alef y Bet Vivimos en un mundo de dualidad (ב), pero con la conciencia de que todo surge de una unidad (א) más alta. El trabajo espiritual es elevar la dualidad (conflictos, deseos, materia) a su origen divino en el Alef: la Unidad Suprema. Ejemplo práctico: Cada vez que elegimos armonía sobre

división, o compasión sobre juicio, estamos revelando la Alef en la Bet — espiritualizando lo material.

Reconocer que el Nombre Divino está en nosotros Según la Cábala, el ser humano está hecho a imagen de יהוה: La Yod representa la cabeza (pensamiento), la Vav el tronco (conexión), las dos He los brazos (acción). Esto sugiere que somos una extensión viva del Nombre Divino, y nuestras palabras y acciones deben "escribir el Nombre de Dios" en el mundo.

Elevar el lenguaje y las letras Toda letra, toda palabra, tiene poder. Así como Dios creó con palabras, nosotros también creamos realidad con lo que decimos. Ser conscientes de nuestro lenguaje, de los nombres que damos, de cómo hablamos, es una forma de canalizar la energía sagrada.

La Torá comienza con Bet, no con Alef, porque el mundo comienza en la división pero apunta hacia la unidad. Las letras del Tetragrámaton son canales de energía divina que están en nosotros y en todo. Vivir espiritualmente hoy es actuar con conciencia de esas letras, buscando la unidad en la dualidad, y haciendo de nuestra vida un reflejo del Nombre de Dios.

REFLECTION

Rakia HaShamayim (Firmament of the Heavens) and LeHa'ir (To Illuminate) present us with that ladder or bridge that must exist between the Divine and the Earthly, a narrow gate that separates that "Rakia" (firmament) from us, who must understand the whole structure, the same that separates but at the same time connects the higher realms (heavens) with the material world (earth).

The luminaries in the firmament symbolize the function of the "Rakia," for us to understand that this channel or bridge is what will allow the divine light to flow from the spiritual to the physical, as it is His light that is the source that illuminates all creation. Perhaps that is why the verb "LeHa'ir" (to illuminate) speaks of the action of giving light, the same light that brings us into this world, where our purposes are gradually revealed.

This clarity elevates our consciousness, which receives those sparks of light emanating from Him as a reflection of all the luminaries existing in the firmament, with which we must integrate as fragments of His essence. It is essential that our knowledge aligns with His wisdom so that it guides our lives.

LeHa'ir (לְהָאִיר) has a gematric value of 252 (ל = 30, ה = 5, א = 1, י = 10, ר = 200), which, when broken down into 2+5+2=9, projects the idea of truth and completion, as the act of illuminating symbolizes the culmination of a process in which divine light reveals the truth and guides the path toward spiritual fulfillment in our final destiny, our heavenly abode.

Rakia (רָקִיעַ) has a gematric value of 310 (ר = 200, ק = 100, י = 10), which suggests the idea of reward and spirituality, indicating that the firmament is not only a physical space but also a spiritual realm where blessings and divine light manifest and are accessible to those who seek the truth. Therefore, if we are receptive to the divine light that descends from the firmament, just like the luminaries that

illuminate the earth, receiving this light and reflecting it in our lives through our intentions, desires, emotions, words, interactions, decisions, and relationships, we will be guided to ascend towards heaven, fulfilling our spiritual purpose on earth.

Our quest for connection between the spiritual and material realms reiterates that our lives on earth are deeply intertwined with the divine, and we are called to grow luminously from our understanding. This awareness is crucial to recognizing and nurturing this connection, allowing divine light and wisdom to flow into our daily actions.

LeHa'ir urges us to seek truth and clarity in all areas of our lives. Just as light reveals what is hidden, we must strive for greater understanding and awareness, illuminating both our path and the paths of those around us. Now is the time to open ourselves to this light, to reflect it in our lives, and to always seek truth and clarity in our spiritual journey.

Everything was created by the word of the Creator, beginning with the four letters of the tetragrammaton, and we find these sparks of Light in the Torah, which begins with "Bereishit" (בראשית), to speak to us of that beginning. The first letter of the Torah is Bet (ב). However, those who think it should have begun with Aleph (א) ignore the fact that, although this is the first letter of the Hebrew alphabet, it represents the duality of this world, created through the Word.

The letter ב has a numerical value of 2 and represents the duality of creation: heaven and earth, light and darkness, body and soul. Creation begins with separation, necessary for Tikkun (correction). Aleph (א), on the other hand, represents absolute divine unity (אחד – Echad), prior to creation.

Aleph is the hidden seed. Although it does not appear at the beginning, the letter א is implicit in everything. According to the Zohar, the entire universe is sustained by the Aleph, but manifestation begins with Bet. This is like saying: divine unity (א) is hidden so that plurality (ב) can exist.

Humility of the Aleph In Midrash (Bereishit Rabbah), it is said that all the letters wanted to be the first of the Torah, but God chose Bet. The Aleph humbly accepted not being the first, and for this reason it was rewarded as the first letter of the Ten Commandments: "Anochi Hashem..." (אנכי ה׳).

The Tetragrammaton (יהוה) and the Letters as the Origin of Everything The Tetragrammaton – יהוה (YHVH) is the Ineffable Name of God, and according to Kabbalah: It is the spiritual structure of the universe. Each letter represents a level of the Tree of Life (sefirot):

י (Yod): Chochmah: Wisdom. The starting point of all creation, the divine spark ה (He): Bina: Understanding. Expansion of the idea, spiritual matrix ו (Vav): Zeir Anpin (6 sefirot). Channel of energy toward the material ה (final He): Malchut: Kingdom. The material world, receptacle of the Light

What does this teach? The world is created and sustained by the divine letters, and especially by the Name of God. The letters are not human symbols: they are living forces. As the Sefer Yetzirah says, God created the world with the 22 letters of the Hebrew alphabet.

Living between Aleph and Bet We live in a world of duality (ב), but with the awareness that everything arises from a higher unity (א). Spiritual work involves elevating duality (conflicts, desires, matter) to its divine origin in the Aleph: the Supreme Unity. Practical example: Every time we choose harmony over division, or compassion over judgment, we are revealing the Aleph in the Bet—spiritualizing the material.

Recognizing that the Divine Name is within us According to Kabbalah, human beings are made in the image of יהוה: The Yod represents the head (thought), the Vav the trunk (connection), the two He the arms (action). This suggests that we are a living extension of the Divine Name, and our words and actions should "write the Name of God" in the world.

Elevating Language and Letters Every letter, every word, has power. Just as God created with words, we also create reality with what we say. Being aware of our language, the names we give, and how we speak is a way to channel sacred energy.

The Torah begins with Bet, not with Aleph, because the world begins in division but aims toward unity.

The letters of the Tetragrammaton are channels of divine energy that are within us and in everything. Living spiritually today means acting with awareness of these letters, seeking unity in duality, and making our lives a reflection of God's Name.

MIS NOTAS

וְלִמְשֹׁל בַּיּוֹם וּבַלַּיְלָה, וּלְהַבְדִּיל בֵּין הָאוֹר וּבֵין הַחֹשֶׁךְ;

וַיַּרְא אֱלֹהִים כִּי-טוֹב

Ulimshol bayom uvalailah ulehavdil bein ha'or uvein hachoshech; vayar Elohim ki-tov

«Y para señorear en el día y en la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.»

"And to rule over the day and over the night, and to separate the light from the darkness. And God saw that it was good."

REFLEXIÓN

Mem'shelet (Dominio) y Havdil (Separar) nos proyectan ese dominio que existe sobre el Día y la Noche, lo cual no es solamente un concepto de autoridad relacionado con los ciclos del tiempo, sino que tiene que ver con la capacidad de controlar y equilibrar las fuerzas de la revelación (luz) y la ocultación (oscuridad) en nuestras vidas.

Esta tarea parte del dominio propio, que es interno y denota nuestra capacidad de dirigir nuestra conciencia hacia el bien. El libre albedrío, como nuestro mayor don, requiere momentos de claridad, pero se fortalece con los desafíos de la oscuridad. Estas pruebas nos presentan a havdil (separar) como puntos clave para coexistir entre lo sagrado y lo profano, entre lo puro y lo impuro, y entre el bien y el mal, escogiendo aquello que como fundamento nos guía.

Atender nuestra convivencia antes que nuestras conveniencias, nos denota que esa separación de la luz y la oscuridad implica una distinción personal entre el bien y el mal, entre la sabiduría y la ignorancia, y entre la verdad y la falsedad, así como entre los efectos de nuestros actos y de nuestras omisiones. Gracias a este continuo discernimiento, podemos navegar a través de la dualidad de la existencia, guiados por Su sabiduría y propósitos.

Or (אוֹר), "luz", tiene un valor gemátrico de 207 (200= ר, 6= ו, 1= א), concepto que nos habla de revelación, de iluminación, y que indica la claridad que proviene del entendimiento divino y la sabiduría. Esa luz es símbolo de nuestro conocimiento, el mismo que disipa la oscuridad de la ignorancia y nos guía hacia el camino correcto.

Por otro lado, Choshech (חֹשֶׁךְ), "oscuridad", tiene un valor gemátrico de 328 (20= כ, 300= ש, 8= ח), que representa el misterio, la ocultación y la potencialidad no revelada. Esta perspectiva no debe tener una connotación negativa, sino que nos llama a habitar ese espacio en donde la luz puede surgir,

presentándonos la oportunidad de crecer a través del desafío y la introspección de esos instantes oscuros.

Tomar control sobre nuestros propios ciclos de luz y oscuridad, aprendiendo a manejar nuestros estados de ánimo, emociones y pensamientos con sabiduría, es una de nuestras grandes tareas cotidianas. Al igual que las lumbreras dominan el día y la noche, nosotros también debemos aprender a gobernar nuestras respuestas a las circunstancias de la vida, manteniendo el equilibrio entre la acción y la reflexión.

Debemos ser capaces de distinguir entre lo que nos eleva y lo que nos hunde, entre la sabiduría y la ignorancia, y entre lo que es verdadero y lo que es falso. Este proceso de discernimiento es esencial para avanzar en nuestro camino espiritual y para cumplir con nuestro propósito divino, siendo la bondad un aprendizaje en medio de la dualidad de la vida.

Tanto la luz como la oscuridad tienen un propósito en nuestra existencia, y ambas son necesarias para nuestro crecimiento y desarrollo. Al abrazar esta dualidad con sabiduría, podemos encontrar equilibrio y armonía en nuestras vidas. Separar la luz de la oscuridad no es solo un fenómeno físico, sino también un proceso espiritual que nos guía hacia la claridad y el equilibrio.

REFLECTION

Mem'shelet (Dominion) and Havdil (Separate) project the dominion over Day and Night, which is not merely a concept of authority related to the cycles of time, but also involves the ability to control and balance the forces of revelation (light) and concealment (darkness) in our lives.

This task begins with self-mastery, which is internal and denotes our ability to direct our consciousness toward good. Free will, as our greatest gift, requires moments of clarity but is strengthened by the challenges of darkness. These trials present havdil (separation) as key points for coexisting between the sacred and the profane, between purity and impurity, and between good and evil, choosing that which guides us as a foundation.

Prioritizing our coexistence over our conveniences shows us that separating light from darkness involves a personal distinction between good and evil, wisdom and ignorance, truth and falsehood, as well as between the effects of our actions and our omissions. Through this continuous discernment, we can navigate the duality of existence, guided by His wisdom and purposes.

Or (אוֹר), "light," has a gematric value of 207 (200 = ר ,6 = ו ,1 = א), a concept that speaks of revelation, of illumination, indicating the clarity that comes from divine understanding and wisdom. That light is a symbol of our knowledge, which dispels the darkness of ignorance and guides us along the right path.

On the other hand, Choshech (חֹשֶׁךְ), "darkness," has a gematric value of 328 (20 = כ ,300 = ש ,8 = ח), representing mystery, concealment, and unrevealed potential. This perspective should not have a negative connotation, but rather calls us to inhabit the space where light can emerge, presenting us with the opportunity to grow through the challenge and introspection of those dark moments.

Taking control over our own cycles of light and darkness, learning to manage our moods, emotions, and thoughts with wisdom, is one of our great daily tasks. Just as the luminaries rule over day and night, we must also learn to govern our responses to life's circumstances, maintaining a balance between action and reflection.

We must be able to distinguish between what elevates us and what drags us down, between wisdom and ignorance, and between what is true and what is false. This process of discernment is essential for advancing on our spiritual path and fulfilling our divine purpose, with goodness being a lesson learned in the midst of life's duality.

Both light and darkness have a purpose in our existence, and both are necessary for our growth and development. By embracing this duality with wisdom, we can find balance and harmony in our lives. Separating light from darkness is not only a physical phenomenon but also a spiritual process that guides us toward clarity and balance.

MIS NOTAS

וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר, יוֹם רְבִיעִי

Vayehi-erev vayehi-boker, yom revi'i

«Y fue la tarde y fue la mañana: el cuarto día.»

"And the evening and the morning were the fourth day."

REFLEXIÓN

El cuarto día es cuando Dios crea los astros: el sol, la luna y las estrellas, por ende un orden en el tiempo y en el mundo físico El cuarto día marca la introducción de un orden en el mundo físico, ya que ahora el tiempo puede ser medido. Esto es clave para la realización del mundo material y la existencia humana, que depende del tiempo y el espacio.

El Sol (or ha-gadol) representa la fuerza activa, masculina, y espiritual. La Luna (or ha-katan) representa la receptividad, lo femenino, y también el mundo inferior o material. En la Kabalá, esto se asocia con el juego entre las sefirot como Tiferet (belleza/armonía) y Maljut (reino). El sol puede aludir a Tiferet (la emanación equilibrada del árbol de la vida), y la luna a Maljut (el receptor final).

Además se da Inicio del libre albedrío y el calendario espiritual, al establecer los astros como "señales", Dios también introduce los conceptos de festividades, tiempos sagrados y por ende la posibilidad de una vida espiritual organizada. Aquí entra en juego la idea de que el humano puede alinear su vida con los ritmos cósmicos.

La palabra hebrea para "cuarto" es רביעי (Revi'i): 10= י ,70 = ע, 10= י, 2= ב, 200= ר, Total 292, que es el número que comparte valor con la palabra "חרב " (jérev), que significa espada. Esto puede interpretarse como una alusión al poder de cortar, separar, discernir, algo que los astros hacen al dividir la luz y la oscuridad, el tiempo en días y noches.

También tiene la misma guematría que "בכור" (bejor), que significa primogénito. Esto puede tener connotaciones de algo que marca un inicio o un nuevo orden, como lo hacen los astros al establecer ciclos. Por lo tanto este cuarto día de la creación simboliza: El establecimiento del orden cósmico y el tiempo espiritual y, la relación entre lo espiritual y lo material, a través del simbolismo del Sol y la Luna.

En la guematría, 292 sugiere temas de discernimiento, separación y primacía, todos relacionados con la aparición de los astros y su función de marcar el flujo del tiempo.

Yom Revi'i (Cuarto Día) se integra a la Sefirá de Netzaj para hacernos entender que somos eternos y que esa es nuestra victoria. Netzaj representa la perseverancia, la eternidad y el triunfo sobre los obstáculos, especialmente sobre la muerte, como lo demostró nuestro Salvador Jesucristo. Es la fuerza que nos impulsa a seguir adelante, una fe que, incluso en medio de las pruebas y desafíos, nos recuerda la importancia de la persistencia y la continuidad en nuestro camino espiritual.

Cada ciclo de "tarde" y "mañana" simboliza el equilibrio entre la luz y la oscuridad, entre la revelación y la ocultación. La tarde representa el período de preparación e introspección, mientras que la mañana simboliza la claridad, la revelación y la acción. Este ciclo continuo nos enseña la importancia de estar en sintonía y en frecuencia con el vibrar de Su palabra y con los ritmos naturales que ella nos otorga.

El concepto de "Revi'i" (רְבִיעִי) tiene un valor gemátrico de 292 (10= י, 10= י, 70= ע, 2= ב ,200= ר), que se descompone en 2+9+2=13, llevándonos al concepto "Ejad" (אחד), "uno", unidad con el Creador. Esto nos reitera que todos los días de la creación están interconectados y que cada día es una manifestación de la voluntad divina que nos lleva hacia un propósito común y unificado.

Así como el proceso de la creación continuó sin interrupciones, debemos aprender a mantener nuestro enfoque y determinación en la búsqueda de la verdad y la realización espiritual, superando los desafíos y obstáculos que puedan surgir. Vivir en armonía con los ciclos naturales de la vida es nuestra mejor alternativa, y la alternancia entre la tarde y la mañana nos enseña que cada momento tiene su valor y propósito. Debemos aprender a equilibrar la acción con la reflexión, la luz con la oscuridad, para alcanzar un estado de paz y armonía interior.

Entender esta sefirá con fuerza, restricción y disciplina nos lleva a dejar de quejarnos por todo y, en su lugar, agradecer por cada nueva enseñanza, entendiendo que cada experiencia es necesaria no solo para nuestro mejoramiento, sino para mantener nuestro equilibrio integral dentro de la estructura del universo.

REFLECTION

The fourth day is when God creates the celestial bodies: the sun, the moon, and the stars, thus establishing order in time and in the physical world. The fourth day marks the introduction of order in the physical world, as time can now be measured. This is key to the creation of the material world and human existence, which depends on time and space.

The Sun (or ha-gadol) represents the active, masculine, and spiritual force. The Moon (or ha-katan) represents receptivity, the feminine, and also the lower or material world. In Kabbalah, this is associated with the interplay between the sefirot as Tiferet (beauty/harmony) and Malchut (kingdom). The sun may refer to Tiferet (the balanced emanation of the tree of life), and the moon to Malchut (the final receiver).

In addition to the beginning of free will and the spiritual calendar, by establishing the stars as "signs," God also introduces the concepts of festivals, sacred times, and therefore the possibility of an organized spiritual life. Here, the idea that humans can align their lives with cosmic rhythms comes into play.

The Hebrew word for "quarter" is רביעי (Revi'i): 10 = י ,70 = ע ,10 = י ,2 = ב ,200 = ר, totaling 292, which is the number that shares its meaning with the word "חרב" (cherev), meaning sword. This can be interpreted as an allusion to the power to cut, separate, and discern, something the stars do by dividing light and darkness, and time into days and nights.

It also has the same gematria as "בכור " (bechor), which means firstborn. This can have connotations of something that marks a beginning or a new order, as the stars do when they establish cycles. Therefore, this fourth day of creation symbolizes: The establishment of cosmic order and spiritual time, and the relationship between the spiritual and the material, through the symbolism of the Sun and the Moon.

In gematria, 292 suggests themes of discernment, separation, and primacy, all related to the appearance of the stars and their function of marking the flow of time.

Yom Revi'i (Fourth Day) is connected to the Sefirah of Netzach to help us understand that we are eternal, and that this is our victory. Netzach represents perseverance, eternity, and triumph over obstacles, especially over death, as demonstrated by our Savior Jesus Christ. It is the force that drives us forward, a faith that, even in the midst of trials and challenges, reminds us of the importance of persistence and continuity on our spiritual path.

Each cycle of "evening" and "morning" symbolizes the balance between light and darkness, between revelation and concealment. The evening represents a period of preparation and introspection, while the morning symbolizes clarity, revelation, and action. This continuous cycle teaches us the importance of being in tune and in frequency with the vibration of His word and with the natural rhythms it bestows upon us.

The concept of "Revi'i" (רְ בִ יעִ י) has a gematric value of 292 (10 = י ,10 = י ,70 = ע ,2 = ב ,200 = ר), which breaks down into 2+9+2=13, leading us to the concept of "Echad" (אחד), "one," unity with the Creator. This reiterates that all the days of creation are interconnected and that each day is a manifestation of the divine will leading us toward a common and unified purpose.

Just as the process of creation continued uninterrupted, we must learn to maintain our focus and determination in the pursuit of truth and spiritual fulfillment, overcoming any challenges and obstacles that may arise. Living in harmony with the natural cycles of life is our best approach, and the alternation between evening and morning teaches us that every moment has its value and purpose. We must learn to balance action with reflection, light with darkness, to achieve a state of inner peace and harmony.

Understanding this Sefirah with strength, restraint, and discipline leads us to stop complaining about everything and instead to be grateful for each new lesson, understanding that every experience is necessary not only for our improvement but also to maintain our integral balance within the structure of the universe.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, יִשְׁרְצוּ הַמַּיִם שֶׁרֶץ נֶפֶשׁ חַיָּה, וְעוֹף יְעוֹפֵף עַל-הָאָרֶץ, עַל-פְּנֵי רְקִיעַהַשָּׁמָיִם

Vayomer Elohim yishretsu hamayim sheretz nefesh chayah ve'of ye'ofef al-ha'aretz al-penei rekia hashamayim

«Y dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos.»

"And God said: Let the waters bring forth living creatures, and let birds fly above the earth across the expanse of the sky."

REFLEXIÓN

El Creador tiene un plan perfecto en el que nosotros somos protagonistas, necesitando para ello que nos reconozcamos dentro de él y de su orden. Este orden generó los primeros seres vivientes, נֶפֶשׁ חַיָּה (Néfesh Jayá), que significa "alma" o "vida". El concepto de "jayá" nos habla de lo "viviente", una mirada que nos proyecta varios niveles de crecimiento para nuestra alma, teniendo en cuenta las dimensiones en las que coexistimos y que se van articulando a nuestro crecimiento.

Desde esa lógica, cada nivel representa un camino de ascenso espiritual, en busca de alcanzar espacios superiores y estar cada vez más cerca de la fuente divina. Este propósito de elevación parte desde los aspectos más básicos, como Néfesh, en donde el alma depende de la vida instintiva y nuestras necesidades físicas.

Luego se pasa al nivel Rúaj, en donde interactúan nuestras emociones, la moralidad y el carácter. Seguimos al Neshamá, donde el intelecto, la conciencia superior y la conexión con el Creador se hacen más evidentes. Continuamos en Jayá, un nivel más trascendental, gracias a la reconexión con el alma colectiva y la iluminación espiritual, y terminamos en Yejidá, donde el alma logra la unidad total con el Creador, su chispa divina y la eternidad.

Entender este proceso nos lleva a asumir que (Of): "Ave", como concepto, apoyándonos en la gematría y su valor de 156, tiene que ver más con el movimiento y la expansión, el mismo que se refleja en nuestro caso como la motivación a elevarnos por encima de la tierra. Esta perspectiva, además de darnos señales para que enfoquemos nuestra trascendencia hacia el cielo, nos reitera que para ello necesitamos un equilibrio que se da desde lo material, representado por los seres vivientes del agua, y lo espiritual, representado por las aves que vuelan en el cielo.

Entender el agua como un elemento de vida y fluidez simboliza, además, asimilar que nuestras emociones son indicadores del estado de esa alma, la cual se alimenta del hálito de vida del Creador. El aire, a través de las aves, nos reitera esa elevación que significa la búsqueda de un propósito superior.

Para lograr ese crecimiento, no debemos olvidar nuestras raíces, nuestros ancestros y su legado, ni nuestras necesidades terrenales. A la vez, debemos aspirar a algo más alto, que poco tiene que ver con posiciones y posesiones sociales egoístas, sino con elevarnos por encima de lo mundano para encontrar un sentido más profundo y trascendental.

Quizá por ello, reconocer al Creador como אֱלֹהִים (Elohím) nos lleva a la idea de lo que es la justicia y, a la vez, el poder divino, gracias a que el valor en gematría de esta expresión es de 86, símbolo del equilibrio y la estructura dentro de la creación.

Esta visión nos recuerda que, aunque se mencionan nombres y títulos para referirse al Creador, siendo que es algo innombrable, hay al menos siete expresiones sagradas reconocidas, que de alguna forma hacen referencia a esa trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

En hebreo, la palabra usada para expansión es רָקִיעַ (raquía), que literalmente se puede traducir también como firmamento. Raquía representa una dimensión expansiva que separa lo superior de lo inferior, lo cual también es un símbolo del velo o barrera entre los mundos espirituales y materiales.

En el Árbol de la Vida, podría verse como el espacio entre las sefirot superiores (como Biná, sabiduría divina) y las sefirot más bajas (como Maljut, el mundo físico). Desde esta óptica, el "raquía" no es simplemente un cielo físico, sino una dimensión metafísica de separación y conexión entre mundos.

La palabra רָקִיעַ (raquía) tiene un valor guemátrico de: 380 = (70) ע + 10(י + (100) ק) + 200(ר, que también es el valor de שָׁלוֹם (shalom), paz, si se escribe de forma extendida con letras finales: 300= ש 40 = ם, 6= ו, 30= ל, da un total de 376, casi exacto. Aunque no es idéntico, hay asociaciones en la literatura mística entre el firmamento y un estado de armonía o equilibrio entre los mundos.

Por otro lado las aguas representan el caos primordial, el mundo emocional, el subconsciente, o incluso la materia antes de ser formada. En cabalá, las aguas inferiores están conectadas con Maljut y los seres vivientes que emergen de las aguas podrían simbolizar la vida que surge del caos, una chispa divina que entra al mundo físico.

Las aves, por otra parte, vuelan sobre la tierra, pero en el raquía, en la expansión celestial. Representan la elevación, lo espiritual que aún toca lo material. A nivel simbólico, son como los pensamientos, el alma, o los niveles más altos del nefesh o ruaj, que aspiran a elevarse.

Por ende los seres acuáticos dentro del mundo físico se alinean a la sefirá maljut para hablar nos de esa vida en sonde surge el caos (yesod) llamándonos a coordinar mejor ese mundo emocional inconsciente. Y las aves del cielo ese mundo espiritual (tiferet) que nos llama a la elevación de

nuestra alma (netzaj) fortaleciendo nuestro pensamiento espiritual.

Desde una perspectiva cabalística, el versículo muestra el proceso de transición y conexión entre lo material y lo espiritual. Las aguas que producen vida representan el potencial creativo del mundo físico, mientras que las aves representan lo que puede ascender, es decir, el alma que se libera de lo material y navega por el "raqía".

Las aguas "מים" (Mayim) : 90 = (40) מ + 10(י) + 40(מ, se asocian con: Jesed (bondad) y también con Biná (entendimiento), ya que el agua es fluida, expansiva y receptiva. Y representan el caos primordial pero también la sabiduría fluida. Mayim está ligado al flujo de energía creativa desde Biná hacia el mundo inferior. En el Zóhar, se habla de "aguas superiores" (espirituales) y "aguas inferiores" (materiales).

"שרץ" (Sheretz) – Criatura que se mueve / Reptil / Ser viviente: 590 = (90) ץ + 200(ר + (300) ש, que puede tener una connotación baja o terrestre, representando vida instintiva, primaria, visceral, relacionada con Nefesh – el alma más básica, que rige la vida física, los deseos y las pasiones. Sheretz surge del mayim → es la vida emergente desde el caos, o el alma animal desde lo primigenio.

"נפש חיה" (Nefesh Jayá) – Alma viviente: נפש (Nefesh): 80(פ) + 50(נ + (חיה ,430 = (300) ש (Jayá): ח)10(י) + 8 23 = (5) ה) +. Total: 430 + 23 = 453. "Nefesh Jayá" es el alma viviente, el hálito que anima la materia. En Cabalá, es el nivel más bajo del alma, pero necesario para que el cuerpo tenga vida. En niveles más altos, "Jayá" es también uno de los cinco niveles del alma (Nefesh, Ruaj, Neshamá, Jayá, Yejidá).

"עוף " (Of) – Ave: 156 = (80) פ + 6(ו) + 70(ע, también es la guematría de יוסף (Yosef) – José, el soñador, el que trasciende la materia pero la domina. También 156 es 6 × 26, y 26 es el valor de יהוה (YHVH) → las aves están bajo la influencia divina, pero multiplicada (elevada). Las aves vuelan por el "raqía" → lo que une la tierra con los cielos. Representan el alma que aspira hacia arriba, como Ruaj (nivel medio del alma, el espíritu que aspira a lo divino).

"רקיע " (Raqía) – Expansión / Firmamento = 380. Espacio de separación y también de conexión. Es como Tiferet, que equilibra entre el mundo superior y el inferior.

Dios está estableciendo una conexión entre el mundo emocional (aguas), el mundo físico (criaturas vivientes), y el mundo espiritual (aves y expansión de los cielos). Está revelando una estructura cósmica en donde todo lo viviente tiene un lugar y propósito dentro de los mundos: Las aguas contienen el potencial creativo del mundo. De ellas emergen criaturas (sheretz), con nefesh (vida física). Las aves representan lo que de ese mundo puede trascender, elevarse, y volar en el raqía, el espacio intermedio hacia el cielo.

REFLECTION

The Creator has a perfect plan in which we are the protagonists, requiring us to recognize ourselves within it and its order. This order generated the first living beings, נֶפֶשׁ חַיָּה (Néfesh Jayá), meaning "soul" or "life." The concept of "jayá" speaks of the "living," a perspective that projects various levels of growth for our soul, taking into account the dimensions in which we coexist and that are articulated with our growth.

From this logic, each level represents a path of spiritual ascent, seeking to reach higher realms and be closer to the divine source. This purpose of elevation starts from the most basic aspects, such as Néfesh, where the soul relies on instinctive life and our physical needs. It then moves to the level of Rúaj, where our emotions, morality, and character interact. We continue to Neshamá, where the intellect, higher consciousness, and connection with the Creator become more evident. We move on to Jayá, a more transcendent level, thanks to the reconnection with the collective soul and spiritual enlightenment, and we end with Yejidá, where the soul achieves total unity with the Creator, His divine spark, and eternity.

Understanding this process leads us to assume that (Of): "Bird," as a concept supported by gematria and its value of 156, has more to do with movement and expansion, which in our case reflects the motivation to rise above the earth. This perspective, in addition to giving us signs to focus our transcendence towards the sky, reiterates that for this, we need a balance that comes from the material, represented by the living creatures of the water, and the spiritual, represented by the birds flying in the sky.

Understanding water as an element of life and fluidity also symbolizes that our emotions are indicators of the state of the soul, which is nourished by the breath of life from the Creator. The air, through the birds, reiterates that elevation that signifies the pursuit of a higher purpose.

To achieve this growth, we must not forget our roots, our ancestors and their legacy, nor our earthly needs. At the same time, we must aspire to something higher, which has little to do with selfish social positions and possessions, but rather with rising above the mundane to find a deeper and more transcendent meaning.

Perhaps for this reason, recognizing the Creator as אֱלֹהִים (Elohím) leads us to the idea of what justice is and, at the same time, divine power, thanks to the gematria value of this expression being 86, a symbol of balance and structure within creation.

This vision reminds us that although names and titles are mentioned to refer to the Creator, who is essentially unnameable, there are at least seven recognized sacred expressions that, in some way, refer to the trinity of the Father, the Son, and the Holy Spirit.

In Hebrew, the word used for expansion is רָקִיעַ (raqia), which can also be literally translated as firmament. Raqia represents an expansive dimension that separates the upper from the lower, which is also a symbol of the veil or barrier between the spiritual and material worlds.

On the Tree of Life, it could be seen as the space between the upper sefirot (such as Bina, divine wisdom) and the lower sefirot (such as Malchut, the physical world). From this perspective, "raqia" is not simply a physical heaven, but a metaphysical dimension of separation and connection between worlds.

The word רָקִיעַ (raqiya) has a gematric value of: 380 = (70) ע + (10) י) + 100(ק) + 200(ר, which is also the value of שָׁלוֹם (shalom), peace. If written in an extended form with final letters: ם, 6= ו, 30= ל, 300= ש 40=, it gives a total of 376, almost exact. Although not identical, there are associations in mystical literature between the firmament and a state of harmony or balance between the worlds.

On the other hand, the waters represent primordial chaos, the emotional world, the subconscious, or even matter before it is formed. In Kabbalah, the lower waters are connected to Malchut, and the living beings that emerge from the waters could symbolize the life that emerges from chaos, a divine spark that enters the physical world.

Birds, on the other hand, fly above the earth, but in the raqia, in the celestial expanse. They represent elevation, the spiritual that still touches the material. On a symbolic level, they are like thoughts, the soul, or the highest levels of the nefesh or ruach, which aspire to rise.

Therefore, the aquatic beings within the physical world align with the sefira malchut to speak to us of that life where chaos arises (yesod), calling us to better coordinate that unconscious emotional world. And the birds of the sky represent that spiritual world (tiferet), which calls us to the elevation of our soul (netzach), strengthening our spiritual thinking.

From a Kabbalistic perspective, the verse shows the process of transition and connection between the material and the spiritual. The life-producing waters represent the creative potential of the physical world, while the birds represent what can ascend, that is, the soul that frees itself from the material and navigates the raqiya.

The waters "מים " (Mayim): 90 = (40) מ) + 10(י) + 40(מ, are associated with Chesed (goodness) and also with Bina (understanding), since water is fluid, expansive, and receptive. They represent primordial chaos but also fluid wisdom. Mayim is linked to the flow of creative energy from Bina to the lower world. In the Zohar, we speak of "upper waters" (spiritual) and "lower waters" (material).

"שרץ" (Sheretz) – Moving creature / Reptile / Living being: 590 = (90) ץ + (200) ר) + 300(ש, which can have a low or earthly connotation, representing instinctive, primal, visceral life, related to Nefesh – the most basic soul, which governs physical life, desires, and passions. Sheretz arises from mayim → it is life emerging from chaos, or the animal soul from the primal.

"נפש חיה " (Nefesh Haya) – Living Soul: נפש (Nefesh): 80(פ) + 50(נ + (חיה ,430 = (300) ש (Haya): ח)10(י) + 8 23 = (5) ה) +. Total: 430 + 23 = 453. “Nefesh Haya” is the living soul, the breath that animates matter. In Kabbalah, it is the lowest level of the soul, but necessary for the body to have life. At higher levels, “Haya” is also one of the five levels of the soul (Nefesh, Ruach, Neshama, Haya, Yechida).

"עוף " (Of) – Bird: 156 = (80) ף + 6(ו) + 70(ע, also the gematria of יוסף (Yosef) – Joseph, the dreamer, the one who transcends matter but dominates it. 156 is also 6 × 26, and 26 is the value of יהוה (YHVH) → birds are under divine influence, but multiplied (elevated). Birds fly through the "raqia" → what unites the earth with the heavens. They represent the soul that aspires upward, as Ruach (middle level of the soul, the spirit that aspires to the divine).

"רקיע " (Raqia) – Expansion / Firmament = 380. Space of separation and also of connection. It's like Tiferet, which balances the upper and lower worlds.

God is establishing a connection between the emotional world (waters), the physical world (living creatures), and the spiritual world (birds and the expanse of the heavens). He is revealing a cosmic structure where all living things have a place and purpose within the worlds: The waters contain the creative potential of the world. From them emerge creatures (sheretz) with nefesh (physical life). The birds represent what can transcend that world, rise, and fly in the raqia, the intermediate space toward heaven.

MIS NOTAS

וַיִּבְרָא אֱלֹהִים אֶת-הַתַּנִּינִם הַגְּדֹלִים, וְאֵת כָּל-נֶפֶשׁ הַחַיָּה הָרֹמֶשֶׁת, אֲשֶׁר-שָׁרְצוּ הַמַּיִם לְמִינֵהֶם,וְאֵת כָּל-עוֹף כָּנָף לְמִינֵהוּ; וַיַּרְא אֱלֹהִים, כִּי-טוֹב

Vayivra Elohim et-hatanninim hagedolim ve'et kol-nefesh hachayah haromeset asher shar'tsu hamayim leminayhem ve'et kol-of kanaf leminayhu vayyar Elohim ki-tov

«Y creó Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su especie, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno.»

"And God created the great sea monsters and every living creature that moves, which the waters brought forth according to their kind, and every winged bird according to its kind. And God saw that it was good."

REFLEXIÓN

El concepto de תַּנִּינִם (Tanniním), que simboliza "monstruos marinos" o "grandes criaturas", se refiere más que a seres poderosos que habitan en las profundidades del océano, a fuerzas primordiales y aspectos ocultos de la creación. Desde la gematría, תַּנִּין (Tanin) equivale a 510, lo que se relaciona con la fuerza y el control de lo desconocido.

Esta lectura también nos invita a diferenciar la chispa divina presente en todo ser viviente de nuestra esencia o alma, ya que todo se mueve y existe por Él, lo que implica que esa infusión de vida está en todas las criaturas. Esta interpretación nos incentiva a comprender, desde el concepto טֻוב (Tov), "bueno", que todo lo creado tiene un propósito positivo y está alineado con la voluntad divina.

El concepto de mal es simplemente el resultado de alejarnos de Él y de la armonía que fluye en todo el universo. La diversidad y complejidad del mundo nos llama a ser útiles a Su obra para que el desequilibrio que genera Su alejamiento, respetando nuestra voluntad, no genere fuerzas caóticas que, sin embargo, Él controla y equilibra conforme a Sus leyes.

Así que las fuerzas más poderosas y aparentemente caóticas tienen un lugar en el orden divino, ya que todo depende de Su hálito de vida, de Su Aliento, Néfesh Hachayá, que vibra con Su Palabra y se infunde en todo lo Creado.

La chispa divina está presente en todas las formas de vida y nos llama a reconectarnos voluntariamente con Él a través de Su obra, otorgando nuestra bondad, טֻוב (Tov), que es inherente a nuestra esencia y anhela acogerse a ese plan divino. Debemos encontrar la bondad en cada aspecto de nuestras vidas, incluso en las partes que parecen difíciles de entender o aceptar.

Quizá por ello, quienes perciben al Creador en todo sugieren que existen hasta 72 formas de llamarlo, (Shem HaMephorash), títulos y atributos que describen más Sus diferentes aspectos y manifestaciones, todo partiendo de la combinación del Tetragrámaton, que con sus combinaciones, יהוה (Yod-He-Vav-He), nos da las mayores luces para reconocernos como Sus hijos.

Cada uno de estos signos nos habla de nuestra esencia: י (Yod), la letra más pequeña del alfabeto hebreo, representa ese punto de partida, la chispa divina de la creación, esa esencia inalcanzable e indefinible. ה (He), que aparece dos veces en el Tetragrámaton, está asociada con la revelación y la expansión, simbolizando el soplo de vida y Su presencia divina. ו (Vav), como conector, traducido como "y", simboliza la unión entre lo divino y lo terrenal, el vínculo entre el cielo y la tierra. Mientras que ה (He) refuerza la idea de la manifestación de lo divino en el mundo físico y el proceso continuo de creación y revelación.

Es por ello que el Tetragrámaton es considerado la representación más pura y directa del ser de nuestro Creador. Estos signos corresponden a los diferentes niveles de existencia y emanaciones divinas (Sefirot) dentro del Árbol de la Vida, por lo que, más allá de entenderlos como simples señales, son un mapa que nos describe cómo nuestro amoroso Padre celestial interactúa con el universo y lo sostiene.

La Guematría o Gematria, גימטריא), cuando nos habla de los monstruos marinos los entrelaza con temas de creación, caos, redención y el equilibrio de fuerzas espirituales en el universo. Es por ello que el mismo Leviatán (לויתן) debe entenderse mucho más que un monstruo marino ya que representa las fuerzas del caos primitivo, el aspecto oculto del mal, pero también una fuerza que será redimida al final de los tiempos.

En algunos textos, es una criatura andrógina, originalmente creada junto a su contraparte femenina, pero Dios mató a la hembra para evitar la reproducción de fuerzas caóticas sin control. La palabra לויתן (Leviatán) tiene un valor numérico de 496 y este es el mismo valor que la palabra מלכות (Maljut), que es el nivel más bajo del Árbol de la Vida cabalístico, asociado con la realización material del mundo espiritual. Esto implica que el Leviatán representa una energía espiritual poderosa, que puede ser manifestada en el mundo físico, si se purifica o domina.

Los Otros "monstruos marinos": Taninim (תנינים) — dragones o monstruos marinos, representan las fuerzas primordiales que Dios creó y luego restringió para que no invadieran el orden del mundo. Rahav (רהב): Otro monstruo marino asociado al caos, a veces considerado una personificación del orgullo o arrogancia cósmica al cual se lo menciona en Isaías 51:9 y Job 26:12 y también simboliza la energía desbordante del juicio sin compasión.

En la tradición mística del Talmud y el Zohar: El Leviatán será servido como comida a los justos en la era mesiánica (ver Talmud Bavlí, Baba Batra 74b). Esto simboliza que las fuerzas del caos serán eventualmente transformadas en algo positivo y nutritivo para el alma.

Incluso esos mostruos que representan el caos son símbolos igualmente del final de los tiempos, de ese potencial reprimido que además se manifiesta en nuestra siquis y emociones que debemos dominar.

Lo mismo se puede entender de esas aves aladas (en hebreo: עוף כנף — of kenaf), que aparecen en el contexto de la creación del quinto día: "וְעוֹף יְעוֹפֵף עַל-הָאָרֶץ עַל-פְּנֵי רְקִיעַ הַשָּׁמָיִם", Ve'of ye'ofef al ha'aretz al penei rakiá hashamayim. Las cuales simbolizan: la capacidad del alma para elevarse.

Las alas representan las cualidades emocionales o espirituales que nos permiten "volar" por encima de lo mundano. Las aves viven en el mundo físico, pero se elevan hacia el cielo, igual que el alma humana que vive en un cuerpo, pero busca lo espiritual.

También ello nos habla de los niveles de ángeles y seres celestiales, ya que en algunos textos cabalísticos y del Zohar, ciertos tipos de aves representan ángeles o sefirot (manifestaciones divinas). Por ejemplo, el Zohar asocia a las aves con mensajeros espirituales entre mundos.

Y todo ello nos habla de esa Dualidad de dirección: arriba y abajo, en donde las aves van al cielo, pero comen de la tierra, lo cual simboliza la necesidad de balancear lo espiritual y lo físico. Esto se conecta con el principio cabalístico de Tiferet: armonía entre opuestos.

עוף כנף (Ave alada): 156= עוף y 150= כנף para un total de 306, que en guematría también equivale a: איש לבב (ish levav) = hombre de corazón, lo cual Implica alguien con sabiduría emocional o elevación del alma. Numero que también está cercano a רוח חכמה (ruaj jojmá) = espíritu de sabiduría. Lo que sugiere que las aves aladas son símbolos de personas con corazón espiritual y sabiduría elevada, que trascienden lo terrenal.

Aprender a elevarnos por encima de las dificultades, sin desconectarnos de la realidad nos llama a buscar lo espiritual incluso mientras vivimos en el mundo físico, a usas nuestras "alas": cualidades como la compasión, el entendimiento, la intuición para ascender a desarrollar el equilibrio: como las aves, que dependen del cielo y de la tierra, nosotros también debemos equilibrar mente y cuerpo, materia y espíritu.

Se trata de usar nuestros potencial y talentos para ese objetivo trascendente atendiendo esos mensajes que nos llegan al alma gracias a asumir la sabiduría divina desde el corazón logrando asi nuestro crecimiento interior integral.

REFLECTION

The concept of תַּנִּינִם (Tanniním), symbolizing "sea monsters" or "great creatures," refers not just to powerful beings that inhabit the ocean's depths but to primordial forces and hidden aspects of creation. In gematria, תַּנִּין (Tanin) equals 510, relating to the strength and control of the unknown.

This reading also invites us to distinguish the divine spark present in every living being from our essence or soul, as everything moves and exists through Him, implying that this infusion of life is in all creatures. This interpretation encourages us to understand, from the concept טֻוב (Tov), "good," that all creation has a positive purpose and is aligned with the divine will.

The concept of evil is simply the result of distancing ourselves from Him and from the harmony that flows through the entire universe. The world's diversity and complexity call us to be useful to His work so that the imbalance generated by His distance, respecting our will, does not create chaotic forces, which He nonetheless controls and balances according to His laws.

Thus, the most powerful and seemingly chaotic forces have a place in the divine order, as everything depends on His breath of life, His Néfesh Hachayá, which vibrates with His Word and infuses all of Creation.

The divine spark is present in all forms of life and calls us to reconnect voluntarily with Him through His work, offering our goodness, טֻוב (Tov), which is inherent to our essence and longs to align with that divine plan. We must find goodness in every aspect of our lives, even in parts that seem difficult to understand or accept.

Perhaps for this reason, those who perceive the Creator in everything suggest that there are up to 72 ways to name Him (Shem HaMephorash), titles and attributes that describe His different aspects and manifestations, all stemming from the combination of the Tetragrammaton, which, with its combinations, יהוה (Yod-He-Vav-He), provides us with the greatest insights to recognize ourselves as His children.

Each of these signs speaks of our essence: י (Yod), the smallest letter of the Hebrew alphabet, represents that starting point, the divine spark of creation, that elusive and indefinable essence. ה (He), which appears twice in the Tetragrammaton, is associated with revelation and expansion, symbolizing the breath of life and His divine presence. ו (Vav), as a connector, translated as "and," symbolizes the union between the divine and the earthly, the link between heaven and earth. ה (He) reinforces the idea of the manifestation of the divine in the physical world and the continuous process of creation and revelation.

This is why the Tetragrammaton is considered the purest and most direct representation of our Creator's being. These signs correspond to the different levels of existence and divine emanations (Sefirot) within the Tree of Life, so beyond understanding them as mere signs, they are a map describing how our loving Heavenly Father interacts with and sustains the universe.

Gematria (גימטריא) when it speaks of sea monsters intertwines them with themes of creation, chaos, redemption, and the balance of spiritual forces in the universe. Therefore, Leviathan (לויתן) itself should be understood as much more than a sea monster, as it represents the forces of primeval chaos, the hidden aspect of evil, but also a force that will be redeemed at the end of time.

In some texts, it is an androgynous creature, originally created alongside its female counterpart, but God killed the female to prevent the uncontrolled reproduction of chaotic forces. The word לויתן (Leviathan) has a numerical value of 496, and this is the same value as the word מלכות (Malchut), which is the lowest level of the Kabbalistic Tree of Life, associated with the material realization of the spiritual world. This implies that Leviathan represents a powerful spiritual energy, which can be manifested in the physical world if it is purified or mastered.

The Other "sea monsters": Taninim (תנינים) — dragons or sea monsters, represent the primordial forces that God created and then restrained from invading the order of the world. Rahav (רהב): Another sea monster associated with chaos, sometimes considered a personification of cosmic pride or arrogance, mentioned in Isaiah 51:9 and Job 26:12, and also symbolizing the overflowing energy of merciless judgment.

In the mystical tradition of the Talmud and the Zohar: Leviathan will be served as food to the righteous in the messianic era (see Talmud Bavli,

Baba Batra 74b). This symbolizes that the forces of chaos will eventually be transformed into something positive and nourishing for the soul.

Even those monsters that represent chaos are equally symbols of the end of time, of that repressed potential that also manifests in our psyche and emotions that we must master.

The same can be understood of those winged birds (in Hebrew: עוף כנף — of kenaf), which appear in the context of creation on the fifth day: "וְעוֹף יְעוֹפֵף עַל -פְּ נֵי רְ קִ יעַ הַ שָּׁ מָ יִם", Ve'of ye'ofef al ha'aretz al penei rakiá hashamayim. They symbolize the soul's capacity to soar.

Wings represent the emotional or spiritual qualities that allow us to "fly" above the mundane. Birds live in the physical world, but rise toward the heavens, just as the human soul lives in a body but seeks the spiritual.

This also speaks to the levels of angels and celestial beings, since in some Kabbalistic texts and the Zohar, certain types of birds represent angels or sefirot (divine manifestations). For example, the Zohar associates birds with spiritual messengers between worlds.

And all of this speaks to this duality of direction: above and below, where birds go to heaven but eat from the earth, which symbolizes the need to balance the spiritual and the physical. This connects to the Kabbalistic principle of Tiferet: harmony between opposites. Winged Bird: 156 and 150 for a total of 306, which in gematria is also equivalent to: ish levav = man of heart, which implies someone with

emotional wisdom or elevation of the soul. This number is also close to ruach chochmah = spirit of wisdom. This suggests that winged birds are symbols of people with a spiritual heart and elevated wisdom, who transcend the earthly. Learning to rise above difficulties, without disconnecting from reality, calls us to seek the spiritual even while we live in the physical world. We use our "wings": qualities such as compassion, understanding, and intuition to ascend and develop balance. Like birds, who depend on the sky and the earth, we too must balance mind and body, matter and spirit.

It is about using our potential and talents for this transcendent goal, heeding the messages that reach our souls thanks to embracing divine wisdom from the heart, thus achieving our integral inner growth.

MIS NOTAS

וַיְבָרֶךְ אֹתָם אֱלֹהִים לֵאמֹר, פְּרוּ וּרְבוּ וּמִלְאוּ אֶת-הַמַּיִם בַּיַּמִּים, וְהָעוֹף יֵרֶב בָּאָרֶץ

Vayevarech otam Elohim lemor, peru urvu umilu et-hamayim bayamim veha'of yirev ba'aretz

«Y los bendijo Dios, diciendo: Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra.»

"And God blessed them, saying: Be fruitful and multiply, and fill the waters in the seas, and let the birds multiply on the earth."

REFLEXIÓN

Términos como וַיְבָרֶךְ (Va-yevárékh), "bendijo", nos llevan a través de la raíz lingüística ברך (B-R-K) y a reflexiones aportadas por la gematría con el número 228, para entender que la bendición es recibir ese flujo de energía divina que se imparte a la creación, asimilando nuestro crecimiento. Es por ello que la expresión פְּרוּ וּרְבוּ (Perú Urvú), "Sean fructíferos y multiplíquense", como mandato divino nos llama a propagar la vida, su Luz, su Palabra.

"Perú" como concepto tiene un valor de 286 y "Urvú" de 208, lo que nos da la idea de expansión como abundancia, lo cual está alineado con la voluntad divina, fuerza que gobierna y ordena lo creado, pero a la vez, es esa justicia y poder que, como acto, bendice y multiplica. Por lo tanto, la expresión יֵרֶב (Yirév), "Multiplicar", nos llama a reforzar la idea de crecimiento y expansión como plan de vida.

Quienes siguen confundiendo bendiciones con la obtención de placeres, sueños y expectativas obvian que este mandato biológico contiene un impulso espiritual que da a todas las criaturas la capacidad de manifestar la vida en su forma más abundante y diversa. Esto implica que recibir esa bendición (ברכה, Berajá) no es para buscar nuestro bienestar particular y egoísta, sino para transferir lo mejor de nuestra esencia y energía espiritual a los demás.

Vida que se activa y potencializa en todas las capacidades innatas de todo lo creado, y que nos llama a ser fructíferos y a multiplicarnos, impartiendo esa chispa divina y cumpliendo con el propósito del Creador. Por ende, cada nueva vida que se crea es una extensión de la Luz del Creador en Su obra, logrando que esa iluminación e integración de los fragmentos generen la unicidad.

Al llenar el mundo con Su Luz, como instrucción que parte de llenar las aguas y la tierra, estamos logrando que esa esencia divina penetre en todas las esferas de la existencia, tanto en los niveles materiales como espirituales. Este proceso de expansión no solo implica un aumento en número,

sino también una profundización en la conciencia de la presencia divina en cada rincón de la creación.

Contamos con la capacidad de expandir esas bendiciones que significan vivir y de multiplicar Su Luz, siendo ese rol de expansión un acto de bondad, tanto para nuestras relaciones como para alcanzar una conexión total con lo divino. Esto implica crecer continuamente, expandiendo nuestra comprensión al reconocernos como Sus hijos.

En efecto, desde la Cábala, somos chispas de la Luz Infinita (Or Ein Sof), fragmentos de la Unidad Divina que descendieron a este mundo tras la Shevirat HaKelim (la "rotura de los recipientes") para reunificarse y restaurar la plenitud del Uno. Y por lo tanto, propagar la luz, o más bien revelarla, es nuestra tarea sagrada.

La Cábala enseña que, en la creación, la luz divina fue contenida en recipientes (kelim). Cuando la intensidad de la luz superó la capacidad de esos recipientes, estos se rompieron y la luz se dispersó en forma de chispas (נִיצוֹצוֹת, nitsotsot) en todos los niveles de la realidad.

Esto da origen a: El alma humana: Cada alma es una chispa que desciende para elevar el mundo. También a las situaciones de la vida: Cada encuentro, desafío, alegría o dolor, contiene una chispa esperando ser liberada. Y a unas tareas: tikún, corrección o reparación, para reunificar esas chispas con su fuente.

Revelamos esa luz en nuestros entornos, a través de nuestras acciones (mitzvot), en donde cada acción positiva que hacemos —ya sea espiritual o terrenal— libera una chispa. Por ejemplo: Encender velas: Activa luz literal y espiritual. Ayudar a otro: Eleva la chispa de la otra persona, y también la tuya. Decir la verdad, con amor: Corrige el mundo del habla (Olam HaDibur). Comer con conciencia (kavaná): Libera chispas del mundo físico.

Esto se basa en el principio de que todo lo que vemos en nuestra vida fue puesto ante nosotros para elevarlo. La palabra es uno de los canales más poderosos para liberar luz: “La vida y la muerte están en el poder de la lengua”.

En la Cábala, el hebreo sagrado es el lenguaje con el que fue creado el mundo. Usarlo con intención, oración o Torá, abre portales de luz. Se trata de Transformar conciencia ya que cuando cambiamos la forma en que vemos el mundo, cambiamos el mundo. Lo que percibimos como caos es, en verdad, luz oculta. Al responder con paciencia, amor y sabiduría, accedemos a esa luz y la manifestamos.

El secreto de la luz está en lo oculto, y nuestra fuerza está en buscar unidad. Cada vez que elegimos el camino del tikún, acercamos el reinado divino a la tierra. Se trata de amar al prójimo: Ahavat Israel, lo cual reunifica las almas. La separación entre personas es la raíz del exilio espiritual. El amor verdadero cura la división y acerca la redención.

Debemos Rectificar el habla (Tikún HaLashón), Evitar lashón hará (habla negativa). Hablar palabras que construyan, eleven, inspiren. Además revisar nuestra intención (Kavaná), orando tefilá, no solo por uno, sino por el bien de todos ya que ello trae luz al mundo entero si viene del corazón.

Cada letra de la Torá contiene luz espiritual. El estudio profundo activa la luz de las almas dormidas. Ello Transforma momentos ordinarios en sagrados aun cuando estamos comiendo, trabajando, hablando o amando debemos hacer tikún conscientemente.

La unidad (אֶחָד – Ejad, 13) es la meta de toda la creación. Cuando cada chispa regresa a su fuente, cuando cada ser humano cumple su rol como portador de luz, se cumple el propósito de la creación. Que "Dios sea Uno, y Su Nombre Uno" (Zacarías 14:9) Entonces, cuando tú eliges actuar con luz, piénsalo así: En ese momento, tú no solo estás haciendo el bien: estás reparando el universo. Estás trayendo al Mashíaj. Estás restaurando la Unidad del Uno.

REFLECTION

Terms such as וַיְבָרֶךְ (Va-yevárékh), "blessed," lead us through the linguistic root ברך (B-R-K) and to reflections provided by gematria with the number 228, to understand that blessing is receiving that flow of divine energy imparted to creation, assimilating our growth. This is why the expression פְּרוּ וּרְבוּ (Perú Urvú), "Be fruitful and multiply," as a divine command, calls us to propagate life, His Light, His Word.

"Perú" as a concept has a value of 286, and "Urvú" of 208, which gives us the idea of expansion as abundance, aligned with divine will—a force that governs and orders creation, but also that justice and power which, as an act, blesses and multiplies. Therefore, the expression יִרְבּוּ (Yirév), "Multiply," calls us to reinforce the idea of growth and expansion as a life plan.

Those who continue to confuse blessings with the attainment of pleasures, dreams, and expectations overlook that this biological command contains a spiritual impulse that gives all creatures the ability to manifest life in its most abundant and diverse form. This means that receiving that blessing (ברכה, Berajá) is not for seeking our selfish personal well-being but for transferring the best of our essence and spiritual energy to others.

Life is activated and enhanced in all the innate capacities of all creation, calling us to be fruitful and to multiply by imparting that divine spark and fulfilling the Creator's purpose. Therefore, each new life that is created is an extension of the Creator's Light in His work, achieving illumination and the integration of fragments that generate unity.

By filling the world with His Light, as the instruction to fill the waters and the earth, we are ensuring that the divine essence penetrates all spheres of existence, both in material and spiritual levels. This process of expansion not only implies an increase in number but also a deepening of consciousness of the divine presence in every corner of creation.

We have the ability to expand those blessings that mean life and to multiply His Light, making this role of expansion an act of kindness, both for our relationships and to achieve total connection with the divine. This implies continuously growing, expanding our understanding by recognizing ourselves as His children.

Indeed, according to Kabbalah, we are sparks of the Infinite Light (Or Ein Sof), fragments of Divine Unity that descended to this world after Shevirat HaKelim (the "breaking of the vessels") to reunite and restore the fullness of the One. Therefore, spreading the light, or rather revealing it, is our sacred task.

Kabbalah teaches that, at creation, divine light was contained in vessels (kelim). When the intensity of the light exceeded the capacity of those vessels, they shattered, and the light dispersed in the form of sparks (nitsotsot) to all levels of reality.

This gives rise to: The human soul: Every soul is a spark that descends to uplift the world. Also, life's situations: Every encounter, challenge, joy, or pain contains a spark waiting to be unleashed. And some tasks: tikkun, correction, or repair, to reunite those sparks with their source.

We reveal that light in our surroundings through our actions (mitzvot), where every positive action we perform—whether spiritual or earthly— releases a spark. For example: Lighting candles: Activates literal and spiritual light. Helping another: Elevates the other person's spark, and your own as well. Speaking the truth with love: Corrects the world of speech (Olam HaDibur). Eating with awareness (kavanah): Releases sparks from the physical world.

This is based on the principle that everything we see in our lives was placed before us to be elevated. Speech is one of the most powerful channels for releasing light: "Life and death are in the power of the tongue."

In Kabbalah, sacred Hebrew is the language with which the world was created. Using it with intention, prayer, or Torah opens portals of light. It's about transforming consciousness, because when we change the way we see the world, we change the world. What we perceive as chaos is, in truth, hidden light. By responding with patience, love, and wisdom, we access that light and manifest it.

The secret of light lies in the hidden, and our strength lies in seeking unity. Every time we choose the path of tikkun, we bring divine reign closer to earth. It's about loving our neighbor: Ahavat Yisrael, which reunites souls.

Separation between people is the root of spiritual exile. True love heals division and brings redemption closer.

We must rectify our speech (Tikkun HaLashon), avoid lashon hara (negative speech), speak words that build, uplift, and inspire. We must also review our intention (Kavanah), praying tefillah, not only for oneself, but for the good of all, since it brings light to the entire world if it comes from the heart.

Every letter of the Torah contains spiritual light. Deep study activates the light of dormant souls. It transforms ordinary moments into sacred ones. Even when we are eating, working, speaking, or loving, we must consciously perform tikkun.

Unity (אֶחָד – Echad, 13) is the goal of all creation. When every spark returns to its source, when every human being fulfills their role as a bearer of light, the purpose of creation is fulfilled. May "God be One, and His Name One" (Zechariah 14:9). So, when you choose to act with light, think of it this way: In that moment, you are not just doing good: you are repairing the universe. You are bringing the Messiah. You are restoring the Unity of One.

MIS NOTAS

וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר, יוֹם חֲמִישִׁי

Vayehi-erev vayehi-boker, yom chamishi

«Y fue la tarde y fue la mañana: el quinto día.»

"And the evening and the morning were the fifth day."

REFLEXIÓN

Al hablar del concepto de tarde, וַיְהִי-עֶרֶב (Va-yehí érev), la expresión ערב (érev), que tiene un valor para la gematría de 272, nos da la idea de mezcla, ya que es el momento en que el día comienza a mezclarse con la noche.

Esta transición nos invita a la unión con las fuerzas opuestas que moran en nosotros, producto de nuestra lejanía con Él, buscando la mañana, וַיְהִי-בֹקֶר (Va-yehí bóker). Según la expresión בֹקֶר (bóker) y su gematría de 302, se proyecta el concepto de claridad, revelación y el comienzo de un nuevo ciclo.

Nuestra oscuridad desea Su luz, un proceso que necesita del caos de este mundo, lo cual nos indica que el quinto día, יוֹם חֲמִישִׁי (Yom jamishí), al relacionarlo con la sefirá Gevurah (fuerza y juicio) del Árbol de la Vida, nos llama a la expansión para disfrutar del poder y las bendiciones del Creador. Este es el patrón de transformación y crecimiento que constituye nuestro ciclo diario.

La tarde, además, nos prepara para el descanso y la renovación, lo que implica que los momentos en que experimentamos confusión o incertidumbre son necesarios para que ocurra esa transformación una vez nuestro entendimiento se ilumine y disipe nuestras sombras. Este despertar espiritual implica un renacer, gracias a que escogemos el camino hacia el crecimiento personal.

El contexto de Gevurah también introduce la idea de limitación y estructura dentro de la creación, para poder contener y dar forma, un proceso creativo que nos va acercando a la plenitud y nos prepara para lo que será el clímax del sexto día y la culminación con el Shabat, necesitando para ello disciplina y autocontrol.

El "Yom Chamishi" (Día Cinco), con las aves y peces, también nos habla de la sefirá Tiferet (belleza/armonía), la cual equilibra Chesed y Gevurah, y se manifiesta en la diversidad y la interconexión de las criaturas vivientes. Quizá por ello, uno de los atributos más mencionados para hacer referencia a nuestro Creador es Adonai, que significa "Señor", o Hashem, "El Nombre", para alabarle y agradecerle por la constante oportunidad de ser parte de Su obra.

Para entender mejor los conceptos de tiempo, eternidad, y la misma relación ese tiempo humano y lo que podría ser el divino, podemos releer el Salmo 90:4, que dice: "Porque mil años ante Tus ojos son como el día de ayer que ya pasó.", frase que es la raíz de la idea de que "mil años nuestros son como un día para Dios", lo cual en la Kabalá es más que una metáfora, sino una enseñanza profunda sobre cómo Dios no está limitado por el tiempo, mientras que nosotros sí.

En Kabalá, se habla de Ein Sof (אין סוף), que significa "sin fin", para referirse al aspecto más elevado e infinito de Dios. El Ein Sof no tiene tiempo. El tiempo es una creación, algo que aparece después del Tzimtzum (la contracción inicial de la Luz Infinita para dar lugar a la creación). Esto significa que la eternidad no es una duración infinita, sino una realidad sin tiempo.

Desde esta perspectiva humana debemos asimilar que lo que para nosotros toma mil años, para el Creador puede ser solo un "instante" ya que en el plano divino, todo el tiempo existe simultáneamente: pasado, presente y futuro.

La guematría nos habla de términos como: Yom (יום) = Día = 10)ו(6) + י (+ 56 = (ם) 40, Olam (עולם) = Mundo / Eternidad = 70)ל(30) + ו(6) + ע + (146 = (ם) 40 y Elef (אלף) = Mil = 1)111) = ף(80) + ל(30) + א, Uno de los nombres de Dios, Ehyeh (אהיה), que significa "Yo seré", tiene valor 21. Este nombre se asocia con la atemporalidad, pues Dios "es, fue y será" simultáneamente.

La guematría del nombre completo de Dios (el Tetragrámaton, YHVH - יהוה) es 10 + 5 + 6 + 5 = 26. Si multiplicamos: 26 (YHVH) × 40 (mem, símbolo del agua, del tiempo en la gestación y del cambio) = 1040, ello nos lleva al concepto cercano de mil (Elef), otra forma en que la guematría sugiere la relación entre el nombre de Dios y el "mil" como unidad divina de tiempo.

En la Kabalá se habla del tiempo cíclico y espiritual, no solo lineal. Nuestros calendarios (como el hebreo, gregoriano, etc.) son maneras humanas de contar algo que, para Dios, no necesita ser contado. El calendario hebreo, por ejemplo, se basa en el ciclo lunar y solar, y tiene raíces espirituales en el orden de las sefirot y los meses con significados ocultos. Pero para el Creador, el tiempo es una ilusión útil, creada para permitir la experiencia, el tikún (rectificación) y el libre albedrío.

Desde la Kabalá el tiempo humano es una herramienta de aprendizaje espiritual. La eternidad divina no es un tiempo muy largo, sino la ausencia total de tiempo. Mil años: un día es un modo de mostrar que lo que para nosotros es extenso y complejo, para Dios es claro y simple. La cuenta divina no se mide en segundos ni en días, sino en niveles de conciencia y propósito cumplido.

REFLECTION

When speaking of the concept of evening, וַיְהִי - עֶרֶב (Va-yehí érev), the expression ערב (érev), with a gematric value of 272, gives us the idea of mixture, as it is the moment when day begins to mix with night. This transition invites us to unite with the opposing forces that dwell within us, a result of our

distance from Him, seeking the morning, וַיְהִי־בֹקֶר (Va-yehí bóker). According to the expression בֹקֶר (bóker) and its gematria of 302, it projects the concept of clarity, revelation, and the beginning of a new cycle.

Our darkness longs for His light, a process that requires the chaos of this world. This tells us that the fifth day, יוֹם חֲמִישִׁי (Yom Chamishi), when related to the sefirah of Gevurah (strength and judgment) from the Tree of Life, calls us to expand and enjoy the power and blessings of the Creator. This is the pattern of transformation and growth that constitutes our daily cycle.

The evening also prepares us for rest and renewal, implying that moments of confusion or uncertainty are necessary for transformation to occur once our understanding is illuminated and our shadows are dispelled. This spiritual awakening implies being born anew, as we choose the path toward personal growth.

The context of Gevurah also introduces the idea of limitation and structure within creation, necessary to contain and shape, a creative process that brings us closer to fulfillment and prepares us for the climax of the sixth day and the culmination with the Shabbat, requiring discipline and self-control.

"Yom Chamishi" (Fifth Day), with the birds and fish, also speaks to us of the sefirah of Tiferet (beauty/harmony), which balances Chesed and

To better understand the concepts of time, eternity, and the relationship between human time and what divine time might be, we can reread Psalm 90:4, which says: "For a thousand years in Your sight are like yesterday when it is past." This phrase is the root of the idea that "a thousand years of us are like a day to God." In Kabbalah, this is more than a metaphor, but a profound teaching about how God is not limited by time, while we are.

In Kabbalah, we speak of Ein Sof (אין סוף), which means "without end," to refer to the highest and infinite aspect of God. The Ein Sof is timeless. Time is a creation, something that appears after the Tzimtzum (the initial contraction of the Infinite Light to give rise to creation). This means that eternity is not an infinite duration, but a timeless reality. From this human perspective, we must understand that what takes us a thousand years may be only an "instant" for the Creator, since on the divine plane, all time exists simultaneously: past, present, and future.

Gematria tells us about terms like: Yom (יום) = Day = 10)ם(40) + ו(6) + י (= 56, Olam (עולם) = World / Eternity = 70)ם(40) + ל(30) + ו(6) + ע = (146 and Elef (אלף) = Mil = 1)111) = ף(80) + ל(30) + א, One of the names of God, Ehyeh (אהיה), meaning "I will be", has a value of 21. This name is associated with timelessness, for God "is, was, and will be" simultaneously.

The gematria of God's full name (the Tetragrammaton, YHVH - יהוה) is 10 + 5 + 6 + 5 = 26. If we multiply: 26 (YHVH) × 40 (mem, symbol of water, of time in gestation, and of change) = 1040, this leads us to the closely related concept of the thousand (Elef), another way in which gematria

suggests the relationship between God's name and the "thousand" as a divine unit of time.

Kabbalah speaks of cyclical and spiritual time, not just linear. Our calendars (such as the Hebrew, Gregorian, etc.) are human ways of counting something that, for God, does not need to be counted. The Hebrew calendar, for example, is based on the lunar and solar cycle and has spiritual roots in the order of the sefirot and the months with hidden meanings. But for the Creator, time is a useful illusion, created to allow for experience, tikkun (rectification), and free will.

In Kabbalah, human time is a tool for spiritual learning. Divine eternity is not a very long time, but rather the total absence of time. A thousand years: one day is a way of showing that what is extensive and complex for us is clear and simple for God. The divine account is not measured in seconds or days, but in levels of consciousness and fulfilled purpose.Gevurah and manifests in the diversity and interconnection of living creatures. Perhaps this is why one of the most mentioned attributes to refer to our Creator is Adonai, meaning "Lord," or Hashem, "The Name," to praise and thank Him for the constant opportunity to be part of His work.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, תּוֹצֵא הָאָרֶץ נֶפֶשׁ חַיָּה לְמִינָהּ, בְּהֵמָה וָרֶמֶשׂ וְחַיְתוֹ-אֶרֶץ לְמִינָהּ; וַיְהִי-כֵן

Vayomer Elohim, totze ha'aretz nefesh chayah leminah, behemah varemes vehayto eretz leminah; vayehi-chen

«Y dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su especie: ganado, reptiles y bestias de la tierra según su especie. Y fue así.»

"And God said, "Let the earth bring forth living creatures according to their kind: livestock, reptiles, and beasts of the earth according to their kind." And it was so."

REFLEXIÓN

El término תּוֹצֵא (Totzé), "Produzca", tiene su raíz en los signos lingüísticos יצא (Y-Tz-A), que significan "salir" o "producir". Por lo tanto, la gematría de יצא , con un valor de 101, nos indica que es un acto de dar a luz, es decir, de manifestarse aquello que estaba oculto. Es una hermosa forma de entender que desde nuestro nacimiento debemos percibir todo como una revelación divina.

Incluso el concepto de בְּהֵמָה (Behémá), "ganado", que para algunos representa a los animales domésticos, por su gematría del número 52, realmente nos proyecta esa conexión de estos animales con nuestras vidas, recordándonos que nuestro sustento proviene de la tierra, por lo cual somos tan solo mayordomos de la misma.

Como complemento, el término וָרֶמֶשׂ (Va-rémes), "reptiles", que proviene de la expresión רֶמֶשׂ (rémes) con una gematría de 340, nos habla más que de las criaturas que se mueven o arrastran, de la necesidad de tener mucho cuidado con los aspectos más bajos de la vida en la tierra. Es necesario que cumplamos la voluntad divina וַיְהִי־כֵן (Va-yehí khen), en pro del cumplimiento de Su palabra y sus mandatos.

La vida, como tal, es Él. Por ende, hasta el polvo de la tierra representa vida en potencia, siendo necesaria la Palabra del Creador como mandato para que cada cosa se manifieste. Ese potencial oculto solo se realiza a través de la intervención divina, por lo que debemos buscar, gracias a Él, nuestro potencial interior, que se activa cuando nos dejamos tocar por Su Santo Espíritu.

La multiplicidad de formas en las que la energía divina se manifiesta nos reitera que en cada partícula está Su esencia y una expresión de esa única voluntad, y cada molécula cumple un propósito particular en el ecosistema de la creación. Esto implica que, como partes integrales del

todo, cada célula de nuestro ser, al igual que nuestros pensamientos y acciones, se encuentran dentro de dicho plan.

Al balancear los diferentes aspectos de la vida, atendiendo lo elevado pero a la vez conviviendo con lo básico, asumimos el cumplimiento responsable del rol esencial en nuestra existencia. Por lo tanto, nuestras diferencias y particularidades no solo son aceptables, sino necesarias para el completo desarrollo de nuestro ser, siendo indispensable respetar y valorar cada forma de vida, entendiendo que todas ellas son manifestaciones de la energía divina en el mundo.

Invocar al Creador para que ilumine nuestro entendimiento a través de la oración es quizá la mejor forma de compenetrarnos con todos sus mensajes. Esta invocación no requiere de expresiones, rezos o ritos complejos, ni de usar uno de sus siete sagrados nombres: יהוה (YHVH), que representa la esencia eterna de Dios, "El que es, El que fue y El que será", o אדני (Adonai), que significa "Señor" o "Mi Señor", o אל (El), usado en contextos que destacan Su poder y fortaleza, o אלהים (Elohim), utilizado en la Biblia en plural pero que se refiere al único Creador, denotando Su majestad y omnipotencia, o שדי (El Shaddai), "Todopoderoso" o "El Omnipotente", que refleja la protección y la suficiencia del Creador, o צבאות (Tzevaot), "Señor de los Ejércitos", representándolo como comandante de los ejércitos celestiales, o יה (Yah), forma abreviada del Tetragrámaton, utilizada en cantos y expresiones de alabanza, como en "Hallelu-Yah" (Alabad a Yah).

Aunque hay otros nombres y títulos utilizados para describirlo, como רפאל (Rofeh): "Sanador", מגן (Magen): "Escudo", צור (Tzur): "Roca", מקום (Makom): "Lugar", implicando que Dios es omnipresente, y מלך (Melech): "Rey", lo ideal es acercarnos a Él humildemente, reconociendo en oración nuestros pecados y nuestros deseos de ser guiados por Él.

Él nos creó con todo lo que existe seres vivientes que con sus diversas especies, denotan a través de esos aspectos del universo la misma Divinidad, por lo que cada ser cumple un papel en la revelación del propósito divino.

Los seres vivientes son entonces esa manifestación del Ein Sof (Infinito Divino), ya que toda la creación emana de Él, la luz infinita del Creador, por ello cada criatura, desde el ser humano hasta el animal más pequeño representa una expresión única de esa luz divina, canalizada a través de las sefirot (atributos divinos).

Por ello se dice que el león representa guevurá (fuerza, juicio), mientras que el águila puede representar tiferet (belleza, equilibrio) y en este sentido, todas las especies nos enseñan algo de los atributos de Dios, y al observarlas con conciencia espiritual, podemos aprender más sobre la esencia divina.

חי (Jai, "vida") = 18, un número considerado auspicioso en el judaísmo porque representa vitalidad y conexión con lo divino. אדם (Adam, "humano") = 45, y se dice que el ser humano reúne en sí la esencia de toda la creación. Según los sabios, Adam es un acrónimo: Alef (א) representa Elokut (Divinidad),

Dalet (ד) representa Daletanim (los humildes o necesitados), y Mem (ם) representa Maljut (reinado, soberanía). בהמה (Behemah, "bestia") = 52, el mismo valor numérico que Elokim (אלהים) en ciertos contextos. Esto sugiere que incluso los animales poseen una chispa divina oculta.

La Torá dice en Bereshit (Génesis) que el ser humano fue colocado en el Jardín "para cultivarlo y protegerlo" (לעבדה ולשמרה). Según la Kabalá: Esto no es dominio explotador, sino una mayordomía espiritual. El humano tiene la capacidad única de elevar la creación, conectando lo material con lo espiritual. Cuando un ser humano cuida de los animales, la tierra y las plantas con conciencia espiritual, está restaurando el Tikkun (la reparación cósmica).

En el Talmud (Eruvin 100b), Rabí Yojanán dice: "Si no se nos hubiera dado la Torá, habríamos aprendido modestia del gato, honestidad de la hormiga..." La Kabalá lleva esto más allá: cada especie refleja una cualidad divina o moral que el ser humano puede integrar en su servicio espiritual.

Según el Arizal (R. Itzjak Luria), todas las formas de vida contienen "nitzotzot" (chispas sagradas) que esperan ser liberadas. Cuando comemos con bendición, cuidamos la naturaleza o tratamos a los animales con compasión, elevamos esas chispas a su fuente divina.

Toda criatura refleja un aspecto del Creador. A través de la guematria, vemos conexiones ocultas entre palabras y conceptos. El ser humano es guardián y elevador de la creación, no su amo destructivo. Cada especie tiene algo que enseñarnos sobre el camino espiritual. Nuestra relación con los seres vivientes es un reflejo de nuestra relación con el Creador.

REFLECTION

The term תּוֹצֵא (Totzé), "bring forth," has its root in the linguistic signs יצא (Y-Tz-A), which mean "to come out" or "to produce." Therefore, the gematria of יצא , with a value of 101, indicates an act of giving birth, that is, manifesting what was hidden. It is a beautiful way to understand that from the moment of our birth, we should perceive everything as a divine revelation.

Even the concept of בְּהֵמָה (Behémá), "livestock," which for some represents domestic animals, with its gematria value of 52, actually projects the connection of these animals with our lives, reminding us that our sustenance comes from the earth, for which we are merely stewards.

Additionally, the term וְרֶמֶשׂ (Va-rémes), "reptiles," derived from the expression רֶמֶשׂ (rémes) with a gematria value of 340, speaks not only of creatures that move or crawl but also of the need to be very careful with the lower aspects of life on earth. It is necessary to fulfill the divine will וַיְהִי־כֵן (Va-yehí khen) in order to accomplish His word and commandments.

Life, as such, is Him. Therefore, even the dust of the earth represents potential life, requiring the Creator's Word as a command for everything to manifest. This hidden potential is only realized through divine intervention, so we must seek, through Him, our inner potential, which is activated when we allow ourselves to be touched by His Holy Spirit.

The multiplicity of ways in which divine energy manifests itself reiterates that in every particle is His essence and an expression of that singular will, and every molecule fulfills a particular purpose in the ecosystem of creation. This implies that as integral parts of the whole, every cell of our being, as well as our thoughts and actions, are within this plan.

By balancing the different aspects of life, attending to the elevated while also coexisting with the basic, we assume the responsible fulfillment of the essential role in our existence. Therefore, our differences and particularities are not only acceptable but necessary for the complete development of our being, making it essential to respect and value every form of life, understanding that all are manifestations of divine energy in the world.

Invoking the Creator to illuminate our understanding through prayer is perhaps the best way to immerse ourselves in all His messages. This invocation does not require complex expressions, prayers, or rituals, nor the use of one of His seven sacred names: יהוה (YHVH), representing the eternal essence of God, "The One Who Is, Who Was, and Who Will Be," or אדני (Adonai), meaning "Lord" or "My Lord," or אל (El), used in contexts highlighting His power and strength, or אלהים (Elohim), used in the Bible in the plural but referring to the one Creator, denoting His majesty and omnipotence, or שדי (El Shaddai), "Almighty" or "The Omnipotent," reflecting the Creator's protection and sufficiency, or צבאות (Tzevaot), "Lord of Hosts," representing Him as the commander of the heavenly armies, or יה (Yah), an abbreviated form of the Tetragrammaton, used in hymns and expressions of praise, as in "Hallelu-Yah" (Praise Yah).

Finally, although there are other names and titles used to describe Him, such as רפאל (Rofeh): "Healer," מגן (Magen): "Shield," צור (Tzur): "Rock," מקום (Makom): "Place," implying that God is omnipresent, and מלך (Melech): "King," the ideal is to approach Him humbly, acknowledging in prayer our sins and our desire to be guided by Him.

He created us with all living beings, whose diverse species denote the same Divinity through these aspects of the universe. Therefore, each being plays a role in the revelation of divine purpose.

Living beings are, then, that manifestation of the Ein Sof (Divine Infinity), since all creation emanates from Him, the infinite light of the Creator. Therefore, every creature, from the human being to the smallest animal, represents a unique expression of that divine light, channeled through the sefirot (divine attributes).

Therefore, it is said that the lion represents gevurah (strength, judgment), while the eagle can represent tiferet (beauty, balance). In this sense, all species teach us something about God's attributes, and by observing them with spiritual awareness, we can learn more about the divine essence.

חי (Chai, "life") = 18, a number considered auspicious in Judaism because it represents vitality and connection with the divine. אדם (Adam, "human") = 45, and the human being is said to encompass within himself the essence of all creation. According to the sages, Adam is an acronym:

Aleph (א) represents Elokut (Divinity), Dalet (ד) represents Daletanim (the humble or needy), and Mem (ם) represents Malchut (kingship, sovereignty). בהמה (Behemah, "beast") = 52, the same numerical value as Elokim (אלהים) in certain contexts. This suggests that even animals possess a hidden divine spark.

The Torah says in Beresheet (Genesis) that the human being was placed in the Garden "to cultivate and protect it" (לעבדה ולשמרה). According to Kabbalah: This is not exploitative dominion, but spiritual stewardship. Humans have the unique ability to elevate creation, connecting the material with the spiritual. When a human being cares for animals, the earth, and plants with spiritual awareness, they are restoring Tikkun (cosmic repair).

In the Talmud (Eruvin 100b), Rabbi Yochanan says: "If we had not been given the Torah, we would have learned modesty from the cat, honesty from the ant..." Kabbalah takes this further: each species reflects a divine or moral quality that humans can integrate into their spiritual service.

According to the Arizal (R. Yitzchak Luria), all life forms contain "nitzotzot" (sacred sparks) waiting to be released. When we eat with blessing, care for nature, or treat animals with compassion, we elevate these sparks to their divine source.

Every creature reflects an aspect of the Creator. Through gematria, we see hidden connections between words and concepts. Human beings are guardians and upholders of creation, not its destructive masters. Each species has something to teach us about the spiritual path. Our relationship with living beings is a reflection of our relationship with the Creator.

MIS NOTAS

וַיַּעַשׂ אֱלֹהִים אֶת-חַיַּת הָאָרֶץ לְמִינָהּ, וְאֶת-הַבְּהֵמָה לְמִינָהּ, וְאֵת כָּל-רֶמֶשׂ הָאֲדָמָה לְמִינֵהוּ; וַיַּרְא אֱלֹהִים, כִּי-טוֹב

Vaya'as Elohim et-hayat ha'aretz leminah, ve'et-habehemah leminah, ve'et kol-remes ha'adamah leminohu; vayar Elohim ki-tov

«E hizo Dios las bestias de la tierra según su especie, y el ganado según su especie, y todo lo que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.»

"And God made the beasts of the earth according to their kind, and the livestock according to their kind, and everything that creeps on the earth according to its kind. And God saw that it was good."

REFLEXIÓN

Cada palabra y letra del alfabeto hebreo tiene un significado que, al complementarse con su valor numérico, nos revela significados más profundos. Es por ello que cada vez que pronunciamos alguna expresión desde nuestras bocas, estamos reproduciendo esas vibraciones divinas, siendo necesario que, desde esa lógica, cuidemos muy bien nuestro lenguaje por los efectos del mismo. Teniendo en cuenta que "אֱלֹהִ ים" (Elohim), por su valor gemátrico de 86, nos habla de juicio y severidad, esto quiere decir que ese poder creativo de Su Palabra, que da forma al mundo, nos llama a cuidarnos de la nuestra.

Nuestras palabras no deben maldecir, ya que nuestra boca fue hecha para bien decir. Somos sus hijos, las únicas criaturas con habla en este mundo. Por lo tanto, si todo es bueno, "כִּי־טוֹב " (ki tov), estamos llamados a usar nuestro lenguaje para construir y no para destruir, entendiendo que la bondad divina es la que permea toda la creación. El número 25, palabra "חֵ נָה" (Janá), que significa gracia, nos está reiterando que todo nos fue dado, que se nos otorgó todo gratis, por Su voluntad y deseo. Por ende, Su gracia está imbuida en todo, siendo obligatorio agradecer.

Agradecer, como seres vivos, nos recuerda que cada especie refleja la diversidad y el orden divino en el universo, ya que cada criatura tiene su lugar y propósito en el esquema mayor de la creación. Esta interconexión nos llama a la armonía, la misma que subyace en todo lo creado, animándonos a vivir en equilibrio con todo lo creado.

Cada elemento de la creación tiene una chispa divina y forma parte del plan. Como seres humanos, nuestro rol es sabernos parte de esa chispa que enciende nuestro entendimiento a través de la vibración de nuestras palabras, transformándose en pensamientos que proyectamos como imágenes reales. Sabiéndonos dignos custodios de la creación, debemos replicar Su palabra, Su luz, Sus chispas, Su voluntad.

Nuestro rol en el mundo tiene que ver con aportar en vez de apartarnos, con alinearnos con la bondad y la armonía divina. Para ello, debemos usar nuestro lenguaje de tal forma que nos recreemos en Su palabra en vez de maldecir con ella, logrando así pasar del nivel Néfesh (נֶפֶשׁ), básico, asociado solo a las funciones biológicas y necesidades físicas, nuestra vida instintiva con sus deseos carnales, al nivel Rúaj (רוּחַ), en donde ya no somos dominados por emociones y vamos fortaleciendo nuestro carácter moral al discernir entre el bien y el mal, mejorando nuestra comunicación con nosotros mismos, con los demás y con el Creador.

Se trata de elevarnos a través de nuestros actos de bondad y justicia, buscando ese nivel Neshamá (נְשָׁמָה), en donde nuestro intelecto se articula con la conciencia superior, conectándonos con el Creador a través de la oración, la cual nos vincula con nuestros prójimos al comprenderles desde esa misericordia divina que nos lleva a aceptar las cosas que debemos aceptar y a cambiar aquellas en las que Él nos guía para alcanzar nuestra transformación.

Hay quienes preguntan si Dios creó todo bueno, ¿cómo entra el mal, el demonio, la serpiente, y la rebelión de ángeles a llevarnos a pecar convirtiendo algunas acciones humanas en malas?

Sin embargo el mismo relato bíblico nos resuelve todas estas inquietudes demostrándonos por ejemplo que la serpiente en el Edén solo tentó a Eva, y por ello se asocia a esta con Satán (שָׂטָן – "el acusador") figura que representa el concepto del Sitra Ajra (סִּטְרָא אַחֲרָא) o el "Otro Lado", o el aspecto de la realidad que oculta la Luz Divina.

Por ello La serpiente representa el deseo de recibir solo para uno mismo, lo opuesto al flujo de la Luz Divina, que es dar y expandir y como fuerza es necesaria en el sistema espiritual, porque sin ocultación, no habría libre elección. Por ello la Cábala no ve al mal como algo ajeno a Dios, sino como parte de su plan, como una ilusión útil para que el alma tenga la oportunidad de elegir y, al hacerlo, elevarse.

Además ello nos confirma que Satán no tiene poder propio. Es como un fiscal en un tribunal: solo puede actuar si hay un permiso Divino. El Zóhar dice que el Satán es "un ángel del Eterno", creado para poner a prueba al hombre y representa el aspecto de din (juicio), en contraposición a jesed (misericordia).

Con todo y ello para la guematría, "השטן" (HaSatan) = 364, dicho ser solo tiene poder de ejercer esa labor 364 días del año: el día 365 (Yom Kipur), no tiene esa posibilidad. Esto muestra que su poder es limitado y está bajo control del Creador.

Según la mayoría de las fuentes judías, los malajim (ángeles) no tienen libre albedrío. Son emisarios, fuerzas programadas para cumplir tareas específicas. Entonces, ¿qué pasó con los ángeles que “cayeron” (como los Nefilim o los Benei Elohim en Génesis 6)? Estos "ángeles caídos" representan fuerzas que descendieron para interactuar con la materia, y se “ensuciaron” con el deseo de recibir.

No fue una rebelión libre, sino una parte del proceso de inmersión de la Luz en la oscuridad para que luego sea extraída por el hombre (la famosa idea de elevar las chispas caídas – nitzotzot). El Zóhar sugiere que algunos ángeles fueron enviados con permiso para descender, y fallaron su misión por el poder de atracción del mundo físico.

En Bereshit (Génesis), es reiterativo en recordarnos que: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno” (טוֹב מְ אֹד). Por ello los sabios dicen: "טוב" = inclinación al bien, "מאד " (meod) = alude al Yetzer Hará (inclinación al mal). Es decir, incluso el mal, cuando se corrige o canaliza, es parte del bien supremo.

En la guematría: "מאד " (Meod) = 45, "אדם" (Adam, hombre) = también 45. El hombre puede transformar lo "muy malo" en lo "muy bueno". ¡Esa es su misión! Por ello, El mal, la serpiente, y el Satán son fuerzas creadas por Dios como parte del sistema de libre elección.

Los ángeles que caen no lo hacen por libre albedrío como el humano, sino como parte de un juego más profundo en el drama de la creación. La Cábala enseña que todo viene del Uno, incluso la oscuridad, para que el hombre tenga el privilegio de traer la luz.

REFLECTION

Every word and letter of the Hebrew alphabet has a meaning that, when combined with its numerical value, reveals deeper significances. This is why, whenever we utter any expression from our mouths, we are reproducing those divine vibrations, making it necessary to be very careful with our language because of its effects. Considering that "אֱלֹהִ ים " (Elohim), with its gematric value of 86, speaks of judgment and severity, this means that the creative power of His Word, which shapes the world, calls us to be mindful of our own words.

Our words should not curse, as our mouths were made to bless. We are His children, the only creatures with speech in this world. Therefore, if everything is good, "כִּי־טוֹב" (ki tov), we are called to use our language to build and not to destroy, understanding that divine goodness permeates all creation. The number 25, associated with the word "חָ נָּה" (Janá), meaning grace, reiterates that everything was given to us, that it was all granted freely, by His will and desire. Hence, His grace is imbued in everything, making it obligatory to be grateful.

Gratitude, as living beings, reminds us that every species reflects the diversity and divine order in the universe, as each creature has its place and purpose in the greater scheme of creation. This interconnection calls us to harmony, the same harmony that underlies all creation, encouraging us to

live in balance with everything created.

Every element of creation has a divine spark and is part of the plan. As human beings, our role is to recognize ourselves as part of that spark that ignites our understanding through the vibration of our words, which become thoughts that we project as real images. Knowing ourselves as worthy stewards of creation, we must replicate His word, His light, His sparks, His will.

Our role in the world is about contributing rather than withdrawing, aligning ourselves with divine goodness and harmony. To do this, we must use our language in such a way that we recreate ourselves in His word rather than curse with it, thus achieving the transition from the basic level of Nefesh (נֶפֶשׁ), associated only with biological functions and physical needs, our instinctual life with its carnal desires, to the level of Ruach (רוּחַ), where we are no longer dominated by emotions and begin to strengthen our moral character by discerning between good and evil, improving our communication with ourselves, others, and the Creator.

It is about elevating ourselves through acts of goodness and justice, seeking that level of Neshamah (נְשָׁמָה), where our intellect connects with higher consciousness, linking us to the Creator through prayer, which connects us with our fellow beings by understanding them through that divine mercy that leads us to accept the things we must accept and to change those in which He guides us to achieve our transformation.

Some ask, if God created everything good, how does evil, the devil, the serpent, and the rebellion of angels come in to lead us to sin, turning some human actions into evil?

However, the biblical story itself resolves all these concerns by showing us, for example, that the serpent in Eden only tempted Eve, and therefore she is associated with Satan (שָׂטָן – "the accuser"), a figure who represents the concept of the Sitra Achra (סִטְרָא אַחֲרָא) or the "Other Side," or the aspect of reality that hides the Divine Light.

Therefore, the serpent represents the desire to receive only for oneself, the opposite of the flow of Divine Light, which is to give and expand. As a force, it is necessary in the spiritual system, because without concealment, there would be no free choice. For this reason, Kabbalah does not view evil as something alien to God, but rather as part of His plan, as a useful illusion that gives the soul the opportunity to choose and, in doing so, elevate itself.

Furthermore, this confirms that Satan has no power of his own. He is like a prosecutor in a court of law: he can only act with Divine permission. The Zohar says that Satan is "an angel of the Eternal," created to test man and represents the aspect of din (judgment), as opposed to chesed (mercy).

Even so, according to gematria, "השטן " (HaSatan) = 364, and this being only has the power to carry out this task 364 days a year: on the 365th day (Yom Kippur), he does not have that possibility. This shows that his power is limited and under the control of the Creator.

According to most Jewish sources, angels do not have free will. They are emissaries, forces programmed to perform specific tasks. So what happened to the angels who “fell” (like the Nephilim or the Benei Elohim in Genesis 6)? These “fallen angels” represent forces that descended to interact with matter and became “defiled” by the desire to receive.

This was not a free rebellion, but rather part of the process of immersing the Light in darkness so that it could then be extracted by humankind (the famous idea of elevating the fallen sparks – nitzotzot). The Zohar suggests that some angels were sent with permission to descend, and failed in their mission due to the attractive power of the physical world.

In Beresheet (Genesis), it reiterates its reminder that: “And God saw everything that he had made, and behold, it was very good” (טוֹב מְאֹד). Therefore, the sages say: "טוב" = inclination toward good, "מאד " (meod) = alludes to the Yetzer Hara (evil inclination). That is, even evil, when corrected or channeled, is part of the supreme good.

In gematria: "מאד" (meod) = 45, "אדם" (Adam, man) = also 45. Man can transform "very bad" into "very good." That is his mission! Therefore, Evil, the Serpent, and Satan are forces created by God as part of the system of free choice.

The angels who fall do not do so of free will like humans, but as part of a deeper play in the drama of creation. Kabbalah teaches that everything comes from the One, even darkness, so that man has the privilege of bringing light.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, נַעֲשֶׂה אָדָם בְּצַלְמֵנוּ כִּדְמוּתֵנוּ; וְיִרְדּוּ בִּדְגַת הַיָּם וּבְעוֹף הַשָּׁמַיִם וּבַבְּהֵמָה, וּבְכָל-הָאָרֶץ, וּבְכָל-הָרֶמֶשׂ, הָרֹמֵשׂ עַל-הָאָרֶץ

Vayomer Elohim, na'aseh adam betsalmenu kidmutenu; veyirdu bidgat hayam uve'of hashamayim uvebehemah, uvechol-ha'aretz, uvechol- haremes haromes al-ha'aretz

«Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.»

"And God said, "Let Us make man in Our image, according to Our likeness; and let them have dominion over the fish of the sea, over the birds of the heavens, over the livestock, over all the earth, and over every creeping thing that creeps on the earth.""

REFLEXIÓN

Desde la perspectiva cabalística, el ser a su imagen no significa que el Creador tenga una forma humana, sino que el ser humano posee cualidades divinas en potencia. La imagen y la semejanza se refieren a aspectos del alma, del ser interior.

Según la Cábala, Tzelem (imagen) es una estructura espiritual que conecta al alma humana con los mundos superiores. En particular, se relaciona con las sefirot, que son las 10 emanaciones por las cuales Dios crea y sostiene el universo.

El ser humano, en su forma espiritual, refleja estas sefirot. Por ejemplo, cuando usamos sabiduría (Jojmá), entendimiento (Biná), o misericordia (Jesed), estamos activando esas cualidades divinas dentro de nosotros. La semejanza implica un potencial de desarrollo. El ser humano no es automáticamente semejante a Dios, sino que tiene la capacidad de llegar a serlo a través de sus acciones, su crecimiento espiritual, y su conexión consciente con lo divino.

Ello quiere decir que: "A imagen" es lo que somos en esencia. "A semejanza" es lo que podemos llegar a ser. Ser a semejanza nos llama a Imitar las cualidades divinas, a Ser compasivos, justos, generosos, pacientes, como las sefirot que representan esos aspectos de Dios.

Debemos trabajar por ese Tikun Olam: por Reparar el mundo, elevar la creación mediante nuestras acciones conscientes. Por la Unificación: Buscar la unidad en la diversidad, reconocer la chispa divina en todo.

El ser humano es un microcosmos del universo, y su alma está conectada con las fuerzas más elevadas del cosmos. Ser a imagen y semejanza de Dios es un llamado a vivir con propósito espiritual, reflejando la luz divina en el mundo material.

Somos a Su imagen, conforme a Su semejanza, llamados a señorear la tierra. Como hijos, "בְּ צַ לְ מֵ נוּ כִדְ מוּתֵ נוּ" (B'tzalmeinu Kidmuteinu), el concepto de "Tzelem" (imagen) nos recuerda que tenemos una forma espiritual, mientras que "Demut" (semejanza) nos habla de una forma física, de modo que esta dualidad nos llama a equilibrar lo humano frente a lo divino.

Desde que fuimos creados "נַעֲשֶׂ ה אָדָ ם" (Na'aseh Adam), a través de Adam "אדם " como primogénito, se nos reitera que estamos llenos de inquietudes, lo cual se deduce del valor gemátrico de esta expresión: 45, que es el mismo valor que la palabra "מה" (Mah), que significa "¿Qué?". Esa naturaleza inquisitiva se confronta permanentemente con la espiritualidad y la verdad revelada, por lo que buscamos respuestas y el significado de nuestras vidas.

El número 26 del versículo nos lleva al Tetragrámaton (יהוה, YHWH), el nombre más sagrado del Creador, un número perfecto que sugiere que la creación del ser humano está íntimamente ligada a esa esencia divina, por lo que nuestra identidad debe cumplir con ese propósito celestial desde ahora en la tierra.

Ser creados "a imagen y semejanza" implica una responsabilidad inmensa, y debemos esforzarnos por reflejar esas cualidades divinas en nuestra vida cotidiana. Esta es una razón de peso para asumir que estamos aquí para perfeccionar el mundo (Tikkun Olam) a través de nuestras acciones, usando tanto nuestra naturaleza espiritual como física para hacer el bien.

El valor gemátrico del número 26, correspondiente al nombre sagrado de nuestro Creador, nos recuerda también que cada uno de nosotros lleva dentro de sí una chispa de lo divino, un potencial para la santidad y la elevación espiritual. Nuestra tarea es cultivar esa chispa, reconociendo en nuestra capacidad de verbalizar esa posibilidad de crear, amar y liderar de manera que refleje correctamente la imagen divina en la cual fuimos formados.

Nuestra dignidad es mayor que la de ser simplemente humanos, ya que somos sus hijos, aunque nos hemos perdido fruto del pecado, el cual nos permite evaluar nuestra libertad, incluso llevándola a la dimensión del libertinaje. Como seres humanos, el llamado es a alcanzar esos estándares éticos y espirituales, contribuyendo al bienestar del mundo y a nuestro propio crecimiento personal y espiritual.

El nivel Jayá (חַ יָ ה) nos llama a comprender lo trascendental y la conexión con el todo, haciéndonos conscientes de todas las inconciencias que nos sofocan y que claman para que alcancemos ese estado de iluminación espiritual donde el alma puede percibir la vida desde una perspectiva más elevada.

Llegar al nivel Yejidá (יְחִ ידָ ה), el más elevado, que representa la unidad total con el Creador, es ser guiados por esa chispa divina que existe en cada persona y que está completamente unida a Su esencia. Este hilo, que aquí y ahora nos permite comprender ese nivel que está más allá de la individualidad, es la parte del alma que nos hace reconocernos como eternos: Sus hijos.

Es por ello que la idea de "señorear" lo creado, desde una perspectiva cabalística, nos llama a cumplir una misión de vida: "רְ דוּ" (Redu) – "señoread", "כבשוה" (Kivshuhá) – "sojuzgadla" o "dominadla", a través del lente de la guematría (el valor numérico de las palabras hebreas) nos dice que, "רדו" (Redu)? 200= ר 6= ו, 4= ד,, Total = 210, es el mismo valor que la palabra "יהר" (Ye'or), que significa Nilo, el gran río de Egipto. Y 210 también es la cantidad de años que, según la tradición judía, el pueblo de Israel estuvo esclavizado en Egipto.

En la Cábala, nada es casual. El hecho de que "señorear" (Redu) tenga el mismo valor que "esclavitud en Egipto" (210 años) implica una paradoja: Si el ser humano no gobierna su entorno con conciencia espiritual, corre el riesgo de convertirse él mismo en esclavo del mundo material.El dominio sin sabiduría se convierte en opresión. El dominio con conciencia es liberación y armonía.

Para la Cábala, "señorear" (Redu) no significa dominar en el sentido de explotar, sino en el sentido de: Corregir y elevar la creación – Tikun HaOlam. El hombre está llamado a participar en la rectificación del mundo, revelando la divinidad oculta en la materia. Esto se hace al usar lo material para fines espirituales.

Ser rey de la creación, como enseña el Zohar, no es un privilegio, sino una misión: actuar como intermediario entre los mundos superiores y la realidad inferior. Antes de gobernar el mundo externo, el hombre debe aprender a gobernarse a sí mismo: dominar su impulso negativo (Yetzer Hará) con la guía del alma divina (Neshama). Como dicen los sabios: "¿Quién es fuerte? El que domina su inclinación."

Las letras de "Redu" (רדו) También puedes verlas como siglas simbólicas: ר – representa Ratzon (voluntad), ד – representa Dibbur (palabra), ו – representa Vav, que une, el canal que conecta lo alto con lo bajo, así, "Redu" nos recuerda que el verdadero liderazgo viene del alineamiento entre voluntad, palabra y acción, conectadas con lo divino.

Se trata de Ser "señores" de la creación, lo implica: No poseerla, sino servirla conscientemente, Elevarla con nuestras acciones, Actuar como puentes entre el cielo y la tierra y Ser reyes responsables, no tiranos.

REFLECTION

From a Kabbalistic perspective, being in His image does not mean that the Creator has a human form, but rather that the human being possesses potentially divine qualities. Image and likeness refer to aspects of the soul, the inner being.

According to Kabbalah, Tzelem (image) is a spiritual structure that connects the human soul to the higher worlds. In particular, it relates to the sefirot, which are the 10 emanations through which God creates and sustains the universe.

The human being, in his spiritual form, reflects these sefirot. For example, when we use wisdom (Chochmah), understanding (Bina), or mercy (Chesed), we are activating these divine qualities within us. Likeness implies a potential for development. Human beings are not automatically like God, but have the capacity to become so through their actions, their spiritual growth, and their conscious connection with the divine.

This means that "in the image" is what we are in essence. "In likeness" is what we can become. Being in likeness calls us to imitate divine qualities, to be compassionate, just, generous, and patient, like the sefirot that represent those aspects of God.

We must work toward this Tikkun Olam: to Repair the world, to elevate creation through our conscious actions. For Unification: to seek unity in diversity, to recognize the divine spark in all.

The human being is a microcosm of the universe, and our soul is connected to the highest forces of the cosmos. Being in the image and likeness of God is a call to live with spiritual purpose, reflecting divine light in the material world.

We are in His image, according to His likeness, called to have dominion over the earth. As His children, "בְּ צַ לְ מֵ נוּ כִ דְ מוּ תֵ נוּ" (B'tzalmeinu Kidmuteinu), the concept of "Tzelem" (image) reminds us that we have a spiritual form, while "Demut" (likeness) refers to our physical form, meaning this duality calls us to balance the human with the divine.

Since we were created "נַעֲשֶׂ ה אָ דָ ם " (Na'aseh Adam) through Adam "אדם" as the firstborn, it is reiterated that we are filled with inquiries, as deduced from the gematric value of this expression: 45, which is the same value as the word "מה " (Mah), meaning "What?". This inquisitive nature constantly confronts spirituality and revealed truth, leading us to seek answers and meaning in our lives.

The number 26 in the verse brings us to the Tetragrammaton (יהוה , YHWH), the most sacred name of the Creator, a perfect number that suggests the creation of humankind is intimately linked to this divine essence, so our identity must fulfill this heavenly purpose here on earth.

Being created "in the image and likeness" implies an immense responsibility, and we must strive to reflect these divine qualities in our daily lives. This is a compelling reason to assume that we are here to perfect the world (Tikkun Olam) through our actions, using both our spiritual and physical nature

to do good.

The gematric value of 26, corresponding to the sacred name of our Creator, also reminds us that each of us carries within a spark of the divine, a potential for holiness and spiritual elevation. Our task is to cultivate that spark, recognizing in our ability to verbalize the possibility to create, love, and lead in a way that correctly reflects the divine image in which we were formed.

Our dignity is greater than just being human, for we are His children, though we have lost our way due to sin, which allows us to evaluate our freedom, even extending it to the dimension of libertinism. As human beings, the call is to reach those ethical and spiritual standards, contributing to the well-being of the world and our personal and spiritual growth.

The Jayá (חַ יָּה) level calls us to understand the transcendent and the connection with the whole, making us aware of all the unconsciousness that stifles us and cries out for us to reach that state of spiritual enlightenment where the soul can perceive life from a higher perspective.

Reaching the Yejidá (יְחִ ידָּ ה) level, the highest, which represents total unity with the Creator, is to be guided by that divine spark that exists in each person and is completely united with His essence. This thread, which here and now allows us to understand that level beyond individuality, is the part of the soul that makes us recognize ourselves as eternal: His children.

This is why the idea of "lording it over" creation, from a Kabbalistic perspective, calls us to fulfill a life mission: "רְ דוּ" (Redu) – "rule over it," "כבשוה " (Kivshuhá) – "subdue it" or "dominate it." Through the lens of gematria (the numerical value of Hebrew words), it tells us that, "רדו" (Redu)? 6= ו, 4= ד, 200= ר, Total = 210, is the same value as the word "יהר" (Ye'or), which means the Nile, the great river of Egypt. And 210 is also the number of years that, according to Jewish tradition, the people of Israel were enslaved in Egypt.

In Kabbalah, nothing is accidental. The fact that "ruling" (Redu) has the same meaning as "slavery in Egypt" (210 years) implies a paradox: If a human being does not govern his environment with spiritual awareness, he risks becoming a slave to the material world. Domination without wisdom becomes oppression. Domination with awareness is liberation and harmony.

For Kabbalah, "ruling" (Redu) does not mean dominating in the sense of exploiting, but rather in the sense of correcting and elevating creation – Tikkun HaOlam. Man is called to participate in the rectification of the world, revealing the divinity hidden in matter. This is done by using material things for spiritual purposes.

Being the ruler of creation, as the Zohar teaches, is not a privilege, but a mission: to act as an intermediary between the upper worlds and the lower reality. Before ruling the external world, man must learn to rule himself: master his negative impulse (Yetzer Hara) with the guidance of the divine soul (Neshama). As the sages say, “Who is strong? He who masters his inclination.”

The letters of "Redu" (רדו) can also be seen as symbolic acronyms: ר – represents Ratzon (will), ד – represents Dibbur (word), ו – represents Vav, which unites, the channel that connects the high with the low. Thus, "Redu" reminds us that true leadership comes from the alignment of will, word, and action, connected to the divine.

It is about being "lords" of creation; it implies: not possessing it, but consciously serving it, elevating it with our actions, acting as bridges between heaven and earth, and being responsible kings, not tyrants.

MIS NOTAS

וַיִּבְרָא אֱלֹהִים אֶת-הָאָדָם בְּצַלְמוֹ, בְּצֶלֶם אֱלֹהִים בָּרָא אֹתוֹ; זָכָר וּנְקֵבָה בָּרָא אֹתָם

Vayivra Elohim et-ha'adam betsalmo, betselem Elohim bara oto; zakhar uneqevah bara otam

«Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.»

"And God created man in His own image; in the image of God He created him; male and female He created them."

REFLEXIÓN

El acto de la creación del ser humano en su dualidad de género es también un reflejo de esa divinidad. Por ello, "צלם " (Tzelem), que significa imagen, también nos da la idea de sombra, indicándonos que somos un reflejo de Él, su manifestación, parte de algo más grande. La divinidad, desde el valor gemátrico de "צלם ", que es 160, sugiere la totalidad del ser humano que parte de nuestro microcosmos.

Al formarnos como "זָכָר וּנְקֵבָה" (Zachar uneqeva), "varón y hembra", dicha dualidad de género nos sugiere que nuestra plenitud comienza con la unidad de lo masculino y lo femenino, lo cual es más que un tema sexual, ya que, como reflejo de la polaridad que existe en la creación, estos aspectos denotan la importancia de encontrar nuestra armonía desde dicho equilibrio.

Por ende, esa unión marital y familiar, "בָּרָא" (Bara), nos reitera que, como seres creados, debemos crear y recrearnos en esa creación ex nihilo, que partió de la nada, de Su palabra que nos invistió de un alma, de su esencia, siendo ese reflejo directo de la imagen divina, lo cual nos otorga un valor especial e intrínseco relacionado con la dignidad de cada persona.

En cada uno de nosotros reside esa chispa de divinidad, y nuestra vida es una oportunidad para revelar esa chispa a través de nuestras intenciones, deseos, emociones, pensamientos, palabras, interacciones e interrelaciones. Esto significa que la dualidad es un llamado a la complementariedad, integrando las cualidades masculinas y femeninas que también están presentes en cada uno de nosotros.

La intención divina y el poder de la creación denotan que somos creaciones intencionadas, dotadas de la capacidad de crear y transformar tanto nuestro entorno como a nosotros mismos. Esto nos brinda la posibilidad de reconocer nuestro poder creativo y utilizarlo para manifestar lo divino en el

mundo, haciendo del acto de vivir un proceso de constante creación y recreación.

En la Kábala, se interpreta que Adán y Eva representan aspectos fundamentales de la energía y la dualidad en el universo. Adán, como el primer hombre, es una manifestación de la unidad primordial, de la chispa divina que surge del Creador. La tierra de la que fue formado simboliza la materia prima, la esencia potencial de la creación, la cual debe ser modelada y estructurada.

En términos kabbalísticos, Adán refleja el Zohar (luz oculta, la esencia espiritual) en su forma más pura, aún sin distinción de dualidad, ya que no se ha separado entre lo masculino y lo femenino.

Eva, por otro lado, es creada de la costilla de Adán. Este simboliza una división o separación de lo que originalmente era uno solo. La costilla, en este contexto, no es solo un hueso, sino que representa la parte femenina o receptiva de la creación. En la kábala, la mujer está asociada con Biná (la comprensión o la sabiduría), que es el aspecto de lo divino que puede recibir y contener la luz que emana del masculino. Eva es vista como una manifestación de la Shejiná, la presencia femenina divina, la que completa al hombre y a la creación.

La separación entre Adán y Eva muestra una ruptura en la unidad original del ser humano, y, al mismo tiempo, establece una dinámica cósmica de complementariedad. El hombre y la mujer representan la dualidad inherente en el mundo material y en la espiritualidad, y su unión simboliza la restauración de la unidad original.

En términos espirituales, se dice que la unión entre Adán y Eva es la forma en que se reconcilian los opuestos y se restablece el equilibrio entre las energías masculinas y femeninas. La creación de Eva de la costilla de Adán sugiere que la mujer no es "inferior" al hombre, sino que es igual a él en esencia, pero con un papel complementario. La relación entre ambos es una danza de equilibrio y armonía que refleja la unidad primordial que existía antes de la separación.

Desde la perspectiva kabbalística, la relación sexual no es vista simplemente como una actividad física, sino como un acto sagrado que busca restaurar la unidad entre las energías masculinas y femeninas.

Cuando un hombre y una mujer se unen físicamente, se cree que están participando en una unificación espiritual de las chispas divinas que se han separado durante la creación.

En la Gematría, que es una técnica que atribuye valores numéricos a las palabras hebreas para descubrir significados ocultos, se asocia el concepto de unidad y conexión espiritual con ciertas palabras clave. Por ejemplo, la palabra "Echad" (אחד), que significa "uno", tiene un valor numérico de 13, y se puede vincular al concepto de la unidad divina. La idea es que la unión entre Adán y Eva busca devolver ese "uno" a la creación, restaurando la unión perfecta de la energía masculina y femenina, tal como era antes de la separación.

En el contexto de la relación sexual, este acto simboliza no solo la unión física, sino también una fusión espiritual que trasciende el plano material. El acto de unificación a través de la relación sexual es visto como una forma de alcanzar un estado superior de conciencia y de restauración de la armonía cósmica.

La Kábala también asocia esta dualidad con la idea de la redención. Al unir los aspectos masculinos y femeninos de manera armoniosa, tanto a nivel físico como espiritual, se puede restablecer el orden divino en el mundo y acercarse a la luz divina. El Zohar, uno de los textos más importantes de la Kábala, describe cómo las almas de los hombres y las mujeres están destinadas a unirse en un acto sagrado para alcanzar la perfección y la revelación de lo divino.

La relación sexual, en este sentido, es un camino hacia la divinidad, en el que la pareja puede elevarse espiritualmente al integrar las energías complementarias del masculino y el femenino. A través de esta unión, se pueden purificar las almas y restaurar el equilibrio entre el Creador y la creación.

En la Gematría, cada palabra y cada número tiene un significado profundo. En el caso de Adán y Eva, se puede asociar la palabra "Adam" (אדם) con el número 45, y la palabra "Isha" (אישה) para Eva con el número 311, y estos dos números se pueden entender como un reflejo de la dualidad del ser humano. El 45 es un número asociado con el nombre divino (el Tetragrammaton: YHWH), mientras que el 311 tiene conexiones con la idea de la completitud y la perfección. Así, la Gematría también sugiere que, a través de la unión, Adán y Eva están reconciliando la manifestación divina en la creación y la restauración del orden universal.

La historia de Adán y Eva en la Kábala y la Gematría está profundamente cargada de simbolismo espiritual y cósmico. El acto de crear a Eva de la costilla de Adán no solo representa la separación de las energías masculinas y femeninas, sino también la oportunidad de restaurar la unidad original. La relación entre ambos y la unión física y espiritual a través de la relación sexual se entiende como un medio para unificar lo divino, alcanzar la redención y restaurar el equilibrio entre el Creador y la creación.

REFLECTION

The act of creating the human being in its gender duality is also a reflection of that divinity. Therefore, "צלם" (Tzelem), which means image, also gives us the idea of a shadow, indicating that we are a reflection of Him, His manifestation, part of something greater. Divinity, with the gematric value of "צלם" being 160, suggests the totality of the human being as part of our microcosm.

By forming us as "זָכָר וּנְקֵבָה" (Zachar uneqeva), "male and female," this gender duality suggests that our fulfillment begins with the unity of the masculine and the feminine, which is more than just a sexual matter, as these aspects reflect the polarity that exists in creation, highlighting the importance of finding our harmony through this balance.

Thus, the marital and familial union, "בָּרָא " (Bara), reiterates that, as created beings, we must create and recreate ourselves in that creation ex nihilo, which began from nothing, from His word that endowed us with a soul, with His essence, being that direct reflection of the divine image, which grants us a special intrinsic value related to the dignity of each person.

In each of us resides that spark of divinity, and our life is an opportunity to reveal that spark through our intentions, desires, emotions, thoughts, words, interactions, and relationships. This means that duality is a call to complementarity, integrating the masculine and feminine qualities that are also present within each of us.

The divine intention and the power of creation indicate that we are intentional creations, endowed with the ability to create and transform both our environment and ourselves. This provides us with the opportunity to recognize our creative power and use it to manifest the divine in the world, making the act of living a process of constant creation and recreation.

In Kabbalah, Adam and Eve are interpreted to represent fundamental aspects of energy and duality in the universe. Adam, as the first man, is a manifestation of primordial unity, of the divine spark that emerges from the Creator. The earth from which he was formed symbolizes the raw material, the potential essence of creation, which must be shaped and structured.

In Kabbalistic terms, Adam reflects the Zohar (hidden light, the spiritual essence) in its purest form, still without distinction of duality, as he has not separated between masculine and feminine.

Eve, on the other hand, is created from Adam's rib. This symbolizes a division or separation from what was originally one. The rib, in this context, is not just a bone, but represents the feminine or receptive part of creation. In Kabbalah, woman is associated with Binah (understanding or wisdom), which is the aspect of the divine that can receive and contain the light emanating from the masculine. Eve is seen as a manifestation of the Shekhinah, the divine feminine presence, the one who completes man and creation.

The separation between Adam and Eve reveals a rupture in the original unity of the human being, and at the same time, establishes a cosmic dynamic of complementarity. Man and woman represent the duality inherent in the material world and in spirituality, and their union symbolizes the restoration of the original unity.

In spiritual terms, the union between Adam and Eve is said to reconcile opposites and restore balance between masculine and feminine energies. The creation of Eve from Adam's rib suggests that woman is not "inferior" to man, but is equal to him in essence, yet with a complementary role. The relationship between the two is a dance of balance and harmony that reflects the primordial unity that existed before the separation.

From a Kabbalistic perspective, sexual intercourse is not seen simply as a physical activity, but as a sacred act that seeks to restore unity between masculine and feminine energies. When a man and a woman unite physically, they are believed to be participating in a spiritual unification of the divine sparks that were separated during creation.

In Gematria, a technique that assigns numerical values to Hebrew words to uncover hidden meanings, the concept of unity and spiritual connection is associated with certain key words. For example, the word "Echad" (אחד), meaning "one," has a numerical value of 13 and can be linked to the concept of divine unity. The idea is that the union between Adam and Eve seeks to return that "one" to creation, restoring the perfect union of masculine and feminine energies, as it was before the separation.

In the context of sexual intercourse, this act symbolizes not only physical union but also a spiritual fusion that transcends the material plane. The act of unification through sexual intercourse is seen as a way to reach a higher state of consciousness and restore cosmic harmony.

Kabbalah also associates this duality with the idea of redemption. By uniting the masculine and feminine aspects harmoniously, both physically and spiritually, divine order can be restored in the world and a person can come closer to the divine light. The Zohar, one of the most important texts of Kabbalah, describes how the souls of men and women are destined to unite in a sacred act to achieve perfection and the revelation of the divine.

Sexual intercourse, in this sense, is a path to divinity, in which the couple can elevate themselves spiritually by integrating the complementary energies of the masculine and feminine. Through this union, souls can be purified and balance restored between the Creator and creation.

In Gematria, every word and every number has a profound meaning. In the case of Adam and Eve, the word "Adam" (אדם) can be associated with the number 45, and the word "Isha" (אישה) for Eve with the number 311. These two numbers can be understood as a reflection of the duality of the human being. 45 is a number associated with the divine name (the Tetragrammaton: YHWH), while 311 is connected to the idea of completeness and perfection. Thus, Gematria also suggests that, through their union, Adam and Eve are reconciling divine manifestation in creation and the restoration of universal order.

The story of Adam and Eve in Kabbalah and Gematria is deeply laden with spiritual and cosmic symbolism. The act of creating Eve from Adam's rib not only represents the separation of masculine and feminine energies, but also the opportunity to restore original unity. The relationship between the two and the physical and spiritual union through sexual intercourse is understood as a means to unify the divine, achieve redemption, and restore balance between the Creator and creation.

MIS NOTAS

וַיְבָרֶךְ אֹתָם אֱלֹהִים, וַיֹּאמֶר לָהֶם אֱלֹהִים פְּרוּ וּרְבוּ, וּמִלְאוּ
אֶת-הָאָרֶץ וְכִבְשֻׁהָ; וּרְדוּ בִּדְגַת הַיָּם וּבְעוֹף הַשָּׁמַיִם, וּבְכָל-
חַיָּה הָרֹמֶשֶׁת עַל-הָאָרֶץ

Vayevarech otam Elohim vayomer lahem Elohim pru urvu umilu et- ha'aretz vekivshuha; urdu vidgat hayam uve'of hashamayim uvechol- chayah haromeset al-ha'aretz

«Y los bendijo Dios, y les dijo Dios: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todo ser viviente que se mueve sobre la tierra.»

"And God blessed them, and God said to them: Be fruitful and multiply; fill the earth and subdue it, and have dominion over the fish of the sea, over the birds of the heavens, and over every living thing that moves on the earth."

REFLEXIÓN

La raíz "ברך" (Barach) y su valor gemátrico de 222 asocian el término con la idea de un flujo de bendición desde lo alto para todos, por lo que la humanidad está dotada de ese potencial para llevar a cabo su misión en la tierra. El mandato "פְּ רוּ וּךְ בוּ" (Pru urvu): "Fructificad y multiplicaos" nos propone la proliferación de buenas acciones, pensamientos y palabras.

La fecundidad debe entenderse como la expansión de la luz divina en el mundo, siendo necesario que nos acojamos a Su voluntad. Como hijos, "וְכִבְּ שֻׁ הָ " (Vechivshúa): debemos ejercer control y dominio sobre la tierra, pero no de manera despótica, sino en armonía con las leyes de la naturaleza, reflejando la responsabilidad de ser custodios y no tiranos.

El valor gemátrico de 28 (כ"ח, Koaj) significa "fuerza" y resalta la fuerza y el poder dados al ser humano para cumplir con ese mandato divino, pero también implica la responsabilidad de utilizar ese poder con sabiduría y justicia. Por lo tanto, nuestras bendiciones están ligadas a ese poder y la responsabilidad de dar forma y dirección a la creación, ya que tenemos el potencial divino para crear, multiplicar y gobernar de manera justa y compasiva.

Desafortunadamente, no estamos multiplicando la bondad, la justicia y la paz en el mundo, sino que estamos utilizando nuestras fuerzas de manera destructiva, culpando incluso a fuerzas espirituales de ello. La maldad surge de no revisar los efectos de nuestras intenciones, emociones, pensamientos,

interrelaciones e interacciones, que tienen un impacto no solo en nosotros sino en el mundo, siendo nuestra tarea llenar la tierra con la luz divina.

No tenemos licencia para explotar la creación; el llamado es a actuar como administradores responsables, cuidando de la tierra y todas sus criaturas con amor y respeto. Estamos llamados a utilizar nuestra fuerza (Koaj) para el bien, actuando como canales de bendición en el mundo, y así cumplir con nuestra misión divina de reflejar la imagen del Creador, quien nos desafía a considerar cómo podemos contribuir de manera más significativa y consciente a la creación de un mundo mejor y más armonioso.

Tal vez por ello, ante nuestra prolongada lejanía y la magnificación de nuestro caos, se hizo humano, haciéndose a nuestra imagen y semejanza, con el propósito de que entendiéramos su sencillo lenguaje de amor.

La Bendición Divina (ברכה - "Berajá") tal como aparece en Bereshit (Génesis),) no es simplemente una "bendición" como un regalo o deseo de bien. En Kabaláh, una berajá es una canalización de Shefa (שֶׁפַע), un flujo espiritual que desciende desde los mundos superiores hacia los inferiores.

La bendición proviene principalmente desde Jojmá (sabiduría divina) y se filtra a través de Jesed (misericordia), Tiferet (belleza-equilibrio), hasta Maljut (reino, receptáculo). Es en Maljut donde la bendición se manifiesta — es el lugar donde el humano puede recibir, manifestar y expandir esa energía.

Por ello los cinco verbos: Fructificad (פְּרוּ – Perú), Multiplicaos (וּרְבוּ - urvú), Llenad (וּמִלְאוּ - umilú), Sojuzgadla (וְכִבְשֻׁהָ - vejibshuhá) y señoread (וּרְדוּ - ur'dú), representan esos aspectos del trabajo espiritual que todo ser humano debe realizar como imagen de Elohim.

Se trata de amar (Jesed – Perú- פרו), de crear vida, de extender Su bondad, de multiplicar lo bueno (Netzaj - Urvú - ורבו), de vencer el ego, de ser humildes (hod - Umilú - ומלאו), de llenar el mundo de luz desde lo interno, de tener disciplina (Guevurá - Vejibshuhá - וכבשוה), de dominar los impulsos, de refinar la materia, de ejercer soberanía espiritual (Maljut - Ur'dú - ורדו) de cogobernar la vida desde el alma.

ברכה (Berajá) = 227, פרו (Perú) = 286, רבו (Ravú) = 208, ומלאו (Umilú) = 123, וכבשוה (Vejibshuhá) = 341, ורדו (Ur'dú) = 210, Si sumamos todas: 286 + 208 + 123 + 341 + 210 = 1168, nos da el valor de frases como: "Luz desde las alturas" – (אוֹר מֵ רוֹם) en su forma extendida y también se asocia con la manifestación total de la bendición en los mundos inferiores.

Y si restamos la guematría de (227) ברכה del total: 1168 - 227 = 941, un número que está vinculado a conceptos como "Tikún Olam" (reparación del mundo), especialmente si se ve como sumatoria de múltiples procesos de corrección.

Por ende "señorear" desde la Kabaláh, no es dominio en el sentido imperialista. Es reinado espiritual, el dominio de la conciencia elevada sobre lo instintivo. Es lo que hace el rey David al elevar sus deseos al servicio de Hashem. Radah (רדה) implica bajar a lo más bajo para elevarlo, no para someterlo destructivamente.

Es por ello que desde la perspectiva cabalística, estas bendiciones no son solo para el mundo físico. Cada uno de nosotros debe: Fructificar: Crear algo bello en este mundo (arte, relaciones, ideas), Multiplicarse: Expandir el bien, inspirar a otros, Llenar: Habitar espacios con conciencia divina, Sojuzgar: Dominar pasiones, elevar lo material y Señorear: Ser soberano de tu alma, liderar desde el alma.

REFLECTION

The root "ברך" (Barach) and its gematric value of 222 associate the term with the idea of a flow of blessing from above for all, so humanity is endowed with that potential to carry out its mission on earth. The command "פְּ רוּ וּרְ בוּ" (Pru urvu): "Be fruitful and multiply" proposes the proliferation of good deeds, thoughts, and words.

Fertility should be understood as the expansion of divine light in the world, making it necessary for us to embrace His will. As children, "וְכִבְּ שֻׁ הָ " (Vechivshúa): we must exercise control and dominion over the earth, but not despotically, rather in harmony with the laws of nature, reflecting the responsibility to be custodians and not tyrants.

The gematric value of 28 (כ"ח, Koaj) means "strength" and highlights the strength and power given to humans to fulfill that divine mandate, but it also implies the responsibility to use that power with wisdom and justice. Therefore, our blessings are tied to that power and the responsibility to shape and direct creation, as we have the divine potential to create, multiply, and govern justly and compassionately.

Unfortunately, we are not multiplying goodness, justice, and peace in the world; instead, we are using our strength destructively, even blaming spiritual forces for it. Evil arises from not examining the effects of our intentions, emotions, thoughts, relationships, and interactions, which impact not only us but the world, making it our task to fill the earth with divine light.

We do not have the license to exploit creation; the call is to act as responsible stewards, caring for the earth and all its creatures with love and respect. We are called to use our strength (Koaj) for good, acting as channels of blessing in the world, thus fulfilling our divine mission of reflecting the image of the Creator, who challenges us to consider how we can contribute more meaningfully and consciously to the creation of a better and more harmonious world.

Perhaps that is why, in response to our prolonged estrangement and the magnification of our chaos, He became human, making Himself in our image and likeness, with the purpose that we might understand His simple language of love.

The Divine Blessing (ברכה - "Beracha") as it appears in Beresheet (Genesis) is not simply a "blessing" as a gift or wish for good. In Kabbalah, a blessing is a channeling of Shefa (שֶׁפַע), a spiritual flow that descends from the upper worlds to the lower.

The blessing comes primarily from Chochmah (divine wisdom) and filters through Chesed (mercy), Tiferet (beauty-balance), to Malchut (kingdom, receptacle). It is in Malchut that the blessing manifests—it is the place where humans can receive, manifest, and expand that energy.

Therefore, the five verbs: Be fruitful (פְּרוּ – Peru), Multiply (וּרְבוּ - urvú), Fill (וּמִלְאוּ - umilú), Subdue (וְכִבְּשָׁהּ – vejibshuhá) and Rule (וּרְדוּ – ur'dú) represent those aspects of the spiritual work that every human being must perform as an image of Elohim. It is about loving (Chesed – Peru- פרו), creating life, spreading His goodness, multiplying the good (Netzaj - Urvú - ורבו), overcoming the ego, being humble (hod - Umilú - ומלאו), filling the world with light from within, having discipline (Gevurá - Vejibshuhá - וכבשוה), dominating impulses, refining matter, exercising spiritual sovereignty (Maljut - Ur'dú - ורדו), co-governing life from the soul. ברכה (Berakha) = 227, פרו (Peru) = 286, רבו (Ravú) = 208, ומלאו (Umilú) = 123, וכבשוה (Vejibshuhá) = 341, ורדו (Ur'dú) = 210, If we add all of them: 286 + 208 + 123 + 341 + 210 = 1168, it gives us the value of phrases such as: "Light from above" – (אוֹר מֵ רוֹם) in its extended form and is also associated with the total manifestation of blessing in the lower worlds.

And if we subtract the gematria of (227) ברכה from the total: 1168 - 227 = 941, a number that is linked to concepts such as "Tikkun Olam" (repair of the world), especially if seen as the sum of multiple correction processes.

Therefore, "ruling" in Kabbalah is not dominion in the imperialist sense. It is spiritual reign, the dominance of elevated consciousness over the instinctive. This is what King David does by elevating his desires to the service of Hashem. Radah (רדה) implies descending to the lowest in order to elevate it, not to destructively subdue it.

This is why, from a Kabbalistic perspective, these blessings are not only for the physical world. Each of us must: Be Fruitful: Create something beautiful in this world (art, relationships, ideas), Multiply: Expand good, inspire others, Fill: Inhabit spaces with divine consciousness, Subdue:

Master passions, elevate the material, and Lord: Be sovereign of your soul, lead from the soul.

MIS NOTAS

וַיֹּאמֶר אֱלֹהִים, הִנֵּה נָתַתִּי לָכֶם אֶת-כָּל-עֵשֶׂב זֹרֵעַ זֶרַע אֲשֶׁר עַל-פְּנֵי כָל-הָאָרֶץ, וְאֶת-כָּל-הָעֵץ אֲשֶׁר-בּוֹ פְּרִי-עֵץ זֹרֵעַ זָרַע--לָכֶם יִהְיֶה לְאָכְלָה

Vayomer Elohim, hineh natati lachem et-kol-esev zorea zera asher al- penei kol-ha'aretz, ve'et-kol-ha'etz asher-bo peri-etz zorea zara—lachem yihyeh le'ochlah

«Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer.»

"And God said, "Behold, I have given you every plant yielding seed that is on the face of all the earth, and every tree with seed in its fruit; you shall have them for food.""

REFLEXIÓN

Él nos provee y, con ello, establece una relación especial entre los seres humanos y la naturaleza. La expresión "עֵשֶׂב זֹרֵעַ זָרַע" (Esév zore'a zera): "Planta que da semilla", en la que "עֵשֶׂב" (Esév, planta o hierba) tiene un valor gemátrico de 162, nos transmite el mensaje de crecimiento y renovación constante, ya que toda semilla es un símbolo de potencial y continuidad. Esto indica que la provisión del Creador no es solo para el momento presente, sino para la eternidad.

La expresión "פְּרִי־עֵץ" (Peri-etz) nos recuerda, por lo tanto, que el árbol (עֵץ, Eetz) como símbolo de vida y conocimiento, forma parte de un proceso de maduración y crecimiento. Por ello, comer del fruto sugiere la idea de nutrirse no solo físicamente, sino también espiritualmente de las semillas que allí se encuentran, como en el caso del Árbol de la Vida, de su esencia divina, o del que mas nos alimentamos: el del conocimiento, del bien y del mal.

El número 29 (כ"ט) se relaciona, por su valor, con la palabra "אהב " (Ahab), "amar", lo que significa que la provisión del Creador a la humanidad está impregnada de ese amor divino, que se manifiesta en la abundancia y en el cuidado que Él tiene por sus criaturas. Este amor nos llama a la generosidad, a la gratitud, a la confianza, ya que no solo nos creó, sino que nos proveyó de todo lo necesario para nuestro sustento y crecimiento.

Nuestra provisión es, entonces, un acto de amor divino que nos invita a ser conscientes de la abundancia que nos rodea y a vivir en gratitud. La mención de las plantas y los árboles que dan semilla es un recordatorio de nuestra naturaleza y de cómo Él, a cada instante, renueva lo que es un símbolo de la perpetuidad de la vida.

El seguir apropiándonos y mal usando los recursos que nos ha dado solo denota que no nos unimos a Su sabiduría, y al no articularnos a ella, antivalores como el irrespeto se convierten en nuestros "frutos". Es prioritario nutrirnos espiritualmente del conocimiento y la sabiduría que nos acercan a lo divino, alimentándonos en pro de nutrir no solo nuestro ser, sino también nuestra alma.

Es por ello que debemos entender que lo que comemos afecta no solo nuestro cuerpo, mente sino sobre todo nuestra alma, ya que estos contienen chispas divinas que pueden elevarse mediante la intención, la conciencia y las bendiciones adecuadas.

Todo alimento tiene una energía espiritual: Su origen, proceso de crecimiento, preparación y consumo afectan la energía que transmite. El propósito del comer es elevar chispas divinas (nitzotzot): La comida tiene energía espiritual que fue “caída” tras el rompimiento de las vasijas (Shevirat haKelim), y al comer con conciencia y bendición, uno ayuda a reparar el mundo (Tikun Olam).

La intención es clave: Comer con gratitud, moderación y bendiciones antes y después, ayuda a “elevar” esa energía. Quiza por ello se habla de alimentos kosher que están alineados espiritualmente con el alma, permitiendo una conexión limpia con lo divino.

אכל (comer) tiene el valor 51. נהר (río) también es 255, lo que conecta con el flujo de energía, lo que “fluye” como el alimento que nos nutre. לחם (pan) = 78 → 7+8 = 15, que es י-ה (uno de los nombres de Dios). El pan representa lo básico, pero también lo divino si se eleva con conciencia.

A través de la guematria, los sabios kabalistas identificaban qué alimentos contenían más "luz espiritual" y qué combinaciones podían ser dañinas o caóticas.

Entender que es comida kosher es sobre todo revisar esos nutrientes que espiritualmente nos aportan y elevan nuestro ser gracias a esas chispas divinas. Lo cual además nos incita a evitar exceso y gula, ya que comer en exceso "endurece" el corazón y aleja la sensibilidad espiritual, además de los problemas físicos ya conocidos.

Se trata de evitar alimentos con mucha crueldad o sufrimiento: Porque absorben energía negativa, también de esos alimentos que nos hacen sentir más alertas, cuando debemos buscar estar agradecidos y en paz, por ello se habla de alimentos alineados con nuestra alma.

El acto de bendecir y agradecer es vital, espiritual ya que cada bendición tiene su propia guematria y energía. Por ello al comer una fruta fresca y hacer la bendición “Boré Perí Ha'etz” con conciencia, se debe pensar en la energía de vida del árbol y agradecerle a este. Eso, para la Kabalá, transforma el

acto en una mitzvá y eleva las chispas ocultas en la fruta.

REFLECTION

He provides for us, thereby establishing a special relationship between humans and nature. The expression "עֵשֶׂב זֹרֵעַ זֶרַע " (Esév zore'a zera), "a plant that yields seed," in which "עֵשֶׂב " (Esév, plant or herb) has a gematric value of 162, conveys the message of constant growth and renewal, since every seed is a symbol of potential and continuity. This indicates that the Creator's provision is not only for the present moment, but for eternity.

The expression "פְּרִי־עֵץ" (Peri-etz) reminds us, therefore, that the tree (עֵץ, Eetz), as a symbol of life and knowledge, is part of a process of maturation and growth. Therefore, eating the fruit suggests the idea of nourishing oneself not only physically but also spiritually from the seeds found there, as in the case of the Tree of Life, its divine essence, or the one we nourish most: the tree of knowledge, good, and evil. The number 29 (כ"ט) is related, in its meaning, to the word "אהב " (Ahab), "to love," which means that the Creator's provision for humanity is imbued with that divine love, manifested in the abundance and care He has for His creatures. This love calls us to generosity, gratitude, and trust, since He not only created us but also provided us with everything necessary for our sustenance and growth.

Our provision is, then, an act of divine love that invites us to be aware of the abundance that surrounds us and to live in gratitude. The mention of plants and trees that bear seed is a reminder of our nature and how He, at every moment, renews what is a symbol of the perpetuity of life.

Continuing to appropriate and misuse the resources He has given us only denotes that we are not aligning ourselves with His wisdom, and by not articulating ourselves to it, anti-values such as disrespect become ours. "Fruits." It is a priority to nourish ourselves spiritually with the knowledge and wisdom that bring us closer to the divine, nourishing ourselves to nourish not only our being, but also our soul.

This is why we must understand that what we eat affects not only our body and mind, but above all our soul, as these contain divine sparks that can be elevated through intention, awareness, and the appropriate blessings.

All food has spiritual energy: Its origin, growth process, preparation, and consumption affect the energy it transmits. The purpose of eating is to elevate divine sparks (nitzotzot): Food contains spiritual energy that was "fallen" after the breaking of the vessels (Shevirat haKelim), and by eating with awareness and blessing, one helps to repair the world (Tikun Olam).

Intention is key: Eating with gratitude, moderation, and blessings before and after helps to "elevate" that energy. Perhaps this is why we talk about kosher foods that are spiritually aligned with the soul, allowing a clean connection with the divine.

אכל (eat) has the value 51. נהר (river) is also 255, which connects with the flow of energy, what "flows" like the food that nourishes us. לחם (bread) = 78 → 7 + 8 = 15, which is י-ה (one of the names of God). Bread represents the basic, but also the divine if elevated with consciousness.

Through gematria, Kabbalistic sages identified which foods contained more "spiritual light" and which combinations could be harmful or chaotic.

Understanding what kosher food is, above all, about reviewing those nutrients that spiritually nourish us and elevate our being thanks to those divine sparks. This also encourages us to avoid excess and gluttony, since overeating "hardens" the heart and alienates spiritual sensitivity, in addition to the already known physical problems.

It's about avoiding foods that are highly cruel or painful: Because they absorb negative energy, and also those foods that make us feel more alert, when we should seek to be grateful and at peace. This is why we speak of foods aligned with our soul.

The act of blessing and giving thanks is vital and spiritual, since each blessing has its own gematria and energy. Therefore, when eating fresh fruit and consciously making the "Bore Peri Ha'etz" blessing, one should think of the tree's life-giving energy and thank it. This, for Kabbalah, transforms the act into a mitzvah and elevates the sparks hidden within the fruit.

MIS NOTAS

וּלְכָל-חַיַּת הָאָרֶץ וּלְכָל-עוֹף הַשָּׁמַיִם, וּלְכֹל רוֹמֵשׂ עַל-
הָאָרֶץ אֲשֶׁר-בּוֹ נֶפֶשׁ חַיָּה, אֶת-כָּל-יֶרֶק עֵשֶׂב לְאָכְלָה;
וַיְהִי-כֵן

Ulchol chayat ha'aretz ulchol of hashamayim, ulchol romes al-ha'aretz asher-bo nefesh chayah, et-kol yerek esev le'ochlah; vayehi chen

«Y a toda bestia de la tierra, y a toda ave de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así.»

"And to every beast of the earth, and to every bird of the heavens, and to everything that creeps on the earth, in which there is life, every green plant shall be for food. And it was so."

REFLEXIÓN

La provisión para todos los seres vivos establece una conexión entre todas las criaturas, lo que significa que "נֶפֶשׁ חַיָּה" (Nefesh Chaya): "Vida" o "ser viviente" como expresión nos llama a reconocernos desde nuestra esencia "נֶפֶשׁ" (Nefesh) "alma" o "vida".

El término "חַיָּה" (Chaya) se refiere a la vida misma y a la vitalidad, lo que al unir dichas expresiones resalta el concepto de que todas las criaturas vivientes poseen una esencia divina y un propósito en la creación. Así es como "כָּל־יֶרֶק עֵשֶׂב" (Kol-yerek esév): "Toda planta verde", igualmente implica que estamos llamados a un crecimiento a través de la renovación, interpretación que nace de "יֶרֶק" (Yerek) "verde", ya que este color se relaciona con la misericordia (Rachamim), uno de los atributos del Creador.

El número 30 tiene un valor gemátrico de 30 (ל , Lamed), letra que representa la enseñanza y la sabiduría, ya que este signo se eleva por encima de las otras letras del alfabeto, simbolizando la aspiración espiritual y el deseo de elevarse por encima de lo mundano, interconexión que además es un principio para toda la vida en la tierra.

Seguir de espaldas a Él, actuando en contra de Su voluntad y de Sus mandatos, nos lleva a reflexionar sobre nuestra responsabilidad de aprender y enseñar sabiduría, especialmente a revisar cómo vivimos en relación con el mundo natural, caídos, confundiendo el aspirar a algo más alto con

posiciones y posesiones sociales que denotan solo que nuestras acciones cotidianas tienen poco que ver con esa trascendencia.

Este versículo nos llama a reconocer la santidad de toda vida, a vivir en armonía con la naturaleza y nos recuerda que nuestras acciones tienen un impacto en la creación, por lo que estamos llamados a ejercer nuestra dominación sobre la tierra con sabiduría, compasión y un profundo respeto por todas las criaturas que comparten este mundo con nosotros.

Por ello no solo debemos ocuparnos del cumplimiento de las leyes kosher; sino de entender el valor de aquello que consumimos a través del proceso como este llega a nuestro ser ya que todo tiene que ver con ese significado energético y espiritual que nos otorga lo que comemos y cómo lo comemos.

En el nivel más profundo, la Kabalá enseña que la comida es una herramienta espiritual para elevar la realidad y conectar con lo divino. Los alimentos kosher tienen chispas divinas (nitzotzot) que pueden ser elevadas cuando son consumidos con conciencia y de acuerdo a la halajá (ley judía).

Los animales no kosher tienen una energía espiritual que no puede ser elevada por el alma humana (especialmente el alma judía). Su energía es más densa o está "atrapada". El Zóhar (texto central de la Kabalá) dice que el alimento no kosher manchan el alma y nos conectan con fuerzas espirituales impuras (kelipot), como si uno se alineara con canales de energía caótica: "La comida kosher no es solo una dieta espiritual, es un canal de conexión con la Luz del Creador."

בשר (Basar – carne) = 502, también es el valor de שין ב״י (Shin Bet Yud), que representa las iniciales de un Nombre de Dios oculto. Esto sugiere que incluso en la carne hay una chispa de divinidad que puede elevarse, si es kosher y se come con la intención correcta.

חלב (Jalav – leche) = 40, es también el valor de la letra מ (Mem), símbolo de agua, fluidez, sabiduría. La leche representa misericordia y alimento espiritual, especialmente en la Kabalá del Ari.

טרף (Taref – no kosher) = 280 está relacionado con los "guiborim", fuerzas negativas que bloquean la Luz.

En la Kabalá, cada alimento afecta a niveles específicos del alma, según sus cualidades espirituales, por ello se cree que los cereales Conectan con el nivel de Néfesh (alma básica, vida), las frutas Elevan el nivel de Rúaj (emociones, corazón), la carne Kosher Aporta fuerza para hacer mitzvot, si se eleva con intención, el vino, conecta con Biná para un entendimiento espiritual profundo mientras los alimentos impuros, hacen que las kelipot 0 cascaras de oscuridad dificulten aun mas nuestra conexión con la Luz.

Comer es por ende un acto de Tikún, de reparación. Según el Arizal (Rabí Itzjak Luria): Cada alimento que entra en tu boca puede elevar o rebajar el alma. Comer no es un acto banal: es una misión espiritual. Comer bien (kosher, con intención, agradecimiento), corriges mundos espirituales. Comer

sin conciencia, alimentos no aptos, bajas tu vibración espiritual y alimentas las kelipot (capas de negatividad).

REFLECTION

The provision for all living beings establishes a connection between all creatures, meaning that "נֶפֶשׁ חַיָּה" (Nefesh Chaya): "Life" or "living being" as an expression calls us to recognize ourselves from our essence "נֶפֶשׁ " (Nefesh) "soul" or "life".

The term "חַיָּה" (Chaya) refers to life itself and vitality, and by uniting these expressions, it highlights the concept that all living creatures possess a divine essence and a purpose in creation. Thus, "כָּל־יֶרֶק עֵשֶׂב " (Kol-yerek esév): "Every green plant" similarly implies that we are called to growth through renewal, an interpretation that stems from "יֶרֶק" (Yerek) "green," as this color is associated with mercy (Rachamim), one of the Creator's attributes.

The number 30 has a gematric value of 30 (ל , Lamed), a letter that represents teaching and wisdom, as this sign rises above the other letters in the alphabet, symbolizing spiritual aspiration and the desire to rise above the mundane, an interconnection that is also a principle for all life on earth.

Continuing to turn away from Him, acting against His will and His commandments, leads us to reflect on our responsibility to learn and teach wisdom, especially to review how we live in relation to the natural world, fallen, confusing the aspiration for something higher with social positions and possessions that only denote that our daily actions have little to do with transcendence.

This verse calls us to recognize the sanctity of all life, to live in harmony with nature, and reminds us that our actions impact creation, so we are called to exercise our dominion over the earth with wisdom, compassion, and deep respect for all creatures that share this world with us.

At the deepest level, Kabbalah teaches that food is a spiritual tool for elevating reality and connecting with the divine. Kosher foods contain divine sparks (nitzotzot) that can be elevated when consumed consciously and according to halacha (Jewish law).

Non-kosher animals have a spiritual energy that cannot be elevated by the human soul (especially the Jewish soul). Their energy is denser or "trapped." The Zohar (the central text of Kabbalah) says that non-kosher food defiles the soul and connects us with impure spiritual forces (kelipot), as if aligning one with channels of chaotic energy: "Kosher food is not only a spiritual diet, it is a channel of connection with the Light of the Creator."

בשר (Basar – meat) = 502, is also the value of שין ב״י (Shin Bet Yud), which represents the initials of a hidden Name of God. This suggests that even in meat there is a spark of divinity that can be elevated, if it is kosher and eaten with the right intention.

חלב (Chalav – milk) = 40, is also the value of the letter מ (Mem), a symbol of water, fluidity, and wisdom. Milk represents mercy and spiritual nourishment, especially in the Kabbalah of the Ari.

טרף (Taref – non-kosher) = 280 is related to the "guiborim," negative forces that block the Light.

In Kabbalah, each food affects specific levels of the soul, according to its spiritual qualities. Therefore, it is believed that grains connect with the level of Nefesh (basic soul, life), fruits elevate the level of Ruach (emotions, heart), kosher meat provides strength to perform mitzvot if elevated with intention, wine connects with Bina for a deeper spiritual understanding, while impure foods cause the kelipot, or shells of darkness, to further hinder our connection with the Light.

Eating is therefore an act of Tikkun, of reparation. According to the Arizal (Rabbi Yitzchak Luria): Every food that enters your mouth can elevate or debase the soul. Eating is not a trivial act: it is a spiritual mission. By eating well (kosher, with intention, gratitude), you correct spiritual worlds. By eating unfit foods without conscience, you lower your spiritual vibration and feed the kelipot (layers of negativity).

MIS NOTAS

וַיַּרְא אֱלֹהִים אֶת-כָּל-אֲשֶׁר עָשָׂה, וְהִנֵּה-טוֹב מְאֹד; וַיְהִי-עֶרֶב וַיְהִי-בֹקֶר, יוֹם הַשִּׁשִּׁי

Vayar Elohim et-kol asher asah, vehineh-tov me'od; vayehi-erev vayehi- boker, yom hashishi

«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno. Y fue la tarde y fue la mañana: el sexto día.»

"And God saw everything that He had made, and behold, it was very good. And the evening and the morning were the sixth day."

REFLEXIÓN

La expresión "טוֹב מְאֹד" (Tov Me'od): "Muy bueno", "טוֹב " (Tov) significa "bueno". Al asociarla con la sefirá de Jesed, bondad y gracia, "מְאֹד " (Me'od) nos sugiere que nuestra plenitud y perfección dependen de acogernos a Su voluntad, la misma que creó todo bueno y que nos permitió libremente escoger si actuábamos o no conforme a ella, por lo que es nuestro deber unirnos a ella, la cual estaba completa y equilibrada en todos sus aspectos sin nosotros.

El número 31: En gematría, 31 simboliza el valor de la palabra "אל " (El), que es uno de los nombres del Creador, el cual se asocia con el atributo de poder. Esto nos recuerda que la fuerza y la autoridad del Creador están presentes en la creación, y que todo lo creado está bajo su control y propósito divino.

Esto nos llama a contemplar la totalidad de la creación y a reconocer que todo lo que Él hizo es "muy bueno", invitándonos, como parte de esa creación, a ver el mundo y nuestras vidas con ojos de gratitud y aprecio, reflexionando sobre nuestra propia bondad intrínseca y nuestro propósito en el mundo.

En cada aspecto de la creación, desde lo más grandioso hasta lo más pequeño, está presente la fuerza y la sabiduría divina. Este reconocimiento puede inspirarnos a vivir con mayor conciencia y respeto hacia todo lo que nos rodea, sabiendo que todo forma parte de un plan divino que es "muy bueno".

El concepto del sexto día: "Yom Shishi" (Día Seis) - Animales y Ser Humano también nos habla de las sefirot Yesod (Fundamento) y Maljut (Reino). El sexto día, como la culminación de la creación, nos proyecta que una vez que creó a los animales, lo hizo finalmente con el ser humano, quien porta la imagen divina, siendo Yesod esa conexión y fundamento de la creación, mientras que Maljut es la manifestación en el reino físico, lo que resalta la capacidad del ser humano para conectar el mundo físico con lo divino.

El tema del mal es uno de los temas más centrales y complejos del pensamiento judío, especialmente porque los seres humanos creyentes clamamos por esa justicia divina, ya que al final de la creación, queda claro que Él "vio todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno (טוֹב מְאֹד - tov me'od)".

La tradición rabínica nota que no se dijo solo "bueno", sino "muy bueno", y los sabios (como en Bereshit Rabá) interpretan que esto incluye incluso cosas que parecen negativas: el instinto del mal (yetzer hará), la muerte, el sufrimiento.

El mal no es una creación autónoma, sino parte de un sistema en el cual los seres humanos tienen libre albedrío (bejira jafshit). Es decir, el Creador creó la posibilidad del mal para que el bien elegido tenga verdadero valor. Si no existiera la opción de hacer el mal, el bien no tendría mérito.

En la Kabalá, especialmente en las enseñanzas del Ari (Isaac Luria), se dice que Dios "se retiró" (esto es el Tzimtzum) para permitir la existencia del mundo. Esta contracción creó un espacio donde las almas pueden elegir, y donde las kelipot (cáscaras o fuerzas impuras) pueden existir.

El mal, entonces, es una distorsión o una ocultación de la luz divina. Las kelipot no tienen existencia real, sino que viven del ocultamiento de la luz de Dios. Sin embargo, esta oscuridad es también parte del plan divino: permite el proceso de Tikún Olam (reparación del mundo). La tarea del ser humano es descubrir la chispa divina oculta incluso en lo más oscuro, y elevarla.

La palabra "ra" (רע), que significa mal, tiene un valor de 270 (70 = ע, 200= ר). La palabra "or" (אור), que significa luz, tiene un valor de 207 (200= ר ,6= ו, 1= א).

La diferencia entre ambas es 63, que es el valor de "ס"ג " (Sag), uno de los nombres de Dios en la Kabalá asociado con la sabiduría y la reparación. Algunos sabios kabalistas ven en esta diferencia una pista de que el mal no es un fin en sí mismo, sino una distorsión de la luz, que puede ser rectificada a través del conocimiento, la conciencia, y el propósito.

Dios se oculta (Hester Panim) – A veces, Dios "esconde Su rostro", permitiendo que el mundo parezca regido solo por causas naturales y elecciones humanas. Este ocultamiento es parte de la prueba espiritual.

El juicio no es inmediato – En Pirkei Avot se dice: "El juicio es lento, pero justo." Hay justicia, pero muchas veces no es en esta vida o de forma inmediata. Aquí entra el concepto de olam habá (el mundo venidero) y la reencarnación (gilgul), donde el alma continúa su proceso de corrección.

El mal será finalmente vencido – El propósito final de la creación es que todo el mal sea transformado en bien (vehaya Hashem leMelej al kol haaretz...), cuando el mundo entero reconozca al Creador y Su unidad.

REFLECTION

The expression "טוֹב מְאֹד" (Tov Me'od): "Very good," "טוֹב" (Tov) means "good". When associated with the sefirah of Chesed, which represents kindness and grace, "מְאֹד" (Me'od) suggests that our fullness and perfection depend on embracing His will, the same will that created everything good and allowed us the freedom to choose whether or not to act according to it. Therefore, it is our duty to align with it, which was complete and balanced in every aspect, even without us.

The number 31: In gematria, 31 symbolizes the value of the word "אל" (El), which is one of the names of the Creator, associated with the attribute of power. This reminds us that the Creator's strength and authority are present in creation and that everything created is under His control and divine purpose.

This calls us to contemplate the entirety of creation and to recognize that everything He made is "very good", inviting us, as part of that creation, to view the world and our lives with eyes of gratitude and appreciation, reflecting on our own intrinsic goodness and our purpose in the world.

In every aspect of creation, from the grandest to the smallest, the divine strength and wisdom are present. This recognition can inspire us to live with greater awareness and respect for everything around us, knowing that everything is part of a divine plan that is "very good."

The concept of the Sixth Day: "Yom Shishi" (Sixth Day) - Animals and Humans also speaks to us of the sefirot Yesod (Foundation) and Malchut (Kingdom). The sixth day, as the culmination of creation, projects that once the animals were created, humanity, carrying the divine image, was finally made. Yesod represents the connection and foundation of creation, while Malchut is the manifestation in the physical realm, highlighting humanity's ability to connect the physical world with the divine.

The theme of evil is one of the most central and complex themes in Jewish thought, especially because we believers cry out for divine justice, since at the end of creation, it is clear that He “saw everything He had made, and behold, it was very good (טוֹב מְאֹד - tov me'od).”

Rabbinic tradition notes that it was not just “good” that was said, but “very good,” and the sages (as in Bereshit Rabbah) interpret this to include even things that seem negative: the instinct for evil (yetzer hara), death, and suffering.

Evil is not an autonomous creation, but rather part of a system in which human beings have free will (bechira chafshit). That is, the Creator created the possibility of evil so that the good chosen would have true value. If the option to do evil did not exist, good would have no merit.

In Kabbalah, especially in the teachings of the Ari (Isaac Luria), it is said that God "withdrew" (i.e., the Tzimtzum) to allow the world to exist. This contraction created a space where souls can choose, and where the kelipot (shells or impure forces) can exist.

Evil, then, is a distortion or concealment of the divine light. The kelipot have no real existence, but rather live by concealing God's light. However, this darkness is also part of the divine plan: it allows for the process of Tikkun Olam (repair of the world). The task of human beings is to discover the divine spark hidden even in the darkest places and elevate it.

The word "ra" (רע), meaning evil, has a value of 270 (70 = ע ,200 = ר). The word "or" (אור), meaning light, has a value of 207 (200 = ר ,6 = ו ,1 = א).

The difference between the two is 63, which is the value of "ג" ס " (Sag), one of the names of God in Kabbalah associated with wisdom and reparation. Some Kabbalistic sages see in this difference a clue that evil is not an end in itself, but a distortion of the light, which can be rectified through knowledge, awareness, and purpose.

God Hides Himself (Hester Panim) – Sometimes, God "hides His face," allowing the world to appear governed only by natural causes and human choices. This concealment is part of the spiritual test.

Judgment Is Not Immediate – In Pirkei Avot, it is said: "Judgment is slow, but just." There is justice, but often it is not in this life or immediately. This is where the concept of olam habah (the world to come) and reincarnation (gilgul) come in, where the soul continues its process of correction.

Evil Will Ultimately Be Vanquished – The ultimate purpose of creation is for all evil to be transformed into good (vehaya Hashem leMelej al kol haaretz...), when the whole world recognizes the Creator and His unity.

MIS NOTAS

Avisos importantes

Transparencia sobre el uso de Inteligencia Artificial

Dejamos claro abiertamente que la IA se ha utilizado como herramienta de investigación y síntesis, bajo supervisión y edición humana. Esta plataforma utiliza herramientas avanzadas de inteligencia artificial como asistentes de investigación lingüística, filológica y contextual. Todos los análisis, traducciones y desarrollos teológicos son revisados, curados y estructurados con fines pedagógicos y reflexivos. La IA actúa aquí como un catalizador para la consulta de fuentes históricas y semíticas, pero el discernimiento y la aplicación espiritual corresponden a la experiencia y conciencia de cada lector.

Enfoque ecuménico y respeto interreligioso

El proyecto no pretende imponer un dogma denominacional ni atacar creencias particulares. La Escuela Bíblica Cristo El Rey es un espacio de estudio abierto, plural y respetuoso de las diversas tradiciones de fe y credos religiosos. Las reflexiones compartidas abordan el texto bíblico desde sus raíces históricas, idiomáticas y místicas (incluyendo fuentes del judaísmo, el arameo, la cábala y la patrística) con el único fin de aportar al crecimiento personal, la paz interior y la madurez espiritual, sin pretensión de exclusividad dogmática. Esta plataforma no pertenece a una entidad confesional exclusiva ni busca imponer dogmas específicos.

Carácter educativo, no confesional y no clínico

El alcance de esta web es enseñar sobre salud emocional y disciplina personal; por ello, los contenidos publicados tienen un propósito estrictamente educativo, filosófico y de desarrollo espiritual. Las prácticas mencionadas (como el ayuno, la meditación o la reestructuración emocional) representan enfoques tradicionales de disciplina espiritual y no constituyen consejo ni prescripción médica, nutricional o psicológica.

Respeto a la tradición y al pensamiento judío

Abordamos con la más alta reverencia, rigor y respeto las fuentes primarias del judaísmo, incluyendo la Torá, el Tanaj, el Talmud, el Zóhar y la literatura cabalística. Reconocemos explícitamente que estas obras nacen y pertenecen al patrimonio espiritual, teológico e histórico del pueblo judío, en cuya hermenéutica ortodoxa y tradicional lógicamente no cabe la doctrina cristiana ni la figura de la fe trinitaria o mesiánica.

Propuesta analógica y revelación mesiánica

Las correlaciones, el análisis de gematría, las comparaciones de la raíz aramea/hebrea y las analogías místicas presentadas en este sitio no pretenden redefinir el judaísmo ni imponer interpretaciones ajenas a sus sabios tradicionales. Se proponen, bajo la guía e iluminación del Espíritu Santo (Ruaj HaKodesh), como un ejercicio de investigación analógica y contemplativa. Buscamos tender puentes lingüísticos e iluminar la persona y enseñanza de Yeshúa (Jesucristo) desde las mismas raíces lingüísticas y conceptuales en las que se encarnó su mensaje.

Un marco para la comprensión plural

Invitamos a los estudiantes de todos los trasfondos —ya sean creyentes de diversas denominaciones, personas en búsqueda espiritual o estudiosos de las lenguas antiguas— a abordar estos contenidos como una herramienta de enriquecimiento mental y espiritual, respetando siempre la identidad y la integridad de cada tradición de fe.



«Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.»

SALMO 119:105

ESCUELA BÍBLICA CRISTO EL REY

WWW.EBCR.ORG · SEGUIDORES@EBCR.ORG